



AMERICA

DIRECTORIO DEL "GRUPO AMERICA"

1969 — 1970

Presidente: Doctor Emilio Uzcátegui.
Vicepresidente: Señor Gustavo Vasconez Hurtado.
Tesorero: Lcdo. Rafael Borja.
Bibliotecario: Lcdo. Luis F. Torres.
Secretario: Señor Darío Moreira.

FUNDADORES DE LA REVISTA:

SR. ANTONIO MONTALVO (+)

SR. ALFREDO MARTINEZ.

GRUPO AMERICA

Casilla 75

Quito - Ecuador

AMERICA

PUBLICACION DEL
GRUPO AMERICA

DIRECTORES :

HUGO MONCAYO
AUGUSTO ARIAS

Enero de 1970

Quito - Ecuador

AÑO XXXVI

Nº 109

TALLERES GRAFICOS NACIONALES

H O M E N A J E

A DON LUIS A. MARTINEZ

EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

En Elogio a Don Luis A. Martínez

Honramos estas columnas con el admirable discurso que improvisara nuestro ilustre consocio, el Excelentísimo Señor Doctor Don José María Velasco Ibarra, Presidente de la República, en el homenaje que rindió la nación a Don Luis A. Martínez, en el centenario de su nacimiento, el 23 de Junio de 1969, en la ciudad de Ambato.

Afortunadamente para las Letras Ecuatorianas, esta notable oración fue conservada en versiones taquigráficas recogidas al día siguiente en la prensa del país, de donde la tomamos para regalo de nuestros lectores.

La DD.

Cuando fui invitado amablemente para concurrir a esta reunión, —por lo que agradezco, al doctor Rodrigo Pachano Lalama quien se encargó de honrar la figura de don Luis A. Martínez—, manifesté que le rogaba prescindiera de incluir un discurso mío porque en estos últimos tiempos he tenido una agitación muy grande y toda clase de preocupaciones de carácter político. Pero, cuando llegué a esta ciudad y el doctor Pachano me preguntó si tomaría la palabra, no pude menos que aceptar, aunque debo decir, por otra parte, que con motivo del recuerdo del nacimiento de tan ilustre ambateño, aquí mismo se han dicho cosas tan importantes, cosas tan hondas y de tanta profundidad, que realmente me siento corto para hablar en esta sala, sobre tan ilustre personaje.

Sin embargo, ya que estoy presidiendo esta sesión como Presidente de la República, no puedo menos que decir unas palabras respecto a Martínez.

Martínez es uno de los pocos hombres ecuatorianos que merecen la plenitud del elogio. Hoy hay una tendencia a elogiar a muchos mediocres y a olvidar a los verdaderamente grandes. Los ambateños, felizmente, no lo han hecho así. Están haciendo un homenaje, no a un muerto, como bien lo dijo hace unos minutos el señor Alcalde cantonal, sino a un vivo, porque los hombres como Martínez, recién cuando mueren comienzan a vivir a través de sus ideas, de sus obras, porque han dejado huellas de su acción física que sirven como lección para las nuevas generaciones.

Como decía Auguste Comte, "nada hay más presente en el presente, que el pasado, siendo así que nada hay más presente que el ausente, cuando éste ha dejado huellas indelebles y profundas de su vivir físico".

Don Luis Martínez ha sido siempre para mí, desde que yo era joven, un hombre que atraía mi carácter. Cuando he estudiado su vida y he tenido la suerte de leer sus libros, y cuando he visto sus paisajes, no he podido menos que anhelar cada vez más su temple, su carácter, su vida, sus dotes de hombre y por eso me complace que la juventud del Ecuador sepa que don Luis Martínez es un ambateño ilustre al cual la sociedad ambateña y la República toda, están hoy honrando y recordando su nombre. Martínez fue un verdadero hombre, un verdadero varón. Nada más difícil que saber ser hombre. Cuando no se reflexiona, cuando se pasa por la vida de una manera superficial, a veces no se piensa en lo que significa ser realmente un hombre. Saber ser un hombre es un problema de alta trascendencia. Es menester a la humanidad actual, en la que la superficialidad y la anormalidad de las cosas va haciendo que los hombres pierdan poco a poco su carácter de verdaderos hombres, es menester, digo, recordarles la importancia de saber ser un hombre. Todo hombre tiene en sí virtualidades. Todo hombre tiene en sí propiedades innatas. Muchos pasan su vida ignorando esas propiedades

innatas, ignorando lo que tienen adentro de originalidad, de nobleza, de capacidades y de vocación propia. Pasan ignorando, no se forjan, no se labran a si mismos; todo lo contrario de lo que hizo Luis A. Martínez: El supo forjarse y supo forjarse duramente. La hija ilustre del señor Martínez acaba de citar unas palabras importantes de él: "Yo he sido todo en la vida, desde peón, jardinero, gerente de grandes empresas; desde teniente político hasta ministro". Supo forjarse, supo ponerse en contacto con la naturaleza; no tuvo vergüenza de ser jardinero, fue capaz de ser empresario; no tuvo vergüenza de ser teniente político, porque como teniente político podía hacer, en lo intrínseco, tantos bienes como si hubiera sido Presidente de la República. No está en la magnitud, en el volumen, el poder que se tiene; está en la esencia del acto que se hace. "Desde teniente político hasta Ministro de Estado". Supo forjarse en la labor, en el esfuerzo modesto y en el esfuerzo trascendental. Supo ir sacando de su personalidad virtualidades, aptitudes, capacidades. Eso es ser hombre: "He sido todo, desde peón hasta Ministro de Estado".

"Dote especial de mi carácter: la independencia", frase textual de él. "He sido un hombre independiente y mi independencia ha llegado hasta el salvajismo". Esta es la verdad. Un hombre que quiere forjarse, debe saber ser independiente. No puede un hombre convertirse en reflejo y en repetidor de todo lo que oye y de todo lo que se dice, aún cuando el que lo diga sea un sabio y aún cuando el que lo practique, sea toda una sociedad. Un hombre templado debe saber ser independiente y cuando adopte una opinión, y cuando tenga un concepto, debe ser porque esa opinión, porque ese concepto, lo ha forjado él, lo ha aprendido él y lo dice él.

"Mi carácter fundamental, dice Martínez, ha sido la independencia llegada a veces hasta el salvajismo". Y por eso, por esa independencia, por eso que se forja poco a poco, se siente hermano de la naturaleza. Cuán grande es la naturaleza, cuán aleccionadora es la naturaleza!. El se siente unimismado con la naturaleza. Sus cuadros, acabo de verlos: qué solemnidad! Allí, como él dice muy bien, no está

copiando la naturaleza, porque en todo fue profundo, en todo fue hombre de carácter, hombre de temple. El no copia la naturaleza, él interpreta la realidad de la naturaleza. Por ahí tiene una frase hermosa: "El cuadro, hasta cierto punto, debe ser una interpretación científica, una interpretación filosófica de la naturaleza". Quien contemple despacio y detenidamente uno de los cuadros de los Andes, que hoy se exhiben aquí, no puede menos que sentirse conmovido ante la solemnidad del Ande, ante la roca terrible, ante el árbol solitario. Y el colorido, y la modalidad, y el matiz, le llevan a una profunda emoción interior y uno realmente comprende el valor filosófico que tiene este paisaje y hasta el valor científico que tiene este paisaje. Ahí la roca cortada, ahí el concepto de soledad, de grandeza! El Ande está solo, imponente y sereno, desafiando a los siglos. Así lo interpretó Martínez. Ahí su amor a la naturaleza, ahí su deseo de interpretarla.

"A qué escuela pertenezco?. No pertenezco a ninguna. Yo pertenezco a la escuela de la realidad", dice él, hablando del arte. Ojalá los jóvenes del Ecuador ahondaran en este concepto. Como artista, Martínez no pertenece a ninguna escuela. El es realista. El interpreta la realidad, él deduce lo que tiene la realidad de científico y poético. En el momento actual, cuánta confusión en el mundo por los hombres librescos: que la derecha, que la izquierda, que socialistas, que conservadores! ¿Por qué no aplicamos a todo la frase de Martínez? ¿Qué nos dice la realidad? ¿Qué nos dicen los libros? Los libros nos dicen muchas cosas. Vamos a hacer nosotros que los libros se conviertan en substancia nuestra y vamos nosotros a interpretar con nuestra mente lo que los libros dicen. ¿Pero, cómo vamos a interpretarlos? Ilustrándonos para ser intérpretes de la realidad. Si lo que Martínez dice respecto del arte, nosotros lo aplicáramos respecto de todo lo demás, cómo los hombres vivieran en paz!, cómo los distintos partidos políticos se dieran tregua! ¿Qué nos ofrece la realidad actual? Nos ofrece un profundo dolor humano. Un profundo dolor humano que requiere la cooperación de todos. Ese profundo dolor de los hombres actuales requiere la cooperación de todos. Eso es lo que la realidad impone.

Por consiguiente, solicitar la cooperación de todos para aliviar el dolor de la raza humana, está por encima de libros, denominaciones, de vocablos y de fraseologías. Eso es simplemente ser realista, ir a la realidad social y política como Martínez fue, por ejemplo, a la realidad artística. Hombre de la realidad. Y este hombre que se forjaba, era capaz de comprender la tragedia de la vida. El hombre que vive y el hombre que ama la vida al amar su deber, el hombre que ama la vida en función del deber, no puede menos de sentir en ciertos momentos, todo lo miserable que la vida ofrece, todo lo traicionero que la vida presenta a veces. No puede menos de comprender que muchas veces, los grandes ideales no encuentran respuesta ni comprensión. No puede menos de comprender la monotonía de las horas. Pero, momentos fugaces deben ser estos para el hombre que sabe luchar, que sabe ser hombre y sabe comprender. No puede menos en ciertos instantes, que comprender lo que la vida tiene de dura, de desilusionante. Martínez expresa esto con una frase realmente terrible: "Por todo lo que yo conozco de la vida, dice él, no hay cosa mejor que la muerte". Importante y franca frase. Esto no lo puede decir sino un profundo pensador, un hombre que ha sabido forjarse, un hombre que ve que sus ilusiones y anhelos, no siempre encuentran respuesta. Ya el Libertador Bolívar lo decía una vez: "Por triste que sea nuestra muerte, siempre será menos triste que nuestra vida". Esos momentos que son arrebatos de tristeza melancólica acusan una grande alma, un grande hombre que, porque es grande interiormente, sabe comprender que hay también en la vida mucha grandeza, cuando se la lleva al cumplimiento de su destino. Pero sabe comprender también, las parcialidades de miseria y de poquedad que hay en la vida. Y en otro momento, dice: "Desde Atocha, la soledad del molino me produce profunda tristeza". Hay que saber en ciertas ocasiones sentir tristeza. Saber sentir tristeza en ciertas ocasiones, es una purificación del alma. No abatirse por la tristeza ni creer en que la muerte debe paralizar nuestra acción vital, pero sí saber sentir tristeza. Todo esto forjó el alma de Luis Martínez.

Por todo esto, fue una individualidad grande, por todo esto, es uno de los pocos ecuatorianos que merecen realmente ser lección para el futuro. Hoy, hay mucha tendencia a elogiar lo mediocre, a aplaudir lo mediocre. Pensemos un poco en la verdadera grandeza de un hombre como Martínez. Eso sí es una verdadera lección.

Y él, siguiendo su vida de forjadura personal, cómo investiga la naturaleza!, cómo escribe sobre las plantas! cómo sigue los caminos de Mutis y Sodiro; como dice muy bien un biógrafo de él, cómo sube al Tungurahua para contemplar la roca, contemplar el abismo! Saber ser cada día más grande, grande como el abismo y fuerte para contemplarlo, fuerte para verlo. Y cómo viaja! y cómo busca otros caracteres, otros climas, otras costumbres!. Y cómo comprende la unidad nacional!; y cómo su novela "A la Costa" es un canto a la unidad geográfica, a la unidad cultural de la Patria! ¿Acaso aquí, en el Ecuador, no tenemos momentos de regionalismo? ¿Acaso no vimos hace pocos días pelear una provincia contra otra provincia por un límite pequeño? ¿Peleando una provincia contra otra provincia? Aquí hemos visto eso. Martínez proclama en su novela la riqueza de la totalidad nacional, la riqueza de la unidad nacional, la unidad de los distintos caracteres aunque sean aparentemente desemejantes. Y en esa misma novela, como él ha sabido forjarse, como él ha sido independiente hasta el salvajismo, como él ha sabido sentir lo que es la muerte, la tristeza y la soledad, sabe también darse.

El hombre que se forja, tiene que darse. Ese es el carácter de la individualidad. Si el hombre no se forja desarrollando sus capacidades y virtualidades, deja de ser hombre. Pero si el hombre no comulga con el otro, si el hombre no comulga con el semejante, deja de ser hombre. De manera que aquí hay un doble juego en la personalidad humana: por un lado la necesidad de la soledad y de la forjadura interna, y por otro, la necesidad de la comunión con el otro, so pena de que, si no se comulga con el otro, deja de enriquecerse la misma personalidad individual. El otro nos enriquece al ha-

blar con nosotros, al oírnos, al esperar de nosotros, al aconsejarnos, al comulgar con nosotros. Y Martínez, que ha sabido forjarse y ser independiente hasta el salvajismo, sabe entregarse a los otros. Y porque sabe entregarse a los otros, comprende que es menester mejorar los sistemas de la pedagogía ecuatoriana, mejorar los sistemas de educación. Actualmente hay una reacción peligrosísima: técnica, técnica y más técnica, y abajo las humanidades. Pero, yo pregunto: ¿alguna vez en el Ecuador se han estudiado humanidades? El que se haya repetido frases sin saber lo que se dice, no quiere decir que se hayan cultivado las humanidades. No podemos dejar de cultivar las humanidades, si por humanidades se entiende, hacer entender al hombre sus deberes como hombre, su destino espiritual como hombre, sus deberes espirituales para con el resto de la humanidad, comprender y entender lo que es la vida. ¿Quién ha estudiado entre nosotros humanidades? Esa filosofía y esas frases que se repiten y se repiten y nadie entiende para qué, ni qué significan, no son humanidades. ¿Se ha estudiado en el Ecuador humanidades? Martínez habla de esa superficialidad especulativa y palabrera Hay que forjar a los jóvenes ecuatorianos. Si nos dedicáramos hoy sólo a la técnica, a manejar martillos, herramientas, pedazos de hierro, ruedas, computadoras y física electrónica, señores, el país habría desaparecido. Si esto se extiende por la humanidad —lo que no pasará— la humanidad estaría al borde del abismo. ¿Qué sacamos de técnicos que ignoran sus deberes de hombre? Hay que saber ser hombre y el hombre es el que debe ser técnico, según la vocación que quiera tener. Todo esto, cómo lo apunta Martínez, muchas veces de paso, pero con insinuaciones tan profundas! El, que supo ser salvaje en su independencia, sabe servir a sus semejantes con toda bondad, con toda escrupulosidad.

Vosotros sabéis toda su obra de hombre público. Vosotros sabéis su preocupación por el ferrocarril al Curaray. Que haya salido esa obra más o menos acertada en el orden económico, no quiere decir que para la época, no haya sido una gran visión. El es un hombre que quiere sacar a su Patria de la rutina, de la política palabrera y quiere llevar a su Patria

a algo hondo, a algo profundo. He ahí una preocupación por cosas profundas: ferrocarril al Curaray, Escuela de Agronomía de Ambato, Escuela de Bellas Artes. Esas son preocupaciones profundas. La política no puede ser ociosidad; la política no puede ser conversación para ver cómo intrigar. La política es cosa de conciencia, la política es cosa seria, la política tiene en sus manos la felicidad del género humano. La política es el dolor y el llanto de los pueblos, la política tiene que ser acción creadora. La política no puede ser ambición de unos cuantos que en un cuarto deliberan y saben quién va a caer ahora y quién va a caer mañana y que vamos a acomodarnos y cómo vamos a hacer pactos, por aquí y por allá. La política es cosa seria: ferrocarril al Curaray: sacar a la Patria de la rutina y lanzarla al Oriente! Eso es política! Escuela Agronómica en Ambato, esa fue política! Perfeccionar las bellas artes, eso es política! Luchar contra la injusticia!

Martínez fue, y dada su grande alma no pudo ser sino, un liberal en la extensión de la palabra. Pero un liberal como fueron pocos y como hay pocos. Porque, como muy bien decía Leopoldo Alas, "no es liberal el que quiere sino el que puede". No hay que olvidar esto. Leopoldo Alas lo decía en 1902: "No es liberal el que quiere sino el que puede". Ser liberal para llevar la contraria a los conservadores, eso cualquiera lo hace. Pero orientar un pueblo por el sendero de toral; contra un fusilamiento, otro fusilamiento. Eso cualquiera lo hace. Pero enrumbar un pueblo por el sendero de la libertad, eso es cosa difícil. Saber comprender la licitud y legitimidad de todas las expresiones de la vida humana; respetarlas, organizarlas para respetarlas; saber comprender la conciencia; saber comprender que el hombre no tiene que dar cuenta de sus actos sino a Dios y a su corazón; saber respetar al pueblo; saber respetar la libertad de sufragio; saber respetar a la Patria; saber guiar a todos los ecuatorianos sean cuales fueren sus opiniones, como componentes de una Patria, de un país; saber que esa Patria depende del esfuerzo combinado de todos, eso es cosa difícil. Por eso Leopoldo Alas decía que "no es liberal el que quiere sino el que pue-

de". Hay que poder, para ser liberal, hay que poder, para tener las grandes concepciones que la vida exige en las distintas etapas de la vida. Martínez lo fue y porque lo fue, tuvo que luchar y luchar terriblemente.

Yo, muchacho estudiante, tuve el alto honor de oírle en el Senado de 1909. Muchas veces faltábamos de una manera ilícita al colegio para escuchar a Martínez en sus batallas en favor del liberalismo negado en el Ecuador; batallas en favor de la libertad de sufragio negada en el Ecuador; batallas para que la Patria no se convierta en feudo de una familia. Así fue Martínez el año 1909.

Y, cosa ejemplar, él tuvo ese concepto del deber que va desapareciendo por desgracia, entre nosotros. Entre nosotros, los funcionarios esperan que amanezca el viernes para irse por todas partes y abandonar las oficinas. Nadie quiere trabajar, nadie quiere cumplir con sus deberes. Martínez lo dice en una carta elocuente, hablando del año 1909: "enfermo, agotado por la fiebre, no he faltado un sólo día a las sesiones del Congreso". "¿Por qué?", dice el mismo, "porque mi lema único es la justicia".

He intervenido en esta sesión solemne después de los magníficos discursos de tantos oradores para también decir yo mi frase respecto a Luis A. Martínez, sobre todo para rogar a la juventud que tenga en cuenta el ejemplo de esos pocos grandes hombres ¿Qué sacamos de recordar a los hombres si los recordamos como muertos? Recordémoslos, como decía usted, señor Alcalde, como vivos. Recordémoslos por sus actos heroicos. Recordémoslos como maestros de personalidad, como maestros de hombría, como maestros de comprensión de ideales, como maestros de patriotismo, como servidores de la justicia. Recordémosles así, sobre todo cuando uno ve que hay un momento de mediocridad general, un momento de anarquía por obra de la mediocridad de las mentes. Es en ese momento cuando estamos obligados a recordar a los pocos grandes hombres, a los muy pocos grandes hombres que ha tenido la Patria: Un Rocafuerte, un González Suárez, un Montalvo, un Luis A. Martínez. Se nombraba tam-

bién a Cevallos si no me equivoco. Cuán necesario es recordar a Cevallos! Cómo se adultera la historia en los días actuales! ¿Cómo va a juzgarse a la Patria futura por muchas historias que se escriban ahora? No hablan ahí sino la pasión, el partidismo, la superficialidad, el odio. Cevallos, ambateño, es un historiador.

Si señores. Yo me congratulo de que vosotros, ambateños, os hayáis preocupado de dar carácter nacional al recuerdo del nacimiento y de la vida del señor Luis A. Martínez. Vosotros habéis tenido el singular privilegio de tener tantos hombres de carácter: un Montalvo, que es un pensador de primer orden con repercusiones en toda la América Latina. Un conservador como Juan León Mera, conservador sí, claro. Pero, qué conservador? Conservador de conciencia, conservador de talento, conservador de escrúpulos, conservador de austeridad. Y Martínez, liberal. Pero qué liberal? Liberal que amaba la justicia, liberal que comprendía lo que era la muerte y lo que era la vida. Un liberal que pintó el lugar donde quería él que estuviese su tumba. Una inmensa roca de los Andes, una inmensa soledad. Soledad y frío. Ahí, un cajón modesto, al pie de la roca. Y, él mismo, él en persona, pone las letras: "L. A. Martínez. Réquiem"; Eso es ser hombre: comunión con lo eterno; comunión con la naturaleza; temple de alma para contemplar la vida, para contemplar la muerte mientras se vive, y temple de alma para saber que uno debe estar muerto un día pero que el grande hombre debe morir como murió Martínez, desafiando la soledad y la majestad sempiterna de los Andes.

LA EPOCA DE DON LUIS A. MARTINEZ

Novela y Novelista

La novela nace en Ambato, así como la poesía épica en Guayaquil y la lírica, aún en las finuras melodiosas y conceptistas del Padre Aguirre que vive en tales alturas andinas, en Quito.

El ambateño Juan León Mera arranca de poéticas leyendas o de orientales romances, para contarnos la primera historia imaginativa, los trances de Cumandá sentimental y cristiana, en el fondo de un paisaje que pone a prueba virtudes de descripción en que la letra se aproxima a las formas y a los colores. Pero es Luis A. Martínez a quien tocará la paleta ecuatorial de óleos más frescos y ciertos, los verdes de serranía que se aplacan o encienden en las versátiles estaciones, los de ocre cordillera o páramo cenizoso, los que se dieran en húmedo gris para las planicies litorales, los de azules horizontes, o de línea plateada en riberas fluminenses, los de luz rosada de crepúsculos porteños.

"A la Costa" es la primera novela. Novela precursora, de verdad entera, de completo escenario con visiones de la sierra y de la costa, y desde la quieta y limpia villa de Ibarra de donde procede el padre de su protagonista, hasta el horizonte en que parecen fundirse los ríos costeros y el suelo de tremedal de las antiguas haciendas de El Milagro. Martínez, como desde el más alto peldaño del Tungurahua, alcanza, con abarcadora vista, a las regiones de la Patria, para lograr lienzos vivos, cuadros más sugeridores que los que hubiera conseguido sobre la tela. Toca, el primero, el problema del regionalismo; dibuja cuadros de la zafra, del hombre interiorano a quien absorbe o consume el suelo recalentado del trópico, y dando en el asunto de la política contemporánea,

anima sus capítulos con el episodio de la guerra civil entre liberales y conservadores, para que de tal hazaña cruenta se desprendan consideraciones sobre lo estéril de la contienda y se oigan, por la primera vez en linderos que separan a las regiones ecuatorianas, las palabras, afiladas en promesa, de la renovación social.

Si esbozadas o acabadas las figuras de dueños avaros y bastos mayordomos, de cura libidinoso, de tímido burócrata, de familia de la clase media con su hija agraciada y asediada, ascienden a personajes mayores así la Sierra de entonces, todavía conventual y politiquera, como la Costa que quiere trazar nueva libertad de los caminos por más que sacrifique al hombre, al peón y al agrónomo, y el juego que se tiende entre ambiciones y abulias, sea el de territorios que no se entregan a trabajos organizados y repartidos, de generales que se turnan en el poder, del empleado público cuya biografía es la del enflaquecimiento de la esperanza y el parpadeo de una llama de alcohol sobre inútiles copiadoras de oficios.

Luis A. Martínez escribe sin tinta preciosista y se afirma en la propiedad de los colores que ya se extienden en sus primeros cuadros de la naturaleza andina y que han destacado tipos y caracteres en sus artículos de costumbres. Nada dará, ni a los lectores de su familia, de sus ensayos versificados de colegial cuando en las aulas del "San Gabriel" prefirió más que al bucólico Virgilio, no obstante su tendencia de geórgica, al templado Horacio, sentencioso y pícnico, poco amigo de solemnidades y más cerca del vino de Cales y el áurea mediocritas, que de las posturas almidonadas en las que debían ser reconocidos los señores de pro.

Biografía del Hombre Ecuatorial

Martínez representa la inquietud numerosa y a veces desperdigada, la varia capacidad del hombre ecuatorial, que como en su naturaleza bravía y cambiante, es rápido crecimiento, flor y fruto casi simultáneos, verano de torrideces, invernada de granizo, sequía y reverdecedor entusiasmo, helada de quemazones, árbol empinado hacia el rayo.

Martínez nace en Ambato el 23 de junio de 1869 y muere en la misma ciudad el 27 de noviembre de 1909. Casi en la víspera del viaje, escribe su Autobiografía en líneas esenciales:

“¿Biografía? Bien corta. Tengo cuarenta años y he vivido ya sesenta como la mayoría de los mortales.

Un cuarto de siglo he luchado furiosamente por la vida. Lo he sido todo, desde peón y jardinero, hasta gerente de grandes explotaciones agrícolas e industriales; desde Teniente Político de la más miserable parroquia, hasta Ministro de Estado; cazador, ascencionista, pintor, escritor.

La pobreza y las contrariedades no me asustaron nunca; la prosperidad y los honores no me enorgullecieron jamás.

Cuerpo de acero y ánimo bien templado fueron el secreto de mis éxitos.

El rasgo dominante de mi carácter, la independencia, —salvaje alguna vez—. Y, además, amor entrañable a la naturaleza, al arte, a la Patria, a esta última sobre todo, tanto, que apagó a veces lo más querido de mi alma.

Dos grandes crisis, la pérdida de mi esposa ángel, guardián mío, y la ruina de mi salud, han echado al suelo toda mi fuerza, matando mi fe en todo, y hecho de un hombre en la flor de la vida, un valetudinario misántropo y casi nihilista.

¿Algo sobre arte? No pertenezco a ninguna escuela, —soy profundamente realista y pinto la naturaleza como es y no como enseñan los convencionalismos.

El paisaje no debe ser solo una obra de Arte, sino un documento pictórico científico.

Mi maestro es la Naturaleza, pues todavía la estudio.

Soy enemigo acérrimo del paisaje **bibelot**, de aquel género que es el socorro obligado de los que no tienen pizca de inspiración ni talento; género que como una avalancha inunda ahora Europa, y se ha trasladado al suelo de América, como todo lo malo: aumentado, desfigurado... y empeorado.

¿Y qué más? —Nada más, amigo mío”.

Nota de la Costumbre

Para la edad de Luis A. Martínez, las transiciones del tiempo establecen con lenta medida el paso de los siglos. Duran, hasta los primeros años de la vigésima centuria, los reflejos decimonónicos y costumbres e indumentaria acuerdan más bien con los toques románticos, con la levita acicalada de los hombres o el chaquet de masculina escultura, mientras las damas desfilan con larga saya, con blusa de encaje y altos peinados.

Pero a las notas del poema que ensaya brazos discursivos para llamar a las evocaciones y extrae del corpiño breve pañuelo de muselina para secar la lágrima y traza sonrisa sobre amores nacies, y dibuja mundanales desencantos a lo Espronceda o suspiros a lo Bécquer, van a suceder las nuevas palabras y la nueva prosa. Así se levantan, sobre el pavés del ochocientos noventa y tantos, como últimos románticos, los adolescentes de la Sociedad Fígaro, con la barba crecida que sombrea niveas pecheras, para decir el cuento azul, el canto de sutiles sentidos, la rima de delgadas asonancias. . . Se ven de perfil y luego retroceden ante el espejo que fue para Larra el de copiar el gesto de la despedida y, resueltos a vivir, desembocan en el periódico liberal, en el cálculo de recursos y posibilidades para llegar al parlamento, a la diplomacia, a los altibajos de la política.

En Ambato, con fama de arcádicos trasuntos, también decurre la existencia como en el tránsito de románticos modales a ciertos altos de epicureísmo en los que se busca, como Pedro Fermín Cevallos había adelantado, un verde por los campos, o en amenos pasos de la huerta en la que la profusión de la fruta pintada y olorosa y la suavidad de los límites dejan en olvido el tema del cercado ajeno que se levanta en los versos de Garcilaso. En tales verdes, de paisaje mojado, que ofrece al fondo jóvenes sauces y pinos elevados hacia las nubes próximas, durazneros en los que apuntan los capullos rosados, capulíes de hoja fina como vegetal estilete, puede trazarse un aire de baile, de diálogo que vuela, entre brisas de río y de manzanas, a la orilla de los anchos recipientes del

aguado, picante y mordente, en cuya superficie nadan limones de tierna camisa o azahares de penetrante aroma.

Si por Atocha, a la vuelta del Seminario de latines y violines, un claro de la fronda ofrece manteles naturales, filtradas luces, sucesivos lugares de abrigo y de frescura, y sin música para el baile por cuanto el arpero se ha dormido casi abrazado de la esbelta madera en la que se tienden las cuerdas como en un vertical piano y en cuya caja de resonancia fueron cayendo los recuerdos y los rabillos de las peras, hay que sacar a hombros, a espaldas del cura o con su amable complicidad, el melodio de la capilla que se arrime a la pared de madreSelva y de cuyo teclado, bajo los dedos del maestro, se exhalen las notas alargadas, consonantemente armoniosas, de un pasillo, o los compases de la mapa señora. . .

Cambio de las Letras

Por 1900 aparece en Ambato la Revista de la Escuela Literaria del Tungurahua que corresponde a los caracteres durables que en la ciudad del socavón y la floresta se distinguieron por el acierto del toque descriptivo y el realismo como versión acercada de la naturaleza, aún en páginas de romántico gusto o en las que avanzan con idealistas perfiles. Allí se leen los cuadros de costumbres de Anacarsis Martínez y los pictóricos brochazos de Luis A. Martínez, los poemas y los cuentos de los Mera, los versos de Miguel Angel Albornoz y Víctor Manuel Garcés.

Poco antes, en la "Revista de Quito" y como para cerrar el siglo, se abre paso una tendencia de modalidades concretas, de examen de realidades, de crítica. Escriben en sus páginas Manuel J. Calle, Luis A. Martínez, Roberto Andrade. El periodista que trazaría con gran poder figurativo la crónica del acontecer nacional, el novelista de "A la Costa" y el autor de "Pacho Villamar".

En la edad de los disparates y caricaturas de Martínez, apuntes del natural, según su propio juicio, en los cuales, sin más que la pincelada de la palabra, el giro de los episodios y la traza de los personajes, una luz de frente ponía de resal-

to los defectos lugareños y la ingenuidad o la malicia de los actores criollos.

Así con realismo que no excluye propósitos idealistas, viaje al campo de las aspiraciones, ascenso por la escala del mejoramiento, se cumple la obra de Martínez, varia y suscitadora, llena de las verdades del hombre y de la tierra, crítica y pictórica, de balances y de anuncios, desigual y sin embargo sostenida por la unidad de su espíritu, por el humano equilibrio de desazón y esperanza, tenacidad y fatiga, que se muestra en sus jornadas como en los tonos alternos de la naturaleza ecuatorial hecha de súbitas resolanas y de inesperados aguaceros.

Escribe al propio tiempo que pinta y se entrega con interés apasionado a las observaciones de la tierra, al saber de la Botánica, a los cuidados del jardinero, a la ciencia de los injertos, a los agobiantes trabajos del Ingenio de El Milagro en cuyos pantanos pasa largas horas para organizar la producción millonaria a cambio del mal de la neuritis, de síntomas que refiere con exactitud al describir los padecimientos del protagonista de su novela en cuyas facciones autobiográficas se ha reparado. Y así prosigue, desde un cargo de Obras Públicas hasta el ilusionado planteamiento de una línea para el ferrocarril al Curaray.

Los Libros y los Cuadros

Por entonces la familia que se reparte y congrega a la vez en los parcelados dominios de Lirias y Atochas, completa esa teoría de libros y cuadros, de descripción e introspección consonante, de almas y figuras, como para levantar biblioteca unánime, dentro de la personalidad y originalidad de cada uno de sus autores, y cubrir los claros de un pequeño museo con lienzos en los cuales, las pinceladas, por distintas o diversas que sean o que parezcan, brotan de la consanguinidad de los óleos.

Anacarsis Martínez traza la novela crítica y Augusto N. Martínez penetra en los pétreos volúmenes de la Geología y acuerda su saber con ese retoño en niño que distingue

a los de corazón socrático, mientras Nicolás se dispone a los pasos en cada día más encumbrados del andinista y a la historia completa de los altos nevados y Cornelia levanta aires clásicos de las teclas blancas y negras y busca la levadura de sonrisa de los modernos cuentos franceses.

Van los Mera, para cumplir el tránsito de los tiempos, de la rampante huerta de Atocha en la que se han dispuesto árboles añosos y ramas entremezcladas, a imagen y semejanza de los escenarios orientales de Cumandá, a los de la ciudad pequeña de las novelistas ecuatorianas, al teatro de ambientes propios de J. Trajano Mera, que apunta recuerdos de viaje y matiza su romancero y sus sonetillos con universales visiones, a las Serraniegas que brotan de las observaciones de Eduardo Mera con gustoso paladar y sonrisa iluminada de inteligencia y melancolía.

Desde los lienzos de Don Juan León Mera que reflejan selvática flora, va por Atocha y Lirias una tradición pictórica que como la literaria ha de continuarse después para ganar actualidad y ambiente, en los lienzos de Edmundo Martínez, en las novelas de Blanca, en los cuadros y en los cuentos de Eugenia Tinajero Martínez. Juan León Mera Iturralde completará una biografía colorida de campos de Tungurahua, y siempre poeta, dueño de espíritu seráfico, buscará el alma del paisaje, el aire sensitivo que unte los lugares, el tiempo latiente del valle y de la colina. Y nos dará vivo, el árbol del patio, el duraznero que saluda, detrás de la tapia, con su cabellera de ramas recién bañadas por la lluvia, o el cuadrante de sol que recorta vegetales sombras, o los árboles muertos y los árboles heridos. . . Eugenia Mera pintará campos eglógicos, senderos de pastores, luz que alborea por horizontes campesinos o que cae para bañar de rojez fugitiva los alrededores de Ambato. Pero es Luis A. Martínez el que antes y luego, ensaya y completa la biografía de sepia y nieve de los volcanes ecuatorianos.

Todo ha probado Luis Martínez con ánimo seguro y no obstante las respuestas sucesivas del desencanto, se configura la obra, pronta y libre, para dejar la lección que anuncie y estimule. Ha regresado del "Ingenio Valdez" con los ner-

vios mordidos por la intemperie, pero al cabo de una cura bajo los soles de Paita, de nuevo en Ambato, promueve y escribe y pinta, y el Agrónomo ordena y funda la Escuela de Agricultura, y aún cuando por breve tiempo, desempeña el Ministerio de Educación con extraordinarias iniciativas y establece la Escuela de Bellas Artes y salen de su escritorio los proyectos objetivos y su tema capital de la nacionalización de la enseñanza.

Deber del Viaje

Con el penacho de humo que golpea en las frutales avenidas y la entraña de fuego de su locomotora, penetra en Ambato el ferrocarril trasandino que Luis A. Martínez querrá llevar adentro de la selva en un empeño que se detiene por contradictoria voluntad y dispersión de los recursos del erario. Tres años antes, en 1904, ha salido de la imprenta nacional, en un tomito de corte alargado, como el de los libros franceses de la época, su novela "A la Costa", en edición de doméstico alcance, con un prólogo de Manuel de J. Calle, que pondera su habilidad descriptiva y anuncia la suerte iniciadora y despejadora de aquel fruto agridulce de sierra y de trópico. Generaciones destinadas a vencer la sequedad de las arenas y alcanzar el auge de los cultivos, obtienen enseñanza en sus entregas de Agricultura Ecuatoriana o en las someras lecciones de su Catecismo y desde entonces, todavía en juventud a pesar del paso claudicante de la polineuritis que le obliga a marchar apoyado en su bastón de chonta, su figura se delinea como de andina resistencia y en sus papeles y en sus libros se imprimen las señales de la verdad y la sensibilidad ecuatorianas.

Después, en sus penúltimas horas, su actitud de continuación y de resumen es la del pintor serraniego. En el lienzo de Atahualpa Villacrés está Luis Martínez en sus últimos días. Ha dado a la patria su energía varia. Ha contado con arribos prontos y casi afortunados, al lado, también, del quebrantamiento de la esperanza, de los encuentros hostiles o las horas indiferentes. En otro tiempo pintara la vereda amba-

teña, verde y frutal, que le condujo a su fiesta del corazón, a su pascua de amor en los jardines de Atocha. Más tarde iría a ver como batían los remos de los cóndores sobre la nieve del picacho y a otear la vasta selva de Oriente en la que las arterias de los ríos circulaban como cristalinas serpientes. . . . Había cumplido con su deber, casi heroico, por las razones de los despojos de la nave, de la ruptura de la azada en las entrañas de la tierra, de la quema del libro mejor, de la congelación de los pinceles sobre el lienzo del nevado. . . . En el cuadro de Villacrés aparece Martínez en el taller de las postrimerías. Un ambiente neblinoso llega hasta su estancia, desprendiéndose de la estatura de azul oscuro del viejo Tungurahua con el cual dialogara en sus horas de ambición de cumbre. Se ha quedado un tanto solo y el objetivo subjetiviza y halla eco de sus propias tristezas en el ya detenido molino que no sabe despertar el canto del agua y sobre cuya techumbre ya no se ve ni el aletear de un mirlo. Allí está en los días en los cuales figuraba con los pinceles el túmulo elevado apenas en la flor de tierra del panteón de Ambato, bajo el moral que le dieron sus coterráneos, como sombra y compañía, rindiéndose a la voluntad de su lienzo testamentario. Allí, en ese retrato último, al lado de su perro Derrepente que parece olfatear los óleos de su paleta; allí, como distendiendo la memoria por sitios y lugares, hecho de los sinsabores del combate de la vida, pero también de la sabiduría de la conformidad.

PROLOGO A LA PRIMERA EDICION

De la novela "A la Costa"

PRIMERA LECTURA

.....
.....
Cierro y apago . . .
Expliquémonos:

Este pequeño libro que tiene trazas de haber sido escrito a la ligera, como quien dice al calor de una primera, generosa inspiración, ¿viene a representar algo nuevo, alguna tendencia desconocida en la literatura nacional, o es una obra de tantas, destinada cuando más a la expresión de los sentimientos íntimos del autor, sin otra finalidad que la de proporcionar momentos de solaz al desocupado que la leyere?

Aquí, donde —salvo pocas excepciones honrosísimas—, la literatura no ha pasado de mero ensayo y los senderos han estado cubiertos de una maleza poética de imitación y trasplante, hacer un esfuerzo por dar la nota propiamente nacional mediante el estudio de las costumbres, la descripción del suelo, la expresión de los sentimientos y la revelación de los caracteres, es ya intentar algo útil que se sale de los carriles de la vieja rutina, y quien tal lo hace, si a su tentativa aúna un profundo cultivo a la verdad y a la justicia, es acreedor, cuando menos, a la simpatía de sus conciudadanos.

Por eso me atrevo a decir que este libro no es solamente un documento literario, cuyo valor sabrán apreciar las gentes ilustradas, sino también un grito de combate en defensa de

la moral social y de los derechos humanos, ofendidos y conculcados en campos donde la perversión medra y triunfa al amparo de un fanatismo religioso heredado de la Colonia y de prejuicios regionalistas tan infundados como necios.

En las páginas que siguen, dos cosas se manifiestan en primer lugar: la sinceridad del sentimiento y la fuerza plasmante de la descripción. No será acaso una novela acabada en la cual el interés se sostenga a costa de la verosimilitud, y las flores retóricas oculten la miseria del pensamiento; pero es una obra buena y una obra verdadera.

¿Qué viene a decir ella?

Viene a poner el dedo en las lacerías de una sociedad corrompida; viene a contarnos las tristezas del éxodo de la juventud serrana hacia los bosques occidentales en busca de pan y trabajo; viene a describir como nunca se ha descrito en el Ecuador, paisajes, usos y costumbres; viene, en fin, a romper bruscamente un molde antiguo y desportillado, para demostrar a los literatos ecuatorianos cuáles deben ser los procedimientos de la novela, entre nosotros. ¿No es esto algo?

La novela ha sido en el Ecuador género el menos favorecido, al mismo tiempo que la poesía lírica y ultra-romántica ha peluchado hasta el descrédito. Novelas tenemos, es verdad y muy apreciadas, escritas las más según el sistema que ya no se usa en parte alguna; pero, si hemos de exceptuar los felices aciertos de Baquerizo —“**El Señor Penco**”, lo que de “**Tierra Adentro**” se ha publicado, y la por desdicha inconclusa “**Evangelina**”, principalmente—, ellas no son un esfuerzo de ingenio para pintarnos tales cuales somos. “**Cumandá**” es planta exótica, dígame lo que se dijere, y “**Plácido**” y las “**Narraciones**” del excelente señor Campos tienen que ver más con Wisseman y Julio Verne que con inspiración alguna americana. “**Entre Dos Tías y Un Tío**” de D. Juan León Mera fue una muestra espléndida de lo que pudo aquel benemérito de las letras patrias; más, a dicho trabajo no sucedieron otros de la misma índole que debieron, y a mucha honra hacer escuela en nuestra república literaria. Nada quiero decir de “**Soledad**” de D. José Peralta ni de “**Luzmila**” de mi amigo Rengel, porque en ellas, al lado de recomendables aciertos,

la inexperiencia juvenil de sus actores ha puesto cosas que no entran en los terrenos del Arte. Y después, ¿qué resta?... **“¡La Banda Negra”**, del Sr. Alomía! ¡Las **“Ocho Cartas”**, del señor Alvarez!

De manera que **“A la Costa”** es al mismo tiempo, un esfuerzo y una novedad... ¿Van a asustarse ustedes? Pues bien: **“A la Costa”** es la novela realista en el Ecuador, con todas sus crudezas de estilo y sus tendencias moralizadoras, no por medio del buen consejo sino de un cauterio eficaz y pronto...

—¿El realismo! ¡Y qué! ¿No es eso ya cosa desacreditada, desde que el Sr. Brunetiére la puso en solfa, y se empeña el Sr. Bourguet, el de la psicología falsificada en una literatura de tocador, en renegar de sus buenos tiempos por razones de catolicidad y nobleza? ¿El mismo Zola no dió un enorme salto en sentido casi romántico de las atrocidades y porquerías de **“Tierra”** a los poemas simbólicos que bautizó con el nombre de **“Los cuatro Evangelistas?”**... —He aquí una necesidad muy repetida. Desde que Flaubert escribió su **“Madame Bovary”**, ¡cuántas tonterías se han dicho contra el naturalismo, hasta presentarle como un caso de verdadera degeneración! Pero el naturalismo, llámese con el nombre que se quiera, es ya una condición de existencia en el arte moderno; y como tal condición, imperecedera, mientras la vida se imponga y la lucha sea imprescindible. Precisamente, si nuestra literatura ha sido tan flaca y eso que nombres hay en el Ecuador como los de Olmedo, Llona, Zaldumbide, Montalvo, y Mera que sacan airoas nuestras pretensiones de hombrearnos con gentes decentes en el palenque intelectual—; precisamente, si nuestra literatura ha sido tan flaca, repito, es porque, asidos a la campana rota de un romanticismo de mentirijillas, hemos hecho ascos a la expresión de la verdad y a la sinceridad del sentimiento artístico. Y sin verdad ni sinceridad, pueden las obras de arte tener la belleza de flores de alcorza dentro de vasos de cristal, pero nunca la frescura y la fragancia, el color y la animación de lo que palpita y vive.

La forma no es el todo en literatura; el todo son la fuerza que crea y el sentimiento que cautiva: prueba de ello es que la forma rinde culto a la moda, varía en sus accidentes, se acredita por más o menos tiempo según los gustos de la época y los caprichos de las escuelas, y lo substancial, la revelación del ingenio, permanece en el fondo, inmutable, grandiosa y siempre adorable. Esta revelación no podría jamás alcanzar tal vida, si en ella no tuvieran algo que ver el medio circundante y las exigencias sociales de los días en que se escribe y crea. Y he aquí el realismo, la fotografía de la sociedad y la pintura de los acontecimientos humanos, considerados a través de un temperamento.

"A la Costa" es el primer libro de esta naturaleza que se publica entre nosotros. Los que algo apreciamos el movimiento intelectual en el Ecuador, debemos hacer un deber de cortesía el saludar su apareamiento, sea cual fuese el fallo final de la crítica.

Conocidas como son la opinión y manera de ser de ciertos sujetos que ejercen el magisterio en periódicos y revistas, según los cánones de un clasicismo matador, de dómine de aldea; no será extraño que la pudibundez literaria se cubra las narices ante el libro del señor Martínez. ¡Cómo! En esta República sacratísima, en la cual los gustos literarios apenas si han salido puertas afuera de la iglesia, hay uno que se atreve a hablar de nuestra sociedad, no pintando amores románticos sino vacíos sociales en que el fraile y la beata andan siempre por medio? Caídas amorosas, penalidades de pobreza, desengaños y desilusiones... ¡Bonita materia para una novela, donde los buenos triunfen y a los malos se les lleve el diablo, para lección y escarmiento de muchachas casaderas a las cuales tienen la cabeza a pájaros las lucubraciones del señor Escrich y de la señora Sinués del Marco!... ¡Está bien! Pero que no se levante el velo, que no se rompa un vidrio, que no se mencione siquiera el pecado: el malo lo es porque sí: imposible decir maldades, pues corre peligro la moralidad de las chicas inocentes que van a ver las comedias del género chico donde la moralidad y la castidad andan por todo lo alto... ¿Esto se llama hipocresía?

Pero, como quiera que sea, el autor debe haber quedado contento de su obra... ¡cabalmente por eso! Porque, queriendo ser justo, ha sido observador; y habiendo observado muchas miserias, ha sabido revelarlas con franqueza...

¿Y qué le va a importar la grito de los pudibundos, que todavía creen que la novela es un pasatiempo y no un verdadero libro de combate y propaganda, arma que manejan todos los partidos sin ser desdeñada ni por los mismos clérigos que han fabricado el **Indice Expurgatorio** para divertimento y satisfacción de la literatura ultramontana? Si ha cumplido con un deber de conciencia es lícito que se crea por encima de tales ataques.

* * *

Lo admirable en "**A la Costa**" es la habilidad del autor para la descripción. Comienza con el cuadro conmovedor del terremoto de Ibarra y de ahí siguen páginas y páginas en que la Naturaleza vive en frases de una plasticidad inapreciable. Además de la narración del combate de San Miguel de Chimbo, del capítulo de los ejercicios espirituales, principio del fin para la pobre Mariana, párrafos hay que no los despreciaría el mismo Pereda, en la parte descriptiva. No conozco escritor alguno que haya pintado las haciendas de la costa con mayor verdad, fuerza y colorido que nuestro autor. Todas las escenas son vividas, todos los paisajes fotografiados del natural con una atención tal, que necesario es conceder al fotógrafo un carácter de observación que le llevará muy adelante en el género que ha escogido para sus trabajos. Y detrás del paisaje, o en el fondo mismo de él, el movimiento expresivo de la poesía. Esa es la solemnidad inmensa, el silencio de un campo de batalla por la noche: duermen todos, cansados de las emociones del día terrible, y "por el aire brumoso, por ese cielo sin luna, vuela un soplo de horror inexplicable y de infinita angustia", al mismo tiempo que un perro aulla a la distancia en una loma perdida en la sombra... y hay gritos de heridos y relinchos de caballos... Y esa noche tremenda de Ibarra, imperecedera entre los recuerdos

del desventurado Doctor Ramírez. ¡Tiene aquel pasaje una fuerza tan abrumadora de verdad y de color, que casi es un cuadro al óleo!... Lo propio se puede decir de todo lo que se refiere al Bejucal.

Véase este paisaje en cuatro palabras: Una navegación nocturna por uno de nuestros ríos:

“La noche es oscurísima, apenas se veían las orillas del río informes y borrosas y no se podía adivinar dónde principiaba el cielo y acababa la tierra. En alguna vuelta del río se divisaba alguna lucecilla que se reflejaba en las aguas negras como deben de haber sido las del caos. Era alguna cabaña, o alguna canoa que bajaba el río. A gran distancia entrevióse un instante el penacho de chispas de un vapor en viaje a Babahoyo, y se oyó una pitada angustiosa y entrecortada. Hacia el Oriente, algunos relámpagos silenciosos iluminaban contornos de nubes negras o de cerros desconocidos. Las aguas mugían mansamente, algún pescado grande hacía chasquear el agua con un rápido chapuzón, se escuchaba por no sé dónde el balido porfiado de una vaca, y allá, muy lejos sin duda, tal vez en una cabaña de carboneros, o en la solitaria casa de un vaquero, un perro ladraba con voz acompañada y monótona”.

Ahora, una escena conmovedora. Estamos en la Casa de Ejercicios:

“Llegó la tarde dedicada al sermón del Infierno. Un fraile franciscano, flaco, de ojos hundidos, barba prominente y aire dominador ocupó el púlpito. Paseó la mirada casi amenazadora por todos los ámbitos de la iglesia, apoyóse en el borde del púlpito con las secas manos, y principió el sermón con voz sorda y pausada. Poco a poco las palabras hicieron más recias y huracanadas; ya era la pintura del eterno fuego que consumía los réprobos, ya los alaridos inextinguibles de las almas condenadas, ya la descripción espantosa de los suplicios que castigaban la carne pecadora. Describía con voz conmovida y terrible, la desesperación infinita de los que pudiendo salvarse no lo quisieron, y citaba ejemplos espeluznantes. Y esos cuadros y escenas de horror des-

filaban por la imaginación enfermiza de pobres mujeres nerviosas, mal alimentadas y talvez neuróticas.

"Se oyeron gritos, suspiros, sollozos desesperados, golpes de pecho, voces de perdón y de arrepentimiento. En todo el auditorio había un verdadero frenesí de terror. Luego de haber producido este efecto, el fraile con voz tonante increpó a los pecadores, llamó a los felices del mundo, a los reyes del placer, a los que habían gozado con el cuerpo en detrimento de la pobre alma, los llamaba a todos a una inmediata conversión, a una abjuración completa de los errores, a una renunciación de los vicios, para así librarse del infierno que tan horrible había pintado en su sermón.

"Mariana, aterrorizada, oculta la cara en los pliegues del pañolón, lloraba a gritos. Lloraba su falta, su pecado; estaba impura, estaba desflorada. Para ella el infierno, para ella los tormentos, para ella la desesperación infinita. Parecía que el pecho se le rompía en pedazos, que una cuerda la estrangulaba; atormentábala una imperiosa necesidad de gritar y de confesar su falta a todo el mundo. ¡Con qué placer desgarraría esa carne manchada por la lujuria, valiéndose de hierros candentes, para así librarse del fuego eterno! Sí, el fuego, ahora lo veía por todas partes; brotaba del piso de la iglesia, de las paredes, de los confesonarios, de los mismos altares; ya no era la iglesia, era el infierno y en medio de las llamas estaba Luciano que la requería para ocupar un lecho de brasas... Sí, era el mismo Luciano...

"—Dios mío! ¡Perdón! Virgen mía!... Estoy... gritó con voz aguda y cayó desvanecida al suelo, arrojando por los entreabiertos labios espumarajos sangrientos y dando roncidos como de res herida".

Un peón mordido por una culebra:

"De una cortina de enrederas, se desprendió alguna cosa y cayó sobre la espalda de Rana; el peón, con el golpe inesperado, incorporóse rápidamente y debió ver entonces algo de terrible, porque dió un grito...

"—Qué es?... qué es?— preguntó Salvador...

"—Blanco!... Acaba de norderme en el cuello una Equis...

“En efecto, una inmensa serpiente equis había caído sobre el peón, la que, después de clavar los agudos colmillos en el cuello de la víctima, se preparaba a secundar el ataque, irguiendo la horrible cabeza de forma de candado, las fauces abiertas, mostrando los colmillos preparados, los ojos glaucos inmóviles. La piel, color de tierra con escamas cenicientas y fajas negras, se agitaba con una convulsión incesante, como si fuera gelatina que brillara al sol. Por el ambiente se extendió un olor fuerte de almizcle, peculiar a las serpientes enfurecidas.

“Rana se vió perdido, pues sabía que las mordeduras de la equis son casi siempre mortales, y absolutamente si son en el cuello. Con todo, quiso matar al horrible monstruo. De un machetazo dividióle la cabeza y de otro la cola que azotaba con furia la tierra lodosa, aventando grumos de lodo...

“Salvador acercóse a Rana. Del cuello del pobre montuvio se escapaban unas gotas de sangre. Parecíale increíble al joven que una herida hecha como con un alfiler pudiera ocasionar la muerte...

“Un violento temblor nervioso sacudió las hercúleas formas de Rana, rápidamente hincháronsele el cuello, la cara y los brazos; el cutis mulato tomó el tinte azulino; de las narices, de la boca, de los ojos, de las antiguas cicatrices, brotó sangre rosada. Los otros peones rodeaban al moribundo, que había caído en el lodo. Con las manos que se agitaban frenéticas, trataba de arrancarse algo que creía le ajustaba la garganta. Los ojos horribilmente abiertos y enrojecidos por la sangre, giraban hacia todos los compañeros, como implorando auxilio y consuelo. Un instante intentó, por un violento esfuerzo, ponerse de pie, pero cayó de bruces, arando con la frente el lodo sangriento y las manos contraídas arañaban desesperadas la tierra...”

La tarea de acumular citas de descripciones parecidas sería larga y fácil. Puede el lector abrir el libro, y las hallará a porrillo en casi todas las páginas, singularmente en la segunda parte.

Me olvidaba decir que Martínez así escribe como pinta... y pinta sólo paisajes de un crudo naturalismo.

* * *

Salvador es un símbolo, representa toda una colectividad... Figura briosamente trazada es la de aquel desventurado que avanza por los senderos de la vida cargado de un sino fatal que le empuja al dolor y al desengaño. Amigo que le traiciona, madre que se embrutece, hermana que se corrompe, sociedad que le rechaza, pobreza que le abrumba, hondo desaliento que le llena el alma de tinieblas: he ahí los compañeros de su peregrinación. Aferrado a viejas ideas, empuña el arma para defender lo que cree representar los intereses religiosos; y combate como bueno, y en la noche misma de la derrota, mira la futilidad de su obra, y rompe con su ideal, en un desgarramiento doloroso de su ser... Va a la conquista del pan, y cuando después de penalidades sin cuento, se acerca a la orilla apetecida, con el porvenir que le sonríe y el amor que le conforta, cuando va a ser padre y se ve, por fin, estimado, una enfermedad terrible, la polineuritis, que el autor ha descrito con rasgos magistrales —como quien ha pasado por idéntico trance distante del suelo nativo y cercano a la desesperación—, le hunde en la tumba.

Este Salvador, a quien la pobreza lleva a tierra caliente haciéndole soñar con la esperanza es, ya lo he dicho, la juventud de las comarcas interandinas que emprenden el mismo viaje para cosechar iguales amarguras.

¡Y qué tipos los de la hacienda del Bejucal! Ese Fajardo, el zambo Administrador, que tiene en sí el odio al blanco y la inquina contra los serranos, está retratado con una energía admirable; y los peones, hato de bandidos, que continúan y extreman la obra del Administrador! Ese Gómez, buena persona, en cuyo hogar encuentra el pobre alivios y consolaciones! Las mujeres no están caracterizadas con igual maestría. Mariana es una muchacha histérica a quien la malvada Rosaura precipita en brazos de un fraile; Consuelo es un ángel; la madre de Luciano toda una señora chapada a

la antigua, pero son figuras que se esfuman y llaman apenas la atención al lado de la de Ramírez. Ninguna, ni por la nobleza de la virtud o la profundidad del vicio, sale de la talla natural, de la común vulgaridad de las gentes que a diario vemos y tratamos. Lo propio se puede decir de aquel Luciano que después de pasar rápidamente por la escena, viene, al fin, a recibir el último adiós del amigo moribundo al cual había traicionado, robándole el honor de su hermana.

La impresión última es triste y desconsoladora: el hundimiento de una esperanza y la caída de un ideal. Pero la vida ¿es otra cosa?

* * *

Aquí sería el lugar de decir algo del autor del libro en cuestión; pero Martínez no es un desconocido en el campo de la literatura y en el de la política para que haya menester presentaciones hechas por plumas tan poco autorizadas como esta pecadora que yo manejo. Además, un escrupulillo me anda por dentro al escribir este deshilvanado artículo, pues no han de faltar quienes achaquen a ruin prurito de lisonjear al Ministro de Estado, lo que es un acto de estricta justicia hecha al camarada y amigo de tiempos en que ni él escribía novelas ni soñaba con la poltrona ministerial.

Como político y como literato la carrera de Martínez ha sido tan rápida como afortunada. Como muchos otros que necesitaron del movimiento de Junio para poner en relieve sus aptitudes, Martínez es hijo de la revolución liberal, que puede haberse falseado lamentablemente sobre todo en el punto doctrinario, —averiguación que no es de este lugar—, pero que, sin duda, determina el comienzo de una transformación social en sentido civilizador y progresista.

Nuestro autor se dejó llevar por la corriente de la época tal vez con más bravura que fortuna; y combatió con las armas y con la pluma. Hijo de Ambato, ciudad que ha dado a las letras patrias nombres como los de Montalvo, Cevallos (d. Pedro Fermín) y Mera, sintiéndose animado por la fe en el ideal y el ansia enorme de reacción y reivindicación que

en aquellos días era la característica de la política, mal podía dejar de asistir a la cita del patriotismo en los campamentos liberales. Pero, como a tantos, el desencanto le vino pronto: en la angustia de la convulsión revolucionaria, en frente de formidables resistencias, no era posible realizar todos los ideales y volver efectivas todas las esperanzas de reforma social, eficaz, rápida, implacable; y muchos se llamaron a engaño y se retiraron más o menos entristecidos: Martínez fue de esos. Así, no le vemos aparecer sino tres años después, como diputado por su tierra nativa al Congreso de 1898. En aquella Legislatura de tempestades parlamentarias, fue de los pocos radicales que afrontaron la situación —la cual nada tenía de fácil—, con todas sus consecuencias, habiendo hecho lo propio en la del año siguiente, a la que también asistió. En seguida se fue a la Costa, administrador de una de las más grandes y valiosas haciendas de la República, para hacer anticipadamente del Salvador de su novela, con mucho trabajo, muchas penalidades y la polioneuritis final, que si no le llevó a la tumba, le precipitó en la antigua pobreza, dejando en su persona un sello imborrable.

Luego, a la casita propia: no pudo ser profeta en tierra ajena, y volvió como Sancho del gobierno de la Insula... Aquí —contrariando las palabras del Evangelio—, le esperaba sonriente no la fortuna —que sería mucho decir—, sino algo tan estimado como ella: los halagos del poder. De tres saltos se plantó en el Ministerio: uno a la Jefatura Política de su pueblo; a la Subsecretaría de Instrucción Pública el segundo, y al tercero... ¡Ya está! —Yo no le he buscado, dice él; sino que me buscaron, y luego las circunstancias vinieron a determinar mi posición—. Y es la verdad; le consta a la República...

Vida corta —porque Martínez es joven—, y bien vivida: ¿no es cierto? De lo que en el Ministerio ha hecho, de lo que piensa hacer, de lo que el país ha adelantado, en esperanzas por lo menos, durante los pocos meses de su gerencia ministerial, no nos toca hablar. Los que, en el comienzo, fueron sus émulos y enemigos lo están hoy alabando: esto prueba alguna cosa.

Su carrera literaria ha sido, asimismo, rápida, y si está lejos de coronar la cumbre, el porvenir que se le ofrece no deja de ser muy halagüeño.

Desde 1898 que se presentó resueltamente en la prensa, su labor ha sido tenaz, a pesar de que sus ocupaciones preferentes le han llevado por sendas muy distintas de la literatura.

Comenzó por el estudio de costumbres, que requieren dotes muy especiales de observación, y la crítica donosa, el bien intencionado cuadro, la fina sátira son, verdaderamente, su fuerte. Un librito suyo, "**Disparates y Caricaturas**" mereció benévola acogida de parte del público. Y trabajos hay en aquel opúsculo, como "**El Doctor**", "**Delicias del Campo**", etc., que se salen de los términos de la medianía, por la exactitud de la observación y la verdad de la pintura, cosa tanto más recomendable cuanto en el Ecuador ha sido no muy afortunado dicho estudio, a pesar de los esfuerzos de D. Juan León Mera —a quien hay que citar siempre en casi todos los géneros literarios—, el venerable Cevallos y D. José Modesto Espinosa.

Luego, ha dado a luz textos de Agricultura, y tiene en publicación una obra muy vasta sobre el mismo asunto, cuyos primeros tomos han sido recibidos con general aplauso y como un verdadero favor que se hace con ellos a los agricultores ecuatorianos.

Y después... ¡una lluvia de artículos! Reforma social, política, viajes, crítica literaria y artística, ¿qué no ha sido tratado por su pluma? El nombre de Fray Colás, su pseudónimo de combate, ha llegado a popularizarse entre los que alguna atención prestan al movimiento intelectual de esta República.

¡Y todo esto en medio de peligrosas enfermedades, labores agrícolas y agitaciones políticas y ministeriales, y moviendo incesantemente el pincel para dar la vida del arte a las grandiosas perspectivas de nuestra Cordillera, y andando de ceca en meca, ya con la idea de trazar un camino, ya con el peligroso objeto de trepar las cimas elevadísimas de los volcanes...

No es un genio, ni mucho menos; pero su constancia en la faena y la claridad de su talento, le conducirán a envidiables triunfos en todos los campos que penetre.

En éste como en los demás libros de Martínez, hay vacilaciones de forma y vicios de estilo y de lenguaje que revelarían inexperiencia si no me apresuro a decir que todos esos libros son de primera intención, es decir, que el autor los arroja a la calle sin cuidarse de corregirlos: esto no le salva, por supuesto, pero esto explica el desaliño de que a veces adolece. Ni presume de literato, ni hace caso de sus escritos, contento de tener gran facilidad de expresar sus pensamientos o dar forma a algún honrado deseo.

No obstante "A la Costa", lo propio que la colección citada de artículos de costumbres, le sería al autor de facilísima corrección, si en el fondo de su genial abundancia y de su laboriosidad a prueba de bombas y terremotos, no alentarán la infinita pereza, la repugnancia invencible de volver sobre lo ya escrito para la obra de caridad de una simple mano de gato...

¡Ni aun en pruebas!

Y con esto pongo punto final, lector amigo, pidiéndote perdón de haber abusado de tu paciencia con charla tan insubstancial como descosida.

Ahora, éntrate sin miedo por las páginas que siguen, y muy descontentadizo has de ser si en ellas no encuentras alguna flor de sentimientos que te perfume por una hora.

Quito, 30 de Junio de 1904.

M A N U E L J. C A L L E

A LA COSTA

(COSTUMBRES ECUATORIANAS)

Primera Parte

I

Aquella mañana de Agosto, clara y llena de sol, el doctor Jacinto Ramírez, habíase puesto a trabajar en su escritorio antes de la hora acostumbrada. Sentado en un viejo sillón de vaqueta estampada, teniendo delante varios legajos de papeles amarillentos, y con su rostro enjuto, pálido y sombrío, y su larga barba gris, se asemejaba a los alquimistas de la Edad Media. Un rayo de alegre sol que entraba por una ventana abierta, iluminaba vivamente la figura del doctor, y dejando en una espesa penumbra lo demás de la habitación, daba a todo ese pequeño cuadro un aspecto casi fantástico.

Profunda preocupación o tristeza contraía frecuentemente el rostro impasible del doctor. Algo como una idea penosa y pertinaz atormentaba su cerebro porque a cada instante dejaba la pluma, volvía a tomarla, trazaba algunas palabras en el expediente que tenía delante, para volver otra vez a suspender el trabajo. Al fin abandonó el sillón y púsose a pasear lenta y maquinalmente por la larga y oscura sala, acariciándose con una mano la larga barba, los ojos distraídos y como sin vida clavados en el pavimento, señales todas de una grave preocupación. Un instante paróse en el cuadro de luz que entraba por la ventana y fijó sus ojos en un ennegrecido retrato de cuerpo entero que se disfuminaba en el fondo de la sala, contuvo un involuntario suspiro, y algo como una lágrima brilló en la mejilla iluminada vivamente por el sol. Volvió a inclinar la cabeza sobre el pecho, metió las

manos en los bolsillos del largo paletó que llevaba, y continuó el interrumpido y monótono paseo.

¿Qué era lo que atormentaba al doctor Jacinto Ramírez, abogado de Quito, en aquella mañana clara y soleada del mes de Agosto? El recuerdo de una catástrofe espantosa, cuyos detalles rememoraba uno a uno como si se complaciera en ellos, era lo que le traía tan preocupado y abatido...

El 16 de Agosto de 1868, veintidós años antes, Jacinto Ramírez era estudiante de quinto año de leyes en la Universidad de Quito. Para esa fecha había ya rendido con buena votación sus exámenes, y preparábase a marchar, para pasar las vacaciones, a Ibarra en donde vivía su familia, numerosa y considerada en la capital de Imbabura. Aquella noche dejó sentir en Quito un terremoto fortísimo, que agrietó casas y echó al suelo algunas construcciones viejas y mal equilibradas: lo que fue temblor fuerte en Quito, en la rica provincia de Imbabura fue cataclismo formidable. A la tarde del 17 de Agosto circuló en esa ciudad la inverosímil noticia de la destrucción de los numerosos pueblos de Imbabura. Ramírez intranquilo ya desde la víspera por la suerte de los suyos, con la noticia traída por un chagra de Otavalo, púsose violento y resolvió salir esa misma tarde para su tierra natal. Como concibió la idea, la realizó. Al anochecer del 17 galopaba en un mal caballo de alquiler, camino del Norte. Confusamente recordaba el doctor los detalles de ese viaje, tenía idea de casas resquebrajadas o ruinosas que bordeaban el camino y de grupos de gentes azoradas que a cada instante detenían la marcha de su caballo. ¿Caminó toda la noche? No lo recordaba, pero sí tenía aún en sus oídos el aullido de un perro vagabundo, en una loma; y en su retina, el resplandor de una hoguera, en alguna choza cercana...

En la mañana del 18, después de pasar, no sabía cómo, los ríos sin puentes y los caminos convertidos en precipicios, dio vista a la provincia de Imbabura, a la que diez meses antes había dejado tan risueña y próspera. Como un alucinado, sin hacer gran caso de los pueblos y caseríos arruinados, y sin conmoverse con los alaridos salvajes de los sobrevivientes, caminaba, caminaba, dando largos rodeos, con una es-

pecie de instinto maravilloso para salvar los abismos que a cada paso cortaban el camino. Al anochecer dio por fin vista a la llanura inmensa de Ibarra. ¿Por qué no enloqueció entonces? Lo que tenía delante de sus ojos era algo peor que las visiones terribles de la pesadilla. La gran campiña sembrada antes de ciudades, pueblos y haciendas, estaba allí a su espantada vista, informe, monstruosa, como si en todo el territorio hubiera estallado una mina inmensa. Las casas eran montones fragmentarios de piedras, tejas pulverizadas y maderas reducidas a astillas. Algún arco de iglesia resquebrajado se levantaba todavía como gigante solitario. Los árboles mismos, los copudos nogales, las palmas, los sauces verdes, que daban a Ibarra un aspecto oriental, como si hubieran sido asoñados por un ciclón furioso, estaban allá tronchados o arrancados de cuajo, las raíces al aire, asemejándose a tentáculos de pulpos gigantes. Las llanuras, ayer verdes, unidas, tersas como alfombras de terciopelo, surcadas estaban por anchas grietas de las que manaba, como la podredumbre de la tierra, un lodo viscoso y hediondo, y las tendidas lomas que por sus redondeces abultadas parecían antes los pechos de una naturaleza generosa, ahora estaban desgarradas por el azote, mostrando quebradas y precipicios rocas y peñascos, vacíos de la tierra fecunda.

Y luego, en medio de ese cuadro digno de las visiones del Apocalipsis, como natural cortejo de un mundo lacerado y herido de muerte, alaridos salvajes de los sobrevivientes que huroneaban los escombros; gritos ahogados entre las ruinas, pidiendo socorro; el ruido sordo de un lienzo de pared mal equilibrada que se despoма levantando nubes de polvo; algún perro enflaquecido, el pelo erizado, los ojos brillantes, aullando por el perdido dueño; y en los más remotos confines de ese campo de catástrofe, balidos temblorosos de reses espantadas...

Todavía a la memoria del doctor acuden en confuso tropel, detalles vivos y horripilantes... Brazos y piernas sangrientos asomando entre las ruinas y sirviendo de pasto a miriadas de moscas; algún rostro exangüe y contraído por la visión última, saliendo entre dos fragmentos de muralla; al-

guna tela de vívidos colores, como florescencia de ese campo de destrucción. Y en todo el ambiente un olor de carne corrompida, olor de cementerio, de campo de batalla, de cataclismo. La desesperación, la locura, el idiotismo, pintados en los rostros de los sobrevivientes vestidos de harapos. Y la naturaleza, en tanto, como burlándose del dolor humano, haciendo lujos de nubes coloreadas, de cielo azul, de calma majestuosa y solemne; y el Cotacachi, eterno e impasible, resplandeciente con el último rayo del sol de la tarde, dominando la inmensa llanura cubierta ya de las tintas de la noche.

En la memoria del doctor hay un vacío. No recuerda cómo encontró el sitio donde antes se levantada el hogar de sus padres, ni de qué modo pudo orientarse en ese mar de ruinas informes que impedían el paso. Cuatro indios melencólicos, de caras siniestras y miradas sombrías, le acompañaban, de muy mala voluntad, sin embargo de haberles dado en pago todas las pocas monedas que llevaba. Tampoco tenía una idea clara de los trabajos emprendidos en medio de los escombros para encontrar los cadáveres de los suyos. ¿Todos habían perecido? ¿Alguno estaba vivo aún después de tres días de estar sepultado? ¿O andaba vagando por ese caos? Pronto lo supo. Como si la víspera hubiera presenciado la escena, el doctor recordaba que al separar una enorme viga apareció el cadáver del padre con la cabeza partida y horriblemente desfigurada, y con una mano en actitud de separar el pesado madero. El mismo, el hijo, con una indiferencia estúpida, había ayudado a mover el obstáculo y él mismo levantó trabajosamente el cadáver y lo colocó sobre los escombros. Siguió la faena y a poco fue encontrado el cadáver de la madre, abrazado al de una niña de pocos años. Ambas mostraban rostros horriblemente contraídos por la suprema angustia de la asfixia. ¿Cuántas horas esas dos criaturas agonizaron pidiendo un auxilio imposible? Más lejos el cadáver de un niño, de un hermano del doctor, casi destrozado y convertido en un montón de huesos triturados y de carnes laceradas. . . Y luego, más cadáveres, más horrores; toda la familia, en fin, sorprendida por la muerte en medio del sueño tranquilo y dulce. Des-

pués, el doctor no recordaba ni cómo ni en dónde enterró en confuso montón sin duda alguna, a todos los seres más queridos. ¿Cuánto tiempo tardó en llenar esa faena horrible?... Luego vino otra noche, pasada, tal vez, porque él no lo recordaba, al abrigo de una muralla en pie todavía, viéndose circular por entre las ruinas, las lucecillas que iluminaban la labor de los vampiros, de los merodeadores en busca de infame botín; oyéndose algún sordo alarido de los infelices todavía vivos bajo los escombros; el mugido de un vientecillo helado entre los rotos arcos de un templo cercano; el aullido incesante de un perro extraviado; sintiendo que por el aire vagaba algo como el soplo de la muerte y del estrago... No enloqueció aquella noche horrible, no murió; pero sí al día siguiente había envejecido medio siglo. El alma fue herida como un cuchillo agudo, las facultades se embotaron y la noción del tiempo desapareció de su conciencia. Aun después de veinte y dos años, un horroroso estremecimiento conmovía todas sus fibras; el corazón le latía apenas, y a sus oídos llegaban los ruidos siniestros de aquella noche, y en el aire puro de la mañana que iluminaba la mesa de trabajo creía escuchar ese algo desconocido que anonadó entonces sus facultades como el soplo de un inmenso ángel de exterminio.

Después, lo recordaba sin saber cómo, fue a parar a un campanario improvisado por los sobrevivientes, con pedazos de puertas y con harapos arrancados de la ruinas. Allí comió unos gramos de maíz tostado en una teja, con avidez salvaje, porque hacía cuatro días que no había comido, o a lo menos no lo recordaba. ¿Cuántos días pasó en ese campamento?. No lo sabía; pero con lucidez rememoraba la venida de los socorros traídos por García Moreno, la actividad devoradora de éste, su energía sobrehumana para vencer los obstáculos de toda naturaleza, su caridad inmensa. ¿Acaso ese hombre era el mismo de Jambelí?...

Años después había vuelto el doctor a su tierra natal. Los edificios se levantaban por todas partes; donde fue la casa de sus padres había otra, habitada por desconocidos; los árboles volvían a dar a Ibarra el aspecto de ciudad

oriental; el césped de los campos estaba verde y unido; y las lomas, redondeadas otra vez, por las lluvias y los vientos, asemejábanse a los pechos de una naturaleza fecunda; y allá en el fin de la llanura, el Cotacachi resplandeciente con su corona de nieve eterna, dominaba impasible y mudo la risueña provincia de Imbabura. Todo volvía a su antiguo estado, sólo el alma del doctor había quedado entenebrecida para siempre y tocada por una ponzoña incurable: la hipocondría.

II

El tiempo es el gran médico de las enfermedades del alma; atenúa, cuando no borra, las peores heridas. Ramírez sintió esa benéfica mano tan suave, tan insensible en la manera de obrar; y pasados dos años del terremoto, en el cual había perdido familia, fortuna y gran parte de su vigor moral y de la fe en el porvenir propio, fue relegando a un rincón de su memoria los penosos recuerdos de entonces. A poco del cataclismo, regresó a Quito a continuar los interrumpidos estudios, único porvenir que le quedaba; pues el patrimonio con que antes contaba la familia, una tienda de comercio, había desaparecido en la catástrofe. Difíciles fueron los días que atravesó en Quito; con una mensualidad de diez pesos mandada por un cura, pariente lejano que vivía en un pueblo de la Costa, era necesario vivir; con esa exigua suma pagaba el miserable cuartucho y la ruin comida que le daban en un figón, y muchas veces faltaba la hedionda vela de sebo para poder estudiar las lecciones. Haciendo prodigios de economía y guardando centavo a centavo podía comprar la pobre ropa que necesitaba para poder salir a la calle y asistir a los cursos. Todas las expansiones propias de la juventud le estaban absolutamente vedadas y los amigos que podían ayudarle en algo y ser a veces un recurso inapreciable para las luchas de la vida, eran para Ramírez de pura etiqueta; pues él cohibido con la pobreza y su carácter huraño y triste, nunca intimó con nadie. Concluyó empero, los estudios: atenta su notoria pobreza y

teniendo en cuenta la aplicación y aprovechamiento notables, los derechos de exámenes y grados le fueron dispensados. ¡Con cuanta emoción recibió del pariente cura una pequeña suma de dinero destinada a comprar la levita y el sombrero de copa para el grado! Este fue lucido y obtuvo una votación sobresaliente. ¡Cuánta vergüenza tuvo el nuevo doctor, al no tener con qué comprar una mala botella de vino para invitar a los profesores y condiscípulos, como es de costumbre en estos casos! Solo, huraño, avergonzado, con la muerte en el alma, dirigióse, concluido el examen a su pobre cuartito, testigo de tantas miserias y amargas y de tanto tesón y buena voluntad sin tener a quien comunicar el triunfo obtenido, sin que hubiese una madre llorosa de placer ni un padre emocionado de contento que acogieran al nuevo abogado. Esa noche, que para tantos otros estudiantes, es de alegría, de goces mil, de esperanzas, fue para Ramírez de lágrimas.

Poco a poco ganó algunas sumas de dinero en pleitos de asuntos de menor cuantía, hasta que la defensa que hizo ante un consejo de guerra de un pobre artesano acusado de conspirador, dióle con el triunfo, merecida fama de elocuente y conocedor de la Ley. Luego vinieron otras causas más complicadas; en el despacho de los juicios anduvo acertado, y su reputación de abogado ganó bastante terreno. Estaba pues, libre de la miseria y con el porvenir asegurado.

¿Cómo se enamoró el joven abogado por primera vez? ¿Sintió acaso esa necesidad del corazón que se traduce en el deseo de entregarse a otro, o fue una simple impulsión de la materia, despertada tarde, después de un sueño causado por la hipocondría y el trabajo incesante, o por haberse negado tenaz a los deseos que le atormentaban? Vio a Camila Quiroz, con motivo de un pleito en que él la defendía, relativo a una herencia y se enamoró de ella. No mediaron amores románticos, ni exageraciones; vióla conveniente para hacerla su mujer y, sobre todo, vióla fácil de conseguirla sin tener necesidad de largas esperas y de dilaciones; se casó con ella, mitad por necesidad del cuerpo pues Camila sin ser bella, tenía ese atractivo especial de las cuarentonas, que encienden los de-

seos en esos hombres calmosos y tristes como el doctor Ramírez. A poco del matrimonio, el carácter de Camila descubriose tal cual era; una mezcla informe de pasiones ardientes y de frialdades extrañas; de entusiasmos momentáneos y cálculos ruines, y dominando en todo, un exagerado espíritu religioso, un fanatismo elevado al último extremo; enfermedad muy común en las mujeres de esa complexión física, enfermedad de herencia española, aumentada por generaciones dominadas por los sacerdotes. Enfermedad agravada por nuestras costumbres, nuestro cielo triste, nuestro paisaje agreste. Todos estos factores han hecho de la mujer ecuatoriana y muchas veces del hombre, un ser débil, de poca iniciativa y una víctima de las enfermedades nerviosas. Debido a esta idiosincracia nacional, toda innovación se ha considerado como un peligro, toda ambición de mejora social y política, peligrosa y toda expansión, criminal.

El doctor Ramírez, por temperamento, por afición, por educación, era religioso, profundamente religioso, intransigente con todo lo que no estuviera amoldado a las prácticas más serevas. Nunca aceptaba una vacilación, una ligera duda en asuntos de fe. La catástrofe que en una noche le había quitado familia y fortuna; la soledad y aislamiento en que vivió antes de casarse; su mismo carácter apocado y triste, obraron de consuno para llevarle sin esfuerzo a ese estado psicológico, o más bien fisiológico, tan común en hombres de iguales o parecidas complexiones, que encuentran alivio en los pesares de la vida en las prácticas religiosas exageradas. Además el medio ambiente social de entonces más que ahora, era absolutamente favorable para la vida religiosa un tanto cercana al misticismo. Quito era una ciudad absolutamente católica. Nadie, a lo menos muy pocos de sus habitantes, dejaba de oír la misa diaria en los múltiples templos de que está adornada, los que apenas alcanzaban a contener la multitud de fieles. Todo el año había ya en una, ya en otra iglesia, ejercicios espirituales, o jubileos. Hombres y mujeres, niños y viejos, pertenían a las cofradías y congregaciones, y era muy raro el ejemplo de que algún hombre de posición social dejara de practicar todos los preceptos reli-

giosos señalados prolijamente por los clérigos y frailes, porque luego le caía la tacha de masón y hereje, suficiente causa para despertar las sospechas de la policía garciana. Poco o nada han cambiado estas costumbres religiosas y medioevales, pues a través de más de treinta años se conservan las mismas, con ligeras e insignificantes modificaciones. Cuando la piedad es extremada; cuando la religión es una máscara fúnebre para disfrazar el vicio y el crimen, cuánto lodo asqueroso, cuánta podredumbre, cuánta porquería se ocultan en los rincones de sacristías y conventos. ¡Cuánta miseria, hambre y lágrimas en medio de los cánticos de las procesiones paganas, y del incienso oloroso de las pompas sacras!

El matrimonio Ramírez era de un catolicismo ferviente y bajo la disciplina de los preceptos más estrictos de la iglesia, educaba a los únicos hijos, sin permitirles la más leve e inocente transgresión de lo dispuesto en ese complicado y absurdo código llamado moral católica. Salvador, el primogénito, al cumplir los ocho años, entró de interno al colegio de los jesuitas, y Mariana, la segunda y última, apenas cumplidos los siete años de la pobre vida fue también de interna al colegio de las monjas de los SS. CC.

El niño nunca había saboreado las delicias inherentes a los primeros años de la vida. De índole mansa y pasiva, poco comunicativo con los de su edad, nunca se entregó a esos múltiples juegos que hacen el encanto de los niños. Las fuerzas físicas que principiaban a manifestarse pronto, y con ellas el carácter futuro, atrofiadas por la falta de ejercicio y de aire, apenas se esbozaban en un cuerpo delgado y débil y en un rostro pálido con grandes ojos azules dulcísimos, sombreados por cabellos finos color de oro. Salvador a los doce años demostraba apenas ocho y tenía ese algo inexplicable, como anuncio cierto de los que han de morir jóvenes y que sólo están en el mundo como de paso.

Mariana, por uno de esos fenómenos bastante frecuentes, era el reverso de su hermano: bulliciosa, enérgica y atrevida. El tipo físico anunciaba un temperamento ardiente, porque era morena de ojos negros, labios abultados, pelo ne-

gro y ensortijado, tipo exacto de la cuarentona, como si en los antepasados de su familia hubiera circulado la sangre africana.

Doña Camila no podía soportar los impetuosos arranques de su hija, y a todo trance quería aplastar o moderar ese carácter para hacerlo silencioso y triste como el de Salvador. Pronto lo consiguió, pues la chica apenas de seis años hizose callada, huraña y aprendió antes de tiempo el supremo arte de las mujeres: el disimulo. Sólo con su hermano tenía confianza y ambos se amaban con ese amor de niños solitarios, rodeados de algo como murallas que impedían las legítimas expansiones de la edad. A hurtadillas de los padres, se atrevían hasta a reirse a carcajadas con ese ritmo sonoro e inimitable que brota de la garganta de los niños, como del instrumento más delicado. Hacían proyectos para ellos irrealizables: paseos y carreras por los campos verdes que divisaban desde las ventanas de la casa, o de juguetes que deseaban tener y que nunca los consiguieron. Salvador deseaba con vehemencia un caballo de caucho que había visto en la vidriera de un almacén, y Mariana una muñeca de china, de esas de una peseta que un día vió en manos de una chiquilla hija del zapatero de la esquina.

La casa parecía desierta, casa grande y oscura como aún se ven muchas en Quito, como reliquias de principios del siglo pasado. Las ventanas daban a una muralla de un convento de monjas, y apenas, al fin de la calle que terminaba sinuosa y estrecha, se alcanzaban a ver las breñas del Pichincha, lamidas frecuentemente por las nieblas. Esta vista era la predilecta de los niños y les eran familiares los mil pequeños detalles de chaparro, de los pajonales, de las cimas o de las oscuras quebradas que desgarran los flancos de la montaña. Largas horas se pasaba Salvador viendo esos detalles del paisaje, haciendo volar la pobre fantasía de niño, por las nieblas blancas, por los cerros escarpados, como si tuviera un secreto impulso de carrera por el aire libre y sorprender así lo desconocido que adivinaba en su fantasía, tras la inmensa mole de la cordillera.

Don Jacinto, con su carácter hurraño y su eterna cara de murria, aunque bondadoso no inspiraba ninguna confianza a sus hijos, y menos aún Doña Camila, displicente por educación y por naturaleza, y agriada por una enfermedad incurable propia de su sexo. Niñez sin aire, sin luz, sin cielo azul, no es niñez. Niñez sin risas, sin besos, sin esas sanas expansiones de un espíritu que está en su aurora, no es niñez. Quitad al niño todo aquello que hace su dicha, como a la planta el agua y al ave el espacio libre, y ¿Qué le dáis en cambio? ¿Religión, piedad, obediencia pasiva y automática? . . . ¡Pobres seres aprisionados física y moralmente, aves cortadas de las alas, arpas rotas las cuerdas, plantas gigantes contenidas en una maceta! ¿Y después? ¡Entregadlas al mundo que nunca perdona la debilidad y el candor, y aplasta todo lo que no puede o no sabe defenderse en la lucha de la vida, o les avienta como débiles pajas de una era a destinos inciertos y lúgubres!

En el colegio, Salvador cambió de cárcel. De índole suave, aplicado al estudio y de aptitudes notables, distinguióse desde el primer día. Querido de los profesores, fue odiado por los compañeros. En los colegios la superioridad intelectual, nunca es perdonada, si no va acompañada de un carácter de acero. La fuerza física, la desvergüenza insidiosa y cruel, triunfan y causan la admiración de los niños. Salvador hacía lo posible por conquistar el aprecio de sus compañeros de internado, porque era de esas naturalezas dulces para las cuales el cariño de los que les rodean es una necesidad; en vano ponía de su parte la mansedumbre, el espíritu obsequioso y su prudencia precoz. La distinción de que era objeto de parte de sus profesores, aumentó la envidia y el encono de los muchachos entre los que se distinguían algunos hijos de las familias nobles, torpes y díscolos, necios y cobardes. Poco a poco huyó de todas las relaciones que hubiera podido estrechar, y como un derivativo o un consuelo en su aislamiento, entregóse con frenesí al estudio y a la devoción. Así pasaron algunos años, apenas modificándose el carácter de Salvador y ganando pocas y frías amistades entre los condiscípulos. Los paseos semanales a los alrededores pintorescos

de la Capital, despertaron en él una nueva afición: la de la vida contemplativa en la soledad de los campos, en medio de goces ignorados y apenas presentados en sus ensueños místicos.

En las vacaciones salía en junta de la familia a una pequeña propiedad que había comprado el doctor. Allí la vida de la casa poco o nada había cambiado. Siempre el padre con la eterna murria y la madre displicente y devota. Salvador y Mariana, convertida ya en una señorita, vagaban juntos por los llanos y caminos como ansiosos de recuperar una libertad de que habían estado privados en su niñez.

Mariana prometía ser muy hermosa, con esa belleza típica y espléndida de la mujer destinada a ser madre algún día. La amplitud de un cuerpo desarrollado a maravilla, a pesar de las inicuas costumbres de esas prisiones insanas llamadas colegios de señoritas, anunciaba una naturaleza robusta, propia para luchar en las batallas de la vida.

En Mariana nacían ya dos principios contrapuestos y hostiles: la naturaleza fisiológica la impulsaba al ruido, al movimiento, a la alegría, al triunfo en las lides del amor; la educación del hogar y del colegio, a la quietud, al anonadamiento de las facultades, a la contemplación. Sospechaba que más allá de las paredes de su casa y más allá de la vida piadosa había un mundo lleno de tempestades y de rugientes pasiones, y quería verlo, navegar en él, dominarlo acaso. Al mismo tiempo, tenía cierto secreto temor de desafiar las iras de ese mar, pues, según las enseñanzas del colegio, en él se encerraban los enemigos del alma y, por tanto, de la soñada ventura eterna. Salvador, con algún mayor conocimiento de la vida, adquirido en la lectura de los libros que había leído en la biblioteca de los jesuitas, quería guiar a su hermana en la confusión de ideas que atormentaban ese cerebro. Trabajo inútil. La fantasía de la muchacha caminaba más ligero que las ideas de Salvador, era un verdadero caballo desbocado al que quiere guiar un jinete novel y cobarde.

Esta era la familia Ramírez, en la mañana aquella de Agosto clara y de sol, cuando el doctor hacía recuerdos de la catástrofe de Imbabura, paseándose en su despacho de abogado.

Tomado de la obra **A LA COSTA.**— Por Luis A. Martínez.— Quito, 1904.

EL AUSTERO DICTADOR DE LA PROVINCIA GIGANTE DE LAS INDIAS

La abundancia de dictadores surgidos en los diversos continentes, ha opacado y puesto un manto sobre la figura más debatida de ellos, que por tres décadas ejerció poderes omnímodos en la República del Paraguay.

No creemos que en ningún hombre se encuentren todas las virtudes ni todos los defectos. En la vida de los más grandes se descubren sin dificultad las flaquezas y asimismo los más empedernidos delincuentes no dejan de ofrecer aspectos indudablemente buenos.

Ni somos nosotros quienes hayamos de defender la autocracia, la tiranía, ni la crueldad de nadie; pero sí opinamos que hay que juzgar a los hombres situándolos en su tiempo y rodeándolos de las circunstancias que los acompañaron. Por esto no sorprende que los rusos soviéticos hayan filmado una película en que casi se glorifica nada menos que a **Iván el Terrible**. No nos reprochamos tampoco por algo así como exhumar a quien en fin de cuentas es el creador y defensor desconfiado y acucioso de la República del Paraguay naciente, asechada por sus poderosos vecinos.

No nos aqueja la manía de clasificación ni la de hallar parentescos y semejanzas por forzados que sean. Sin embargo entre la vasta gama de autócratas latinoamericanos, no obstante tremendas diferencias, quizá la convergencia más cercana se sitúa entre el ecuatoriano García Moreno, el **santo del patíbulo** y el paraguayo Gaspar Rodríguez de Francia, el **santo laico** como se los ha llamado. Sus vidas y sus políticas son un conjunto de grandes aciertos y de tremendos errores; su acrisolada honradez, su afán moralizador, su escrupulosa administración de las rentas nacionales, su autosuficiencia, su imperiosa voluntad; su incontenible furor contra sus ene-

migos reales o imaginarios, su régimen de terror, permiten esbozar cierto paralelismo que no los llega a identificar.

El pueblo paraguayo, acaso con un fuerte sentido iconoclasta, no acostumbra prodigar monumentos a sus grandes hombres. Es así como no recordamos haber contemplado otra cosa que una diminuta estatua de un conquistador español y algún pequeño y raro busto en una de las plazas asuncenas. No nos ha sido dable ver en las oficinas públicas ni siquiera un retrato del célebre dictador, como no sea su efigie grabada en el anverso de los billetes de 50 guaraníes y en una estampilla de cuatro guaraníes entre las figuras de Caballero y Yegros en la emisión del sesquicentenario de la independencia. Tampoco existe una calle, una plaza, menos aún una población que ostente su nombre. No obstante el austero mandatario de la Provincia Gigante de las Indias gravita y ha gravitado siempre sobre su país. Quizá algo de este olvido se explique por el decreto que a su muerte se vio obligado a expedir al nuevo gobierno, por el que prohíbe que se discuta sobre tan extraño personaje para evitar perturbaciones del orden. Tal era la pasión con que se juzgaba su obra y su personalidad por partidarios y opositores! Rodríguez de Francia es el más debatido de los dictadores de América y quien ha tenido la suerte de que se hayan ocupado de él grandes pensadores. Carlyle el gran historiador británico que había escrito libros sobre grandes personajes de la humanidad, el ilustre escritor que sentía aprecio y admiración por los grandes americanos y se lamentaba de que —en su época— yacían en el olvido nada menos que Bolívar, San Martín, O'Higgins, compone un libro sobre este "notable ejemplar humano", "único que sabía lo que tenía que hacerse en el Paraguay". Más grande es aún el honor que le otorga el célebre filósofo Augusto Comte al incorporarlo en su calendario positivista como uno de los santos de la humanidad.

Desde su muerte han llovido los artículos y los libros, panegirísticos o infamatorios, como también los estudios serios, juiciosos y sociológicos de extranjeros y nacionales, desde **El Reinado del Terror** de Robertson hasta **La Vida solitaria del Dr. José Gaspar de Francia** de Justo Pastor Benítez y

la más acabada biografía de Julio César Chaves, **El Supremo Dictador**.

Y hay razón para tanto apasionamiento si en el temible dictador encontramos al precursor y el germen de doctrinas, principios y hechos que hoy a más de cien años concitan la atención y provocan enconadas controversias. Francia es el primer mandatario que busca base de sustentación política en la masa campesina o rural, antes que lo hicieran Mao Tse Tung, Castro, el M.N.R. boliviano y contemporáneos heterodoxos del marxismo. Es el denodado campeón contra todo intervencionismo; el constructor de la muralla más fuerte que las modernas alambradas, mamposterías y nidos de metralla; el creador del primer Estado autosuficiente, y sobre todas las cosas es el más celoso guardián de la independencia absoluta de su país.

Hace casi justamente dos siglos, en 1766, nace en Asunción, José Gaspar Rodríguez Francia, hijo de un inmigrante portugués, procedente del Brasil, lo que dio origen a que despectivamente se le conociera como el "mameluco paulista". Sus primeras lecciones, circunscritas al curriculum de entonces: leer, escribir, contar y rezar, las recibe en una escuelita que sostenían los franciscanos en su convento.

A eso de los quince años, su padre que había prosperado en los negocios, le envía a Córdoba, ciudad en pleno florecimiento, provista de sonada universidad a la cual era forzoso concurrir a los paraguayos que pretendían seguir estudios superiores. En el Colegio Mayor de Nuestra Señora de Monserrat estudia con ahinco en especial filosofía y pronto adelanta a sus compañeros y se gradúa de licenciado y maestro en artes.

Desde entonces se destaca su temperamento dominante y sin miedo. Sus condiscípulos ya le bautizan de "dictador", anticipándose en muchos años a lo que había de llegar a ser de regreso a su país. Su intrepidez se pone de relieve cierto día en que, como de costumbre, los colegiales buscaban refugio para sus travesuras en el sótano del plantel. Con el pavor que es de suponer en seminaristas de un colegio religioso, ven que una calavera abandonada por ahí se movía por sí

sola. Con su impavidez habitual, Francia le asestó en los ojos certera puñalada de donde empezó a manar sangre ante el creciente terror de los espectadores. El valiente paraguayo prosigue su ataque sin inmutarse hasta comprobar que sólo se trataba de una rata que había hallado buen escondite en la calavera.

Para 1785 recibe su título de doctor en sagrada teología en la Universidad Real de Córdoba del Tucumán. Usa traje talar y es clérigo de órdenes menores; pero ya exhibía su rebeldía al negarse a recibir un castigo que consideraba infamante y prefiere dejar el internado para convertirse en alumno externo. No tarda en hacerse sospechoso ante el padre rector de la Universidad por su adicción a las "doctrinas nuevas".

De retorno a su patria se encarga en forma honoraria de la cátedra de latinidad y poco más tarde de otra de teología en el Colegio de San Carlos. No dura mucho su docencia, pues se niega a acatar la autoridad del rector. Además sus alardes de anticlericalismo lo enemistan con profesores y autoridades. Prefiere separarse en forma voluntaria y se dedica al ejercicio de la jurisprudencia. En verdad no ama la abogacía; pero la desempeña en forma intermitente con dignidad y prestigio defendiendo siempre las causas justas. Al tanto que desecha toda remuneración de sus clientes pobres, a los adinerados exige crecidos honorarios. Carlyle reproduce de Robertson una anécdota que evidencia su amor a la justicia. Un amigo suyo le ofrece jugosos honorarios para que le patrocine un pleito fraudulento contra Machaín personaje a quien tanto odiara Francia; pero no sólo lo rechazó sino que tomó la defensa de su enemigo y lo hizo triunfar.

El seminario se había empeinado en ahogar su genio, en encadenar su pensamiento y en abatir su naturaleza indómita; pero él triunfó sobre el seminario y como Stalin abjuró de él. En 1790 abandona los hábitos talarés, último vestigio de su sacerdocio, pues su mente ya había repudiado la religiosidad. Creemos que gran parte del encarnizamiento con que se le combatió tiene su causa en esta actitud. Arrojar los hábitos y combatir al clero constituían cosas que no se

podía hacer impunemente. La censura a su tiranía se recargó indudablemente al influjo de su arreligiosidad que no llegó al ateísmo como lo atestigua el hecho de que a los médicos suizos Lonchamp y Rengger que visitaban Paraguay les hace saber desde el primer momento que pueden profesar la religión que deseen; pero les previene que no sean ateos.

Al mismo tiempo que deviene seglar otro cambio radical se opera en su persona. Su vida hasta entonces ordenada y quieta se torna disipada y turbulenta. Abandona el hogar paterno, pues su madre ya había muerto; frecuenta los lugares de diversión y se mezcla con ebrios, tahures y prostitutas; despliega sus dotes de guitarrista y cantante en continuas juergas que se prolongan hasta el amanecer.

Diez años de vida disoluta hicieron tal mella en su salud que él mismo se consideraba valetudinario. Pero en la misma forma resuelta con que ingresó se aparta de ella y vuelve a ser el hombre serio y ordenado que se concreta en la lectura aprovechado que es dueño de la mejor biblioteca del país.

Estamos en la iniciación de su carrera política de ascenso jamás interrumpido, de absorción ilimitada de poderes. Su asomada a la vida pública es para combatir reiteradamente a las autoridades españolas por su codicia y acaparamiento de cargos y dignidades. Luego desempeña puestos tan importantes como Alcalde de Primer Voto, Síndico Procurador General y finalmente diputado a cortes y vocal de la Junta Suprema Central Gubernativa del Reyno, todo esto dentro del régimen colonial, pues por los años de 1808 y 1809 en que sucedían tales cosas, América recién empezaba su lucha por la independencia.

Tuvo, por cierto, que vencer mucha oposición. Se ponía en duda la posesión de sus títulos, se lo acusaba de mulato y se le censuraba la **relajación** de su voto como clérigo de primera tonsura. Los grados de maestro de arte y de doctor indudablemente los ganó y con honra, pues sus profesores, olvidando su espíritu rebelde, no dejan de reconocerle como uno de los mejores estudiantes. La imputación de ser mulato —gravísima en aquellos días y ambiente— tampoco

tenía base, pues para ingresar a la Universidad de Córdoba, ya se investigó y dirimió este cargo que de ser verdadero le habría significado impedimento insalvable.

Orgullosa de su estirpe y de su saber, justifica en grandes memoriales que no es mulato, que su ascendencia es de servidores del Rey y que adquirió los grados de Bachiller, Licenciado y Maestro en Filosofía y de Bachiller y Doctor en Sagrada Teología.

Herido en su altivez, para compensar el rechazo que sufriera al pedir la mano de una bellísima hija de un alto personaje, al ponerse en duda su limpieza de sangre, alcanzada la dignidad de alcalde que le ponía en condiciones de alternar con la más encumbrada aristocracia, adquiere el hábito jamás quebrantado de iniciar todas sus intervenciones en el Cabildo con estas frases de inflamada vanidad: **"Yo, el Alcalde de Primer Voto, Doctor Don Josef Gaspar de Francia y Velasco, natural de esta ciudad de la Asunción descendiente de los más antiguos Hijodalgos conquistadores de esta América meridional. . ."**

Todo se ha discutido con respecto al dictador más sui generis de nuestra América: su nacionalidad, sus títulos, su raza, si participó o no en el proceso revolucionario de la independencia paraguaya o si sólo fue un usufructuario de la misma.

Un contemporáneo testigo de los acontecimientos, Somellera, siembra la duda y dice que fue esquivada la respuesta dada a quienes le proponían el establecimiento de una Junta de Gobierno; pero Yegros, Caballero y de la Mora, con mejor crédito, aseveran que José Gaspar de Francia dirigió el movimiento emancipador. Molas, uno de los actores de la rebelión, avanza a asegurar que no sólo convino en dirigirla sino además "instruyó el plan que había de ejecutar".

Lo que nadie ha osado contradecir es que desde la organización de la Junta es patente el celo y el fervor por la independencia paraguaya constantemente amagada por Brasil y en mayor escala y con mayor riesgo por Buenos Aires. En el Paraguay y dentro de la misma Junta de Gobierno no son pocos los que defienden la unión con Buenos Aires, ante

la indignación de Francia que es quizá el único, pero con seguridad el primero, en proclamar las ventajas de la República Paraguaya independiente. Protesta por la impunidad en que se deja a los invasores porteños derrotados en Tacuarí; pero al fin logra el triunfo de su tesis al firmarse con el argentino Belgrano el tratado en que Buenos Aires reconoce la no subordinación del Paraguay.

La emancipación de la monarquía española se ha consumado sin pólvora ni sangre. La tarea será ahora preservarla de los codiciosos vecinos que a toda costa pretenden incorporarla a sus dominios. Nadie más tenaz ni con mayor capacidad que el discutido Francia para dirigir y proteger esta empresa. Empero también aquí surgió la oposición para su ingreso a la Junta. Triunfa sobre ella gracias a Fray Fernando Caballero, quien garantiza la adhesión de su sobrino al nuevo orden en estos términos: "Yo respondo con mi sangre del modo de pensar de mi sobrino Gaspar".

En la noche del 14 al 15 de mayo de 1811 nace la nueva República Paraguaya. Por de pronto surge un gobierno provisorio, dentro del cual continuaba el gobernador Velasco; pero con el que debían actuar dos diputados adjuntos, el capitán Zevallos que aunque español simpatizaba con los patriotas y el doctor Francia. De inmediato se convocaba un congreso con caracteres de Constituyente que estuvo presidido por Francia y Zevallos, ya que Velasco fue depuesto. Por encargo del congreso Francia redacta el Reglamento de Gobierno que en definitiva es la Carta Política del Estado que es aprobada por aclamación. Su primer artículo estatuye que el gobierno reside en **dos cónsules de la República del Paraguay** investidos con iguales poderes y cada uno con la mitad del ejército bajo su mando. Queda organizada así la que había de ser y denominarse **Primera República del Sur, en el Paraguay, una e indivisible.**

Francia que había integrado la Primera Junta de Gobierno independiente, con Fulgencio Yegros y Pedro Juan Caballero, se separó de ella porque no aceptaba las presiones de los militares; pero lo hizo para desde su retiro en Ibyray, hoy conocida como Trinidad, combatir a los compa-

ñeros de gobierno y agitar su propia propaganda, con tanto éxito que hubo de ser llamado y regresar con más poderío que nunca, pues exigió y obtuvo que se creara un segundo batallón de infantería, cuyo comandante absoluto fue él. Asimismo consiguió que se le entregara la mitad de todas las municiones existentes.

No podemos creer el aserto de Carlyle según el cual Francia era "el único hombre de talento", "el único hombre de verdad" que tenía el Paraguay. Claro es que así lo sostenían sus partidarios y aduladores. Así lo hacen siempre; pero nadie pone en duda que es un hombre habilísimo y ambicioso, absorbente y autoritario. Tanto en la Junta Provisoria como en la Primera de Gobierno nacional se dio mañas para alejar a sus compañeros y disfrutar del mando a su anchas. Su meta era quedar solo y para ello recurrió a desprestigiar de sus cogobernantes. El Consulado debía ejercerlo conjuntamente con Yegros. Los dos cónsules fueron elegidos para un año debiendo alternarse en el mando cada cuatro meses. Como es de preverlo se las arregló para ocupar el primer turno, con lo cual se aseguraba el ejercicio del tercero; pero de hecho también desempeñó el segundo, pues Yegros consagrado al ejército, dejó a Francia todo lo administrativo y se limitó a firmar los decretos que su colega concebía y redactaba. Esto era bastante para cualquiera, pero no suficiente para las ambiciones del cónsul en turno permanente. En octubre de 1814 se reunió el Tercer Congreso General convocado, preparado, dirigido y prácticamente sometido a Francia. Este lo hizo todo hasta enviar un mensaje que recomendaba que el gobierno se encargara a un solo individuo. Obviamente esta persona —no necesitaba decirlo— tenía que ser el cónsul que proponía el cambio. Los mil diputados son en su inmensa mayoría campesinos, hecho nada sorprendente si aún hoy mismo el Paraguay es predominantemente rural y si la gran división territorial de facto, como se oye frecuentemente es: la capital Asunción y la **campana**. Aceptada la sugerencia se discute con ardor quién ejercería el poder en forma unipersonal. Los bien aleccionados hombres de la **campana** cortaron el debate al grito de: "**Hay que dejarse de**

tantos discursos y proceder a votarlo a Carai Francia" (En guaraní, lengua más nacional que el español en Paraguay, **carai** significa señor). Lo demás vino sobre ruedas espléndidamente engranadas. Cerrado el debate y con muy pocos votos en contra se designó a Gaspar Rodríguez de Francia, **Su Excelencia, Dictador Supremo de la República del Paraguay**, que es como debía legalmente ser llamado. A juzgar por la manera como se hace este nombramiento y como lo recibe el beneficiario, el título de **dictador** por entonces no constituye oprobio, sino más bien un honor, algo de lo más respetable y enaltecedor que evoca el recuerdo de los magistrados romanos y los cónsules antiguos.

Muy ingenuo sería creer que las apetencias políticas de Su Excelencia estaban colmadas a pesar de que se había puesto en sus manos hasta la administración de justicia. Le quedaban dos escollos que habría que vencer para alcanzar su ideal completo: la temporalidad de la dictadura y un parlamento que debía reunirse cada año. Distanto tres para que se cumpliera su período de cinco años, otro congreso moldeado a su gusto con no más de centenar y medio de diputados remata la obra. Y es nombrado **Dictador Perpetuo de la República** con la atribución de convocar a congreso para que sesione sólo cuando el Dictador lo creyera conveniente, o sea, jamás. Nuevamente se ha servido de la clase rural, fuerza poderosa de donde brotó la idea en un amigo íntimo del gobernante. Los diputados de la **campana** tomaron la terrible decisión el 19 de junio de 1816, la que enseñoreó el absolutismo más drástico e incontrolado en un hombre por todo un cuarto de siglo hasta su deceso.

Como es de suponer no a todo el mundo sentó bien la instauración del despotismo vitalicio decretada por el congreso. Se dejaron oír las protestas de altos miembros del clero, del ejército y aún de amigos y correligionarios; pero todas fueron sofocadas sin contemplación. Hasta se llegó a prohibir las reuniones callejeras, a excepción de procesiones religiosas, sin previo aviso. Sin embargo la condición humana es tan consustancial con la libertad que a ningún régimen tiránico ha faltado un grupo de denodados insurgentes que

han desafiado peligros y torturas y que han sabido luchar por la libertad. Las prisiones de 1816, año de la proclamación de la dictadura perpetua, apenas dejaron soterrada la insurgencia mas no extinguida. La conspiración germinó durante cuatro años y debía producir sus frutos completamente sazonados el Viernes Santo de 1820 en que los conjurados debieron ultimar al dictador. Mas todo fracasó ante la denuncia que tuvo que hacer uno de los comprometidos obligado, bajo pena de no recibir absolución de sus pecados, por el sacerdote ante quien había acudido a confesarse. La represión fue brutal, creemos que el calificativo es exacto. Se fusiló a 68 conspiradores, entre ellos el prócer de la independencia Fulgencio Yegros. Mientras se ejecutaba a los más conspicuos, el hombre que había ordenado paseaba inmutable por el corredor externo de la Casa de los Gobernadores. La cárcel rebosaba con centenares de presos y hubo que habilitar calabozos y más calabozos para los infelices perseguidos y capturados en la **campana**. Un testigo autorizado de la época refiere el trabajo impropio que se impuso a las herrerías de construir en cinco días trescientos pares de grillos y cadenas! La persecución a los rebeldes no tuvo misericordia con nadie. Se confiscó los bienes de los acusados reduciéndolos a la mendicidad. La crueldad se manifestó también en las tramitaciones procesales. En el llamado **aposeno de la verdad** se aplicaba 200 azotes al interrogado cuyas respuestas no eran satisfactorias y el flagelamiento se renovaba cada dos o tres días hasta que las respuestas fueran las que quería el dictador. Quienes creen que Paraguay carecía en aquellos días de valores humanos, deben reflexionar en esta conclusión del historiador Julio César Chaves: "Las más altas cabezas habían sido segadas y con ellas abatida la civilidad y la ciudadanía".

El fracaso de los conspiradores significó el entronizamiento más firme de **El Supremo** y la expansión de su autoritarismo omnímodo.

Todas las tiranías, cual más cual menos, se han sostenido mediante la ley del patíbulo que en todo caso debe ser repudiada. Desgraciadamente la moralidad (?) común justi-

fica a unos y condena a otros. Aún más se ridiculiza a los gobernantes no sanguinarios tildándolos de "vegetarianos". Pero la misma historia nos cuenta que los vegetarianos, Kerensky uno de ellos, por lo general se caen, por lo cual forman legión los partidarios y justificadores de fusilamientos, paredones y penas de muerte.

Primera y más importante característica del gobierno de Francia es un nacionalismo radical y desmesurado que comienza por prohibir que las comunidades religiosas reciban órdenes de autoridades foráneas y que los extranjeros puedan desempeñar cargos públicos de la naturaleza que fuere. Desde el Consulado data la resolución que prohibía el matrimonio de varón europeo con mujer americana española. A los europeos sólo consiente que se casen con indias de los pueblos. Como para disipar un rumor de algo de españolismo suyo por haber defendido a los peninsulares contra medidas drásticas que se les impuso en la aurora de la emancipación, cambia de actitud y les impone muchas vejaciones desde la obligación de reunirse en el término de dos horas en la plaza pública bajo pena de muerte hasta la confiscación de bienes, multa colectiva, prisión y todavía más, la expulsión de un centenar de españoles del territorio paraguayo.

Consecuencia o generadora de esta idea obsesiva es esta otra indisoluble de la anterior: la independencia absoluta del país el que no puede someterse en la más mínima forma a ninguna potencia extraña. Seguramente Francia es en América el primero y más fervoroso mandatario defensor del no intervencionismo quintaesenciado que lo supo mantener no inmiscuyéndose jamás en los asuntos de otros Estados ni menos aún permitiendo que ninguna potencia lo hiciera en el suyo. Ni anexión, ni federalismo, ni pacto de ninguna naturaleza que pueda afectar a la independencia y soberanía paraguayas fueron su bandera y su inquebrantable conducta en las tres décadas de su imperio. Somellera, enemigo suyo, lo reconoce en estas frases: "Francia fue el primero y único a quien ocupó la idea de una república independiente y la de no unión a Buenos Aires". Emisarios pacíficos y expedicionarios armados se estrellaron en sus reiterados propósitos de

ligar de alguna manera el Paraguay a Buenos Aires. Fracasó Belgrano y Echevarría; fracasó igualmente Artigas en su propósito de instarlo a luchar contra Buenos Aires. Su principio de no intervención es una roca formidable. Su celo es tal que se niega rotundamente a enviar diputados ante el Congreso de Tucumán al que debían concurrir representantes de todos los pueblos del Plata. "Es un absurdo y un despropósito de marca" dice que asista el Paraguay a un congreso en que sus representantes estarían en menor número.

Persuadido de que el mejor modo de preservar la independencia es el aislamiento evitó las relaciones y la comunicación con los Estados linderantes. Suprimió el tránsito naviero afrontando la ruina de la industria paraguaya. Los emisarios de los países vecinos son recibidos sólo excepcionalmente. Un enviado de Sucre con la misión amistosa de interceder por la libertad del sabio Bonpland fue rechazado por el error del presidente boliviano de llamarlo en el oficio **Jefe Supremo de aquella Provincia**, pues según reacción de Francia "el Paraguay antes que Bolivia ha tenido el título de República" y además porque fue un congreso quien le otorgó el título de **Dictador Perpetuo de la República del Paraguay**. Toda negociación con otros Estados la subordina al reconocimiento de la independencia y soberanía de su patria.

Del aislamiento político, hasta cierto punto justificado frente a la terquedad de los gobiernos extranjeros en reconocer al Paraguay como Estado independiente, pasó al económico. Con sus defectos y peligros, este país incrustado en el corazón de América, con el río como única vía de comunicación, realizó el primer ensayo autárquico y de economía dirigida. Cerradas las fronteras, todo el comercio, muy escaso por lo demás, tuvo que hacerse por Itapúa, Fuerte Olimpo y más tarde también por Pilar, pero para ello era indispensable el permiso del dictador. Importación casi no existía; el enclaustramiento trajo desarrollo en la industria y la agricultura, que proporcionaban alimentos, vestidos, muebles y más objetos imprescindibles. El paraguayo llegó a producir prácticamente todo lo poco que necesitaba. El

Supremo Dictador dirigía y ordenaba todos los detalles para el cultivo agrícola y acertó en gran parte. Habiendo arrasado con todos los sembríos una invasión de langostas, ordena que se siembre de nuevo. Se logra una buena cosecha y lo que es más, el descubrimiento, desde entonces aprovechado, de que en el Paraguay se puede cosechar dos veces al año.

Las granjas colectivas del Estado no son invento ruso. Un excelente precursor tenemos en las granjas colectivas o **estancias de la Patria**, creación de Francia. Logran tal éxito con la cría de ganado que ya no es preciso importarlo como se venía haciendo, sino que rebosan y se entregan numerosas cabezas a la gente pobre. Para combatir una epidemia de garrapata propagada desde el Brasil por todo el territorio usa todos los medios para combatirla y no trepida en la orden de que se sacrifique cualquier animal siquiera sospechoso de estar infectado. Crea también los **almacenes del Estado** para el suministro de artículos al ejército y al gobierno. Para la elaboración del equipo militar abre talleres en Asunción y Pilar. Escribe Julio César Chaves: "El Estado interviene en toda la vida económica. Fomenta la producción de la riqueza, regula su distribución, asegura su colocación, lucra con ella, impide el enriquecimiento excesivo de los particulares. El Estado impone en la economía de la nación, su interés, su control, su dirección. El interés privado pasa a segundo plano o desaparece". No puede dejar de verse aquí un asomo de socialismo.

Maneja las finanzas públicas con la honradez y diligencia del mejor padre de familia. Castiga severamente a los defraudadores y dilapidadores de los fondos del Estado. El mismo reduce su sueldo de doce mil pesos anuales asignados por el congreso a siete mil. No siquiera los cobra íntegramente y no por falta de fondos, pues cada año aumentan las recaudaciones. A su muerte quedaron en caja 224,881 pesos. Las obras públicas son ejecutadas por los presos y con la ayuda de los particulares que podía ser requerida. Un gobierno con pocas necesidades, en que desde el jefe máximo vive en la austeridad y aun en la pobreza,

con ejército y planta de empleados pequeños y con modestas remuneraciones no precisó nunca de muchos impuestos. Suprimió varios, entre ellos el diezmo eclesiástico. Los comestibles sobraban y el pueblo disfrutaba de buen sustento. En cambio, la clase media y la alta, si la había, sufrían privaciones, pues siempre fue manifiesto su desdén hacia los poderosos lo mismo que ostensible su afecto para los humildes, cuya situación le preocupaba y procuraba remediar.

Quizá esto explica que mientras por un lado suprime el Real Colegio Seminario de San Carlos, único plantel superior, por otro, por decreto publicado en bando de noviembre de 1828, establece la obligatoriedad y gratuidad de la enseñanza primaria. Se sabe que había 140 maestros y 5.000 alumnos, lo que es muy significativo para ese tiempo y para un país escasamente poblado. Grandsir asegura que eran pocos los analfabetos.

Este extraño dictador manejaba el Paraguay como una inmensa hacienda personal, con autoridad incuestionada e imapelable; pero, a diferencia de los modernos, nada usufructuó para sí y al contrario fue el más probo guardador de los bienes públicos. No hay cosa que no la haga por sí mismo: la dirección del gobierno interior, las relaciones internacionales, el mando absoluto sobre el ejército; el examen y aforo de mercaderías, el canje de artículos, la fijación de multas; la delineación y amojonamiento de la ciudad de Asunción que es así la primera en tener hace un siglo y medio un plan regulador que transformó calles tortuosas, estrechas, con zanjas y por las que en los días de lluvia torren-tes caudalosos ponían en peligro edificios y moradores. Gracias a sus regulaciones ahora la capital paraguaya tiene calles ordenadas y amplias. No vive para sí sino para el Estado paraguayo. No cultiva amistades, no ofrece fiestas, no tiene áulicos; todo su tiempo está consagrado al servicio público. Es jefe, es funcionario, es juez, es empleado, es legislador. El mismo redacta sentencias, decretos y millares de cartas por medio de las cuales administra el país. No hay personaje que se destaque ni colaborador que pueda hacer algo sin consultarle. Los delegados, jueces comisio-

nados y comandantes de urbano son los simples mayordomos de tan inmensa hacienda en Misiones, Itapúa, Villarrica, Pilar o cualquier punto de la campaña. Los trata de tú o de vos y las más de las veces los reprende con aspereza; les exige espionaje e información minuciosa sobre todo acerca de los extranjeros.

En cuanto a las relaciones con la Iglesia no encuentra un clero que enfrente sus decisiones. Instituye el laicismo, pues dice que el Gobierno "no puede ni debe estar ceñido a ninguna de las llamadas prácticas y disposiciones canónicas"; libera a las comunidades religiosas de obediencia a los superiores del exterior; elimina los conventos, pues en ellos había mucho relajamiento; favorece la secularización de los frailes; exige que los miembros de cofradías y comunidades religiosas juren fidelidad al gobierno y demuestren su lealtad a la República; suprime festividades y pompas religiosas y obliga al trabajo excepto el jueves de Corpus; destruye el poder del clero y ataca al obispo que pretende resistirle.

La religiosidad personal de Francia que comienza con sus estudios para fraile decrece constantemente: se despoja de los hábitos, critica al clero, deja de oír misa y termina por reducirse como en Voltaire a una mera creencia en Dios. Del Papa dice que si **"viniese al Paraguay yo no lo haría sino mi capellán"**, y al comandante de un fuerte que le pide la imagen de un santo le replica: **"Cuando yo era católico, todavía pensaba como tú; pero ahora conozco que las balas son los mejores santos para guardar la frontera"**. Por esto extraña que cuando con amplia generosidad concede asilo a su enemigo el prócer uruguayo Artigas, lo aloja cómodamente en un convento con la festiva ocurrencia de que **"hiciese ejercicios espirituales y se confesase"**. Por lo demás le trata con suma consideración y hasta le asigna sueldo igual al del Ministro de Hacienda. Es la Junta de Gobierno que sucedió a Francia la que engrilla al ilustre general.

Un gobierno tan absoluto como el de Francia consiguió la paz y el orden en la vastedad del territorio, mientras la guerra y la intranquilidad acosaban a las repúblicas herma-

nas. Los viajeros y cronistas que visitaron el Paraguay dan fe de que habían desaparecido asesinos, ladrones y mendigos, pues no había perdón para los malhechores que eran castigados sin piedad.

En julio de 1940 a consecuencia de un fuerte aguacero cae enfermo; pero en su inagotable ansia de trabajo y mando desoye los consejos médicos y sigue actuando al ritmo de siempre, hasta que en setiembre se agrava su dolencia y el día 20 un ataque de apoplejía acaba con su vida. Se le tributaron los más grandes honores; el sepelio fue suntuoso y multitudinario. Eran muchos los que dudaban de su muerte y los que lloraban. Todos se atropellaban para ver por última vez al autócrata; pero ningún sacerdote paraguayo se prestó para el elogio fúnebre. Los contrarios sentían júbilo que al principio no se atrevían a exteriorizarlo. Sin embargo pronto un versificador popular escribió coplas como la que reproducimos:

**“Grandísimo mulatón
Caballa; vil, indecente
Cobarde el mas escelente
y refinado ladrón,
sin Patria, sin Religión”.**

Prosiguieron las querellas enconadas hasta que la Junta de Gobierno dispuso **“Que en adelante nadie se ocupe de censuras ni aplauso al Dictador citado”.**

En un balance final de tres decenios de gobierno absolutista como pocos ¿habrá que perdonar u olvidar los fusilamientos, las prisiones de por vida, los azotes, el férreo despotismo, ante la consideración de que aún hoy hay quienes aplauden a los tiranos francos o embozados, si se glorifica a quienes mandan a morir a millares en campos de batallas injustas? No, nosotros no justificamos la pena de muerte, menos aún si es decretada autocráticamente y sin fórmula de juicio. Sin embargo, menester es reconocer que Francia no es sólo el frío ordenador de la pena capital; no sólo el inflexible tirano. Es también el hombre probo, honrado, aus-

tero, trabajador, patriota. Con errores y todo, Paraguay le debe su independencia absoluta, su defensa irrestricta frente a los peligros que amagaban desde España, Brasil y Buenos Aires.

El pecado no es tanto ser dictador cuanto el no ser bueno, no servir al pueblo, no hacer imperar la justicia, no ser honrado.

No hay una doble personalidad, un Ormuz y un Ahrimán que orienten la conducta del **Supremo Dictador**. Al contrario existe en él una personalidad sólida, unitaria y sin vacilación que enfoca su actuar en todo momento hacia fines precisos y definidos: la autonomía completa y absoluta del país y el control personal y absoluto del mando. A este autócrata no se le puede enrostrar como a otros de mantenerse en el poder aunque sea sometiendo el país a una nación extranjera.

APUNTES PARA UNA NOVELA

“Medianoche era por hilo. Bajo la lluvia, cubiertos con enormes “ponchos de aguas”, tres viajeros avanzan a caballo a través de fragoso camino de la cordillera occidental, con dirección a la Villa de Altas Torres. Avanzan silenciosos, al paso de sus mulas que, con frecuencia, tropiezan, resbalan y escapan de caer. La tempestad arrecia y el frío cala hasta los huesos. No es posible fumar. De cuando en cuando, el que parece guiar ofrece a sus compañeros tragos de aguardiente “a pico de botella”.

El camino empezó a bordear los territorios de “La Reoja”.

—Al pasar por la casa de hacienda —dijo el más joven— “ha de ser” de pedir posada, patrón. Porque “de aquí a poco” el camino “enderieza” al valle y es muy quebrado. Peligran las bestias y peligramos nosotros.

—Así es —ratificó con solemnidad el más viejo— Desde luego, al dueño no le place favorecer. Mas si “su mercé” solicita el favor, tal vez nos acuda.

—Probaremos suerte —declaró taciturno el que cabalgaba al medio.

Como una sombra más negra en el fondo ya oscuro de la noche, descubrieron los contornos estólidos de un caserón en tinieblas.

5 a.m. El sol se abría paso con esfuerzo a través de una impertinente cortina de llovizna. De las aleras de las lomas emergían aturdiditas nubecillas, como el hábito de una geología en formación. Ascendían rápidas hacia las altas cumbres de la cordillera en las que se posarán como almas en pena que esperan la hora del regreso. El verdor de los campos resplandecía de juventud. El viento helado discurría por entre

las zarzamoras. Una pareja de "mirlos" cruzó reposadamente el cercano horizonte. Largos y críticos bramidos rompieron el silencio. Un gallo se despertó y lanzó su habitual desafío que fue a perderse en las grietas, monte abajo, como un pedrisco que rueda hacia el abismo. El sol maduró, dejó definitivamente de llover. Los segundos se hicieron sonoros en el cantarín gotear de los tejados campesinos.

Desde las Ventas era dable apreciar, en su mezquina amplitud, el Valle de Altas Torres, los ríos que lo cruzan y el teatro de montañas que lo encierra, delimitándolo y aislándolo al mismo tiempo. Hacia el sur, tejados grises de musgo y paredes blanquecinas se amotinan en torno de admonitivas torres que conjuran al cielo. La paz de Arcadia reposa como en su propio nido en esa actitud aún distante en la que el destino infatigable abre corredores subterráneos a la vida y a la muerte, a la fortuna y a la miseria, a la dicha y a la desventura, a la verdad y a la insidia, sin alterar el rostro de la inercia.

Iván de Mendoza la observó pensativo, con ese mirar frío del escéptico al que sólo resta la fuerza de sus brazos.

Eva Pedrarias

El rostro ovalado; la nariz griega o casi griega, labios dibujados con la precisión de Botticelli, los cabellos castaños caen en largas ondas. Los ojos, esmeraldas pensativas apenas animadas por un océano interior de altas mareas. Las cejas gruesas y elásticas se acuestan con la actitud de la Maja Desnuda. Las sombras de las ojeras verdequeantes, frescas y apacibles como las del naranjo. La envolvía un aire de misterio y religión, de piedad y desencanto, de heráldica y polvo provinciano. Por sus venas corría sangre del sitio de Zamora.

Iván de Mendoza, el Forastero

Tendría hasta treinta años. Más alto que bajo. De constitución ósea. Piel intensamente blanca a ratos sombreada por una que otra peca o lunar. El cabello muy negro y en desorden. El rostro revela una contenida expresión de rebeldía innata que se concentra en los ojos de mirada porfiada y agresora. Los movimientos ágiles, propios del temperamento de su dueño, templados sin embargo por esa suerte de educación característica de las que el vulgo llama "familias decentes".

Alberto Pedrarias, el doctor

Si algún apodo le habría venido bien al señor doctor don Alberto Pedrarias, habría sido el de grandullón. Porque más que grande, era grandullón. O grandote. Debajo de la cabeza rojiza, pecosa y pelada, el pecho enorme a toda camisa, como quien dijera a toda vela, acometía contra todo y contra todos. Los pasos largos, descalabrados, desiguales, expresaban un ánimo de seguir pisoteando, incontinente, la pobre tierra. De los ojos azules y sanguinolentos desprendíanse miradas de jayán en trance de exclamar: "¡Todo es mío!". Esta actitud se le cambiaba en ternura cuando miraba que sus campos reverdecían con las lluvias. ¡Ay de esos ojos si dejaba de llover! ¡Ay si no dejaba de llover a tiempo! Capaz era don Alberto de ir a la catedral y tocar el Tabernáculo y reclamar la atención del Señor, cuya abuela con seguridad entraba en la genealogía de colaterales de la familia Pedrarias!

Los seis abogados Pedrarias

A eso de las cinco de la tarde de todos los días hábiles, llueva, truene o haga sol, los seis hermanos Pedrarias, abogados, llegan a conciliábulo al estudio del "doctor" su padre.

Enciérranse con él y allí son el chismorreo, los dimes y di-retes, las rencillas, las venganzas, los celos provincianos. Una hora más tarde, salen como recién planchados, listos para hacer y deshacer conforme se ha acordado en la dichosa "reunión de familia". De esta suerte de logia, naturalmente, don Alberto es el venerable maestro y tuercerrabos.

Julián Pedrarias

Un joven oscuro y agradable, el único de los Pedrarias que no alienta ni respira sus orgullos y pretensiones. Bebe todas las noches, religiosa y sistemáticamente. La expresión objetiva de su personalidad mediocre es el grito. En efecto una vez borracho, suele exclamar a voz en cuello: "Se j... el Partido Liberal, señores!, y luego sonríe como un ángel. Yo creería que como un augur.

Doña Luisa Pedrarias

Frisaba en los 40 años doña Luisa Pedrarias Oviedo cuando descubrió tres cosas: la primera que pese a ser hermosa, dado el genio de su padre, le sería muy difícil casarse; la segunda, que, en efecto, aún era soltera y sin esperanzas de boda; la tercera, que si profesaba de monja en el convento de la Asunción, pronto sería la priora, sobre todo si la madre Micaela moría antes de cumplir los 100 años. Y fue impulsada por estas razones, que profesó. Desde luego como priora se condujo siempre de manera ejemplar.

El Gallinazo

Gallinazo es el criado de casa adentro del doctor Pedrarias. Y digo del doctor porque sólo recibe órdenes de él. Su rol es el de un portero. Nadie sino el Gallinazo tenía la preciosa posesión de las llaves de la puerta de calle de doble cerradura y su postigo.

El "doctor" le había asignado una habitación junto a la terrible puerta decorada con temas heráldicos imaginarios en relieves de madera. Dicen que hay hombres que se parecen a un caballo, otros a un perro, o a una raza de perros en particular, o a un gato, o a un elefante y viejas llas hay que recuerdan, con agravio, el rostro de los loros o de los buhos o de las lechuzas o de las víboras. Mas no creo que sea fácil encontrar ser humano semejante a un gallinazo.

Gallinazo es el cuervo, ave de carroña, flaca y fétida que se congrega con sus congéneres entre los costillares de un burro muerto y en los basureros y albañales. El portero del Dr. Pedrarias hace honor a su mote porque como el Gallinazo camina a saltos, su piel es oscura como la de un Concolocorvo o la de un Gunga Din, el pecho esmirriado, la nariz de gerifalte, las piernas flacas y el aliento pútrido con que ofende a quienes habla de cerca. Desde niño ha sido educado en el servilismo y la obediencia y su espíritu, si lo tiene, está a tal punto formado por estos conceptos que, de ser esclavo, no aceptaría la condición de liberto. En el fondo es el más honrado de los hombres; si hay algo en él de despreciable, la sociedad se lo ha puesto.

El Gobernador

Cuando uno de los hijos del Dr. Pedrarias no obtenía la Gobernación, solía ésta recaer en el señor doctor don Francisco Oviedo Samaniego, un hombre pequeñito, bermejo, de mirar atravesado y risa fácil. Su buena fama le venía de la prolija costumbre de subirse a los hombros de la estatua de don Venturino Fronteras, el héroe local, y orinarla; cosa que hacía, desde luego, en estado de beodez y por la noche. La anécdota, pese a su infelicidad, encantaba a los paisanos del doctor Oviedo. Obediente a los deseos de los Pedrarias, no dejaba de jugarles una que otra pasada para "afirmar su personalidad de hombre de Estado". De la Ley sólo conocía los vacíos y en esto parecía inferior a los Pedrarias que, en verdad, la dominaban en sus aspectos formales. Era, en una

sola palabra, un pícaro. Y en dos, un pícaro redomado. Pero simpático. Su sombra era el Gualingo.

El Gualingo

Así apodaban al secretario de la Gobernación. Casi nadie recordaba su nombre de pila. Llevaba las manos quebradas por delante; la nariz brillante de punta fina y rojiza secretaba constantemente. El Gualingo se la secaba con las mangas del saco descolorido por el largo uso bajo el sol y la lluvia pueblerinos. Tembloroso. Idiótico. Vinático. Su apariencia engañaba: era un monstruo de rencores y de odios. Fiel a su amo de turno hasta el sacrificio. Tenía un acabado conocimiento empírico de las cosas administrativas. Los reclamos de los adversarios se estrellaban contra el argumento favorito del Gualingo: "Claro, eso dice la ley, pero el reglamento..." Aceptaba un contraargumento: el soborno y en términos de altanero cinismo: "Así se habla!". Y guardaba los billetes en la cartera clasificándolos meticulosamente.

Don Zenobio Santero

Hombre de pasos quedos y espíritu tranquilo. Como la generalidad de las personas de viso del lugar, vestía trajes oscuros. A veces, por la noche, cubríase con una ruana o poncho peruano de vicuña. Pasaba como una sombra, silencioso, velado el rostro por otra sombra de melancolías y nostalgias. Corpulento y fuerte, no parecía odiar a nadie excepto a don Alberto Pedrarias de quien solía decir que si vivía en los tiempos de Jesucristo, habría salvado a Judas porque Pedrarias le había ganado el negocio por la mano. Pese a su carácter taciturno, era el interlocutor predilecto del señor Obispo con quien se distraían hablando de derecho Canónico.

Dicen que se quedó solterón, cifraba en los cincuenta, "por no disgregar más a la familia y precipitar su extinción".

Los domingos invitaba a su mesa a sus hermanos, hermanas, cuñados y sobrinos. El almuerzo tenía lugar en la "casa grande", la vieja casona solariega de los antiguos Santeros de la cual eran, de ordinario, sus únicos habitantes don Zenobio y, dos o tres criadas que le servían. Hacía gala de ternuras para con su hermano el Trovador, el menor de los Santeros. Cuando le topaba en alguna cantina convencíale con buenas razones la dejara y viniese a la "casa grande" a reposar. Oía misa los domingos y guardaba las fiestas, como rezaba el rosario por las noches antes de acostarse. Su único entretenimiento era la cacería una o dos veces al mes. La mayor parte de su tiempo lo ocupa en el manejo de las haciendas de la sucesión. Hombre de sentido práctico, hábil para la agricultura y el comercio de sus frutos, solía comportarse como un rey con sus peones. Si no odiara a Pedrarias, sería un santo y de los buenos. Item más, jamás había salido de la jurisdicción provincial de la Villa de Altas Torres.

El Calandrio

A diferencia de sus hermanos, el Calandrio era un hombre inmoral antojadizo, codicioso, sin nobleza innata, contemporizador y vulgar. Tomó posesión de la hacienda que le dio el sobrenombre con que se le conocía, valiéndose de astucias, triquiñuelas y sofismas, sin reparar en pendencias y provocaciones. A fin de crear la impresión de tener tras de sí un respaldo para sus abusos, buscó la amistad del doctor Alberto Pedrarias a quien solía halagarlo con obsequio de hortelano. Intentó enamorar a Eva y fracasado el intento puso los ojos en Albina con algún éxito. El doctor Pedrarias solía decirle cuando del tópico se trataba: "Te la daré en matrimonio cuando seas dueño exclusivo de La Calandria. Hasta cuándo hacen los Santeros la partición? No parece sino que te quedarás solterón como tu hermano el Zenobio" (y aquí una pulla contra don Zenobio). El doctor Pedrarias aprovechaba así las ambiciones y sentimientos del Calandrio para meter cizaña en la familia Santero. Y el servil de Calandrio le hacía la segunda!

El Trovador

Ordoño, alias el Trovador, el menor de los Santeras, apenas ha cumplido los veinte y tres años. Contemporáneo de Balbina Pedrarias, a quien pretendió sin la fortuna de su hermano el Calandrio. Nació póstumo y la madre le vio crecer sólo durante los primeros cinco años. Renuente para los estudios, sin embargo se apasionó por la lectura. Su mentalidad de provinciano en exilio perpetuo, giraba en torno de María, Clemencia, Amalia, Cumandá, Ricardo Palma, Aréstegui y Margarita Gautier. Derretíase en lágrimas leyendo y recitando a Espronceda, Zorrilla, Núñez de Arce y Bécquer. Presa de emoción, ante los parroquianos de las cantinuchas del pueblo, iniciaba sus largos monólogos poéticos con la "Introducción a los Cantos del Trovador", de allí su apodo: "Yo soy el Trovador, mandad que pase. . .". Muchos años vivió a la vera de don Zenobio, hasta que decidió ocupar una pequeña villa de la sucesión sita a orillas del río, no lejos de la ciudad. Libros de los autores que hemos mencionado, botellas por aquí y allá, cigarrillos, escombros, vasos mal lavados, todo en desorden, constituían su hacienda. Dicen que escribía mucho, aunque jamás dio a conocer su prosa ni sus versos. Un día le encontrarían muerto en su lecho de bohemio desventurado, traspasado el corazón con un puñal de Toledo. Cerca del cadáver, un montón de cenizas daría cuenta del crimen que había consumado con sus obras.

El Tigre

Como tenía, en efecto, ojos de tigre, no por la expresión de ellos sino por el color, y desde niño le llamaban por el apodo, parece que a través de los años habíase identificado con su tótem. Porque al menos caminaba y se revolvía como un felino. A los movimientos sedosos, alargados y ágiles que le caracterizaban, acompañaba un extraño parpadeo que ocultaba las pupilas al punto que los ojos de continuo quedaban en blanco. Tantos años de teclear en la máquina "Remig-

ton" del doctor Pedrarias, determinaron que los brazos y las manos del Tigre adoptaron como definitiva la actitud del que mecanografía. Hablaba echando la cabeza hacia atrás con cierta antipática suficiencia. Y aunque no era nadie, absolutamente, nadie, ni nada, ni no, el Tigre Ruales, era respetado por toda la comunidad por el hecho de ser el empleado inamovible del doctor, por antonomasia el viejo Pedrarias. Los campesinos que pleitaban defendidos por éste, veían en el Tigre un brazo ejecutivo, porque mientras el señor doctor divagaba y dictaba y consultaba textos y facetas, el Tigre escribía, ponía en acto las ideas, las grababa en el pliego, el poderoso pliego de papel sellado!, y se los hacía firmar. Luego, marchaba sobre el juzgado en son de guerra a dejarlo en manos del secretario. Hecha esta diligencia, el Tigre se volvía a los clientes y decíales en voz muy suave pero inapelable: "mis derechos". Y una vez que los recibía comentaba:

—Y ahora vayan tranquilos y vuelvan en la semana próxima. Este juicio lo ganará el que no lo abandone.— Y se despedía, su pequeña cabeza trozada sobre el hombro izquierdo, con una advertencia:

—No olviden el borrego que me ofrecieron: yo por eso les sirvo con voluntad.

El señor Obispo

Siempre fue así como ahora a los ochenta años de edad. Habla de Jesús y sus discípulos, de la Virgen y los Santos, del Angel Custodio y de los mil diablos, como de personas de trato cotidiano que entran y salen por las puertas de su palacio y de su iglesia. No está él para crear un abismo entre los fieles y su Creador sino para acercarlos. Si llega un penitente a visitarla y se queja de la helada y de como en vano aceptó el costoso priestazgo de las festividades de San Juan, el bondadoso Obispo sonríe: "Hereje! —exclama con ficticia cólera— Esta tarde misma pediré a mi San Isidro Labrador que te ayude. El año pasado te llenó diez veces la

dispensa. Cuidado me le enojas. Ve tranquilo y no me le andes desprestigiando que él también suele ponerse bravo! Como yo!" El creyente se arrodilla, recibe la bendición del varón ejemplar, besa la esposa y sale entre mohino y jubiloso. Después de todo, son tan fáciles de arreglar las cosas de este pícaro mundo! El Obispo entorna los ojos, reza en silencio piadoso apenas perturbado por un moscardón aldeano que parece no percatarse de la significación del momento. Luego, el señor Obispo dispone que su familiar dé paso a otro caso. Mas éste sí que resulta grave. Porque el penitente es el propietario de la hacienda "La Coruña" y confiesa al Sr. Obispo que la hipoteca que sufre a favor de la curia está requetevencida y que el padre Pérez, procurador, amenaza con el embargo y el consiguiente remate. El Obispo muestra sincera preocupación. Medita. Reza moviendo los párpados de gorrión que se baña. "Ha pagado los intereses?" pregunta. "No, Monseñor, es la contestación. "Está bien", se resigna el señor Obispo, "dile al padre Pérez que los acumule por un año más". El favorecido cae de rodillas y besa la estola con furia sincera y edificante. El prelado le levanta:

—Hijo ¡agradécete a El, en particular, a mi San Cayetano. Recuerda que hoy es su día. Vete, busca a tu confesor, confiesa tus faltas —por allí me contaron un chismecillo de faldas picarón—, y contrata una misa.

El hacendado deja el palacio. Que vergüenza! el señor Obispo sabe todo y, pese a ello, cuanta generosidad y celo apostólico! —Dios le dé cien años más de vida!— escandaliza una vez en la calle para que los transeúntes le oigan. Una vieja escuchona acolita:

—Doscientos, señor Ernesto, doscientos para que de él gocen los hijos de los hijos de nuestros nietos!

Y, al efecto, eso había que desear, porque si el señor obispo Riofrío tenía sus simplezas de alma de cántaro, era de verdad un santo de tomo a lomo. Dios le tenga en su gloria.

Domingo

Las 12 m. El sol ecuatorial de las montañas andinas, más blanco que amarillo, oro de 24 kilates, brilla sobre el empedrado recién lavado de las calles —llovió la víspera— y los jardines de la plaza mayor. Las rosas, los geranios, los “perros”, las dalias, los girasoles, los jacintos, están en todo apogeo de esplendores. Los “arupos” difunden su luz lila. El pretil de la catedral vierte hacia la calle una cascada polícroma de campesinos que salen de misa. Los trajes oscuros y los velos negros de caballeros y señoras rompen el juego de brillos pueblerinos como amapolas negras en el campo. Señores y damas forman grupos para saludarse con venias, risas ficticias y arqueos de cejas.

La “cantina del portal” se llena apresuradamente de parroquianos ávidos de cerveza y refrescos. Dos mozos sin delantales sirven diligentes. Se pedía en voz alta como para que todo el mundo se enterara de las órdenes y los criados las extendían con comentarios que pretendían ser jocosos. El dueño del negocio saluda con cuantos llegan haciendo el barato de su personalidad para toda la semana. Un caballero delgado, elegante, sombrero en mano, llega, hace una venia y va a situarse en la única mesa que queda vacía. Solicitó una botella de cerveza y comenzó a tomarla con el ánimo de quien sin mayor interés extrínseco.

Se hizo momentáneamente, un silencio general. El recién venido era objeto de miradas furtivas, sesgas y disimuladas, y de comentarios en voz baja y cuchicheos.

A poco se restableció la rutina debido, tal vez, al aire de naturalidad de Juan de Mendoza. Cuando éste una hora de por medio, solicitaba una tercera botella de cerveza, en la sala de la cantina quedaba apenas un poco de clientes. Conversaban con animación y reían descompasadamente sin cesar de mirar de reojo al extraño como insinuándole se sumase a ellos. Finalmente, uno del grupo se acercó.

—Señor Forastero —dijo,— si como nosotros usted desea “seguirla de largo”, le rogamos compartir nuestra mesa para que no se diga que vino aquí un viajero y nadie le hizo atención.

Juan de Mendoza se puso de pie. Estrechó la mano que le ofrecía Luis Peralta y con palabras gentiles aceptó el convite. Tomó pues, asiento en el ruedo que formaba el grupo de nuevos amigos y se sumó a la conversación con preguntas corteses y comentarios breves. Alonso Córdova, uno de los contertulios, aprovechó de un rápido suspenso para decir:

—La noticia del día, señor de Mendoza, es la muerte de un "canario".

Cundió una risotada general. Juan se amoscó un tanto.

—De un "canario"! —exclamó— sería muy notable cantor.

—No decía ni pío! —corearon algunos locos de alegría con el éxito inesperado de la broma.

—Me figuro, entonces, que se trata de un sobrenombre —argumentó Juan.

—Ha dado Ud. en el clavo —admitió Córdova— Y si me permiten los amigos referiré a usted, en pocas palabras, qué personaje es el muerto.

Todos se pusieron muy serios para decir:

—Dios le tenga en su gloria.

(Comienza la historia de los hermanos Canarios).

Los hermanos Canarios

Años atrás, una pobre mujer de servicio quedó preñada a consecuencia de sus amores con un mercachifle vulgar que no volvió a Altas Torres en cuanto conoció el estado de su amante. La pobre mujer, una tal Dolores Herdoiza, dio a luz un par de gemelos, lo cual fue interpretado como justo castigo del Altísimo a malandanzas y mancebías. Echada de todas casas de "gente buena", recibió, según decir, secreta caridad del obispo y con ésta inició un pequeño negocio de "colaciones", dulces de azúcar con alma de almendras de nogal, muy de la afición de los escolares. Así pudo la miserable sostenerse y criar a sus hijos, cuyo extraño y singular parecido fue constante motivo de admiración en Altas Torres. Cuando concluyeron la escuela los dos muchachos se

iniciaron como mozos de mulas al servicio de un arriero que hacía con su recua la carrera de Altas Torres a Ventanas, llevando y trayendo mercaderías para los comerciantes de los dos términos. Al cabo de pocos años, dejaron el oficio y anunciaron a su madre que deseaban emprender en un negocio propio.

Sorprendida la mujer, se opuso por creer que sólo se trataba de un pretexto para ellos dejar el pobre pero honrado trabajo con que ya la sustentaban. Sin embargo, ellos tomaron en alquiler una pequeña tienda de "rejilla" en cuyo dintel colocaron el siguiente aviso:

"DINERO SOBRE PRENDAS"

Escrito con tipos desiguales y personal ortografía. Dicen años más tarde, los hermanos Herdoiza concurrían a la notaría del Dr. Illánz y compraban a la familia Pedroso Santero el enorme caserón contiguo al "palacio" de la Gobernación. Allí se instalaron para el resto de sus días. La madre murió. Se dieron el lujo de contratar los servicios de una tía materna que les atendía en todo a cambio de la habitación y la comida. Nunca dejaron el negocio original, "dinero sobre prendas", pero emprendieron en otros de mayor envergadura; en todo caso, préstamos usurarios y garantizados mediante hipotecas. Su pasión era el dinero, no las propiedades. Si se "venceía una escritura", inexorables disponían que su abogado el doctor Pedrarias pidiera al juez el remate del inmueble. Durante la mañana, "despachaban"; por las tardes, salían a uno de los balcones de la enorme mansión provinciana y allí dejaban transcurrir las horas en interminable y rutinario diálogo. Su paseo más largo los llevaba a la escribanía o al juzgado. A los cuarenta años, usaban ya de modales propios de viejos. La costumbre de posarse a par en el balcón, fue el origen del apodo con que se les conoció hasta su muerte.

Diálogo en el balcón entre los hermanos gemelos Absalón y David.

David.—Está Luisa la tarde, “ñaño”.

Absalón.—Como nunca, “ñañito”.

David.—Sabes? Desde anoche estoy inquieto. Creo que contamos mal. No “sabimos mismo” sumar.

Absalón.—Ni digas; pero todo está ahí.

David.—Otra cosa es saber cuánto hay.

Absalón.— (Interrumpiendo) Véle, véle, por ahí va la “Shunsha” Lola, la criada del Armendáriz, con pañolón “magdalena” nuevo.

David.—Se estará gastando la plata que le “dimos” en “lujos” de la familia?

Absalón.—Dijo que la iba a invertir en unas vaconas “de vientre”.

David.—Siempre “ha de ser” de tomar precauciones, “ñaño”.—Dígámosle a la “tiíta” que le llame.

Absalón.—Eso es; “decíle” vos, a vos te oye más. (David es el más dócil y ágil) (Fue al interior de la casa y pegó un grito cordial dirigido al piso bajo; Tiíta, tiíta.— Una voz contestó obediente: “Mándeme, hijito! Ahora que vaya por el pan, pase por la casa del Armendáriz y dígale que venga para algo que le importa mucho”. “Bueno, hijito, sin falta iré”).— David vuelve riendo al balcón, chocheando, moviéndose de un lado para otro; recobra prolijamente su antigua posición mientras dice a su hermano que mira acá y allá cubriendo con sus ojos de batracio los cuatro cantones de la plaza mayor:

David.—Ya está. Mañana “ha de venir” so pretexto de que no “despachamos” por las tardes. “Portariste” como vos sabes. Yo te hago la segunda. (Se miran cariñosamente. Se encogen de hombros al mismo tiempo. Sonríen con las mismas expresiones. Pasan unos minutos).

Absalón.—Qué haremos con esa “vitrola” que no han venido a sacar? De quién era?

David.—“Déjame “ir a ver el cuaderno. (David entra a la habitación y hojea un sucio cuadernillo grasoso por el uso. Se fatiga inquieto. Toma otro cuadernillo semejante y vuelve a hojear “Aquí está!”, exclama. Lee y regresa con el dato, jubiloso, a donde **Absalón** que confía en las grandes

dotes intelectuales de su hermano. David, a su vez, confía en el "carácter" de Absalón.

David.—“Sabís de quién era?”

Absalón.—Ni tal que me acuerdo. “Decime” pronto. (David ríe haciendo pucheros. Por fin se domina y declara:)

David.—Del Abraham Moscoso! “Dice” al que le rematamos la finca de “El Piñar”. (Absalón ríe a su turno con espasmos de tos, movimientos de cabeza y miradas de recíproca comprensión. Logra reportarse. Se pone serio).

Absalón.—Y en cuánto le hemos “cogido”?

David.—En quince sueres.

Absalón.—Habrá quién los dé? Hay que hacer cuentas de los intereses día por día!

David.—La “tiíta” que se encargue de “pregonar” de casa en casa que tenemos en venta una “vitrola” Víctor en buen estado y sus discos y agujas.

Absalón.—O “hacéte” vos un letrerito, eso es mejor y lo clavamos en la puerta de calle.

David.—Bueno, Vos “decís”. Lo hago en un dos por tres.

Absalón.—Vos eres hombre de letras: a mí con las mulas de antaño se me olvidan todas. (David comprende que esto es un elogio para él y lo retribuye:

David.—Dios da a cada uno una cosa. Vos en cambio eres de carácter. Te acuerdas lo que dijiste al Calandrio Santero? (Los dos hermanos coinciden en sus siempre comunes recuerdos y sentimientos; ríen golpeándose los hombros. Se asean las narices congestionadas con pardos pañuelos de tela de Chillos. David deja otra vez el balcón y a poco regresa con su obra maestra. La escrita ante los ojos saltones de su hermano, orgulloso: “SE BENDE BITROLA FINA I SUS DIZCOS i AGUJAS EN VUEN ESTADO”).

Luego ordenan a la “tiíta” que cuelgue tan buena pieza, con unas tachuelas, en el lugar previsto por el corajudo Absalón. Vuelven a posarse. La “tiíta” llega de nuevo).

Tiíta.—Ahí abajo estaba colocando el aviso cuando asoma la Rosa Quintana recomendada de la doña Calzonarios a rogar a sus mercedes le hagan el favor de recibirle en prenda, por ocho días, un molino de granos “Solingen”. En el co-

redor del patio está hecha una noche llorando. Dice que es para la comida de los nietos, que necesita cinco sucres y que el molino le costó cuarenta en el almacén del Cansecho ahora dos meses y medio.

Absalón.—Bien sabes “tiita” que no “despachamos” por las tardes.

David.—Sólo que se avenga a hacer cuenta de los intereses desde ayer.

Tiita.—“Apurada” está, se ha de avenir no más. (David hace cuentas con dedos y memoria. Absalón dispone:)

Absalón.—Pero “ha de haber” que probar ese molino, “tiita”. “Andá” vos David. A la “tiita” la pueden engañar. (David sale y minutos más tarde retorna radiante).

David.—Lindo es el molino, “ñaño”!

Ya está en el cuarto de las prendas con su tarjeta. Le di 4,20 descontados los intereses y le previne que no hay renovación sin intereses al contado.

Absalón.—Eso es. Las personas honradas pagan los intereses primero que nada. No “vis” que si el capital está garantizado lo que importa es que se cumpla con el crédito? El crédito es el que crece.

David.—Así es, “ñaño”.

Absalón.—Y a propósito, te acuerdas si don Hipólito pagó lo que debía en mora? Porque si nó, hay que decirle al doctor Pedrarias que solicite al juzgado el remate del predio. “Nosotros no estamos para cosas”. Basta con lo que tenemos. Solitos somos, gracias a Dios.

David.—No te dije nada ayer?

Ayer, cuando estabas “despachándole” al Gutiérrez, me traje el “jajo”. Yo conté una y otra vez y lo amarré; ya está ingresado en el baúl. Cien sucres son en billetes de a cinco. Bien liados están con su papelito escrito.

Absalón.—Cuando tendremos necesidad de “otro”, baúl?

David.—Sólo con la ayuda de Dios y su santísima madre! (Distribuyéndose según sus costumbres) Mira, entró a la escribanía el José Molestina, debe de ser cierto que nos “sacó” la plata para comprar unas tierras a don Zenobio

Santero que dizque le cede una ó dos caballerías de Tierra Baja.

Absalón.—Nosotros estamos asegurados con las joyas, “ñañito” pero siempre es mejor saber que el que pide dinero en préstamo no miente. Los mentirosos y los que no pagan los intereses son nuestros enemigos!

David.—Así es “ñaño” (Minutos de silencio. La “tiíta” les trae sillas. Se sientan reclinando las cabezas en las filigranas de hierro del arcaico balcón. Sale la “tiíta”. Pasa algún tiempo).

David.—Ya está fresco, “ñaño”. Nos entráramos no más a contar de nuevo. . .

Absalón.—Bueno, “ñañito”. Pero esta vez haremos bien las cosas. Desde luego hay que cerrar la puerta, no vaya a “caernos” la “tiíta. (David va a cerrar la puerta. Camina a saltitos, agitándose, contorneándose de un lado para otro, feliz.

David.—Ya está. Ahora el postigo. (En la habitación, entre los dos, sacan un baúl de lata y madera de debajo de la cama de Absalón, junto a la cual yace la de David. Las dos son rústicos camastrones de eucalipto sin pintar y trabajadas a lo bruto. Inician la tarea de extraer fajos de billetes y colocarlos sobre las camas).

Absalón.—Aquí los de quinientos, a este lado.

David.—A ése los de cien.

Absalón.—Por acá los de cincuenta.

David.—Y a los lados los de veinte, diez y cinco.

Absalón.—El “numerario” hay que cambiarlo cuanto antes “ñañito”, excepto las monedas de plata.

David.—Poco a poco se hace, ahora que “despaché” pagué todo en “suelos”.

Absalón.—Cuántos fajos de billetes de quinientos?

David.—Uno, dos, tres. . . cincuenta justos. Vea, “ñaño”, aquí está apuntado que éste es el fajo con que nos pagó la hipoteca el doctor Oviedo!

Absalón.—Cincuenta fajos de billetes de quinientos? cuánto hace eso?

David.—Cada fajo es de veinte billetes... luego espérese, "ñañito"... hacer... quinientos mil.

Absalón.—¡Quinientos mil! y los de ciento?

David.—Uno, dos, tres... sesenta y tres fajos de billetes de cien.— Cada fajo tiene diez billetes. ...luego son... setenta y tres mil!

Absalón.—Eso es. Cuánto suma hasta aquí, "ñañito" (Absalón tirita casi como si sufriese un ataque de malaria).

David.—Quinientos sesenta y tres mil sucres.

Absalón.—¡Dios santo! Ahora los billetes de cincuenta.

David.—Uno, dos, tres... ciento noventa fajos de billetes de cincuenta sucres! Lo que da (Absalón mira ansioso a su hermano, balbuciendo: cuánto, cuánto?)... cada fajo tiene veinte billetes... o sea un mil sucres, o sea, ciento noventa mil sucres en billetes de cincuenta.

Absalón.—Y el total?

David.—(David demora y crece su evidente importancia) Hum... 563, más 190... lo que da... da 753.000... hasta aquí!

Absalón.—(Que sonríe esperanzado) Ajustaremos un millón?

David.—Vamos a ver. Billetes de veinte, etc. etc....
(Una hora más tarde).

Absalón.—Ahora sí creo que hicimos bien las cuentas, "ñañito". Cuánto fue que dio el total, repítame?

David.—Un millón con veinte sucres!

Absalón.—(Absalón consume un acto semi-erótico al exam delirante:) Un millón de sucres con veinte! Y eso que no hemos hecho cuenta de las joyas que ya podemos rematar ni de las prendas ordinarias.

David.—Ni de la casa!

Absalón.—Ni de la hipoteca ni de los muebles!

Ríen cogiéndose las manos recíprocamente. Se separan e inician la tarea de guardar los billetes entre recomendaciones similares a las que se decían cuando extraían los "fajos" del baúl).

Absalón.—Ahora vamos a comer. La "tiíta" está ya llamando. Asegura el baúl, las ventanas, y esconden las lla-

ves. Cuando el más ágil Santo cierra con candado a una puerta o un postigo. Absalón los remueve a fin de probar las seguridades". (Llegan por fin a la mesa:)

Absalón.—¡Carne! Qué es esto, "tiíta"? Así nos arruinaremos!

David.—Mi "ñaño" tiene razón, no podemos derrochar un dinero que tan difícilmente ganamos!

Tiíta.—Coman tranquilos, hijitos, que esta carne les mandó en obsequio don Julio Paredes, el de la casa de al lado.

(Absalón y David se regodean jubilosos y empiezan a comer).

Absalón.—Algo ha de querer... "ñañito"...

David.—La hipoteca de la casa... "ñaño"...

Absalón.—¡Nada de hipotecas mientras no nos paguen la que está pendiente!

David.—¡Lo es, "ñañito"! ¡Nada mientras no recaudemos hasta el último centavo del capital prestado, los intereses líquidos hasta el último día y las costas procesales incluyendo los honorarios de nuestro defensor, el gran doctor Pedrarias! (David da una prueba completa de su creciente aptitud para manejar los negocios).

(Pasan unos minutos. Los dos "Canarios" empiezan a dormitar sobre sus pechos. La "tiíta" los despierta e induce a subir al dormitorio. Salen. Se acuestan en sus respectivos camastrones:)

David.—Haga rezar, "ñaño".

Absalón.—Sí "ñañito" por las bondades con que Dios nuestro señor nos distingue... Santa María Madre de Dios etc.

David.—Ruega por nosotros pecadores... etc.

Absalón y David.—Ahora, y en la hora de nuestra muerte, amén.

(Segundos más tarde roncan al unisono. Son las siete de la noche.

Necesitan algunas horas de sueño para "descansar" y reiniciar en la mañana, desde muy temprano, su laborioso "despacho". Como todos los pájaros, dejarán el nido con los

primeros brotes de la aurora. Luego van a misa, se desayunan e inician la atención de su socorrido negocio: "Dinero sobre prendas". (Vuelve la escena principal a la cantina).

Sigue la conversación en la cantina

Alonso de Córdova concluyó:

—Hace unos seis meses murió Absalón. Aunque había enfermado semanas atrás, se negó a llamar al médico. La "tiita" le preparaba una y otra "pócima" de hierbas que no dieron resultado. Hay para imaginarse al avaro viéndose acabar sin poder llevar consigo el baúl de sus queridos billetes. David trataría de consolarlo, todo en vano. Muerto Absalón, David intentó seguir en la diaria práctica de los viejos hábitos que había compartido con su hermano idolatrado por más de cincuenta años, desde el día en que abandonaron las recuas de mulas e "instalaron". Pero a cada instante le interrumpían los sollozos y decía: (así cuentan)

—No es lo mismo... no es lo mismo... dejó de salir, finalmente, al balcón y se recluyó en los interiores. Esta madrugada le encontraron muerto. En cuanto se supo de la noticia, el procurador hizo extender actas y partidas. Y procedió a poner sellos en nombre de los intereses del fisco. Se vela el cadáver en el piso bajo de la casa, en la pieza infeliz de la "tiita". Imagino que mañana será el entierro.

—Esta misma tarde —intervino con alarma Luis Peralta— porque de otro modo la "tiita no tiene donde dormir!

—¡No puede ser! —Se sorprendieron todos.

—¡Sí, señores! —ratificó Peralta con cierta terquedad— Ya estuve en el velorio y allí me lo dijo la "tiita" en persona.

Eran las cuatro de la tarde. El tema de los hermanos Canarios estaba muerto y sepultado. Si no para Altas Torres que lo usaría durante varias semanas hasta la llegada gozará de una nueva, al menos para el grupo de conversadores.

—Asombroso caso, digno de una novela —Acató Juan con la intención del que coloca una loza sepulcral— Y como entiendo que todos tenemos hambre, me permito invitarles a comer cualquier cosa y luego tomaríamos una o dos botellas de algún buen pisco peruano. Les ruego aceptar.

Los que formaban el grupo se miraron entre sí indecisos. Otras eran, sin duda las normas de la etiqueta lugareña, pero ante la incuestionable sinceridad del anfitrión, terminaron por asentir.

Juan de Mendoza retornó a su posada a eso de las nueve de la noche. Volvía embriagado, un tanto tambaleante. Seguramente hacía sus últimos esfuerzos para no acabar de caer ridículo. Subió al segundo piso de la "posada del oidor" y entró vacilante a su habitación. Al correr el portijo, su pobre atención se detuvo sin dificultad en una ventana iluminada de la casa del frente. Un rostro de mujer observaba tras los vidrios enmarcado por los "visillos" que las manos invisibles separaban.

¡Qué cara tan linda! —balbuceó el ebrio con el gesto del que hace lo imposible para no dejar caer los párpados apesadumbrados por el alcohol y el sueño. Indeciso, cerró. Volvió a abrir, sin embargo:

—El— ros—tro— de— un— angel! Exclamó débilmente. Cerró y cayó cuan largo sobre el lecho sin arreglar. No despertaría sino al amanecer.

La Primera Visita

A las seis de la tarde de ese miércoles de febrero, Juan de Mendoza llamó a la puerta de la familia Pedrarias. El "Gallinazo" se la abrió de inmediato. Mas con gestos de tarado que con palabras pidió al visitante que pasara. Sobre el cuello hinchado por el lorio, la cabeza, del pobre "Gallinazo" vacilaba como la de un perro envenenado. Tomó la delantera y guió al Forastero hasta la sala del piso superior. La casa de los Pedrarias era una enorme mansión típicamente provinciana alrededor de un gran patio cuadrangular re-

cortado con callejas empedradas y formas triangulares. Los corredores del piso bajo estaban pavimentados con ladrillos rojos, octogonales, que a primera vista pedían ser reemplazados por otros menos carcomidos y desiguales por el uso de generaciones. Los corredores altos, en cambio, habían sido contruidos, no ha mucho con anchas y gruesas tablas de eucalipto. Entre los pilastros cuadrangulares, abajo de ladrillo encajado y arriba de ladrillo recubierto con madera, descansaban arcos calados de cedro. Gallinazo insitó:

—Tome asiento, señor, voy a avisar a las “niñas”.

Y como observaba que Juan obedecía con la expresión de quien comprende el esfuerzo de un pobre imbécil, sonrió y la horrible oscilación del rostro se la agudizó a porfía.

El salón de recibo estaba saturado de un aire viejo y de un extraño olor que impregnan a las habitaciones cerradas por muchos días las flores marchitas, sobre todo las rosas. El solitario sintió que el corazón se le encogía. Un silencio sepulcral invadía todo. Sobre las madreselvas que serpean los pilares del corredor, los últimos rayos languidescentes del “sol de los venados” caían enfermos, oblicuos y débiles. Como desde muy lejos llegó el quejido de una torcaz viuda. Transcurrían los minutos sin que nada demostrase la presencia de otro ser humano peor el de un momentáneo huésped. Se sintió apenas cómo los pies desnudos del Gallinazo descendían las gradas. De pronto, sobre el umbral apareció, toda de negro, Eva Pedrarias. Juan se puso de pies dando a su rostro la expresión del que vuelve en sí tras unos momentos de honda sensación. De inmediato llegó la hermana.

—Mi hermana Balbina Pedrarias Oviedo, el Sr. Juan de Mendoza —presentó Eva e invitó a sentarse.

—Pues cómo le va, señor —inició, acto continuo, la conversación alegremente.

—Bien, gracias —repuso Juan con cierta indolencia— Alguien me ha dicho que un hermano de Uds. está enfermo.

—Mucho agradecemos su cuidado —contestó Balbina— En realidad, Julián se ha puesto malo. Toma dema-

siado. El médico se lo prohibió en forma terminante. Julián no le hace caso. Es un alcohólico.

—Y qué es lo que, en la actualidad tiene? —volvió a interesarse Juan— ¡Borrachera! —exclamó Eva con simpatía y encanto.— Lo que tienen casi todos los hombres de este lugar y tal vez de este país. Sólo que a Julián se le dio antes de ayer con una taquicardia que el corazón le salía por la garganta. Ya está mejor. No te alarmes Balbina; mañana o pasado volverá a beber de nuevo y será feliz. —concluyó la frase última con ironía deberberada. Balbina sonrió maliciosa.

Juan decidió salir del tema y calló.

—Cuánto tiempo piensa permanecer en Altas Torres, señor de Mendoza —interrogó Eva.

—Mucho tiempo —declaró aquel y bromeó—, o al menos todo el que sea necesario para que Ud. me llame Juan y yo la trate a usted de Eva.

Pues va Ud. a quedarse muy poco replicó Eva con agudeza y mirando al fondo de los ojos de su interlocutor.

De pronto se hizo un silencio como un vacío. Balbina no lo pudo soportar y sugirió.

—Gustarían un vaso de vino?

—“Claro que sí” —aprobó Eva haciendo gala de su alegría y repentina confianza en sí misma— A Juan le encanta el vino. Y a mí también! Balbina salió sonriendo y mirando de reojo a su hermana.

Eva dejó descansar sus manos en las de Juan, que las besó en silencio. Enardecido, haló con cierta brusquedad y tomó a Eva por la cintura.

—¡Por vida tuya! Se alarmó ella. Sin embargo, cedió. Juan tuvo la impresión del que besa a una niña. Ella, adivinando, se disculpó apenas libertándose!.

—Es que tengo miedo!!!

—No le tengas—!!! —susurró él.

Sólo entonces se besaron en realidad.

Los “te-adoros” morían a medio decir.

Los labios se buscaban unos a otros.

Un espíritu de sandades viejos bajo los olmos románticos recobraba su aliento. O tal vez el temblor de las cosas que empiezan a nacer.

Balbina gritó en el corredor:

—“¡Ay! que casi los riego” —refiriéndose a los tintilantes vasos que traía sobre una bandeja de plata cuencana. Desde el primer momento había adoptado cierta actitud de absorción y tolerancia no desprovista de prudencia, en consideración a su hermana mayor a quien por única vez veía enamorada. Ofreció el vino y codeando a Eva, con quien compartía el mismo asiento, en son de broma, dijo:

—Brindemos por el Forastero, hermana— y esperó la respuesta con ojos de aquí y allá.

—Desde luego —extremó Eva—, aunque es la primera vez en mi vida que yo brindo por un hombre. Salud!

Juan de Mendoza enrojció hasta el nacimiento de los cabellos. Demoró un por qué en recuperarse.

—¡Salud! —contestó— ¡Por Eva Pedrarias y el corazón que le entrego! ¡que jamás me lo devuelva! ¡Salud!

—¡Picarones! Intervino riendo Balbina— ¡Se han aprovechado de mi ausencia! ¡Salud por Uds.!

Poco más tarde bajaron al jardín a mirar una curiosa variedad de violeta de los Alpes. Y en esto estaban cuando él observó la hora. Eran las seis y media pasadas. Se despidió. En su alma de hombre decepcionado y escéptico, quién sabe por qué razones, crecía con júbilo poderoso el amor de Eva. Ahora, en síntesis con el ambiente en que Eva florecía, pretendía que el “pasatismo” también tiene un sentido. Enamorado, se disponía a sacrificar todo con tal de salvarse a sí mismo.

Cuando quedaron solas las dos hermanas, Eva preguntó a Balbina:

—¿Como te pareció?

—Hombre apuesto —contestó la menor—. Un poco taciturno y de expresión desafiante, ¿No?

—Algo así —susurró Eva— ¡Lo quiero mucho! Se estremeció con pasión. Tú sabes que ésta es la primera ocasión que yo quiero a un hombre ¿Crees que proceda mal?

—Tengo pavor —suspiró sincera Balbina—. Quisiera que nadie te separe de mí. Y besó con unción la frente de su hermana. Los ojos de Eva, más pensativos y verdes que otras veces, cuajaron lágrimas de emoción y ternura.

—¿No crees que papá le odia?

—Si eso creo.

Ayer me dijo que ha escrito a un tío de Juan ¿Qué puede proponerse?

—No lo sé. Papá fue siempre así ¡Sécate las lágrimas! que parece que llega. —Sí, es él! “Echate” la polvera encima y vuelve a pintarte los labios. No pases al comedor con esa “facha”. Mientras tú te arreglas, yo le hago la “conversa”. Vete ya.

El odio

El Gallinazo se presentó inopinadamente al restaurante donde solía almorzar el Forastero. Cuando vio a éste, tartamudeó nervioso; la cabeza le oscilaba según su enfermizo hábito cuando era víctima de una emoción. Saludando apenas mediante una o dos veces uniformes, extendió un sobre cerrado. El Forastero lo tomó con pausa.

—Gracias —Masculló, y como viera que el hombrecillo no se retiraba, con indignación explotó— Vete!

Caviló ante el sobre escrito. El sexto sentido de los escépticos, le decía que aquel sobre no podía ser de Eva. Con gesto voluntarioso rasgó y extrajo el papel.

“Señor de Mendoza”: Ruégole pasar esta misma tarde por mi estudio, antes de las cinco. (f.) Dr. Alberto Pedrarias”.

Juan miró el reloj. “¿Con que esas tenemos”, dijo para sí. Apenas comió algo, salió enseguida para casa de don Enrique Lozano, habló con éste del negocio que por esos días trataban y se despidió, Losco y sombrío.

—¿Qué le ocurre? —bromeó don Enrique al dejarlo en la puerta. El Forastero le tocó el sombrero y partió en silencio. A las cuatro y media de aquella misma tarde entraba al bufete profesional del doctor Pedrarias.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

—Vengo a su llamada.

Pedrarias despidió al Tigre con una seña. El famoso amanuense "alentó" sus modales. Acomodó sus lápices y borradores en el cajón de su mesa de mecanógrafo y salió sigiloso, alargándose, obligando a los que esperaban su salida a observarle con impaciencia.

—He recibido esta mañana una carta de su tío Antonio Guzmán.

Fue mi compañero de estudios en la Universidad. No recuerdo por qué los dejó. Léala.

El Forastero obedeció. Cuando concluyó la lectura, interrogó un poco desconcertado.

—¿Y qué?

—Ud. es divorciado, señor mío!

—Lo soy.

—Yo no puedo consentir que un divorciado pretenda la mano de mi hija Eva; aún más, ni siquiera su amistad. El divorcio no existe. Un juez civil no puede sentenciar sobre un sacramento que imprime huella en el alma y la modifica para siempre. Si Roma no anula su matrimonio, Ud. será un hombre casado hasta la consumación de los siglos y resucitará el día del Jucio Final con su mujer. Yo y mis seis hijos abogados no hemos divorciado a nadie.

¡Dios nos libre! Ni pareja alguna que yo sepa se ha divorciado jamás en Altas Torres en un juzgado civil. Usted está separado de su mujer; eso es todo, no divorciado aunque haya inscrito la sentencia que la dictaría un magistrado oportunista, sin doctrina y principios cristianos sólidos. Le comunico, por tanto, que no debe volver a mi casa. Y olvídese de Eva!

Por las aguas de los ojos de los dos hombres cruzaron veloces, relampagueantes lagartijos de odio. Y era que en ese instante se prometían la muerte.

El Puente de los Aparecidos

Los últimos gallos cantaban, cuando don Enrique y el Forastero, en sendos caballos, salían de Altas Torres. Tomaron el camino del río y cruzaron el Puente de los Aparecidos. Avistaron la pequeña casa que ocupa el último de los Santeros.

—Allí estará el Trovador durmiendo la mona, ironizó don Enrique con ánimo de halagar el vulgar y común afán de mordacidades de los hombres.

—¿Por qué lo dice? —se molestó el Forastero.

—Anoche le ví entrar en el "establecimiento" de las Tres Marías. ¡Sí señor! Son tres hermanas que se llaman Marías: María Luisa, María Teresa y María Petronila! Un día, con su permiso, le llevaré allá: vale la pena; son tres mozas de "chuparse los dedos".

Ascendían una ligera pendiente y descubrieron el valle. La luz ecuatorial ilustrada por doquiera y los montes distantes del contorno proyectaban sombras gigantescas sobre el enigma alisal de sus ciclópeas rajaduras. Con la brisa propia de la hora, olmos, sauces, capulies y eucaliptos se balanceaban tenues. Mecíanse halagados en tanto que sus hojas devolvían en reflejos la plata de los rayos que recibían.

Multitudes alocadas de pajarillos piaban sin concierto en escolar competencia de recreo. Ríos y riachuelos plateaban con luces de aluminio. A los trigales llegaban las primeras bandadas de tórtolas y "cuturpillas" en revoltijo arremolinado; cambiaban de sitio a cada instante, posándose aquí y allá y abusando de la débil gentileza de las espigas.

Los dos caballeros detuvieron sus cabalgaduras para respirar con fuerza el aire de agua fresca de la madrugada. El paisaje se había posesionado de sus cuerpos. Cambiaron algunas expresiones y reanudaron la marcha. Roto el hielo, era fácil proseguir la conversación. —Este año viejo Pedrarias acertó como en ninguno. Todos estos trigales que vamos viendo son de él.

La mirada apenas los alcanza no menos de 3.000 a 4.000 quintales de cosecha. Sólo falta que "seque" un poco más.

“Vinieron los sarracenos y nos molieron a palos, —que Dios ayuda a los malos cuando son más que los buenos”. Enrique Lozano rió a pulmón lleno. Era un hombre gordo, pícnico, grasoso, de salud rosagante, sincero y apasionado al que le placía agrandar a sus amigos y conocidos y prosiguió:

—¡Pues sí, mi señor don Juan! A mí que no tengo casi nada “ni nada mismo”, se me ocurrió que en este año sembraría cebada ¡y la bendita cebada está por los suelos! Lo que me salvaría es el papal que le ofrezco en venta. Si Ud. me lo compra, cosecharé la cebada y la llevaré a vender a la frontera. Si nó, soy más “chueco” que una chancleta usada.

—En gran parte depende —arguyó el Forastero— del precio “en que Ud. se ponga”. Ud. necesita hacer negocio con la cebada como yo necesito hacer negocio con las papas. ¡Sí, señor don Enrique!

Tres horas más tarde los dos tratantes llegaron a la hacienda “El Sagrario”, propiedad de don Enrique Lozano. Se trataba de un fundo pequeño, de terrenos desiguales y en pendiente aunque bien servido de aguas por una acequia que lo atraviesa. Está situado en los términos del Valle de Altas Torres, es decir, en el declive inicial de la cordillera, sólo que, de ese lado, la gradiente andina es algo comedida. En cuanto entraron por un viejo portal al patio de la casa de hacienda, aparecieron para saludar a “don Enrique” algunos peones, mujer y niños y toda una jauría de perros de razas irreconocibles según eran las mezclas de que venían.

—El patrón Enrique! el patrón Enrique! gritaban los muchachos. Los perros saltaban a los pies del caballo del propietario, iban, venían, ladraban con lloriqueos cordiales, se arremolinaban y disputaban entre sí vanalmente.

—Vea usted, como me quieren— bromeó don Enrique.

—Basta es verlo, señor— corroboró el Forastero con sinceridad lacónica. Don Enrique invitó a su huésped, si tal era Juan, a descansar un rato mientras la mayordoma les preparaba el desayuno. En efecto, quedaron a sentarse en una banca del ancho, largo y enladrillado comedor protegi-

do por enormes aleros bajo cuya sombra el clima era jovial como el de un arroyo de cordillera. Los recepcionistas, todos gentes humildes de la propiedad "chozos" "rotos", "Chagrás", vestidos sin estilo alguno reconocible sino con esos restos de traje que adquieren en la ropavejías, de los pueblos, —no era domingo— se aproximan con saludos, reverencia y preguntas cordiales, pletóricos de un espíritu de humildad sin intriga, de pobreza sin servilismo. En gran parte de ellos, son fácilmente reconocibles los rasgos propios de la raza blanca, de la tal raza blanca si alguna vez la hubo o la hay. Los perros se escurrían por entre las botas de uno y otro personaje, impacientes porque se les tomara en cuenta.

—¿Y cómo estás Carmen?— preguntó el patrón a una mujer enrojecida de casi andrajosa falda, ropa y blusa amarilla raída que traía un niño a las espaldas y otro por delante, balanceándolos, y en cuyos ojos se reflejaban aquel anhelo de los desesperados que desean ser atendidos de inmediato.

—Bien, "su mercé", extrañándole! contestó la aludida con un suspiro escapado entre las dos últimas palabras.

—Bueno que me extrañes —replicó don Enrique con alegre escepticismo— pero ¿por qué lo dices? Anda. Háblame de una vez. No te da vergüenza este caballero porque además de ser mi amigo es un gentil señor y yo sí que estimo a la gente del campo. ¿No es así don Juan?. El Forastero asintió con breves palabras dirigidas a la humilde señora. Esta, se se secó los arrasados ojos con la única mano libre que tenía.

—¡Otra vez estoy preñada, patrones!

¡Qué "tan" será!

Los muchachos de alrededor celebraron la ingenua declaración con pelar de gritos, gorras al aire y saltos para alcanzarlas antes de que éstas tocasen el suelo.

—No hay "toma" —prosiguió la confesante grávida— que me valga y "Taita Dios" no me hace caso de las lágrimas con que le encarezco me socorra. Don Enrique se inclinó en breve aparte, al oído del Forastero:

—Tiene ya diez y seis hijos, todos vivos. El Forastero puso especial atención en los arrapienzos que por acá y por allá comían y se estorbaban a ratos, ya formando semicírculo vista la personalidad del patrón, ya separándose para perseguirse unos a otros.

—Todos “esticos” o casi todos —añadió don Enrique. La Carmen esperaba una respuesta.

—Casada eres con la misericordia de Dios arguyó don Enrique— ¿de qué te quejas? Dios te ha hecho fértil como a la tierra morena (La Carmen lo era)— Que la “paga” no nos alcanza para nada, “su mercé”. Los más “grandecitos” (se refería a hijos) ayudan todo el día, unos con las vacas de ordeño, otros con los borregos, los dos mayores con el Ignacio madrúgan a los páramos— Y la campesina, emocionada con sus propias palabras, volvió al llanto con mayor éxtasis que antes y mayor sentimiento.

—Bueno, bueno— se acoquinó don Enrique, desde esta semana que te aumenten un peso a vos (peso = 0,80 ctvs.). Un peso al Ignacio y que a los dos “Guambras” mayores se les reconozca su trabajo semanal como peones.

La pobre campesina ya no lloraba, plañía, pues sus esperanzas habían sido colmadas. De pronto suspendió el lloro que la aburría, secó las lágrimas que la bañaban, aséose la nariz con un resoplido algo estruendoso, y dijo:

—Gracias, “su mercé”, patrón, que el cielo le tenga en cuenta sus obras. Con su permiso me retiro. Hizo una reverencia y se marchó, en efecto, seguida por una murmurante escuela de chiquillos que parecía imitar la escena de “culeca” y los pollos.

Una vez que don Enrique y Juan de Mendoza tomaron el desayuno campestre usual en esas regiones, volvieron a sus cabalgaduras y enrumbaron hacia donde su negocio los llamaba. Habían convenido en que el Forastero compraría el sembrío de papas de “El Sagrario”, sin cavar, calculando la producción aproximada mediante “experiencias” “Experiencia” llaman al acto de cosechar un “guacho” de papas y pesarlas. Dos o tres “experiencias” permiten calcular la producción de una sementera más o menos regular según el

número de "guachos". Cuando llegaron al papal, los peones ya estaban listos para el trabajo de ese día que, bajo la dirección de don Enrique y la vigilancia del comprador, se inició de inmediato. Poco más tarde, se había pesado en la "romana" el resultado de las "experiencias" y don Enrique y el Forastero discutían al rojo el precio como la cantidad de puntales que se obtendrían. Razones van, razones vienen, terminaron por ponerse de acuerdo. Don Enrique vio claro que el comprador no era un novel de la materia y que sabía aprovecharse de las situaciones.

Acordado el negocio y habiendo convenido en que el propietario de "El Sagrario" "prestará" "los brazos" de la hacienda para el "cave" si bien los salarios correrían a cargo del comprador, éste habló con el mayordomo para instruirle que al día siguiente se comenzaría la cosecha de la sementera tratada, que contratase a todos los hombres y mujeres disponibles y que advirtiese, pues Don Luque le había cedido a un precio conveniente el papal, que se pagarían jornales mejores que los acostumbrados siempre que los trabajadores se propusieran ahorrarle tiempo. Además cada "brazo" llevaría consigo una arroba como premio.

—Así comentó Don Enrique —esa es una manera de ganarse la voluntad de la gente ¡Como que "las sabe", don Juan! Y bien, ¡Vayan, vayan ya, y mañana que vengan todos los que puedan para que se desocupen pronto y "saquen" su plata y su "ración".

La noche cerró cuando volvían a la casa de "El Sagrario", en la que la mayordoma les aguardaba con un soberbio yantar. Desde luego, ofreció Luis "una tacita de café negro para que se calienten sus mercedes" y antes de ésta, desfilan el locro de "uñas", en pollo dorado a fuego lento, "Chorquí" con papas en salsa de cebolla, las jarras de "chicha de jora", etc., etc.

Inician el regreso a Altas Torres al amparo de la luna. No dejaban de discutir amigablemente el convenido trato, hasta que, movido por la curiosidad, don Enrique preguntó:

—Por lo que he visto y oído, Ud. conoce las cosas del campo. El Forastero creyó prudente contestar:

—Mi padre tuvo una propiedad en los páramos del norte. Gran parte de mi infancia y mi adolescencia transcurrieron en aquélla. Aprendí algunas cosas allí que no se me han olvidado del todo. Ultimamente estuve fuera del país y al regresar a él, me sorprendió la dictadura. Voluntariamente me he confinado en Altas Torres para no dar lugar a que se me juzgue por mis ideas.

“...Medianoche era por hilo, los gallos querían cantar”. Descendían la pendiente que desemboca en el Puente de los Desaparecidos.

Se escuchó el ruido de una cabalgata. El doctor Pedrarias acompañado de sus dos hijas, algunos criados y dos enormes mastines, entraban al puente. Ni el Forastero ni don Enrique se detuvieron, pero tomaron el lado que les correspondía. En el alma de Juan de Mendoza prendió el fuego de la pasión burlada y la soberbia. El caballo de Eva tomó la izquierda y el de Juan de Mendoza se aproximó al de ella intuyendo los deseos de su amo. Los rostros de los dos enamorados se aproximaron casi hasta tocarse. Por un segundo, aspiraron el vaho de sus fatigados alientos. Con los cabellos sueltos; la piel empalidecida por la emoción, toda cubierta hombros abajo con un poncho café, cabalgaba Eva como una autómatas. Tuvo el gesto de volverse hacia el que junto a ella había pasado, pero desistió. El padre la miraba con furia y ella sentía esa furia como un imperio irresistible e incontrastable.

—Azuzas a los perros! —ordenó por lo bajo el doctor a un criado. Los temibles animales se lanzaron contra el Forastero. Este, apretándose por los labios, de la estratagemas, volvió grupas, desenfundó su revólver y disparó dos veces. Con aullidos de dolor ensucian la placidez de la noche con una mancha de sangre. Volvió el silencio, ese silencio cósmico de la casa y los hombres bajo la luna cuando éstos estén a punto de jugarse la vida. Las dos balas habían alcanzado mortalmente a los canes.

“Y el próximo plomo es para el que azuzas los perros, cerejo! —rasgó la voz férrea del Forastero. La cabalgata del doctor Pedrarias no se detuvo.

—El "Colorado" le mordió —comunicó el que había azuzado, a su amo. Este sonrió a su pesar y porque comprendió la mentira.

De los ojos de Eva Pedrarias caen dos cataratas de luna que se esparcen por sus mejillas y van a reunirse en sus labios cuajados de silencio. La luna se ve alta y altiva. El cielo azul, sin nubes. En el valle y las montañas amarillea. Los frutos maduran. Se acercan las cosechas también en el corazón de Eva Pedrarias y de Juan de Mendoza, la vida prepara sus semillas.

—A cada puerco le llega su San Martín, habló en tono de consejo don Enrique Lozano cuando arribaban a Altas Torres. Creo que el viejo Pedrarias encontró la horma de su zapato.

El "Hobby" del Dr. Pedrarias

Su ejercicio favorito, si tal puede llamarse, lo practicaba el Dr. Alberto Pedrarias los días domingos por la tarde y a solas con sus hijas Eva y Balbina. Encerrábase con éstas, como en el estudio lo hacía con sus hijos, en el oscuro salón de recibo del segundo piso. Viejas alfombras cuyos dibujos apenas es dable reconocer, negras arañas de cristal, muebles llamados "esquineros" por estar hechos para los ángulos, anchos divanes forrados de terciopelo rojo, espejos de cristal de roca en marcos dorados al fuego y antiguos candelabros de plata no enteramente fuera de uso, pues en Altas Torres la empresa eléctrica municipal dejaba de servir a las 10 p.m. He allí la mueblería del oscuro salón cual lo habría concebido un anticuario, sin olvidar los detalles de porcelanas azules de filo dorado, cortinas escarlata, portarretratos, escupideras, óleos empotrados y una enorme lánguida imitación de "la República consagrada al corazón de Jesús", floreros rosados, "totumas" de plata, peseador de cuerno de buey, pailitas de bronce y en cada rincón pieles de leopardo que miran a través de encendidos ojos de artificio.

De lugar escondido, el doctor extraía gran copia de pequeños cofrecillos de nácar. Ante los ojos deslumbrados de sus hijas, revelábales el portento de sus joyas predilectas. Amatistas, brillantes, rubíes, esmeraldas, agua-marinas, perlas naturales, en fin, toda una síntesis de luces y minsolizadas que simbolizan la perennidad del poder y del pasado. Ellas se las pasaban de mano en mano. Reconociéndoles entre exclamaciones de infantil alegría: "Esta me ofreciste a mí, Papá. Esta es mía, recuerdas?" "El viejo sonreía: Las estaba doctorando en "pedrarismo".

Alguna vez el doctor Pedrarias se sentía arrebatado por la emoción del recuerdo como la roca puede ser sacudida por un terremoto. Su rostro arrugado y duro, volvíase relampagueante mientras hacía el suscito relato de su vida: los hilos de ella los marcaba con una piedra. Herencias, particiones, matrimonio, viudez, bautizos, enfermedades graves, sentencias asociábalos con sus joyas que son las prendas más próximas a su corazón de hierro que, así la cosa, venía a ser una suerte de corona normada. Eva y Balbina admiraban a su padre, y, a medida que los años pasaban, mezclaban a su admiración un sentimiento de piedad, porque, como mujeres, comprendían que el doctor Pedrarias era una suerte de volcán activo, inconsciente del mal que prodigo como de los bienes de que a sí mismo se privaba.

La Cosecha

Los arados tirados por bueyes empezaron a roturar los surcos, preñados de tubérculos, cuando el sol daba sus primeros pasos sobre la tierra. A medida que la reja hundíase en el humus, éste se abría como una mano generosa que al primer impulso del corazón derrocha su despensa. Patatas de todos los tamaños (borbotaban) a derecha e izquierda de la hoja de acero, tras la cual los trabajadores recogíanlas y formaban con ellas, de tanto en tanto, pequeñas pirámides. Los niños a menudo cabalgaban por turno en la cruz del arado a fin de que la reja penetrara más honda. A un costa-

do de cada "tabla", un equipo de campesinos depositaba en un solo montón, que iba tomando cuerpo, lo recogido por otros.

Cuando el sol, un poco alto, puso fuego en las espaldas y humedeció las sienes, adolescentes de rostro de terrones cuyas mejillas tenían una extraña semejanza con la piel de las papas, correteaban de un lado para otro ofreciendo en "pilches" de calabaza "chicha de jora". El peón encargado de vigilar a los cosechadores a fin de que no dejaran parte del producto sin recoger para luego, furtivamente, "chugchirla", se aproximó a Juan de Mendoza que había detenido su caballo con el propósito de tomar también un refresco.

—Bien están trabajando, amito. Y eso que la sementera "da que hacer": hay papas "como piedras"— exajero el hombre.

—Te has fijado si las ha comido el cuzo?

—Muy poco, patrón, lo regular.

—Cuántos quintales calculas que saldrán por todo?

El campesino se colocó en visera una mano y luego de echar una larga ojeada y sus cuentas para sí, declaró:

—Mil quintales, patrón, como soy Pedro Amaluisa

—Cuántos cree "su mercé"?

—Mil doscientos —contestó Juan con segunda intención. Si no salen los 1.200 te responsabilizo a tí. Amaluisa —concluyó con deliberada irritación.

—"Tá "bien, amo —Yo creo", su mercé"...

—Vé al trabajo, hombre de Dios, que las cosechadoras, especialmente, no recogen todo si no se las vigila.

El campesino se alejó en silencio, acaso diciéndose "Diablo de blanco! Amaluisa era un indio. Mendoza dirigió su animal a otro extremo en el cual se veía al mayordomo de "El Sagrario" cerca de una gran fogata en la que ya hervían, en (calderas) de bronce, papas, trozos de carne y cebolla "paitaña". En cuanto se saludaron el Forastero le dio ciertas instrucciones de rutina y le pidió que los "encostadores" inicien su tarea al instante a fin de concluir el trabajo "con el día".

—En efecto, “su mercé” —informó el mayordomo, que no dejaba de masticar a dos carrillos y vigitar las ollas— a poco empiezan a pesar y encostalar los que tienen asignadas esas tareas.

“Cuanto” a las bestias son de venir a la tarde para, “aura mismo”, empezar a llevar el producto a donde “su mercé” disponga.

—Don Enrique me ofreció un troje que debe estar listo.

—Sí, “su mercé”, así se hará.

La mayordoma se acercó a Juan ofreciendo:

—Con la venia de “su mercé” patrón, acepte esta carnicita y estas papitas con queso.

El Forastero dejó su cabalgadura y sentado a par del mayordomo bajo un arrayán de sombra escasa pero fresca, se sirvió del sencillo y agradable manjar que esos campesinos, para él extraños, le ofrecían con tan eficaces muestras de respeto y consideración. El mayordomo, conversador como la generalidad de los sirvientes de alguna jerarquía, entre otras cosas, dijo:

—A cómo piensa vender el quintal, mi patrón.

—A doce sures— declaró el Forastero en tono enfático.

—Dónde?

—En Altas Torres!

—Muy bajo “su mercé”. Las papas “están valiendo”. En todo el valle casi no las hay. Trigo y cebada sí, hay lo que se quiera. Dentro de dos meses bien pudiera vender a 20, patrón.

—Te digo hijo, que las venderé a doce y aún así ganaré algo. Juan de Mendoza palmeó confianzudamente las espaldas del mayordomo:

—Díle a tu mujer que me dé a beber chicha.

La mujer se la trajo, toda cohibida por el descuido. El Forastero la excusó con una broma.— Un muchachito hijo de la desolada y paridora Carmen, que estaba haciendo de cosechadora, apareció corriendo, con los pelos a ras del viento y la expresión de quien cumple esforzadamente con un deber primordial.

—Patrón Juan! Con la gorra el arrapiezo se secó el sudor de la cara y tomó aire para proseguir con su embajada —Patrón! por el camino real va hacia Altas Torres el Dr. Pedrarias!.

El Forastero saltó como una "simbra", tomó al muchacho por las rodillas y corvas, y lo empinó por encima de su cabeza.

—Angel te llamas! Angel mensajero! Baja acá, toma esta moneda. Señora mayordoma, déle de comer y de beber a este mozo que le ofrecí ("albricias"). (Seguinaldo?).

El muchacho emocionado, apretó la moneda en un puño y luego de tomar un pedazo de carne, salió disparado saltando a campo traviesa por sobre surcos abiertos y polvorosos. De pronto se detuvo y gritó en voz en cuello:

—Voy a seguir la centila a la orilla del camino, como "su mercé" me indicó, patrón Juanito!

El Forastero contestó despidiéndose con un pañuelo. Apuró de nuevo una razonable ración de chicha y montó, mientras decía al mayordomo: —Son ya las diez. Llama a la gente a almorzar. Yo regresaré dentro de dos o tres horas. Tú me respondes por todo! Hasta la vista!

Y Juan de Mendoza espoleó a su animal y tomó grupas. Siguió el camino aún reconocible del muchacho y llegó hasta él.

—Con quién pasó el Dr. Pedrarias?

—Solo, con dos perros grandes, su mercé.

—Bien, anda a reunirse con los demás y cump'e con tu tarea que aunque sólo eres "medio brazo" yo te "reconoceré" como uno.

Y ya sabes! que eres mi criado de confianza! A ver si tú me ayudas con la gente!

—Sí patroncito, déme su bendición.

El Forastero tocó la frente del ingenuo chiquillo inclinandose desde la altura en que le colocaba su caballo. Un gorrión, combatido por la canícula de la hora, lloriquió en un capulí cercano y una ráfaga de melancólicas nostalgias ondeó por los aires. El caballo de Juan de Mendoza, brutal-

mente espoleado, saltó sobre el camino real e inició una carrera desesperada.

Durante mucho tiempo galopó por el llamado camino real. Atrás quedaron los trigales y la llanura perdió su acostumbrada regularidad. El clima se volvía abrasador. Tras una larga curva de descenso que rodeaba un gran escarpado, se abrió de nuevo el paisaje y apareció a lo lejos la hacienda; debía de ser porque no lejos de ella, al fondo entre dos cerros próximos, como niño malcriado que juega en clase, el estrecho callejón espejeaba. Con una laguna de bolsillo de aguas azules y crespas. Al divisar la casa de hacienda, el caballo se estimuló tomándola por el término de su carrera. Cuando conoció que el jinete la compelía a continuar aún más allá, se encabritó brioso y relinchó con el ánimo de quien se siente en desacuerdo y asegura que "él otro" es el del error. Presintió la mano firme del jinete y el arco de fuerza que le oprimía el vientre. Manoteó en los aires, viró sobre los cuartos traseros y siguió, con la cabeza tendida, hacia adelante, y la cola en bandera. Era un caballo "chileno", de remos poderosos, cabeza pequeña y condición noble.

Cuando el Forastero se aproximó a la laguna por el camino secundario que a ella da acceso, en dirección opuesta venían en sendos caballos Eva, Balbina, una niña de hasta ocho años de edad, al parecer del servicio, y un viejo peón caballero en un macho. No sin cierta perplejidad y temor contestaron al saludo de Mendoza que pidió autorización a Eva y Balbina para acompañarlas. Eva interrogó a los ojos de su hermana. Esta hizo un mohín con hombros, ojos y manos, y dijo:

—Yo me adelanto con Delaisa porque tenemos mucho que hacer. Que el Higinió se quede en su casa, no tiene para qué venir con nosotros. No se me demoren, por Dios. Y así fue. Balbina y la chica desaparecieron a galope y el tal Higinió tomó por el primer atajo.

La tarde preparaba sus embelecó de nubes anaranjadas y soles amarillos de estío. Recostada sobre el pecho de Juan de Mendoza, Eva Pedrarias sollozaba en silencio.

- Cuidate mucho— dijo mirándole a los ojos.
—Cuándo entras al convento?
—Después de las cosechas, el mes próximo. Volverás?
—Las veces que tú quieras, Eva.
—Papá no regresará sino al fin de la semana.
—Te espero mañana en la laguna. Ayúdame a subir al caballo. Qué hora es?
—Las cinco y media.
—Te extrañaré mucho. Hasta pronto.
—Deja que te bese una vez más.
—No me olvides.
—Jamás.

El crepúsculo, aurora de la noche, amanecer de la oscuridad, primera luz del misterio, también tiene aves que cantan y cordiales balidos que resbalan sobre la tierra como manos de seda. Ante las escaramuzas del sol al ocultarse, la luna, como un velo descolorido, toma un sitio en el cielo.

Los vientos arremolinan el polvo de los caminos y lo levantan en espirales de bailarina anarquista.

Los trigales, allá, muy lejos, cabecean con el ánimo del mar junto a los muelles.

Los jilgueros bullen y revuelan en parlera algarabía.

Las chozas en las lomas emiten señales de humo, y los hombres inician el regreso.

El cerco pardo de las montañas recoge, en una gran represa, el oro del paisaje.

El caballo de Juan de Mendoza volvió a "calentarse" y a correr furiosamente. Su sangre de animal fino había encontrado jinete que interpretaba su instinto alquitarado a través de los siglos y adormecido por las circunstancias.

El pequeño Angel, inquieto por la tardanza de "su patrón", salía de nuevo a la orilla del real camino. Juan le descubrió a distancia. Traía el pecho lleno de las glorias de Dios. Frenó brutalmente ante el mozo con la intención de gastar una broma y desmontó de un salto. Apenas alcanza a hacerlo. El animal cayó al suelo: acababa de "levantar".

—Maldita sea! profirió el Forastero y remató el animal con un tiro en la frente. Por las narices del generoso

bruto, la vida se escapó, caballera a su vez en su suspiro. Angel miró a su "descomunal" patrón con espanto y emprendió las de Villadiego.

Pese a lo avanzado de la hora, en los confines de la era los campesinos aún trabajan la tierra, pegados a ella, confundidos con su polvo, como los "patisecos" en las capulicedas, como los renacuajos en las charcas, como los "cuzos" en las sementeras de papas, como las hormigas en sus hormigueros. La "yunta" de bueyes "guagras", el uno negro y el otro rojo, abría, sobre el horizonte de los surcos postreros, el último "guacho". Tras las cabezas de cornamenta mítica, la naranja de Dios descendía al abismo.

El Comadreo

En la plazuela de San Sebastián, en cuyo centro hay una pila labrada de piedra sillar, mujeres del pueblo el rebozo del pañolón caído y las canastas de compras en el pavimento —forman el material corrillo en el que vierten su ingenuidad y veneno suburbanos.

—Ah, Virgen del Quinche, de la Nube, del Cisne, Madre del Santo Rosario ¡Lo que llegamos a ver a su niña" Eva Pedrarias, a la que amamanté cuando estuve dada a luz de mi Consuelo la "cabezona" que se me fue con ese malvado negro que luego, luego la botó como "traste viejo"—, al convento de la Asunción "dízque" la llevan "agora" y el "doctor" jura y recontrajura que no la sacaré de aquí a un año si es menester!

—"Vos" le oiste?

—Dios no quiera! Delante mío no se atreviera! mi "niña" tan linda!

—Bien le ha de ir en el convento, fue tanta "alharaca"! La hermana es la priora y la acojerá como es debido... Luego, cuántas señoritas "importantes" que allí aprenden costura, lavado y otras "zarandajas" para que después, si toman estado, no hayan de ver a la vecina y a las criadas hasta para que "les" planchen una camisa! Bonita la gracia!

—Tiene razón, comadre. Las cartas sobre la mesa y no es que “aquí puse y no parece”. Por qué casi se acaba el matrimonio del “quiscka” Pérez del que por mal nombre llaman el Tigre? Porque la muy “carishina” de la mujer nunca había “quebrado la pata” y no sabía cocinar ni coser! y mientras tanto, era de verla poco a cómo caminaba “oronda” por las calles, con más “prosa” que el “inventor del agua tibia”. Se ganaba la vereda la “cachazuda”!

—Ay mi niña Eva!, si tuviera un “asisito” de tiempo “me le” fuera a ver. Más todo se va en buenas propósitos y suspiros al pobre. Tengo que cocinar, lavar, planchar y “baldear” la casa entera. Para la porquería que se gana, para la mezquina vida que se lleva. Dios me recoja!

—No me diga nada, “mamitica”, que con estos Monteros estoy “jarta”, que me doy contra las paredes! Bendita la que me “indilgó”. Y el mayor, pues el mayor, el muy pícaro camina” para los quince y creo que se ha prendado de un: Alza que una es “guambra” todavía y todo el mundo conoce que limpia, entera y sin historias.

—No me harás morir de la risa, mullitó! Entra vos! Virgo querrás decir, boba!

—Eso digo.

—Mejor me retiro; día ha sido éste de oír blasfemias. Virgo la Genoveva Escalante.

Dios del cielo, no descargües el brazo de tu justicia!

—Qué cuentos me sabe, vieja loca, para que así me haga caer la cara de vergüenza? Diga!

—Que me voy, digo. “Queda con Dios y no me busques”.

—Vieja alcahueta. Boca de infierno,

Por qué te llaman la Rompetumbados “Habla”, hiena!

—Qué te he de decir! Vieja soy, Rompetumbados me apodan, mujer de mundo fui gracias al daño que me causó el Manjredo Corral, tu tío por parte de la Saltamontes; de la alcahuetería dicen que vivo y hasta me llaman bruja y me traen doncellas para remendar.

Pero “quien quita” fue vos, fea aunque “sois” “mocosa” diste que decir con el “tísico” ese del hijo del Fieralanza?

—Pues cierre ya la boca, que nadie le pregunta nada!

—Ay mi niña Eva y a lo mejor le da por el monfil!

—Y por qué “dentra” a la Asunción? Se va a casar?

—Nada de eso! El “doctor” la obliga porque ella se ha prendado de ese joven altón y bien vestido que ahora poco llegó al pueblo, el Forastero.

Y éste “dezque” es casado o viudo o divorciado y lleno de hijos! Hombre de historias que las ha corrido por “la” Europa.

—Dicen que cuando la mujer quire, Dios quiere —comentó la aporreada Genoveva Escalante— Si ella le tiene voluntad, aunque le guarden en una custodia! Y se marchó contoneándose y pavoneándose de modo que el “centro” parecía campana de repiques, más orgullosa de sus dichos que los siete sabios de Grecia.

—Razón tiene la muy grosera esa de la Genoveva. No hay custodia que a la mujer enamorada le valga!

—Custodia!, “ama” mía. Custodia dice la menguada. Somos tan brutas las mujeres y tan “pillas”, y perdonen la expresión, que el Paraíso perdimos de “puro gusto”. O de curiosas! O por que “enderrepente” el diablo se nos mete en el cuerpo buscamos el hombre para que nos lo saque! Y bonito el modo con que nos lo sacan los muy aprovechadores! —Y la vieja, que era la que hablaba, empezó a lloriquear cubriéndose en el pañolón —Vieja soy concluyó— pero no tanto como para no tener vivos mis recuerdos.

—Por un desconocido sacan de la vida a la niña de mis ojos! Ciega voy a quedar! Dios me acuda!

—Bien parecido y gentil es el caballero “Llama” don Juan de Mendoza. A un “establecimiento” viene alguna vez con una o dos amigas, y no da nota de su persona. Generoso y bien criado y nada pobre porque dinero tiene, sí a don Enrique Lozano le compró con la plata “por delante” el gran papal de “El Sagrario”. “Ahora don Juan tiene una “consignación” por aquí atrás, al llegar a la esquina de la Trinidad, en la casa del arco, Y con un empleado atiende al por mayor y al “menudeo”. Se van como a las doce del día, allí “sabe estar” él, tal vez recibiendo las cuentas porque en per-

sona no "despacha" Guapo señor! Saludador, decoroso. Ya se quisiera el viejo Pedrarias haberle por "nuero".

—Sabrás, Lucrecita que así he "oído". Pero el "doctor", tan soberbio, le "anda" a desprestigiar. Y como aquí él es el dueño de cuerpos y almas, aunque "se diga" liberal, al Forastero "le tiene la olla de agua hirviendo".

—Malas lenguas! lenguas de Lucifer! Y mi niña Eva se iba a preñar de un cualquiera. Tan señor es el don Juan de Mendoza como el mejor! Pregunten a las tres Marías, a la Lucrecia que está aquí y ha hecho el favor de informar, en la "posada del oidor" del tal Serafín, a quien fuere! Ay mi "niña" Eva "dezque" iba a poner su corazón de oro en quien no valía la pena!

—Rey "puede" que sea. Preste o lo que "vos" quieras. ¿Y si es casado por la Santa Madre Iglesia Católica y Romana a la cual dignamente como su cuerpo místico nos pertenecemos?

—De "sentir sería". La primera vez que algo comentan de la señorita Eva y resulta que él es de otra.

—Acaso no hay divorcio", "ma-mías".

No se divorció el Causho, el dueño de la ferretería cuando la doña Sarmientos le puso cuernos?

—Eso dijeron por disimular. No has ido a la ferretería, "ahora último", por un par de clavos? allí cocinándoles "locro" detrás del mostrador está siempre la "descerada"!

—Suerte, suerte, señoritingas, se necesita en la vida, no virtud! Salvo el caso y la parte de su reverencia, doña Rompetumbados, porque ella no ha sido buena, ni ha sido feliz ni ha tenido suerte!

Como "sabís", lengua de dos puntas! me ha de perdonar por haberle faltado y el mundo "entriegue" el alma si se ha de olvidar de mí. Muchos momentos de felicidad disfruté cuando las arrugas aún no me caían y las piernas me sostenían "deriecha".

Lo "pior" es quedar "en" nada después de haber gozado de todo. Los "chullas" de antaño me miraron, Altas Torres es testigo! "cuanto" a virtudes, ni las tuve ni las tengo, pero humilde soy y eso han de tomar en cuenta.

—Y volviendo al afuereño, si saben que “le” mató los perros al doctor” en el Puente de los Aparecidos?

—Nestona ya vieja, hija, no salgas con ella porque tenerte han por necia.

—Yo no “li” “hi” visto sino dos o tres veces. “Asegún” se me figura, no es persona de fiar, “mamiticas” y “disculpen” que les contradiga; no sé “encarecerles” Uds. le han mirado sólo la apostura y los bolsillos y no han reparado en los ojos. Tiene ojos de ensalmo! Ese hombre es capaz de “dentrarse” al “mesmo” convento de la Asunción, a la Sacristía “mesma”! Con mi experiencia de mujer burlada le hablo. Y que se cuiden las “guambronas” que hacerles puede fuerte daño. Mi “taita”, que “aura” “mismito” está con un gran almacén en Ventanas “enmojado” con una mona de Vines de que murió mamita (la que hablaba se persignó y miró al cielo), mi “taita” contaba de un “franchute” que obra de años vino aquí y dejó preñadas a más de diez chiquillas del pueblo! Guarda las jóvenes con ese señor de Mendoza! Y para que le teman, mírale a los ojos de gavilán: parece que “jala” “pacto” ha de tener!

—Así será. Lo que yo sé es que por más que una se cuide de muchacha, cae Ley de Dios debe de ser para que la humanidad siga pagando sus graves culpas.

El distante reloj de la torre de San Francisco dio las nueve.

Hasta mañana! Las ollas sin “parar”.

Alzaron el cuello como bandadas de palomas a vista del “quilico”.

La plazuela quedó a solas tomando el sol en tanto la fuente le parlamentaba un ni sé qué con la intención de incitarla a tomar un baño en sus nítidas aguas, en cuyo fondo una moneda jugaba al escondite con el sol. En el balcón de una casa vecina una anciana de lentes ovalados que asoleaba a su gato murmuró:

—Por fin esas locas van a sus quehaceres.

Altas Torres quedaría cual un San Sebastián! Y vio a solas de su propia agudeza mientras acariciaba la piel eléctrica del mismo.

Cielo de verano, alma azul y transparente. El viento recorría las calles abandonadas por los escolares sin poder gastarles un fiasco, se entretiene en los sombreros de los viandantes, los toma por sorpresa y los hace girar un largo trecho. Luego dobla la esquina próxima, travesea con los perros que se enfurecen sin lograr verlo y espanta unas ventanas con estrépito. Al fin fue a dar a la "explanada" frente al cuartel en la que encontró a unos chicos jugando a las bolas y a otros al balompié. Aguardó unos instantes. Y como nada se le ocurría, levantó un "diablillo" con el que recorrió. Tomó el deportivo campo, y dejó a los jugadores con las manos en los ojos. Vio el camino que sale del pueblo e incontinentemente se marchó por él, muy alegre a ver qué decir entre las parvas de trigo y de cebada que le recibieron con el canto de sus flautas diminutas.

Los ríos venían pobres. Descendían al valle quejándose de su falta de recursos y de la general depresión del país. Sólo los capulíes descabezan su sueño de cerezas. Los "viragchuros" poseen su pabellón de rama en rama. A la sombra de los árboles aún frondosos, las vacas se acuestan a hacerse con la lengua un detenido y escrupuloso examen de conciencia, quiero decir, un reconocimiento general.

El Duende, no

—Duende? Quía, señores: los duendes son bajitos y de sombrero ancho de alas.

Este era un hombrón como un "secalito" flaco Pinti-parado. Al caminar le sonaban los huesos como matraca. La cabeza descubierta. De los ojos le salían llamas y olía a azufre. Con una mano se agarraba la cola de Belcebú y con la otra la "pata" con espuela que se le quebró. Caminaba a brincos y vociferaba a cada paso. "Maldita sea la que me hechizó! "Porque, a lo mejor, al alguacil le alguacilaron, que él vino para una monjita o una novicia a seducirla y la monjita se defendió y le echó la cátedra sagrada encima y le ahuyentó.

—De esos casos se han visto muchos en este pueblo en el tiempo de nuestros abuelos —intervino la anciana— Lo que es en el nuestro! con el favor de Dios y la ayuda de su Santísima Madre!

Calle doña Calzonarios! que Ud. de “puro” vieja no se acuerda ni del que se los quitaba y que de Dios goza.

Y no decían, ahora poco, que detrás de la Iglesia de San Sebastián, después de medianoche, salía un diablo “berraco” a abusar de las beatas más madrugadoras?

Cómo fue que la finadita Anselma Costales, sobrina de la Rompetumbados, hija “espuria” de que llaman por mal nombre el Gualingo, quedó preñada en un santiamén? Y el día no parió nada sino una pelota de aire que el señor cura con bendecirla la disipó y no dejó rastro.

“Vos” si que “sois” **jovencita** y cómo tal alocada y aturdida. A la Anselma la preñó el borracho del Petronilo Cazar, el carpintero, conocido como el Patasbravas “dende” que vino al mundo, por nunca haber podido usar zapatos. Qué diablo “berraco”, ni qué diablo “berraco”! “Berraco el “taita” que en mala hora te trajo a la vida y no te educó “en” el respeto a los mayores, “guambra” de “miércoles”.

Con lo cual o dicho lo cual, doña Calzonarios dio un giro violento sobre sus zapatos de caña alistonados hasta la media canilla, y resongando:

—Como que no “li” visto de madrugada “amartelada” con el Serafín, el de la “posada” y se marchó furiosa.

—Pues nada, que todo lo que aquí ocurre se lo “achacan” al Forastero: que si llueve, que si no llueve, que si hace sol o no hace. Ave María Purísima con el Forastero condenado! Yo que él liaba mis bártulos y con mi música a otra parte. Tierras hay mejores que ésta, según he oído, y no vale la pena gastar tanta pólvora en gallinazos — dijo el muchacho dando por terminada su tarea y mirando de hito en hito a su cliente que casi podía verse el rostro en la punta de los zapatos: también lustrados “estaban”. Mientras se ponía de pie, Juan preguntó con interés:

—Pero tú conoces al Forastero?

—Pues nó, “lei” visto sino una vez, “de lejo” y se me olvidó su “talante”.

—Así se quiere a una mujer, viejos “legañosos”, no como Uds. que les convierten en “velas de pabilo” y en pañizuelos con que el cura se limpia las babas. Lo que es nosotros los del pueblo estamos con este Señor valiente y vámosle a acompañar hasta donde sea. Vamos todos!

HOMENAJE A RUBEN DARIO

✧ RUBEN DARIO, POETA INNOVADOR

Tengo la sensación de estar al pie de una gigantesca montaña, cuya ingente mole cubriese por completo la faz del sol. De no tener luz propia la montaña, habríame encontrado, de seguro, envuelto de impenetrables sombras. Felizmente, el mismo intenso fulgor que irradia la inmensa figura intelectual de Rubén Darío servírame para encaminar mis pasos a lo largo de su prodigiosa vida de poeta, por los azules senderos de su dorado jardín espiritual.



Ese ilustre nicaragüense, que entre los hombres de arcilla perecedera llevó el nombre de Félix Rubén García Sarmiento, y que entre los genios inmortales se llamó y seguirá llamándose Rubén Darío, un día, un buen día de los lejanos tiempos idos, en su hermoso y vibrante poema "Salutación del Optimista", al referirse, ufano y augural, a las razas de estirpe latina, que viven, piensan y trabajan en uno y otro continente besados por las convulsas y espumajeadas aguas del océano Atlántico, exclamó, enfervorizado: "Inclitas razas ubérrimas!". Y bastáronle al poeta dos palabras, únicamente dos palabras que resumen todo cuanto significa excelsitud, fama y poderosa energía creadora, para definir con propiedad a aquellas razas egregias y enaltecerlas anunciándoles, a la vez, cual entusiasta heraldo del Arte y la Belleza, el glorioso advenimiento de "la gran alba futura".

Vástago admirable de algún valiente colonizador gallego y de alguna bronceada aborígen chorotega; excelente resultado de la transfusión del alma heroica de la gallarda

España quijotesca en la curtida carne de la América seductora, poblada de misteriosas selvas, dueña de caudalosos ríos que son como colmados mares, y engalanada con la immaculada cofia de sus nevadas cumbres; fruto magnífico, en fin, que con su aporte espiritual acrecentó la fama de las mismas "inclitas razas ubérrimas" a las cuales él cantara, eso fue el portentoso Rubén Darío; portentoso por la extraordinaria precocidad de su talento, por su enorme poder de comprensión, por su sorprendente fuerza comunicativa.

Revolucionario apasionado, como lo fueron y como seguramente lo serán todos los hombres de los países hispanoamericanos, mientras en dichos países haya prejuicios que demoler, errores que rectificar, nuevos caminos que abrir y ambicionadas libertades que alcanzar, Rubén Darío aparece, a mediados del siglo pasado, en el fértil y volcánico suelo de la joven República de Nicaragua, y con su elegante manera de gran señor de las letras y con su firmeza de dominador del verso, revoluciona las formas de expresión de la poesía a todo lo largo del continente americano, llevando, más tarde, hasta la mismísima tierra de la Edad de Oro de la literatura castellana, la decisiva influencia suya, con el vivo y fulgurante ejemplo de sus bellas e inimitables creaciones.

El gran poeta de Nueva Segovia, aquel bardo que fue animadora claridad de un nuevo amanecer del divino arte poético, se presenta cual luchador infatigable a favor de la Belleza pura. Armado de "puñal al cinto" y con la "lanza en ristre toda corazón", libra denodada batalla para remozar todo aquello que en la obra poética resultaba ser rutinario y caduco; para cambiar todo aquello que en la mansión de las musas padecía de arcaísmo y rigidez; para dar, en suma, elasticidad a los moldes estrechos y anacrónicos de la métrica antigua; moldes en los cuales no cabía la inmensidad de su pensamiento, el mismo que pedía, con tono imperativo, mayor libertad y más ancho espacio para el ímpetu arrollador de su aquilino vuelo.

"No gusto de los moldes nuevos ni viejos", declaró enfáticamente el propio Rubén Darío. Mas, es de advertir que

ningún poeta puede prescindir en absoluto de las formas, ya que la expresión poética, es decir, el verso, tiene que sujetarse inevitablemente a reglas y medidas para diferenciarse de la prosa.

En las antedichas palabras del bardo nicaragüense no vemos, precisamente, un rotundo rechazo de su parte a las formas establecidas desde antes para la construcción del verso. Entendemos, simplemente, que el vate no daba preferencia a la una forma sobre la otra, para encerrar en ellas sus inspiraciones y sus sueños; pues él sentía que su concepción artística era tan espontánea y le iluminaba el alma con tan meridiana claridad, impulsando a su pluma a escribir de corrida, en las nítidas cuartillas, sus maravillosas creaciones, que no había lugar a la selección de formas. Sus poemas le nacían de la mente y del corazón con la fresca naturalidad con que brota el trino del ruiseñor y suena la música de la fuente.

Sin embargo, al revisar su abundante y variada producción poética, encontramos que las antiguas estructuras líricas, y hasta el clásico soneto, han sido los metros menos cultivados por el autor de "Prosas Profanas". Veces hay que su canto es tan concentrado que cabe en una estrofa pequeña, así como en el diminuto pétalo de una flor se recoge una diamantina gota de rocío; y veces también, que la exuberancia de su composición semeja un incontenible torrente que se desborda de su cauce.

Y no podía ser de otra manera, ya que Rubén Darío fue el poeta innovador por excelencia que emprendió, —digámoslo con su propia frase— "una renovación de notas del Pan griego"; fue él quien trajo a la vida de la poesía una lozana primavera de ritmos, de armonías y combinaciones métricas; combinaciones, armonías y ritmos apenas sospechados antes y que sólo con él cobraron actualidad y se pusieron en vigencia, vigorizados con su poderoso aliento de insigne progenitor de un nuevo modo de comprender, de sentir y de interpretar la poesía.

Fiel al socrático precepto cuyo sabio significado supo hacerlo trascendental a todo aquello que, por ser latinoamericano, le interesaba entrañablemente, el poeta, en su marcha victoriosa recorre los culebreantes y empinados caminos de su América, donde la polifónica lira que él pulsa, con firme mano maestra, tiene sonos de suprema alabanza y de máxima exaltación, tanto para los ilustres personajes que a esos mismos países les dieron importancia y renombre. Poemas tienen sus libros que son verdaderos monumentos tallados en precioso metal inalterable; poemas en los cuales el propio autor crece y se agiganta, a medida que perpetúa, con originalísimas imágenes, el recuerdo de los grandes hombres que como Simón Bolívar, Bartolomé Mitre, Rafael Núñez y tantos otros, realizaron fecunda obra gloriosa, ora en el campo de la idea, ora en el terrero de la acción. Recordemos el verso con que pone áureo remate al soberbio canto dedicado al eminente escritor ecuatoriano Juan Montalvo:

“Mira —le dice— ya sobre ti flota la lumbre
y tú penetrarás su excelso arcano . . .
¿Cómo ¿no has de acercarte hasta la cumbre
si Cervantes te lleva de la mano?”.

* * *

Abrir los libros de Rubén Darío es entrar a una esplendorosa galería de espíritus selectos y de esclarecidas figuras elocuentes trazados con genial pluma veraz; es contemplar un extenso panorama fascinante de diversos paisajes íntimos, en donde la idea tiene profundidad de cielo despejado y sereno, y en donde las cosas tienen expresiones inauditas y alucinantes; es mirar, en fin, maravillada el alma, el romántico espejo de un fantástico lago azul sobre cuya llanura líquida estuviese vagando, con grave ademán interrogante, el albo sueño quimérico del apasionado cisne perseguidor de la divina Leda. Familiarizado el poeta con el misterioso reino de la Mitología, los dioses y las ninfas son evocados e invocados, con frecuencia, en las páginas de su obra perenne.

La poesía rubeniana abarca todo lo grande, todo lo sublime: canta con el mismo apasionado énfasis, al poeta, al

mar, a la luz, a la naturaleza. Y cuando el talento poético de Darío habla de las cosas y de los seres insignificantes y olvidados, éstos adquieren inusitado valor, cobran relieves imprevistos, basta que su pequeñez y su humildad hayan sido reflejados en el terso verso de quien, como el poeta nicaragüense, con delicadeza exquisita y con fina penetración, supo decir tan bellas palabras y tan estremecidas de ternura, sobre el labriego diligente, el lobo carnicero, el oso ermitaño, los altos pinos taciturnos.

EUROPA MECA DE LA CULTURA Y EL ARTE

América fue para los europeos la tierra de promisión, en lo que se refiere a conquistas, a expansión étnica y a provecho económico; mas, para los americanos, Europa ha sido, —y no ha dejado de serlo— maravillosa Meca de la cultura y el arte. ¿Qué hombre de pensamiento y poseído de inquietud espiritual, —pregunto yo— no ha soñado en el Nuevo Continente, con ir, alguna vez, al Viejo Mundo a abreviar sabiduría como en fuente primigenia, y a admirar, con ojos asombrados, el arte y los conocimientos que encierran las magníficas bibliotecas, los repletos archivos, los museos riquísimos de las principales ciudades de multiseccular vejez histórica? En éxodo constante, si no para radicarse allí definitivamente, por lo menos para pasar largas temporadas, muchos hispanoamericanos han ido a las naciones europeas a pasear su curiosidad y ofrecer más amplios horizontes culturales a su vida.

Recordemos a Simón Bolívar, que fue a educarse en Europa, y que un día, erguido sobre el monte Aventino, pronuncia el solemne juramento de libertar América; a Amado Nervo, altísimo bardo del país de los aztecas, estatuario lírico de su "Amada Inmóvil", que en ese Madrid del rubio Manzanares escribe lo más delicado y emotivo de sus sueños, con inclinaciones religiosas hasta en los transportes de amor humano; a Enrique Rodríguez Larreta, el gran escritor argentino, que hizo de la mística ciudad castellana de Avila el novelesco escenario de su célebre obra "La gloria de

don Ramiro"; a Ventura García Calderón, admirable prosista peruano, en cuyos libros, junto a la elegancia y a la ligereza del estilo está la ágil gracia francesa, matizada de sutil ironía; a la insuperable Gabriela Mistral, Premio Nobel de la poesía chilena, quien, viajando por Europa, universaliza su gloria, haciendo conocer y admirar su vigoroso numen poético; y, para no citar más, hagamos memoria de la enhiesta figura de nuestro Juan Montalvo, que en París da a la publicidad sus profundos "Siete Tratados", y quien, al sentirse próximo a morir, después de haberse sometido a una larga y delicada operación quirúrgica, —sin anestesia, por propia voluntad del enfermo— espera, en una casa de la Rue Cardinet, vestido de frac y con una fresca flor en el ojal de la solapa, la llegada de la muerte, dándole suprema importancia a la inminente presencia de ese importante personaje, cuya visita es recibida por los hombres una sola y aterradora vez en la vida.

Rubén Darío, alma sin confines que se dilata en una apremiante ansia de ver y conocer, en la mayor extensión posible, la infinita dimensión espiritual y material del orbe, no iba, ciertamente, a quedarse recluso en los pequeños límites de su país natal. Alas potentes, las suyas, de colosal ave de altura, necesitaban, por exigencia vital, surcar, tensas y majestuosas, los estelares ámbitos, para que el poeta pudiese mirar, cara a cara, a los astros, sus iguales... El propio Rubén, con fiebre en la honda pupila avizora y con perceptible temblor de urgencia en la voz, confiesa que "tiene hambre de espacio y sed de cielo".

A los trece años de edad, de esa florida y vehemente edad feliz, en la cual los sueños son como jinetes subidos sobre el lomo de briosos corceles desbocados y las pasiones arden en el pecho cual ascuas vivas que todo lo incendian, el excelso cantor de "Azul", con intrepidez comparable a la de un nauta visionario, dirige su dorado esquife hacia las tentadoras tierras que fueron cuna gloriosa de Víctor Hugo y de Verlaine, de Dante y Miguel Ángel, de Lope de Vega y de Velásquez. En las remotas playas cercanas a su cara Lutecia, se le antoja al poeta ver una amistosa mano, ha-

ciéndole insistentes llamamientos y convidándole a la codiciada aventura intelectual.

RUBEN DARIO EN EUROPA

París, la "Ciudad Luz", no tanto por la limpidez de su cielo y el brillo de su sol cuanto por la irradiación luminosa del talento de sus pensadores, de sus poetas, de sus artistas; por la inimitable gracia y por la belleza resplandeciente de sus mujeres; por la magnificencia y el lucimiento de su hermosa urbanización, fue la primera de las principales ciudades europeas que conoció Rubén Darío, y en la que pasó largas temporadas de bohemia y de locura amorosa. "Yo soñaba con París desde niño, —nos dice él mismo— a punto de que cuando hacía mis oraciones rogaba a Dios que no me dejase morir sin conocer París". Y agrega: "París era para mí como un paraíso en donde se respirase la esencia de la felicidad sobre la tierra. Era la ciudad del Arte, de la Belleza y de la Gloria; y, sobre todo, era la capital del Amor, el reino del Ensueño".

Juventud ardiente y soñadora, la suya, tenía despiertos y aptos para el goce todos sus sentidos. Y qué mejor, ni más apropiado teatro para el placer, que París, en donde todo es seducción y en donde todo parece que invitara al beso! Vestido a la última moda, visitando clubs acompañado de poetas contemporáneos suyos, recitando versos, trasnochando en los cabarets, bebiendo champaña hasta llegar a lamentables estados de embriaguez, allí amó intensamente, y se dejó amar con el brío de los primeros apetitos eróticos. En Nicaragua, dentro del hogar, su amor podía ser todo lo honesto y mesurado que se quiera; pero en la capital de Francia, su ansia carnal, de tenorio disoluto, había de entregarse a todos los excesos imaginables! Por eso, como justificándose y en clara frase explicativa, que para unos puede tener el acento de la franqueza, y, para otros, sonar como la voz de la desvergüenza, Rubén Darío, dijo: "Mi esposa es de mi tierra; mi amante es de París".

España iba a celebrar el centenario de Colón, y Rubén Darío, cuya relevante personalidad de prestigiado poeta era

ya suficientemente conocida y admirada en América y en algunos países de Europa, fue designado por el Gobierno de Nicaragua para que lo represente en tan significativa conmemoración. Con esa oportunidad, el poeta visita España, por primera vez, en el año de 1892. Pocos años después Rubén Darío es acreditado Ministro Plenipotenciario de su patria ante Su Majestad el joven rey don Alfonso XIII.

Trasladado de un mundo democrático a una tradicionalista nación en la que todavía imperaba la monarquía como forma de gobierno, y en donde predominaba la aristocracia, luciendo los nobiliarios títulos de condes, marqueses y barones, y asombrando a todo forastero indiano con los refinamientos de las costumbres, con las doradas carrozas que se usaban en la vida cortesana, con los lacayos de peluca y librea, Rubén Darío se adapta de inmediato y con íntima satisfacción a ese ambiente distinguido. Se consideraba marqués por la finura de sus manos y, llevando el uniforme diplomático bordado con hilo de oro, se cree elevado a un rango superior de hombre extraordinario. Aunque acepta la posibilidad de que en sus venas haya "alguna gota de sangre de Africa, o de indio chorotega o nagrandano", hace desfilar por sus versos, con manifiesta predilección, "princesas, reyes, cosas imperiales"; pues en sueños y como invadido por una especie de nostalgia, —según él mismo lo anota— recuerda, alucinado, la corte de Halagabal: "oro, seda, mármol".

LA EUROPEIZACION DE RUBEN DARIO

A manera de prólogo y suscrita sólo con las iniciales F. S. R., acaso porque a la Casa Editora le asaltó el recelo de hacer constar al pie del escrito el nombre entero del autor, por la desfavorable opinión que tenía éste, —bajo cierto punto de vista— sobre el poeta nicaragüense, consagrado ya, en forma incontrovertible, como genio lírico, por el consenso mundial, aparece una "Nota Preliminar", acompañando al texto de "Los Raros" y "Cabezas", editado por M. Aguilar, el año de 1945 en Madrid. Aquella nota trae el extravagante comentario acerca de la europeización de Ru-

bén Darío, considerándola como una ficción ridícula. Se dice, ironizando, que "pese a su francés nasal, a sus ademanes de ministro plenipotenciario, a sus pies calzados de charol y "cañas" de gamuza. . . .; el poeta iba soñando siempre manigua y chumberas, latidos de maracas, revoluciones de compadres, dibujos lúbricos de rumbas", porque, —se añade— "su rostro de indio chato y bravo dijo siempre la verdad de su alma".

Realmente que, después de leer esas apreciaciones, uno queda asombrado.

Si el poeta vivía soñando en las cosas de su país, ¿dónde está, entonces, en su poesía, el palpar de lo propiamente vernáculo? , ¿dónde la estampa de los paisajes de su tierra, tierra encendida de sol, cruzada de torrentosos ríos, erizada de volcanes, abierta en azules ojos líquidos enmarcados de manglares, naranjales y chumberas?, ¿dónde el himno patrio, alabando, con verbo épico, las hazañas, los heroísmos y las glorias de la gesta emancipadora?

Ah, sí! En toda la extensión de su obra poética entre sus muchos, muchísimos versos con distintos temas y motivos y entre los cantos a Chile, a la Argentina, a Méjico, a Colombia, a Bolivia, a la República Dominicana, a Francia, a España, a Italia, leemos un tríptico dedicado a Nicaragua, pintando cuadros sentimentales, la poesía "Retorno" a su regreso a la patria; y, también, su emocionado poema exaltando la soberana grandeza y la majestad imponente del volcán Momotombo! Pero muy poca cosa resulta, ciertamente, que en tan copiosa producción lírica, Darío haya escrito sólo cinco poesías inspiradas en las bellezas "del país de los lagos", como lo llamó a Nicaragua el naturalista Humboldt. Y es más significativo aún ese breve homenaje poético tributado a su patria, si se toma en cuenta la apreciación del crítico español en que da a entender que el poeta centroamericano se hallaba siempre bajo la influencia del ambiente nacional y como perseguido por su insistente y obsesivo recuerdo.

Hay que reconocer, por otra parte, que Rubén Darío no fue un bardo lugareño. Nutrido su espíritu con las más

adelantadas culturas, poseedor de vasta ilustración, dueño de la más original técnica artística, el vuelo de su extraordinaria fantasía rebasó los límites continentales. Si en los tiempos actuales se ha dado en llamar **ciudadano del mundo** aún al hombre común, con cuánta mayor razón se lo ha de reputar como tal a un poeta de la categoría de Darío, cuyos fulgurantes versos constelaron de estrellas todos los cielos e iluminaron con su luz toda la Tierra!

Más que continental, Darío tiene que ser considerado poeta universal!

X X X

Todos sabemos que los conquistadores europeos trajeron a América la cultura occidental; esto es, su idioma, su religión, sus costumbres, sus conocimientos. Y los pueblos del Nuevo Mundo adoptaron y asimilaron de tal modo esa cultura, que, con el transcurso de los años, han ido olvidando la lengua nativa, han abandonado el culto a los astros y a los ídolos, y han cambiado, casi por completo, su primitiva manera de vivir.

En los Estados Unidos de Norteamérica, los ingleses, y éstos y los franceses en el Canadá; los lusitanos, en el Brasil; y, sobre todo, los españoles en veinte países, —desde Méjico hasta la Patagonia— introdujeron e impusieron su civilización. Por lo tanto, bien se puede asegurar que desde los tiempos de la conquista la población de América ha venido europeizándose, y, a la postre, se halla europeizada en su mayor parte.

De no ser así, se vieran en alguna región del Nuevo Continente los dioses, los fetiches y los templos paganos de la antigüedad; no hubieran sustituido: al turbante de plumas multicolores, el sombrero de fieltro y de paja tejida; al rodaje rústico de pieles de animal, el vestido de fina tela de lana o de seda; a la sandalia de simple suela de cuero atada con correas al tobillo, el calzado de brillante charol o de lustrosa cabritilla, que cubre todo el pie; y en vez de que se hable en inglés, en francés, en portugués o en espa-

ñol, las gentes de América todavía estarían comunicándose en lenguas aborígenes.

¡Cómo no iba a europeizarse Rubén Darío, si la mayor ilusión de su juventud soñadora había sido conocer Europa. Si al viajar al Viejo Mundo, el poeta fue cargado de afanes, de ambiciones, de esperanzas, porque lo que él ansiaba desde el fondo de su ser inquieto y complicado, era empaparse en la cultura europea, saborear la vida que hacían las clases sociales de esas latitudes, deleitarse en la contemplación de las maravillosas muestras de su arte primoroso; pues para eso llevaba abierta el alma a toda novedad y permeable a toda belleza, como si fuese tierra sedienta, ávida de fresca lluvia bienechora.

Al comienzo de su estancia en Europa le atrae la suntuosidad de las ceremoniosas recepciones diplomáticas; le agradan la distinción y la elegancia de las reuniones sociales. Las "charlas" en los cafés a que concurre frecuentemente, para ponerse en contacto con célebres personalidades de la pluma, del pincel y de la escena y poder trabar relaciones de amistad con ellas, le dan ocasión no sólo para medir y justipreciar el talento de los escritores y artistas de cada lugar, sino también para informarse acerca de los egoísmos y las rivalidades que existen entre ellos, —sentimientos éstos, de los cuales, no pocas veces, fuera blanco también él, con duros ataques y censuras. Allí, ante el asombro de las personas que lo tratan, Rubén Darío exhibe su fantasía exuberante; luce su prodigiosa capacidad creadora; hace conocer la fluidez, de manantial inagotable, con que brota, espontáneo, el canto apolíneo de sus labios.

En España, don Juan Valera, escritor y diplomático, autor de la encantadora novela "Pepita Jiménez", es uno de los intelectuales que con mayor decisión defiende y elogia la poesía innovadora de Darío. El poeta y político don Gaspar Núñez de Arce, quien quiso que se naturalizara español, le brinda su amistad. Es acogido gentilmente en la casa de don Ramón de Campoamor, "viejo y sabio" poeta asturiano que se muestra complacido de conservar, guardada entre sus papeles importantes, una poesía que le dedicaba Rubén

en Santiago de Chile. En los salones de doña Emilia Pardo Bazán, a amables instancias de la gran escritora, declama sus versos, los mismos que son escuchados con profunda atención por los ilustres concurrentes, que lo aplauden con vivo entusiasmo. Le demuestran sincera admiración eminentes hombres de letras, como el prestigioso tribuno y orador don Emilio Castelar, y el famoso humanista, historiador de la "Poesía hispanoamericana", don Marcelino Menéndez y Pelayo. En varias ocasiones, el poeta gallego y destacado novelista, don Ramón María del Valle Inclán, es compañero suyo en las correrías nocturnas por tabernas y cafés. . Y qué decir de la promoción de los hermanos González Blanco, Francisco Villaespesa, Juan Ramón Jiménez, Cristóbal de Castro, y muchos otros, que le rodean y gustan de su interesante conversación, y no vacilan en proclamarle Maestro del modernismo!

Pero, no obstante la serie de atenciones de que era objeto Rubén Darío y de las apreciaciones encomiásticas que se le prodigaban, no faltaron voces de reproche y de crítica por ciertos actos de su vida.

Parécenos que la conducta licenciosa de muchos de los grandes literatos y poetas del siglo XIX fueron signo de los tiempos. Los poetas y escritores de entonces sufrían de una especie de insatisfacción, de una permanente inconformidad ante la vida, por no poder transformar la realidad ambiente en el Edén que les pintara su sueño. Y buscaban un paliativo para ese sufrimiento, en el licor o en las drogas. "Detesto el tiempo en que me tocó nacer", fue una amarga confesión del poeta de Metapa.

Se le ha criticado a Rubén Darío el haber clamado insistentemente, ansiosamente, que se lo llevasen a Nicaragua, en cuanto se sintió enfermo de gravedad en la ciudad de Nueva York y presintió su inevitable y próximo fin. Y se creyó hallar, hasta en esto, una manifestación reveladora, una prueba evidente de que en el poeta prevalecía su nostalgia por la patria, su sentimiento de amor al suelo natal y a su ambiente, por encima de todo lo que de foráneo —especialmente europeo— pudo obrar en su ser, influyendo en sus

afectos y preferencias. Se veía en tal actitud la confirmación de una europeización fingida. No se pensaba en que si Darío, —alma "sentimental, sensible, sensitiva"— llegó a europeizarse, no lo fue hasta el punto de convertirse en un desnaturalizado. La desesperación del poeta, en sus últimos instantes, se explica fácilmente con dos razones: la primera, muy justa y natural, de querer morir en la tierra donde naciera; y la segunda, el terror que sintiera ante la posibilidad de cerrar los ojos para siempre en una ciudad del país al cual un día lo denunció como "el futuro invasor de la América ingenua".

Por otra parte, europeizarse no quiere decir, en manera alguna, un total olvido de la tierra natal. Los hermanos García Calderón: Francisco y Ventura, escritores peruanos de alta calidad intelectual; el admirable cronista guatemalteco, Enrique Gómez Carrilo, y otros tantos hispanoamericanos que durante años residieron en París, haciendo magnífica obra literaria, nunca olvidaron a su patria lejana, y, antes bien, siempre estuvieron vigilantes de lo que acontecía en ella y se interesaban en aquello que acaecía en sus respectivos países.

El notable crítico y biógrafo español, Federico Sáinz de Robles, —quien resultó ser el autor de la "Nota Preliminar", antes aludida— en su bien documentado Diccionario de la Literatura española e hispanoamericana declara ser él uno "de los poquísimos que no se han convencido de la europeización de Rubén Darío". En cambio, son muchos, son legión, los lectores y admiradores del excelso poeta nicaragüense, que han llegado al pleno convencimiento de que fue, en verdad, un europeizado aquel que, lleno de fervor, aseguró:

"Yo siempre fuí, por alma y por cabeza,
español de conciencia, obra y deseo,
y yo nada concibo y nada veo
sino español por mi naturaleza".

LAS MUJERES DE RUBEN DARIO

Avido de sensaciones y ansioso de placeres, tanto para el cuerpo como para el espíritu, Rubén Darío pronto llega a

ser en París, en Madrid, en Roma, un sibarita joven mundano, de exquisitas sutilezas intelectuales, que derrocha ingenio, dinero, tiempo y energías en una intensa vida bohemia, en la que alternan, sensualmente, los versos, las mujeres y los vinos.

En los muchos versos que escribe para la mujer, vierte, devotamente, un caudal de emoción, de galantería, y pone en ellos, a veces, un hálito de velado deseo, a sabiendas de que el verso dedicado a una mujer, es casi siempre, un beso del alma ofrecido con los impalpables labios de la intención. El mismo lo dice: "El verso sutil, que pasa o se posa, beso puede ser o ser mariposa".

La mujer, divinidad creada por Dios para felicidad del hombre aquí en la tierra, ejerció en la vida del nicaragüense cosmopolita una influencia dominante, alimentado con bellas actitudes su inspiración; exitando con asidua presencia tentadora, sus pasiones; embriagando con inefables delicias y ternuras el paso del rendido trovador que pródigamente obsequiaba madrigales y caricias a todas las Evas del Paraíso de los encantos. Después de sus horas de amor: "¡Ambrosia!", era el grito de elogio a la "celestes carne de la mujer"; carne hecha de sabrosa pulpa de frutas y amasada con pétalos fragantes, con tibiezas de sol y con palideces de luna.

"Plural ha sido la historia de mi corazón", confiesa el poeta en su hermosísima "Canción de otoño en primavera". Y, en verdad, al leer las páginas de sus biógrafos, cuántas mujeres vemos desfilar por su tormentosa existencia! Mujeres de todo tipo, de toda condición, de diversa nacionalidad, se le entregaron cautivadas por el embrujo de sus finos galanteos, vencidas por la conquistadora fuerza de sus miradas incendiarias y lúbricas.

De una precocidad pocas veces vista, no solamente en el ejercicio de su asombrosa inteligencia, sino también en el despertar de su potente sensualidad. Rubén Darío se inicia en el misterio fascinante del amor, siendo todavía niño de escuela. En su interesante y anecdótica autobiografía refiere que el único castigo que sufrió de manos de su maestra, cuando aprendía el alfabeto, fue por haber sido sorprendido

con una chiquilla condiscípula suya, en eso que el poeta cordobés, don Luis de Góngora y Argote, intolerante e incisivo eclesiástico, llamaba "bellaquerías tras de la puerta".

Reales y verdaderos, unos; imaginarios, otros, los amores de Darío fueron siempre pasajeros y fugaces; duraron lo que dura la escarcha al salir el sol. El los enumera de este modo:

"Era una dulce niña, en este mundo de duelo y aflicción.
Miraba con el alba pura;
sonreía como una flor.

Otra juzgó que era mi boca
el estuche de su pasión
y que me roería, loca,
con sus dientes el corazón.

La otra fue más sensitiva
y más consoladora y más
halagadora y expresiva,
cual no pensé encontrar jamás.

¡Y las demás!, en tantos climas
en tantas tierras, siempre son,
si no pretextos de mis rimas,
fantasmas de mi corazón".

Casado Rubén Darío a los 23 años de edad, con una bella joven salvadoreña, de principal familia, ni siquiera en el matrimonio, —que tuvo corta duración, por el temprano fallecimiento de su esposa, estando él ausente— pudo disfrutar de las dulzuras hogareñas. Enredado en la política borrasca de los pequeños países de la América Central, sin un empleo fijo que le asegurase medios económicos suficientes para subsistir, continuamente se veía obligado a viajar de un lugar a otro, sirviendo, unas veces, de corresponsal de algunos diarios; dirigiendo otras veces, periódicos propios de efímera existencia; o aceptando cargos consulares o diplomáticos en el exterior, no siempre en representación de su patria.

Pero fue en Madrid, en la hermosa y señorial villa del oso y del madroño, cuando desempeñaba el elevado cargo de Ministro Plenipotenciario de su país ante el gobierno monárquico del último borbón; fue al visitar la Casa de Campo donde los reyes solían descansar, de vez en cuando de las fatigas y ajetros de la corte, sosegando el espíritu junto a la serena quietud de viejos árboles frondosos, paseando por primorosos jardines profusamente florecidos, escuchando la música arrulladora de románticas fuentes cristalinas y recibiendo en paz el tributo glorioso del sol, cada mañana; fue allí que ancló, y para largo tiempo, el corazón aventurero de Darío, al encontrarse con una mujer que había de ofrecerle su amor hasta la muerte, y la cual había de ser, a la vez, la apasionada amante que encienda en la carne los deseos y que luego ella misma los apague; la bondadosa hermana que comparta las penas y las consuele; la fiel amiga que comprenda y que perdone.

Desde Nabalzauz, lejana aldea de la provincia de Avila formada de escasos número de humildes casas bajas, blanqueadas de cal, con oscuras techumbres de teja y agrupadas al pie de rocallosos montes, había venido Francisca Sánchez a la Casa de Campo, de Madrid, acompañando a su padre que se encargaría del cuidado y arreglo de los jardines reales, en los cuales ella iba a ser la más encantadora rosa recién abierta a la vida.

Yo me la imagino esbelta y cenceña, con paso ágil de gacela, de saludable frescura primaveral, con grandes y oscuros ojos expresivos que iluminaban el blanco rostro risueño coronado de negros y lustrosos cabellos, y con una boca provocativa, —nido cálido de dulces besos y de ingenuas palabras— en la que la nieve de los dientes hacía un contraste llamativo con el encendido carmín de los finos labios.

Oscar Echeverri Majía, inteligente escritor y poeta colombiano, en un interesante artículo, "La eternidad del amor", publicado en "Prensa Literaria" de San Juan de Puerto Rico, refiriéndose a la entrevista que él tuviera el 30 de marzo de 1959, con Francisca Sánchez, anciana ya de 84 años, nos cuenta: "El nicaragüense visitó en la primavera de

1899 la Casa de Campo, de Madrid... Y Francisca, que había visto penetrar allí muchos reyes, embajadores, ministros y duques en arrogantes coches de caballos y trajeados con vistosos atuendos, ella, la predestinada, quedó arrobada ante el extranjero que venía de una lejana tierra morena que sus antepasados habían descubierto. Y, sin mirarlo siquiera, cortó dos rosas y se las ofreció".

Más tarde, Darío, para quien ese encuentro fue como el presagio de la felicidad, se la llevaba a Francisca a su apartamento de la calle del Marqués de Santa Ana Nº 29 de Madrid.

De creer es, por la similitud del caso, que en este pasaje su hubiesen inspirado los hermanos Alvarez Quintero, para escribir el poema que ilustra la deliciosa comedia "Amores y amoríos". Y por suponerles a Francisca, a su padre y a Rubén los personajes del poema, en homenaje a ellos, y, además, por la belleza misma de los versos, recordémoslos ahora:

"Era un jardín sonriente,
era una tranquila fuente
de cristal;
era a su borde asomada
una rosa inmaculada
de un rosal.

Era un viejo jardinero
que cuidaba con esmero
del vergel,
y era la rosa un tesoro
de más quilates que el oro
para él.

A la orilla de la fuente
un caballero pasó,
y la rosa dulcemente
de su tallo separó".

Cosa inusitada en la vida de Rubén Darío, de cuyo él tan inconstante y tornadizo en cuestión de amores, su idilio con Francisca Sánchez se prolongó más de lo imaginable: 15 años, durante los cuales todo fue en su casa delicadeza, cariño, felicidad, hasta culminar con la natural aparición del humano fruto nacido de sus besos. Mas, al cabo de esos años, ¿a qué se debió el viaje repentino de Rubén fuera de España? ¿Fue porque las continuas revoluciones en Nicaragua y los frecuentes cambios de gobierno en ese país hicieron imposible el mantenimiento de la Legación en la Madre Patria? ¿Fue por habersele retirado a Darío de la carrera diplomática? Lo cierto es que un día, —el 24 de octubre del año de 1914— el poeta se embarcó para su patria, para no volver.

Mientras tanto, incansable en su idolátrica devoción por el hombre que la hechizó, que la sedujo y que se la llevó consigo a que compartiera su pan y su lecho, Francisca Sánchez continuó amándolo al poeta, preservándolo del olvido, esperándolo día y noche, viéndolo constantemente en sus sueños y soñándolo todas las horas de su angustiada vigilia. Lámpara siempre encendida fue su abnegado corazón; lámpara alimentada con el inagotable óleo purísimo de su amor dedicado con tanta lealtad a su señor y dueño.

Igual que en una plegaria, Rubén Darío le había pedido a la sumisa compañera: "Francisca, sé suave, es tu dulce deber. Francisca, sé una flor y mi vida perfuma. Francisca, sé mujer, como se debe ser..." Y la bella joven aldeana de Nabalzauz, —fina cera dúctil— plegándose completamente al deseo del amado, se dejó moldear a gusto del artista. Y lo fue todo para él: ángel bendito en el hogar, luz alegre que disipa las sombras de la vida, voz de aliento en el infortunio, firme sostén que evita las caídas.

Viva, Francisca, fue, durante la ausencia definitiva del Ulises nicaragüense, la nueva Penélope en este mundo de engaños y traiciones. Muerta, es hoy el símbolo perenne de la fidelidad femenina!

EL OTOÑO DE LA VIDA

También a Rubén Darío le hincó un día su dardo envenenado el sufrimiento. También de sus ojos cayeron, aun sin querer, abundantes lágrimas; y las penas se le agravaron y se le agudizaron, debido a su temperamento ultrasensible. Sin embargo, él afirmó que "La vida es pura y bella", y a embellecerla en lo posible y a su modo tendieron todos sus actos, repartiendo por igual afanes y desvelos, entre la belleza de la poesía y la belleza del amor.

La vida, como el tiempo, tiene sus estaciones señaladas. Rubén Darío, —frágil vaso humano, barro deleznable, materia precedera, que se acercaba ya al medio siglo, de peregrinación por el planeta que habitamos— había entrado en el otoño de la vida, y comenzaba a declinar y a envejecer; no tanto por el peso de los años que había vivido, —que apenas llegaban a 49— cuanto por la vehemencia que él había puesto en vivirlos intensamente. De nada le valía al poeta alardear de vigor amoroso cuando aseguraba:

"Mas a pesar del tiempo terco
mi sed de amor no tiene fin
con el cabello gris me acerco
a los rosales del jardín". ..

A nadie le apena más, a nadie le desconsuela tan hondamente el decaimiento de las fuerzas físicas, como a la persona que soñó en una corporal primavera perpetua, y quiso —cual suprema dicha— que la vida se la mantuviese eterna en plenitud sentimental e intelectual. Por eso, a Darío tenía que dolerle, tenía que desesperarle la cruel evidencia de que la vida se le escapaba presurosa, antes de hora, reduciendo todo horizonte y cancelando toda promesa, no obstante que él, como el poeta francés Andrés Chenier, sentía que dentro de su frente mucho había aún para dárselo copiosamente al mundo, cual dádiva preciosa.

Pronto, en el corto intervalo que dejaba entre un poema y un beso, ofreciendo a su espíritu y a su cuerpo un ligero descanso reparador, Rubén Darío se da cuenta de que

los días pasan rápidos y de que "la primavera y la carne acababan también". Siente que del frondoso árbol de su juventud triunfante, sacudidas por la ventisca de otoño que las avienta y las esparce por el aire indiferente, van desprendiéndose, unas tras de otras, amarillentas y marchitas, las hojas y las flores que lo vistieron de gala. Mira, con ojos entristecidos, las innumerables rutas que atraviesan la tierra y por las que avanzan nuevos seres humanos animados de frescos bríos, de nacientes ilusiones y de halagadoras esperanzas, entonando a la Vida fervorosos himnos de júbilo. Contempla cómo, atrás, sentadas en el banco de la inacción y la tristeza, rodeadas de soledad y de silencio, quedan abandonadas las vencidas figuras de cabellos canos, de encorvadas espaldas, de miembros vacilantes. Advierte, sobresalto, que su corazón, fuente rebosante de generosos y de nobles sentimientos, va reduciéndose a la simple función vegetativa de alimentar, con savia anémica, el tronco vital despojado de ensueños y armonías. Y desde el fondo lloroso de su ser desalentado; después de haber apurado, hasta las heces, placeres y amarguras; y cuando, muy a pesar suyo, llegó la hora sombría del crepúsculo, Rubén Darío, el magnífico poeta que pensó en verso y que del verso hizo una flor, un ósculo y una estrella; como herencia perdurable para la humanidad, —para la humanidad que ve a la vejez con mayor espanto, con más creciente horror que a la misma muerte— deja oír en todo el mundo, igual que un alarido de angustia, su desolada, su conmovedora, su inconsolable lamentación:

"Juventud, divino tesoro:
te fuiste para no volver:
cuando quiero llorar, no lloro:
y a veces lloro, sin querer!"

Quito, a 18 de Enero de 1967

G U I L L E R M O B U S T A M A N T E

IMAGEN DE GONZALO ZALDUMBIDE

Los que participamos en el V Congreso de Academias de la Lengua Española (1), echamos de menos a quien nos invitó a concurrir a él, hace cuatro años (2), en una de las últimas sesiones del IV Congreso, efectuado en Buenos Aires.

Si todos los ilustres colegas congregados en la arqueológica y hospitalaria ciudad de Quito, deploraban la muerte de Gonzalo Zaldumbide, porque reconocían su legítima alcurnia literaria continental, los que nos honrabamos con su amistad, sentíamos abatido el ánimo, al vernos privados de su colaboración entusiasta, ponderada, erudita y fina, como de su presencia cordial, noble y elegante. El homenaje rendido por la asamblea lingüística al inolvidable Gonzalo Zaldumbide, realizado por dos de sus más entusiastas admiradores, el boliviano Porfirio Díaz Machicao y el ecuatoriano José Rumazo González, sólo en una ínfima parte logró pagar ese tributo de respeto, admiración y simpatía con que todos le recordábamos.

Poco después del fallecimiento de Gonzalo Zaldumbide (1882-1965), Alone evocó en EL MERCURIO de Santiago de Chile, la imagen placentera, armoniosa y apolínea del ilustre escritor ecuatoriano, que un año antes yo había visto a diario en la urbe rioplatense durante los inolvidables días del IV Congreso de Academias de la Lengua Española: De pequeña estatura, pero siempre erguido, elegante, pulcro y ágil, coronaba su cuerpo una hermosa cabeza cana; el suave brillar de los ojos azules emitían al exterior la luminosidad de su ingenio vivo y chispeante, moderado por la circunspec-

(1) Efectuado en Quito (Ecuador), desde el 24 de julio hasta el 1º de agosto de 1968.

(2) IV Congreso de Academias de la Lengua Española efectuado en Buenos Aires (Argentina), desde el 30 de noviembre hasta el 10 de diciembre de 1964.

ción y parsimonia de sus maneras de gran señor, que no meraban la innata sencillez y modestia de tan insigne varón. Su conversación cordial, sabia y llana, deparó a todos los académicos, gratos e inolvidables momentos. En las sesiones mantuvo el tono de su voz mesurada para expresar inalterablemente opiniones medidas, con prudencia y sensatez, hermanas de la verdadera sapiencia, que era el más rico patrimonio del artista esencial, del diplomático avizado y del caballero sin revés. Un hálito de paz emanaba de su personalidad polifacética.

Sin embargo, Gonzalo Zaldumbide ya no era, en Buenos Aires, el mismo que conocí en Santiago, cuando representaba tan noblemente a su país ante el gobierno de La Moneda, y vi en Bogotá hace justamente ocho años: sus ademanes apacibles, y la palabra sin estrépito estaban más aquietadas aún por la dolencia que poco después privaría al Ecuador, a Hispanoamérica, y a la meritoria y antigua Academia de su patria, de su director, una de las figuras más sobresalientes que tanto la enaltecían. Aunque no era orador de multitudes, el discurso con el cual ofreció la ciudad de Quito, relicario del arte barroco indoamericano y oasis verdegueante en los Andes de este continente, sede del V Congreso de Academias de la lengua Española, denunciaba dolorosamente al hombre ya próximo a dejar esta morada terrena. ¡Cuán distinta fue su clásica y bella oración gratulatoria en el III Congreso de Academias de Bogotá!

Como crítico literario, se estrenó con un estudio, hasta hoy vigente, sobre José Enrique Rodó. Prosiguió su labor de hermenéutica literaria con rigor y seriedad: analizó la obra de d'Annunzio, Barbusse, Enrique Larreta, Ventura García Calderón, Juan Montalvo, Fr. Gaspar de Villarroel y Juan Bautista Aguirre, el poeta Jesuíta. A estos dos últimos los sacó del olvido en que yacían, ignorados por sus conciudadanos e hispanoamericanos.

Gonzalo Zaldumbide "es ante todo y por sobre todo, humanista, un ardiente espíritu inclinado a la llama sempiterna de la curiosidad mental, así como Alfonso Reyes el mexicano y también —¿y por qué no decirlo? como el Már-

mol de AMALIA, dándole a su corazón ese camino de retorno a la tierra natal, a su Quito querido y embelesador, a su Quito soleado y ecuatorial. Universal y regional. Don Gonzalo tiene de los dos aspectos, de las dos facetas suficientemente logradas. Don Gonzalo no es un evadido ni un descastado. Es un ecuatoriano universal, como lo fue Montalvo que convirtió a su patria en una Mancha sugestiva para LOS CAPITULOS QUE SE LE OLVIDARON A CERVANTES. (3)

LA EVOLUCION DE GABRIEL D'ANNUNZIO París, 1909

Muy joven, a los 27 años, escribió Zaldumbide su ensayo sobre LA EVOLUCION DE GABRIEL d'ANNUNZIO, que ha tenido tres ediciones: la primera salió a la luz en París en 1909, la segunda el año 1916 y la última en 1965, después del fallecimiento del autor; pero él alcanzó a prologarla. En el prefacio confiesa con su sencillez y espontaneidad características que releída la obra "a los cincuenta años de descuido y olvido", para hacer esta tercera edición, nada tuvo que corregir ni cambiar: "En realidad, yo mismo, en esta postrera relectura, nada he hallado que añadir, nada que suprimir, nada que cambiar, y la he dejado tal cual fue. Por ende, esta última edición sale a la luz exactamente igual a la anterior, que fue igual a la primera". A renglón seguido, declara sinceramente la verdad, acerca de lo que él piensa sobre el libro: "Este mi fresco libro juvenil no ha envejecido. Está lozano. Y en vez de pedir a algún ilustre escritor amigo un Prólogo que, como todo prólogo, elogiase este libro y con su autoridad de maestro lo consagrarse, vengo a decir yo mismo sin ambages mi concienzuda convicción: (A)

"Mi libro fue una especie de examen de conciencia literaria, que me resultó veraz y exacto sobre un fondo admirativo y justiciero, férvido y lúcido a la vez. He dicho ya cómo, en mis mocedades, en mis tiempos de iniciación, la prosa de d'Annunzio me cautivaba. La formación de mi gus-

(3) CAUCE DE PALABRAS. Págs. 63 y siguientes. Bolivia. 1968.

to fue influida por la magnificencia del estilo dannunziano. Si llegué a hartazgo, por deliberada saturación en el conocimiento de sus cualidades y defectos, mi prolijo análisis no fue por desintoxicarme de su influjo, inexistente, sino por simple necesidad de ver claro, en él, no en mí, que me sentía libre, porque nunca me dejé contaminar de su estilo, menos aún de su espíritu, ni siquiera en la época en que escribí, en la propia Venecia dannunziana, en la ciudad anadiomena exaltada por d'Annunzio en su reverberante novela *IL FUOCO*, mi primera novela corta intitulada *LA LOCURA DE LA VIRGEN CUERDA Y LA CORDURA DE LA VIRGEN LOCA* dos hermanas venecianas, de destino desigual e igual dolor" (Pgns. 17-18).

Zaldumbide, a semejanza del lírico italiano, se manifiesta "niño prodigio": *LA EVOLUCION DE GABRIEL d'ANNUNZIO*, como lo declara su autor, "es un buen libro": "Y no es jactancia —agrega— es evidencia ya imparcial, despojada de la común hipocresía farisaica. A mi edad, —81 floridos años, sanos y buenos felizmente,— y después de haber sido colmado desde joven y durante la celebración nacional de mi año jubilar, con innumerables testimonios, homenajes, estudios, artículos, discursos, y aun libros, dos, —muy buenos,— consagrados a mi obra, ya no tienen objeto para mí el disfraz consuetudinario de la falsa modestia ni la franca desnudez de la inmodestia; sino el aparecer como en el verso de Hugo "vétu de probiré candide et lin blanc". Y si chocase que algo en pro dicho por otros yo lo miente como oportuno para un prólogo, pues bien: dígase lo contrario, comprobándolo" (Pgns. 18-19). (B)

Gonzalo Zaldumbide, próximo ya a la muerte cuando escribió el prólogo de la tercera edición de este ensayo crítico, recuerda que "El mal y bien juegan cambiantes visos sobre la haz de las cosas. Elogios, justos unos, exorbitantes otros; críticas verídicas o falsas, todo ello es uno y todo es vanidad de vanidades. Merecidos o inmerecidos, a esta altura de la vida, encomios y censuras por igual saben a ceniza. Y lo poco que se ha logrado, —si algo—, brilla un momento en la cresta efímera de la ola, mas la resaca lo arrastrará

luego al océano del olvido irremisible" (Pág. 19). El escritor ecuatoriano era sinceramente humilde, desconocía el fariseísmo. De su autocrítica deduzco que no ignoraba la doctrina sobre la humildad verdadera, sostenida por San Francisco de Sales, en aquel libro genial INTRODUCCION A LA VIDA DEVOTA, elogiado por Sainte Beuve: "Muchas veces decimos que somos nada, que somos la miseria misma y la basura del mundo; pero no poco sentiríamos que nos tomasen la palabra, y que nos publicasen tales como decimos somos. Al contrario otras veces fingimos escondernos y huir, a fin de que corran tras nosotros y seamos buscados: hacemos ademán de querer ser los postreros, y sentarnos a los pies de la mesa; pero esto es para subir más ventajosamente a la cabecera. La verdadera humildad no hace semblante de serlo, y gasta pocas palabras humildes..." (4).

Con sagaz precocidad d'annunziana, Zaldumbide examina la obra del poeta, novelista y dramaturgo italiano sin dejarse subyugar por la rendida admiración que le profesa. El crítico reconoce que fue "impermeable al dannunzianismo triunfal, sin perjuicio de admirarlo en d'Annunzio: inmunidad natural que preservó intacta la indispensable objetividad para juzgarlo" (Pág. 18).

El joven exégeta literario de 27 años descubre todas las vetas artísticas del erótico, voluptuoso y megalómano "niño prodigio", cuyo "precoz renombre había trascendido, desde los albores del siglo, a París, centro entonces más que ahora, (1964), centro siempre, de propulsión y clarificación de la fama" (Pág. 8).

Zaldumbide se entusiasma con la producción lírica de d'Annunzio influenciada por Carducci; pero sin que este factor disminuya ni un ápice su numen personal. El ardor sensual, el paganismo erótico dominan sin contrapeso la obra del escritor. El juicio del crítico sobre los cuatro primeros libros de d'Annunzio es definitivo por su precisión y objetividad, y no parece emitido por un muchacho casi adolescente: "En suma, con estos cuatro primeros libros ha preludiado el

(4) Págs.: 162 y 163. INTRODUCCION A LA VIDA DEVOTA.

canto alterno y monótono de su lirismo, que incansablemente sigue el flujo y reflujo de la exaltación y la laxitud. Y rara cosa es, en verdad, que siguiendo instintivamente las que pudieron parecer tan sólo veleidades de un temperamento aún confuso y mal seguro, él haya discernido desde el principio los motivos fundamentales que serán más tarde desarrollados, amplificadas, magnificados hasta la redundancia y la saciedad por la wagneriana orquestación de sus obras más perfectas" (Pág. 47).

En cuanto a la labor del novelista, Zaldumbide cree que "la facilidad" de d'Annunzio "para urdir una trama dramática es en él casi nula. La acción en sus novelas, es morosa; carecen de intriga. En cambio, su riqueza de invención poética es inagotable en prodigar imágenes, en torno de sutiles arabescos líricos". (Pág. 51). En d'Annunzio, antes que un novelador, hay un poeta; sus relatos así lo revelan.

La vena lírica del autor atrae al crítico irresistiblemente. Refiriéndose al INTERMEZZO dice: "Pero todos sus miembros están ligados por los anillos de la eternal serpiente. No puede libertarse todavía y se da treguas. Aduerme un tanto su mal con el beleño del arte y se entrega, para olvidar la inquietud obscura, a pulir el verso con amor cauto y precaución devota. Hace de orfebre alejandrino: talla piedras muy raras y preciosas, cincela el oro dúctil y sonoro de la lengua de los antiguos maestros; imita la forma de los joyeles hereditarios, los aderezos que sirvieron en fiestas ya abolidas. Sus poesías parecen exhumadas de una antología del siglo XV".

"Tan pronto el poeta bebe, cual si quisiera apurarla toda de un sorbo, la amargura de la fuente turbia de su experiencia carnal, como acude a refrigerarse en las cristalinas vertientes de la poesía nacional, la de los precursores y del Renacimiento".

"El voluptuoso erudito y el humanista elegante que en él iban de par con el mundano, sentíanse nostálgicos de la época en que Lorenzo El Magnífico incitaba a la alegría de los carnavales componiendo coplas sonrientes, de un epicureísmo ligeramente teñido de melancolía". (Págs. 56-

57). Finalmente, descubre en el INTERMEZZO "un acre sabor baudaleriano". (Pág. 65).

El crítico vuelve a enjuiciar la novelística de d'Annunzio y estima que "El fondo de las novelas de la Rosa" es uno solo: el eterno drama de la carne que triunfa del espíritu mientras la pasión sangra desgarrada por el dolor de la lucha y por remordimiento de la victoria" (Pág. 67). Estos relatos son, según Zaldumbide, un autoanálisis de Gabriel d'Annunzio.

El novelista, después de la lectura de Tolstoi y de Dostoiewsky, cambia de rumbo, y como asegura el crítico, en todas las obras de este género como GIOVANNI EPISCOPO, INNOCENTE, IL PIACERE, TRIONFO DELLE MORTE, LE VERGINE DELLE ROCCE e IL FUOCO, la influencia del maestro Tolstoi es notable; sin embargo "no pasa de veleidad humanitaria y desasosiego moral". "Para asimilarse el espíritu evangélico tenía que sofocar precisamente las tendencias más características de su temperamento, las que en su obra vivían con frenética vitalidad" (Pág. 89).

Advierte también en la novela dannunziana, la influencia de Nietzsche: "Y toda su obra reverbera de incendios, aparece tinta en sangre, cruzada por turbas en demencia afrodisiaca, mística o guerrera; muestra en fin, bajo formas múltiples, el gusto de la violencia, de la vida exuberante y libre, de la vida peligrosa del hombre que se sobrepasa. No queremos decir que esto constituya un nietzscheísmo antes de ahora. Pero sí, cúmulo de tendencias esencialmente inflamables al contacto de Nietzsche".

"La materia, pues, estaba palpitante y pronta, algo caótica, empero. Le faltaba, para cristalizar en formas conscientes, el sujetarse a una jerarquía de principios".

"Pues bien, Nietzsche no hará sino despejar del vano ardor bélico y de las turbulencias del temperamento orgiástico, la noción del individuo superior, de la voluntad de dominio, de la legitimidad de instinto agónico, de la justicia natural que concede al fuerte, derecho sobre lo que de hecho la hace suyo". (Pág. 92).

Con prolijidad, certeza y madurez, impropias de sus cortos años, Zaldumbide examina LAUS VITAE, el "punto supremo de la vasta trayectoria recorrida en veinte años de constante evolución".

"A la lectura de la LAUS se siente que tal vehemencia de inspiración hubiera reventado en mil pedazos los estrechos moldes en que anteriormente solía cristalizar los refinamientos de su arte paciente y meticuloso. Ahora apenas alcanza a canalizar aquel torrente en la larguísima estrofa de veintiún versos que saltan veloces de los cinco a los nueve pies y echan las rimas al azar. La estrofa es rapidísima, pero no vertiginosa. Las imágenes se precipitan, reducidas a su más simple expresión, a una palabra, a un signo, para saltar más ligeras. La inspiración torrencial por el número de cosas que arrastra, desborda, sin embargo, de las márgenes angostas. Pero los innumerables aspectos de la realidad se graban, al pasar, veloces, en un rasgo neto y durable como una incisión. Y las imágenes muerden siempre la realidad: por más que se eleven, no pierden su contenido preciso, y así esta profusión no es confusa como la de Shelley, por ejemplo, cuyo lirismo a menudo se evapora en la abstracción. Ni es el tumulto de un Verhaeren, cuyo recuerdo suscitan las estrofas en que canta, también él, las ciudades tentaculares y las campiñas alucinadas, Roma y el agro. Asimismo viene a las mentes la idea de un Whitman más artista, cuando en el canto XVIII se arremolina como un soplo huracanado el hálito jadeante de la multitud" (Pág. 121).

No cabe mayor precisión crítica para penetrar en la voluptuosa lírica de d'Annunzio.

Zaldumbide pone fin al certero examen de la obra del escritor con el estudio de su producción dramática. Señala que en ella pretendió "restaurar la tragedia griega". Sin eufemismos, con toda claridad y franqueza, a pesar de su admiración por d'Annunzio, a quien debe mucho de su formación estética, dice, más adelante, al hablar de las "cualidades y defectos" de la obra dannunziana: "Y a pesar de tanta prolijidad en el detalle, no siempre es claro en la concepción lógica del conjunto. Por eso, a gunos de sus dramas

especialmente, son inciertos, no misteriosos, borrosos, no profundos. Y como viven de auxilios externos más que de acción propia, semejan a las catedrales góticas, grandiosas de mole y sutiles de ornamentación, que han menester de los sostenes exteriores que las complican y les dan la forma fantástica de una inmensa araña" (Pág. 196).

En las últimas páginas, Zaldumbide, en las conclusiones, sintetiza así su juicio sobre el escritor italiano: "Sus obras son la obra de un temperamento, no de una inteligencia. Todas sus ideas, las pocas que allí aparecen como tales, es decir, como reflexiones abstractas que revelan una cierta concepción "global" de la vida, provienen de Nietzsche. O más bien: provienen del fondo mismo de su propio temperamento, pero fue Nietzsche quien le dio conciencia de ellas y se las presentó sistematizadas, quien transformó sus instintos en convicciones, sus aspiraciones en principios. La originalidad, o más estrictamente, la personalidad de d'Annunzio consiste en haber revivido todas esas ideas con una intensidad singular, con una convicción que nada o poco tiene de intelectual y mucho de sensual". (Pág. 202).

Al terminar la lectura del exhaustivo estudio de Zaldumbide, el lector admira la extraordinaria fuerza intuitiva del joven de 27 años, para desentrañar y descubrir con tanta perspicacia, naturalidad y buen juicio la médula de la difícil producción del lírico italiano; aún más, sorprenden sus conocimientos literarios, artísticos y humanísticos para relacionar la obra de d'Annunzio: en lo poético con Carducci, Whitman y Baudelaire, en lo novelístico con Tolstoi y Dostoiéwsky, en el drama con los clásicos griegos, y en lo filosófico con Nietzsche.

A pesar de todo el esfuerzo de Zaldumbide por exaltar a su héroe, no compartió su admiración por la obra del afrodisíaco escritor; ella, no obstante su erotismo, me deja frío y hastiado.

La de Zaldumbide es una precocidad poco común en Hispanoamérica: quizás sólo tiene parangón con la de Marcelino Menéndez y Pelayo, en España, y con la de Pedro Balmaceda Toro en Chile. Puede haber otros valores literarios

prematuramente en el Continente y en España, pero los desconozco.

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL CRÍTICO

Sus continuos viajes y estadas en Europa, por placer o en cumplimiento de diversas misiones diplomáticas, desde su juventud hasta los años longevos, le permitieron asimilar la cultura clásica y europea como tantos hispanoamericanos ilustres. Allí fue donde conoció bien a d'Annunzio y a Barbusse, y pudo ampliar sus conocimientos para colocarse entre los primeros y más afamados críticos de nuestra América indígena.

Como crítico se ajustó a normas severas. "De ordinario —dijo— más interesan al crítico las personalidades que se prestan a un sutil discrimen o a una audaz síntesis. Contradicciones aparentes por resolver, visiones fragmentarias por recomponer, teorías por desentrañar de la obra que las lleva implícitas, son otros tantos fines y estímulos para la obra del analizador". Pero Díaz Machicao, cuando se ocupa del autor de *ARIEL*, hace las salvedades: "Pero Rodó, lo hemos visto, no es artista contradictorio ni fragmentario, ni sus sentimientos e ideas son los dispersos del vidente fumíneo y desatado. Es el razonador de lógica bien trenzada. Igualdad tranquilizadora: pero, al querer retratarlo, su faz clara vuélvese evasiva. Descomponerlo, casi sería mutilarlo, pues, si no es complejo, es quizá completo dentro de su tipo. Si no abunda en matices cambiantes y caprichosos, atrayentes y fugitivos, tampoco se afirma rutilante en encendidos tonos. Colores francos y sosegados, combinados sabiamente en una papeleta sobria y trasladados a la tela en toques a la vez tenues y firmes, nos darían el retrato de este mago prudente y cordial". (5).

Gonzalo Zaldumbide es uno de los críticos más objetivos de nuestro continente: va siempre al grano, no se desentiende de la personalidad para juzgar la obra, pero bus-

(5) Obra citada. Págs. 71 y 72. Lo transcrito es de Zaldumbide.

ca en esta última, al hombre, porque es auténtico humanista; su sensibilidad le permite internarse en el contenido y en los meandros de la producción literaria de los autores; él, como crítico, se adentra en el alma del poeta, del novelista y del ensayista, y sabe interpretarlos.

En las cartas escritas a sus amigos, cuando le solicitaban su autorizada opinión, o en los innumerables estudios literarios, queda para la posteridad su escrupulosa labor de crítico.

El año 1934, a propósito de ESPEJO, libro de Augusto Arias, Gonzalo Zaldumbide escribe al autor una página que podría ser antologada: "Por fin he logrado tender frente a mí un largo tapiz de horas sin reclamo importante ni importuno, para darme a la morosa delectación que impone la lectura de su libro, todo él encaje y filigrana".

"No se lo puede atropellar. Ni se le puede dejar, cautivo como uno queda de tan sucesivos meandros, suave y tenazmente llevado del moaré de las preguntas a las volutas opalinas de las respuestas".

"Irrompible hilillo de Ariana, no se le puede soltar, porque a cada párrafo, cada delicado dédalo insinúa su dibujo curvilíneo y recurrente, y la espiral sube para recomenzar incoercible en otra parte. Preciosamente escrito, torneado y contorneado "con amor", sutil, sonreído, enamorado, esponja a trechos el estilo como la góla irisada del palomo insistente en el alero; ledamente se desfleca como humo en el aire tenue".

"Pero no quiero decirle en estilo figurado, en el estilo de su arte, lo que su libro es y suscita. Quiero simplemente aplaudirle, felicitarle. Lleno de atisbos felices, de conatos intuitivos, no deja usted de "solicitar los textos", como se dice en francés, en su afán simpático de retratista sugestivo. A libro tan bonito, tan deliberadamente bonito, no cabe hacerle reparos sobre el exceso y fervor de tonos y trazos tan delectosos que, por otra parte, han de crear en torno un coro juvenil de admiradores". Y termina: "En el ESPEJO de Ud. lo veo a Espejo con mayor satisfacción que en el mío. Este su Espejo es su ESPEJO. En ambos me complazco y por

ambos lo felicito. ¡Cuánto talento de escritura y acierto de vocabulario! Y si me persuade sólo en lo objetivo, lo admiro en lo figurado o imaginado: libro de ensueño y de hipótesis—, premioso, precioso, abundoso, y el más fluido” (6).

El crítico se refiere aquí a su ensayo sobre Eugenio Espejo, escrito definitivamente en 1957, para discutir los elogiosos conceptos emitidos por Isaac Barrera en la HISTORIA DE LA LITERATURA ECUATORIANA. Zaldumbide es muy circunspecto en sus juicios, y huye del ditirambo. Las breves páginas acerca del prócer y hombre de letras mestizo ecuatoriano, son concisas, exactas, inspiradas solamente en sus deseos de hacer justicia y de poner las cosas en su lugar. Muchos juicios de nuestro crítico podría transcribir; pero con uno basta para formarse una idea cabal de la opinión que él tenía de Espejo: “La primera vez que lo leí, me pareció ilegible. Luego, consultando EL NUEVO LUCIANO, en busca de datos para componer el primer ensayo que escribí en 1917, sobre el P. Aguirre, me pareció equívoco o confuso. Ahora que veo que, aún Barrera, juez competentísimo y sólo en este capítulo parcial por muy adicto, muy entregado a Espejo, cuya aparición la señala, “como el hecho intelectual más sobresaliente en su siglo”, “como el hecho de mayor magnitud en la historia moderna”, “como el prototipo del ecuatoriano que se formaba en la colonia”, etc., ahora que aun Barrera, digo, reconoce que “Espejo no fue un escritor brillante, que su prosa es dura, su período largo, embrollado, machacón...”, bien puedo yo ratificarme en mi opinión primeriza, sorprendida de ver en el “reformador del gusto”, en el censor del “mal gusto”, ningún gusto o, más bien, un pésimo gusto. Hombre notabilísimo, escritor malo. Salvo quizás en su Discurso, a ratos, y tal vez por ser el único que le brotó de vena generosa; y en algunas cartas y sermones: a Arias le parece muy bueno el sermón sobre Santa Rosa de Lima” (7).

(6) CARTAS LITERARIAS. Gonzalo Zaldumbide. Pags. 23 y 24.

(7) EN TORNO A ESPEJO. Gonzalo Zaldumbide. Prólogo José M. Leoro. 1967. Pags. 80 y 81.

Zaldumbide, sin alardes de falsa modestia, tenía plena conciencia de su misión de crítico y del alto valor de su estilo. En otra milagrosa carta, joya de epistolario hispanoamericano, a propósito del trillado calificativo de "estilista", hace una verdadera meditación substanciosa y lírica acerca del estilo: "Aun el calificativo usual de "estilista" (que a mí me fastidia por el ribete del artificio que le cuelgan los que lo oyen no advertidos de aquel distingo,) —dice— me choca cuando no va seguido de la advertencia de que "mi" estilo, si alguno tengo, me es connatural, me brota de adentro, no me viene de afuera ni es sobreañadido. Le juro a Ud. que no lo rebusco: me sale de primer brote, espontáneo. Para mí, el pensar es ya redactar. Ideas e impresiones me nacen con su forma, sin que sepa yo diferenciar cual sea la forma, cual el fondo. Abomino de lo artificioso, rehuyo como una peste lo pedantesco. Al ponerme a "escribir", no hago sino concentrarme un poco. No busco "sino" la claridad, la claridad que viene del orden. A la claridad lo sacrifico todo. Mientras una idea, un sentimiento no están expresados claramente, sigo sintiéndolos en embrión".

"Como Ud. también es un estilista, y de los más caracterizados, por el primor de las imágenes y la eufonía de la frase, no es a Usted a quien tuviera yo necesidad de explicar lo que usted sabe mejor que yo, porque lo lleva, y de antiguo en sí. Son otros los a quienes hay que explicar lo que yo nunca me detuve a examinar. Ud. lo toca bien y el P. Coy muy prolijamente".

"Yo creo que ustedes los poetas pueden labrar el verso como orfebres, mas la prosa no es buena cuando no conlleva un pensamiento, una verdad sólida, consistente, o un sentimiento "sentido", "sensib'e". (8).

Tan hermosa y espontánea confesión, delata la auténtica vocación literaria de Gonzalo Zaldumbide, encaminada hacia la crítica y el ensayo, de carácter clásico o humanístico genuino. "Las vocaciones —dice Julio Tobar Donoso— nunca tienen ritmo igual. Cuando comenzó su carrera di-

(8) CARTAS LITERARIAS, ya citadas Págs. 38 y 39.

plomática, había llegado Gonzalo a la cumbre como escritor. No se prodiga, pero tampoco descansa. Esta última se halla en dependencia constante de aquella, no porque se le subordine en importancia, sino porque el servicio patrio no puede menos de prevalecer en urgencia sobre el de las letras, por más que éste engrandezca a aquel. Su labor literaria admite ya clasificaciones y tiene rumbos conocidos”.

“Su obra crítica, que ha ido creciendo en profundidad, belleza y saber, se manifiesta en dos formas: estudios sobre personajes ecuatorianos; y juicios o ensayos, como hoy se dice, acerca de ilustres escritores de fuera” (9).

Algunos de esos estudios o ensayos primorosos, semejantes a esas apolíneas estatuas griegas, están contenidos en su obra:

CUATRO CLASICOS AMERICANOS,

publicada por la Academia Argentina de Letras, de la cual su autor era correspondiente en Ecuador, y cuatro años más tarde (1951) por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid.

En este libro estudia primero a Rodó, a quien, con discreción y exacta medida de las proporciones, le coloca en el sitio que corresponde en las letras hispanas: quizás una de las mejores páginas de Zaldumbide, acaso la mejor de este ensayo, es aquella en que analiza el estilo del escritor uruguayo, en el cual señala “tres etapas en el proceso de la maestría de este clásico de una literatura tan joven como la nuestra (10). Las distingue a lo largo del copioso MIRADOR DE PROSPERO.

En su juventud, el pensamiento de Rodó estaba “ahogado bajo el follaje de ideas secundarias prendidas con tenaces conjunciones. Se diría que, embarazando con su abundancia primeriza, titubea y enreda el paso en el profuso entretreveramiento. Aun cuando en su mente clarea ya la luz del juicio indefectible, se ve la mano inexperta para la poda.

(9) GONZALO ZALDUMBIDE: Quito. Ed. Ecuatoriana. 1966. Pág. 26.

(10) Pág. 91. Ed. Argentina. 1947.

Pasajes hay que pudiéramos llamar casi mal escritos, o más bien que parecen no escritos sino hablados, por lo inorgánico y largo de sus períodos que le obliga a repeticiones o alusiones distantes. Concebida en conjunto algo indistinto, cada idea desenvuelve sus meandros dentro de cada párrafo, o da largamente vueltas en torno de sí misma. El párrafo resulta así demasiado extenso. Y es el vicio español de los incisivos, intercalados no sólo como aditamentos indispensables, sino en alarde de una elegancia de taracea, lo que le lleva a multiplicar sin discontinuar, en movimiento lleno de repliegues, los aspectos de una misma idea que de otro modo tal vez le parecería pobre y raquítica. Va así de acápites a acápites ligando, —a la manera igualmente bien española, a fuerza de relativos y copulativas,— conceptos y proposiciones que, de ir sueltos y bien mondados, allí donde al sentido basta la sobrentendida trabazón lógica, irían mejor, más ligeros" (11). Enseguida abre otra vez *EL MIRADOR DE PROSPERO* y encuentra un artículo de los últimos años de Rodó, 1913, también mediocre: "no es una de esas páginas —dice— en que abunda, páginas potentes que parecen marcadas por el golpe de garra y de ala de un hipogrifo certero. Metida en un bloque, apenas si tres puntos seguidos abren breves intersticios, para darle un poco de aire; y la profusión de preposiciones y conjunciones es tal, que los períodos parecen no tenerse en pie sino apoyándose unos en otros". "No una despojada sobriedad, ni una concisión de hierro, diferencian los escritos últimos de los de la abundosa juventud".

"Fácilmente se echa de ver que la prosa de Rodó alcanzó su punto en época intermedia, bajo el influjo del Parnaso, cuando los poetas fatigados de la exorbitancia del romanticismo y ante el horror del aplebeyamiento naturalista, buscaban una forma apretada y erguida, difícil, y más rica en la sequedad del descarnado relieve. La reacción se extendió, como siempre que comienza por la poesía, a buena parte de la prosa. Más duró poco" . . .

(11) Pág. 94

Id.

".

"Su Darío y su ARIEL señalan así el ápice de esta manera a la vez personal e impersonal de un parnasiano presente aunque recatado en su prosa. Ahí la frase breve y sensible, parca y rica, acierta sin esfuerzo y como jugando —con una elegancia feliz, con un señorío sonriente— a mover sin trabas el paso esbelto. Así alado de gracia, libro tan grave como ARIEL parece leve perfección de un arte oculto que parece ingénito" (12).

He aquí un crítico en el cual no hay doblez ni engaño. El modo de hablar de Zaldumbide es "sí si, nó no". Nada de reticencias ni zalamerías, su juicio es seguro, objetivo, va al grano, no se enreda en divagaciones inútiles y superficiales; pero lo hace con elegante simplicidad y decoro; cualquiera que sepa leer entiende el pensamiento del autor acerca de Rodó: la prosa parabólica, oratoria y deslumbrante del uruguayo cegó a las generaciones de 1900 a 1920. Todos, cuál menos, rendimos nuestro tributo de admiración a ese maestro de la juventud hispanoamericana. No era para tanto, aunque, como dice el crítico ecuatoriano, habrá que admirar "en él la ponderación de esa feliz naturaleza de árbitro. Pero preferirán, a la actitud con que a veces centraliza un debate para darle la cima, aquella, no ya inmóvil como el juez, sino dinámica y arrebatada por un extraordinario don de vida, con que, discóbolo insigne, lanzó su esculpido medallón de bronce, por encima de los libros, de los pueblos y las edades". (13).

No obstante su admiración por Juan Montalvo, el amigo inseparable de su padre, el romántico poeta Julio Zaldumbide, al dar su juicio sobre el iracundo y polémico autor de los CAPITULOS QUE SE LE OLVIDARON A CERVANTES, no pierde el equilibrio y la mesura del crítico que sabe situarse en el severo tribunal de la justicia histórica. Juzga sin encomios excesivos de mal gusto, la obra literaria del apasionado escritor ambateño, que al conocer la muerte de su irreconciliable enemigo Gabriel García Moreno, se atrevió a proclamar: "Mi puma lo ha matado".

(12) Pág. 96. (13) Pág. 128.

“Los dramas de Montalvo —expresa Zaldumbide— irreprehensibles, apenas legibles, en su grandilocuencia temeraria, tremebundos como sus nombres, “La Leprosa” y “El Descomulgado”, ofrecen también curiosos aspectos de esta como segunda naturaleza de Montalvo. Tan pronto le tienta el luciferino prestigio de la rebeldía, como afecta de demorar impávido entre las ruinas. Sin duda por lo romántico de ambas actitudes, pasa de una a otra. Si dejó páginas cargadas de falso énfasis patético, de candor melodramático, la verdad es que las aventuras medrosas y pasos sentimentales a que le condujo su fantasía de cuando en cuando tocada de aquel devaneo, no son las que se compaginan mejor con lo que en su obra parece llamado a definirlo por lo alto”. Es imposible mayor imparcialidad, exactitud y rigor en la crítica. Montalvo fue sin duda un escritor que honró al Ecuador, pero su excesivo sectarismo le ha restado simpatías, y no faltan quienes piensan que hay otros hombres de letras de mayor categoría que la suya, como Federico González Suárez, por ejemplo, a los cuales se les tiene un poco olvidados.

Zaldumbide descubrió la personalidad del obispo de Santiago de Chile y de Chuquisaca del Alto Perú, Fr. Gaspar de Villarreal, cuya obra literaria era ignorada en su tierra, porque pasó la mayor parte de su vida fuera de ella, en Lima y España primero, y en seguida en Chile y Bolivia, donde murió como Arzobispo de Chuquisaca, ahora Sucre.

El prelado es muy conocido en nuestro país: escapó de entre los escombros del 13 de mayo de 1647, asistió personalmente a los heridos del sismo, y es autor de numerosas obras, una de las cuales se relaciona con su actuación en el obispado de Santiago de Chile: GOBIERNO ECLESIASTICO-PACIFICO O UNION DE LOS DOS CUCHILLOS PONTIFICIO Y REGIO. 2 Vols. 1656-1657, en cuyas páginas escribe gráfica, donosa y sencillamente la catástrofe del 13 de mayo. Además comenzó la reconstrucción de la Catedral de Santiago y edificó las de Arequipa y Chuquisaca.

Aquí no corresponde ocuparse de las eximias condiciones del obispo solícito del bien de su pueblo, sino del literato

que, según Zaldumbide, "es uno de los escritores más importantes, más singulares y más amenos de cuantos produjo la América Colonial" (14). Este dictamen manifestado por un cura o religioso, habría sonado a panegírico; pero es de un crítico de los más equilibrados de Hispanoamérica, como Gonzalo Zaldumbide; y, por lo mismo, es inobjetable. "Lástima grande es, continúa, que fraile tan amable, que con sonrisa tan advertida y tan simpática cordura, nos ha contado, en dispersos lugares, algunos pasos de su vida y experiencia, no haya escrito él mismo, por entero, su biografía y propio comentario".

"Porque es ante todo un "conteur" de raza. Nunca perdió, a pesar de su ascensión continua en dignidad y saber, esa especie de encantadora simplicidad y maliciosa inocencia que tan rápida frescura da a sus relatos. Y hombre feliz como fue y de mucho mundo y de muy varias letras, no sólo hubiera tenido interesantes cosas que narrarnos, sino que nos las habría dado embebidas todas en su añeja gracia".

"Felizmente su obra es de lo más personal: entiéndase en el sentido de la originalidad incommunicable, del arte no aprendido de la expresión, como también en el de la espontaneidad del hombre, de la sinceridad de primer brote que va dejando, inconscientemente, reflejos y toques del alma en la palabra escrita. Innumerables son, y son las más vivientes, las páginas que nos ha conservado su acento familiar, el de su conversación: todavía se le oye, que cuando está en vena de anécdotas, uno quisiera desviarle cariñosamente, llevarle a confidencias íntimas; no ya para elucidar aparentes complicaciones de espíritu o secretas penumbras sentimentales, que no aparecen en su obra ni en su vida, sino simplemente para regalo y acrecentamiento de la simpatía". (15)

En cuanto a la culterana forma literaria de Villarreal, Zaldumbide explica: "Si temió que "con el poco uso (del latín) apenas se le pudiese acordar", "era más de temer que tanto comentarista farragoso como leía, extraviándole el

(14) Pág. 193. (15) Págs. 193 y 194.

verbalismo medioeval la noción del arte de razonar y de componer, le frustrara el beneficio de los libros clásicos".

"Mas su fino instinto literario se impregnó mejor de la virtud de los grandes maestros, y guardó siempre algo del gusto y método de conducir el entendimiento por camino estricto, si bien con paso elegante y fácil" (16).

Condena Zaldumbide la excesiva acumulación de citas en los escritos de Villarroel. Insiste en algunos aspectos humanos de la personalidad del obispo, y comenta su afición al teatro. "Mucho gustó Villarroel del teatro. Expúsose, de novicio, a gran bochorno y desgracia, por acudir, saliéndose de su convento clandestinamente con un compañero, a ver una comedia que le habían alabado mucho": "Y entré en tantas ansias de verla, que, rompiendo por el recato, dispuse la entrada. Pagóse una celosía, que en tiempo que era yo tan pobre que me reía del rey Baltazar cuando hacía a mis amigos un banquete que costaba sus reales y ponía unas conclusiones por manteles, era gran negocio cinco patacones. Este fue el primer trabajo de aquel mi divertimento". (17) Siendo obispo de Santiago, Villarroel declaró, sin ruborizarse, que no pecaban los sacerdotes que iban al teatro. No era tanta, entonces, la ignorancia ni la incultura de los eclesiásticos en la colonia; en Chile, verbigracia, los mejores escritores pertenecían a ambos cleros.

Al referirse al gongorismo y barroquismo en el lenguaje del prelado, nuestro crítico lo defiende de las opiniones poco acertadas y arbitrarias, de Miguel Luis Amunátegui Aldunate, Benjamín Vicuña Mackenna, José Toribio Medina y José Ignacio Víctor Eyzaguirre, y expresa su parecer con firmeza y claridad: "De lo que más tarde ha de llamarse famosamente gerundianismo, preservóse tanto por su buena fe como sin duda por su ironía: dulcemente solicitado por su vena amigable y comunicativa, gustaba de ser comprendido y de escribir como quien conversa en buena compañía. El placer de contar por contar, la curiosidad inteligentísima del hombre que asiste como a una lección grave a la comedia

(17) Pág. 207.

humana, sin dejar de divertirse honestamente con el trabajo de ir sacando de ella reflexiones más saludables, todo fluye en el tono de la conversación más elevada y culta, pero conversación al cabo, es decir, solaz del ánimo y despejo de la mente".

"Su prosa corre, por todo ello, exenta de encrespamiento, tropezando sólo, con deplorable frecuencia, en citas y latines. Brilla en su época como espejo de claridad. Del refinamiento conceptista no ha usado sino (y esto algunas veces, pocas) el recurso al anacoluto; y de los moralistas (para acuñar una sentencia o redondear alguna cita) aquel balanceo elegante, que hace de la cláusula algo a modo de pareado, de equilibrio sutil e inestable". (18)

"Es preciso reivindicar su sabroso estilo y la excelencia de sus dones puramente literarios".

Zaldumbide, libre de prejuicios, ha devuelto la honra literaria al obispo que es tan ecuatoriano como chileno.

Otro descubrimiento del ilustre quiteño es el del poeta gongorista, Juan Bautista de Aguirre, sacerdote jesuita, nacido en Guayaquil en 1725, "hallado, según palabras de Zaldumbide, en el archivo de Juan María Gutiérrez".

El ponderado crítico, que nada tenía a la sazón de católico práctico, pudo decir del Padre Aguirre: "Grande resulta, a mi ver, el poeta tenido, hasta hoy, exclusivamente por letrillero jocosos y mordaz, o por culterano insoportable; el poeta de quien no se conocía ni se ha celebrado entre nosotros más inspiración que la de una pueril hipérbole seguida de una mala burla".

"A este poeta, todo él osadía brillante, o si se quiere fulgurante incoherencia, asignóle don Juan León Mera, en compensación o defectos por carta de menos, una aptitud especial "para el género templado", para "la poesía blanda y apacible". "Nada menos apacible en gustos ni temperamentos que este imaginativo desenfrenado. Error, pues, doble, si bien del todo excusable, el del excelente crítico de la "Ojeada". La inspiración gloriosa, el esplendor metafó-

(18) Págs. 215-216.

rico, el nervio saltante e imprevisto de la imagen, fueron más bien el fuerte de este poeta, dotado de todos los dones”.

“Fue, en todo caso, —concluye— el mayor poeta de nuestro pobre siglo XVIII. (19).

EGLOGA TRAGICA

A su regreso de Europa en 1916, Zaldumbide comenzó su feliz incursión por la novelística hispanoamericana. Julio Tobar Donoso cuenta que ella duró 40 años. Desde esa fecha “en que aparecieron varios capítulos hasta 1956, en que sale a la luz la edición completa, hay cuarenta años de distancia. La novela tiene, pues, su novela. Nació como para ser olvidada. Su belleza la hará eterna”. (20).

Fue a su heredad de Pimán con el ánimo de sembrar: Echó doble simiente: cultivó esa tierra privilegiada, y avivó la imaginación para producir su novela la EGLOGIA TRAGICA, cuyo escenario fue la campiña.

La obra es semejante a otras del mismo género escritas en Hispanoamérica: a MARIA de Jorge Isaac, por su tenue y suave romanticismo; a DOÑA BARBARA de Rómulo Gallegos, porque a través de las páginas de EGLOGA TRAGICA se ve la belleza agreste de América, en aquella maravillosa tierra de contrastes que es el Ecuador, y hay imágenes acabadas de sus hombres; a GRAN SEÑOR Y RAJA DIABLOS de Eduardo Barrios, por la psicología donjuanesca del personaje.

EGLOGA TRAGICA tiene un no sé qué de especial encanto que no poseen las tres obras mencionadas, aunque DOÑA BARBARA y GRAN SEÑOR Y RAJA DIABLOS sean infinitamente superiores a la novela de Zaldumbide. Este aparece íntegro en la obra: su estilo depurado, fino, con todo el encanto de lo francés sin dejar de ser muy castizo; su señorío innato y su bondad, salen al encuentro del lector que, si ignorara el nombre del narrador, lo adivinaría. El ser todo entero de Gonzalo Zaldumbide alienta las páginas de EGLOGA TRAGICA.

(19) Págs. 249 — 250. (20) Obra citada pág. 19.

"Segismundo" es hombre excepcional, labrado con el delicado cincel de la más exquisita sensibilidad. El héroe se mueve en su ambiente: el agro ecuatoriano con sus indios. Hay en EGLOGA TRAGICA cuadros cuyo verdor policromo colorea sus páginas: retratos de criollas hechos con maestría formal y psicológica. Razón tuvo Augusto Arias para decir que nuestro autor desarrolló "verdes paisajes de Imbabura y paisajes de almas, emociones del regreso, de la incesante poda del árbol del corazón, de las criaturas que siempre desfilarán en la historia del hombre".

Nada escapa a la pluma de Zaldumbide: es pintor de frescas acuarelas agrestes, retratista fiel y consumado del indígena, sociólogo comprensivo, buscador de justicia y caridad para el desventurado nativo, y alma que se compadece de la miseria y del dolor de sus abandonados compatriotas. ¡Cuánta emoción corre por las páginas de esta novela pastoril, quizás no lo suficientemente conocida en el mundo hispano hablante. Hay escenas campesinas cuyo olor alcanzamos a percibir: "Las ordeñadoras se acercan con los pies desnudos sobre el lodo, a la bestia siempre temerosa: le atan con un cabestro las patas, y en cucullas, exprimiendo con dos dedos ágiles las tetas carnosas, rosáceas, hacen brotar, vivo y rápido, de la ubre plena y pelosa como un odre, el chisguete que al caer en el recipiente espuma a blancos borbotones. Las vacas se están ahí dormilentas, rumiando cual si meditaran, mientras hambreados los becerrillos berrean. Un mugido de ronca ternura les sale en tiempo de las potentes entrañas; y cuando el hijo parido con dolor y amor, puesto en libertad se abalanza a mamar sin ver, sin responder a la madre que lo olfatea cual si lo besara, la expresión maternal, casi humana de sus lentas pupilas enormes es insondable. Flota en su mirar cargado de horizontes un oscuro ensueño. Adormecidas de mansedumbre; resignadas a no comprender nada del misterio del hombre que les habla como un dios imperioso y familiar, ligadas a la querencia con entrañable apego, van por la tierra, guiadas por el espíritu primordial, graves y fecundas, pausadas en el ritmo universal".

“La mujer del mayordomo vino, trayendo un cántaro de barro, a recibir la porción cuotidiana de leche que la hacienda le asigna. Le precedían retozando tres de sus chicos, rapazuelos casi desnudos, bronceados al sol. Ahí, en la ajena propiedad donde sirvieron sus antepasados y de donde ella no se ha movido desde que nació, ha dado ya a luz once robustos hijos. A pesar de la majestuosa rotundidad de su vientre, otra vez henchido de una nueva vida, caminaba erguida y ágil. La falda de bayetilla roja le caía hasta los tobillos, dejando ver el empeine del pie desnudo metido en la alpargata de media capellada. La simple blusa blanca, que llevaba suelta, lo hacía a modo de túnica corta. Un pañolón azul cubriéndola la mitad de la cabeza, descendía por la espalda casi al suelo. Y la negra cabellera, peinada al natural, en crenchas lisas, se partía sobre los hombros en dos trenzas”.

“Dió el cántaro a una india que luego se lo trajo lleno. Lo echó entonces al hombro sosteniéndolo del asa con un brazo que descubierto por esa postura hasta la axila, lució la rica pátima que le habían dado los vientos, las aguas del río, los soles. Se alejó, majestuosa, sencilla, seguida de su alegre prole. Reproducía ella también como las mujeres de su clase una pretérida silueta: las líneas y corte de su vestimenta, el color vivo y llano de los tejidos le daban con la jarra al hombro un aspecto bíblico”. (21).

El autor acierta plenamente no sólo en los retratos vivos e ingenuos, sino también en los cuadros graciosos y de fuerte colorido: “Acercábase la hora de regresar. Pena nos daba arrancarnos de ese mirador. Con una última ojeada de despedida al paisaje sobrenatural, fuimos descendiendo. Más abajo, reapareció ya despejado el horizonte circular. Ciérranlo las serranías que de loma en loma suben de un lado a las parameras que van a Oriente a perderse en lo inexplorado, y de otro a la cordillera que empina en vano sus cimas por ver el mar muy distante. Solitario al borde de la llanada, el Imbabura mira, ceñudo y triste, al antiguo rival, el Cotaca-

(21) Págs. 40 y 42.

chi, que se yergue fiero de sus desastres, y de recibir cada tarde en su lecho de nieve inflamada de resplandores, al sol poniente. Perdida su corona de hielo eterno, desgarrado el flanco por el terremoto de 1869, medita el Imbabura, monte taciturno. Adusto, en medio del valle muelle, como un monarca sin gloria, humillado, herido, mientras el otro volcán, mal extinto, impera, terrible aún. No le recrea ni la alegría del cristalino lago San Pablo que espejea en el verdor de una de sus faldas, alacre con el bullicio y revoloteo de sus patos salvajes; idílico con sus indios, libres y felices; inmaterial con el vuelo de sus garzas inmaculadas, lirios de azul”.

“De un recodo del camino a media altura, divisamos más de frente la región de Otavalo, que ríe entre los dos gigantes. Otavalo la fresca, la primorosa, hañagada por la música de sus férvidos manantiales, viviente y ágil como los raudales de sus vertientes, pródiga, numerosa, con sus cascadas, su río, sus riachuelos; rumorosa, fervorosa, parlanchina, con sus corrientes que tienden diamantinos collares por las dehesas y las arboledas, saludable con sus fuentes cálidas que brotan a borbollones, en grutas llenas de un transparente misterio de náyades; con sus bellas indias y sus indios pulcros, que viven entre las aguas familiares, metiéndose por parejas, de madrugada, en las linfas claras, mientras los indios de otras comarcas tienen el miedo casi supersticioso del agua y viven sin bañarse: “acaso es sucio el polvo, dicen; tierra no más es”. Y la tierra les es hermana, y su contacto diario, desde el suelo donde se sientan para comer, y se tienden para dormir, desde el surco del laborío, hasta la fosa del descanso, les comunica su fuerza anteica”. (22).

Pero Zaldumbide comprende asimismo la tragedia del indio y se pone de parte de él, con indisimulada emoción: “Tal vez se pueda ir mejorando un poco, ensanchando paulatinamente la suerte de estos infelices. Felizmente para ellos, estos infelices ignoran su infelicidad. Míralos casi contentos en todo caso conformes: ni conciben otra vida que la del campo, ni otra clase de trabajo que el de su huasipungo y el

(22) Págs. 101 y 102.

de la hacienda grande, que les parecería demasiado grande para ellos. Poco a poco irán teniendo más holgura y con ella más libertad. Querer cambiarlos de súbito los desorienta, los desconcierta. Cuando los tientan otras ventajas, ellos las dejan caer sintiéndolas ajenas a su índole. Ni removiéndolos y enconándolos con la envidia de otra clase de contentamientos, tampoco se llega a contentarlos. No asimilan ideas exóticas. Viven de su cordura campesina. Habría que dejarles que vayan de suyo deseando tal vez ser otros, aspirando a ser otra cosa que son. Transformarlos artificiosamente casi a la fuerza, será desnaturalizarlos, será descastarlos, volverlos agrios e infelices como todos los descastados" (23). Algunas páginas más adelante agrega: "Su humildad me apeña y me entenece; su igualdad de vida entre indios ricos y pobres, su constancia, su infatigabilidad, me admiran. Les reconozco tantas virtudes innatas, que desconozco sus defectos, adquiridos tal vez a nuestro contacto. Bien los quisiera más felices a su modo, u otro que les fuese espontáneo, al que quizás llegaran a medida que se les vaya aclarando el alma oscura; y ojalá no lleguen a ver tan claro el misterio de la vida como nosotros que nos la destrozamos a fuerza de hurgar en ella" (24). El autor siente por los indios compasión paternalista, emanada de su buen corazón chapeado a la antigua.

Se podrán negar a EGLOGA TRAGICA las cualidades de una novela perfecta, y uno se siente inclinado a clasificarla tal vez como una autobiografía; sin embargo esto no tiene importancia: la obra de Zaldumbide es de esas que muestran la tierra y los hombres con elegancia y realidad. Los personajes quizás se pierden entre el follaje del paisaje agreste, y probablemente no alcanzan la estatura de los héroes de novela; más, en todo caso, "Mama-Chana", "Juan José" y "Marta" son gentes de la tierra del Chimborazo y no dejan de tener significación en la obra. El idilio, la EGLOGA TRAGICA, culmina con el suicidio de "Marta": "¡Marta! —dice el autor— ¡Dulce Ofelia de este perdido rincón,

(23) Págs. 138 y 139. (24) Pág. 143.

nueva Gertrudis de otra Sinfonía Pastoral ya mutilada!. Remontó el vuelo, cándida y leve como en vida, símbolo de la dicha que nadie logra". De cualquier manera que se le juzgue, no se puede negar que ella es la primera novela modernista del Ecuador, escrita en lenguaje alado, mágico, si se quiere milagroso, (miraculoso, habría dicho, si el latín estuviese de moda), por quien, sin alardear, conocía los más recónditos secretos del idioma vernáculo.

Porfirio Díaz Machicao tiene un juicio bien acertado de esta novela: "Así, con una remansada prosa que encuentra calor en el corazón, con un dejo poemático que insinúa el regusto de los encuentros, transcurre La EGLOGA TRAGICA "como dejando constancia de que quien suspira mejor puede a la vez, escribir mejor" (25). En otras palabras: sólo puede ser artista un escritor que conoce los más íntimos repliegues del corazón humano, un hombre de sensibilidad. El mismo autor ha dicho: "Subjetivamente preferiría que se leyese la "Egloga" y se fuese sensible a esa especie de música que en sordina acompaña a los movimientos del alma". En realidad, la EGLOGA TRAGICA es el canto, el poema, de un espíritu superior enamorado de sus semejantes.

Por la impecable forma literaria de la novela, Zaldumbide es considerado, y lo era antes de su fallecimiento, una autoridad de la lengua castellana: EL DICCIONARIO HISTORICO, en sus siete fascículos, cita numerosos trozos de las obras de nuestro autor para ilustrar la historia de los vocablos.

Enamorado de Teresa Parra, la ingenua venezolana, "un artículo de Zaldumbide del año 1924, hizo por la fama internacional de IFIGENIA más que muchos proemios literarios", así dijo Alone en Chile.

DIPLOMATICO Y DIAS FINALES

El diplomático no le iba en zaga al maestro del bello decir, al maestro de estética: subsecretario de Relaciones

(25). Obra citada pág. 86.

Exteriores de su patria, a los 22 años; diplomático en Estados Unidos, Francia y Perú; Embajador en Colombia, Brasil, Inglaterra y Chile, delegado a numerosas conferencias internacionales, en todas partes dignificó a su amada tierra y le dio lustre. Dos años Ministro de Relaciones Exteriores (1929-1931), del Ecuador; desde tan importante cargo puso todo el alto influjo de su nombre señero, de prestigio continental, para zanjar el viejo conflicto con el Perú. Pudo haber sido Presidente de la República, si los vaivenes de la politiquería de nuestros pueblos no lanzaran a la deriva a tantos de sus hombres más íntegros, para elevar generalmente a los mediocres.

La proverbial ecuanimidad de Zaldumbide, le mantuvo ajeno a todo sectarismo, y aunque alejado de la vida católica práctica "que a veces nos ofrece no pocos fariseos, desde la juventud, tenía más fe de la que él pensaba". Así declaró en la tumba de Gonzalo Zaldumbide, su colega de Academia, el humanista jesuita Miguel Sánchez Astudillo, tan prematuramente desaparecido.

Vuelto el autor de la EGLOGA TRAGICA a la religiosidad práctica de su madre, Sánchez Astudillo que no, por ser letrado, dejó de ser apóstol, le reconfortó con los sacramentos, algunos meses antes de morir, y permaneció a su lado hasta el fin.

Gonzalo Zaldumbide escribió en su DIARIO, en 1905, después de visitar el Cementerio del Padre Lachaise, en París: "No quiero morir aquí, en tierra extraña. Quiero morir en mi tierra, descansar allí junto a mi padre, a mi madre, a mis hermanos".

Vivió muchos años lejos de su patria; pero como él deseaba, fue a morir al Ecuador: desde la empinada meseta quiteña, levantó el vuelo hacia más alta cumbre.

La obra de Zaldumbide es como el Sancta Sanctorum de las letras ecuatorianas. Pido perdón por la irreverencia, al haber querido penetrar en él, sin el refinamiento y la pericia crítica indispensable y necesarias, para lograr esa lau-

dable tarea en forma digna de tan célebre clásico hispanoamericano; sírvame de excusa la admiración que siento por su labor literaria, y la simpatía hacia la personalidad del hombre y del caballero intachable y ejemplar.

Santiago de Chile.

FIDEL ARANEDA BRAVO,
de la Academia Chilena de la Lengua.

Nota A.— Las ediciones de "La Evolución de Gabriel D' Annunzio", son hasta hoy, cuatro:

- la primera, 1909. París, Roger et Chernoviz;
- la segunda, 1916. Madrid. "Editorial América";
- la tercera, 1964. Quito. C. de la C. Ecuatoriana;
- la cuarta, 1965. Puebla, "Editorial Cajica".

El estado de salud de Don Gonzalo demoró esta última, hasta que me pidió, afectuosamente, me encargase de la corrección de sus pruebas, labor que realicé con las interrupciones naturales a una correspondencia entre Quito y Puebla. De aquí que cuando apareció como tercera, ya circulaba la de nuestra Casa de la Cultura, impresa como tal, en homenaje al Jubileo de los 80 años del Maestro, editada por iniciativa de su culto Presidente de entonces, el Licenciado Don Jaime Chávez Granja. Zaldumbide introdujo en el texto de su libro, que entregara personalmente durante su última visita a México a su amigo, el Señor Cajica, reformas al insuperable Prólogo que escribió para la edición de Quito y que yo tuve el honor de sacar en limpio, 16 veces: tal era su inconformidad con su propia obra, cuando la sometía al tamiz de una revisión que no siempre favoreció el texto primigenio, como en el caso de que tratamos, o en el de la "Egloga". **Hugo Moncayo.**

Nota B.— Para entonces, cuando Gonzalo escribió este Prólogo, (1964), habían aparecido, entre otros, "Las Páginas de Gonzalo Zaldumbide", libro editado en Quito, en la C. de la C. E., en 1962 por Francisco Guarderas y los ensayos del Padre Miguel Sánchez Astudillo S. J.: "Alma y Estilo en Egloga Trágica", "La Antología de un Estilista" y "Zaldumbide Forja su Pluma", ediciones de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, 1960.

Posteriormente, publicaron el valioso libro de Doña Violeta Coppo de Aguilar: "La Narrativa en Gonzalo Zaldumbide", Edit. Universitaria, Quito, 1969, y los estudios del Padre Mario Quintero S. J.: "El Mensaje de Zaldumbide"; "Gonzalo Zaldumbide", en "Cauce de Palabras", de Porfirio Díaz Machicao, de la Academia Boliviana de la Lengua, La Paz, Imp. de la Universidad Mayor de San Andrés, 1967; Luis Velazco Aragón: "Gonzalo Zaldumbide y su Egloga Trágica"; Ignacio Rodríguez Guerrero: "Don Gonzalo Zaldumbide y su Obra Literaria"; "Gonzalo Zaldumbide, el Gran Maestro de la Prosa Castellana", por Isabel Jiménez Arraiz de Díaz Sánchez; "En Torno a Espejo", por Gonzalo Zaldumbide. Prólogo de S. José M. Leoro, Ibarra, 1967. **Hugo Moncayo.**

SEBASTIAN DE BENALCAZAR EN TIERRAS DE NICARAGUA

El fundador de la Quito hispana, natural de la villa de Belalcázar en Extremadura, adoptó este topónimo como apellido, que desde entonces suplantó el poco sonoro de Moyano, por insinuación, dicen, del Adelantado Pedrarias Dávila, tan pronto como se enroló en sus tercios al arribar a Panamá, capital de la extensa Gobernación de Castilla del Oro, a la que se añadió gran parte de América Central, siendo la más valiosa el sector de Nicaragua, donde el abusivo y cruel Gobernador actuó con autonomía casi total.

Ignoramos por qué razón, si la insinuación de Pedrarias es verídica, don Sebastián Moyano que aprendió a dibujar su firma con la cual suscribe numerosos documentos, al igual de lo que se observa en otros en los que aparece su nombre, siempre se ve escrito con claridad inconfundible el nombre de **Benalcázar**, de tal modo que proceden en forma antojadiza los historiadores que le atribuyen la otra forma del discutido apellido —Belalcázar—, al fundador de Quito, Popayán y Cali. El por qué del cambio de la **l** en **n**, lo ignoramos.

El lapso de vida del célebre conquistador extremeño transcurrido en Nicaragua es mucho más largo que el decurrido en Quito, circunstancia por la que resulta ilustrativo señalar algunos episodios de su estancia en aquel país, no sólo por mera curiosidad, sino para explicarnos mejor los antecedentes de su aparición en la aventura de Pizarro en tierras del Incario, así como para comprender el por qué del aporte humano y económico, que no fueron despreciables, prestados por la naciente colonia española de León de Nicaragua, a través de Benalcázar, a la conquista del Reino de Quito que culminó con la fundación hispana de nuestra Capital.

Santiago de los Caballeros de León de Nicaragua fue fundada por Francisco Hernández de Córdoba, teniente de Pedrarias, diez años antes que Quito, es decir, en 1524, a orillas del lago Xolotlán, más conocido hoy con el nombre de Managua, en paraje muy cercano a las faldas del volcán.

Uno de los primeros vecinos fue Sebastián de Benalcázar, y los cronistas nicaragüenses aseguran, además, que fue el primer Alcalde ordinario del Cabildo organizado en la naciente ciudad. Debido a las furias del entonces activísimo volcán, tuvo vida efímera, pues en 1610 se la trasladó a la llanura que hoy ocupa la León actual.

El primer documento en que se menciona de manera expresa el nombre del futuro fundador de Quito, es la carta dirigida al Emperador Carlos V por Pedrarias Dávila, en la que le informa sobre el descubrimiento de Nicaragua efectuado por su Teniente Hernández de Córdoba, en la que dice, que, "a 10 de este abril de 1525 años llegó aquí a esta ciudad de Panamá un mensajero de Poniente que mi Teniente Francisco Hernández me envió, que se dice Sebastián de Benalcázar, que se ha hallado en todo lo que se ha hecho por Poniente, con el cual me escribió e hizo saber las cosas siguientes. . ."

En este mismo documento se consigna esta otra interesante información: "Al Levante por la Mar del Sur tengo enviada otra armada como le he escrito a V.M. a descubrir con el Capitán Francisco Pizarro mi teniente de Levante con muy buena gente y buen aderezo, do espero muy buenas nuevas cada hora de que Dios e V.M. serán servidos y estos reinos ennoblecidos porque hay nuevas de mucha riqueza, p'ega a Nuestro Señor guiarlo todo de manera que en algo pueda servir a V.M."

Otro episodio curioso e igualmente interesante en el que juega importante papel Sebastián de Benalcázar, es la misión que desempeñó en 1527, en su calidad de Regidor de la ciudad de León, ante Diego López de Salcedo designado Gobernador de Honduras por la Audiencia Real de la Española, cuyo todavía poco conocido ámbito geográfico

se disputaban Pedrarias Dávila y Hernando de Saavedra, Teniente de Gobernador de Hernán Cortés.

Benalcázar llegó al puerto de Trujillo en Honduras, integrando la Comisión presidida por el Capitán Diego de Albítez, designado como Teniente de Hernández de Córdoba, el fundador de León de Nicaragua, destacada ante el representante de Cortés que ya ejercía autoridad en la nueva provincia desde el asiento hispano nominado la Villa de la Frontera de Cáceres, para disputar a nombre de Pedrarias no sólo los derechos del representante de Cortés, sino los de López de Salcedo, cuya autoridad emanaba del nombramiento hecho por la Audiencia de la Española.

En la carta dirigida al Emperador en el año indicado y fechada en Chequila (26 de febrero de 1527), infórmale así López de Salcedo sobre la presencia en tierras de Honduras (la Provincia de Hibueras de la época) de la Comisión enviada por Pedrarias Dávila, de la cual formaba parte Benalcázar: "Ya por mi carta y relación V.C.C.M. habrá visto la venida de Diego Albítez que se llama de V.M. y de Pedrarias Dávila e **Sebastian de Venalcazar Regidor de la Cibdad de León** e Juan Despinosa Escrivano de la dicha Cibdad e la causa de su venida que fue como por mi carta dixé; que Diego Albítez truxo poder e mando de Pedrarias de Avila para hacer cierto requerimiento e protestaciones a Hernando de Saavedra e a los Justicias e Regidores de la Villa de Trujillo... Yo escrevi a V.C.C.M. diciendo que la embaxada de Diego Albítez e sus dos compañeros me había parescido tan mal que me parescian que eran dinos de mucha pena, e dixé como estuve determinado de los embiar con sus escrituras para que diesen cuenta a V.C.C.M. de lo que venian hacer con sus vasallos como si ellos fueran Turcos o Franceses, e dixé que por no tener fuerza para la guarda dellos escusaba de los enviar juntamente con los demas que embie..". López de Salcedo se refiere a los representantes de Cortés, encabezados por Hernando de Saavedra, que fueron remitidos a la Española para que fueran juzgados por la Audiencia.

Para aclarar los sucesos de Honduras que costaron muchas vidas de españoles y de indios, se inició una investigación judicial a petición de López de Salcedo, que representaba a la Audiencia de la Española, contra los comisionados de Pedrarias. En este documento fechado en el puerto de Trujillo del Pinar el 6 de mayo de 1528, se dispone que los testigos primeramente sean preguntados si conocen al dicho gobernador López de Salcedo y cuanto tiempo ha que conocen a Diego Albítez, a **Sebastián de Benalcázar** y a Juan de Espinosa. Trece testigos, todos vecinos de Trujillo, declaran que conocen a Benalcázar, "de vista, habla y conversación", unos de 15 a 16 meses atrás; otros de 3, 4 y 5 años; y un último, Alfonso de Carrasco, de 15 a 16 años, lo que hace suponer que éste lo conoció en la misma España.

En otro documento correspondiente a 1530, que es la certificación del juicio seguido en la ciudad de León, a solicitud de su Alcalde Mayor, encargado de la Gobernación, Lcdo. Francisco de Castañeda, aparecen también noticias referentes a Benalcázar. Con motivo de la elección de Alcaldes y Regidores, miembros del Cabildo que había de renovarse el 1º de enero de 1530, se produjeron algunos incidentes entre los vecinos que trataron de forzar la entrada al edificio de la Gobernación —casa de propiedad de Pedrarias— donde se efectuaban las votaciones. En el juicio incoado para aclarar responsabilidades, a solicitud del Alcalde Mayor Lcdo. Castañeda, los testigos declaran entre otros detalles, **que Benalcázar se opuso a la entrada de los revoltosos**, asegurando que "dixo no es menester que entre nadie acá ni haya alboroto, que aquí está el Rey, pues está el señor Gobernador, la Justicia e Regimiento, que este depone entonces se quitó la capa que tenía cubierta e dixo que no entrase nadie e tomó una alabarda en la mano porque no entrasen dentro"; (declaración de Pedro García, barbero). Otro declara: "...Ansy mysmo oyó decir este testigo que Sevastian de Benalcazar, García Alonso Cansyno estaban allí a la puerta deteniendo a los que andavan con las armas e les decia que estuviesen quedos que allí no avia necesidad de armas porque estaba allí el señor Gobernador

e quando el estaba, estaba la persona Real" (declaración de Hernando de Bachicao). Y, por fin, otro consigna estos detalles: "E despues desto en este dicho día, mes e año estando en la yglesia mayor desta cibdad a la esquina de la casa de los capitanes Hernando de Soto e Hernan Ponce de Leon y en presencia de mi Diego de la Presa escribano de su Magestad, Juan Martin pregonero e oficial publico, apregonono el abto mandado del susodicho Alcalde mayor a altas voces y estando presente mucha gente, **Sebastian de Benalcazar** e Mateo Lozano e Juan de Barrios e otros..." (declaración de Pedro Solano de Quiñones).

En el testimonio de las diligencias iniciadas asimismo en la ciudad de León, con fecha 31 de diciembre de 1530, para explicar la conducta observada por el Gobernador Pedrarias Dávila en las elecciones de aquel año para la renovación del Cabildo, encontramos igualmente interesantes noticias sobre el fundador de Quito. Según este documento, Benalcázar aparece que había sido candidatizado por unos para Alcalde, y por otros para Regidor del Cabildo leonés. Así, el Capitán Diego de Mercado, por ejemplo, dice que enunció los siguientes nombres como candidatos suyos para Alcaldes, "para que su Señoría escoja (Pedrarias Dávila), entre **Sebastian de Benalcazar** y García Alonso Cansyno, o entre Benito Prado e Andres Muñoz". En este mismo extenso proceso se encuentra frecuentes alusiones a Benalcázar, las cuales demuestran que éste era uno de los vecinos distinguidos de León. Así, por ejemplo, en las indagaciones que se tomaron para averiguar si el número de ocho regidores había sido el acostumbrado para integrar el Cabildo, se pide información a quienes habían desempeñado funciones el 1526: "...Conviene a saber los señores García Alonso Cansyno e Pedro de Miranda alcaldes, e **Sebastian de Benalcazar** e Juan Nieto e Andres Muñoz regidores en presencia de mi el dicho Juan Despinosa escribano público e del concejo dixeron..." En otra página aparece esta otra alusión "...En presencia de mi el dicho escribano hiso parecer ante si a **Sebastian de Benalcazar** e a Hernado de Zarcra bezinos desta cibdad de Leon e a Luis Davila vecino e

regidor de la cibdad de Granada, de los quales e de cada uno dellos el dicho señor Gobernador (Pedrarias) tomó e rescibió juramento...".

Como en estas elecciones de enero de 1530 parece que hubo irregularidades, en el documento que comentamos figura también un expediente mediante el cual se trata de explicar la conducta observada por el Gobernador Pedrarias. Numerosos testigos, y entre ellos Benalcázar, prestan declaraciones al tenor de un curioso cuestionario:

"Sebastian de Benalcazar testigo tomado para la dicha ynformacion juró en forma de derecho e siendo preguntado por las preguntas del dicho ynterrogatorio dixo e depuso lo syguiente:

I. A la primera pregunta dixo que conosce a los en la dicha pregunta qontenidos al dicho señor gobernador de diez e siete años a esta parte poco más o menos, que ha estado en su gobernación e que a los demas contenidos en la pregunta que los conoce desde que vinieron a estas partes e que será este testigo de hedad de quarenta años poco mas o menos e que no es pariente de ninguno de los qontenidos en la pregunta

II. A la segunda pregunta dixo que este testigo a sido regidor muchas veces asi en esta cibdad como en otros puebles do ha vivido en Castilla del Oro e que ha visto que se ha hecho e haze como en la pregunta se contiene (Se refiere al número de regidores que integraban algunos Cabildos de esa Gobernación).

III. A la tercera pregunta dixo que este testigo ha visto que se haze e ha hecho en Panamá y en estas partes como en la pregunta se qontiene e asi se usa e acostumbra hacer.

VIII. A la otava pregunta dixo que este testigo fue regidor al tiempo quel dicho Hernando de Soto fue nombrado por alcalde desta cibdad e quel dicho Hernando de Soto no queria traer la vara, por lo cual el dicho capitán Francisco Hernandez estaba afrentado que le habia hecho a'calde en nombre de S. M. y del señor gobernador

XI. Ala undecima pregunta dixo queste testigo ha visto e vee que los dichos Hernando de Soto e Hernando Ponce e Francisco Pacheco e Juan del Ferrol son muy amigos del dicho Alcalde mayor (el Lcdo. Francisco de Castañeda) a lo que muestran e que ha oydo decir en esta cibdad e se ha dicho públicamente quel dicho Alcalde mayor e los dichos Soto e Ponce tienen cierta compañía en un navio que tienen hecho y en otras que quieren hacer para yr **con gente desta tierra para el viaje del Piru.**

XII. A la doze pregunta dixo queste testigo ha conocido de los dichos Hernando de Soto e Hernando Ponce e Francisco Pacheco **que tienen gana de yr a Piru** e sa'ir desta tierra, e que especialmente ha visto que los dichos Hernando de Soto e Hernando Ponce andan convocando e atrayendo gente para que vayan en el dicho viaje e que a este testigo le ha hablado algunas vezes cerca dello e que tambien dize cosas en perjuicio de la tierra como personas que no tienen deseo de estar en ella".

Hemos transcrito íntegramente las respuestas correspondientes a las preguntas XI y XII, para demostrar como en las nacientes colonias centroamericanas habíase propagado el interés entre sus vecinos de lanzarse a la aventura del Perú, ya por 1530, tanto que sus autoridades estaban harto preocupadas y se vieron obligadas a tomar serias medidas para evitar su despob'amiento. Y en lo que respecta a Benalcácar, que en este año denuncia o critica los proyectos de Hernando de Soto y Hernán Ponce de León, poco después, mercando su hacienda y abandonando sus encomiendas de Nicaragua, parte a Panamá e invierte el dinero ahorrado en la adquisición de dos navíos y en equiparlos y, luego, en compañía de unos cuantos vecinos de León, lanzarse también a la aventura del Perú.

En un documento correspondiente a 1532, que contiene las certificaciones de las actas del Cabildo de León, en las cuales se anotan las cantidades con que sus habitantes contribuyen para el sostenimiento de una guarnición en la Villa de Santa María de la Buena Esperanza, en cuyos contornos los colonizadores habían iniciado la explotación de

unas minas de oro, amagadas incesantemente por los indios "chontales", calificativo con que los españoles distinguían a los aborígenes salvajes a los cuales no pudieron someter, aparece en la lista el nombre de Benalcázar, quien contribuye para el objeto con 20 pesos, cantidad que no está ni entre las ínfimas ni entre las mayores, si bien en todo caso se acerca más a las primeras (Pedrarias y Castañeda, por ejemplo, contribuyen con 80 pesos cada uno; Hernando de Soto y Hernán Ponce de León, con 50 cada uno; Diego de Tapia, con 30; est.), lo cual hace suponer que su hacienda no era de las más prósperas. Las dos primeras actas corresponden al 8 de enero y al 29 de julio de 1532, y una última al 26 de abril de 1533, dato este último que hace suponer que por esa fecha Benalcázar no había salido aún de Nicaragua.

En la información legalizada en la ciudad de Panamá ante el Gobernador de Castilla del Oro, Lcdo. Antonio de la Gama, contra el Adelantado D. Pedro de Alvarado por haber tomado éste en el Puerto de La Posesión de Nicaragua, los navíos en que debieron conducirse los auxilios que enviaría a Pizarro el Gobernador de aquella Provincia, como testigo Benalcázar, cuya declaración reza así:

"En la cibdad de San Higuél ques en estos reynos de la Nueva Castilla en estas partes de la Mar del Sur e probincias del Perú, viernes veynte e quatro dias del mes de octubre de mill e quinientos e treinta e tres años, este dicho día **el muy noble señor Capitán Sebastian de Benalcazar teniente de gobernador en ella** por el muy magnifico señor el Comendador don Francisco Pizarro, adelantado e capitán general e gobernador en estos dichos Reynos por S. M. y en presencia de mi Sebastian de Saavedra escribano publico e del consejo desta dicha cibdad, dixo que ayer jueves se contaron veynte e tres dias desde dicho mes entró en esta dicha cibdad el capitán Gabriel de Rojas con diez compañeros, el cual dixo que venía de la gobernacion e provincias de Nicaragua por mandado del gobernador Francisco de Castañeda a ynformar al señor gobernador don Francisco Pizarro de algunas cosas que han pasado en la gobernacion de Nicaragua las quales han sido causa que no haya venido a estas

partes la gente e socorro que de aquella gobernación se esperaba”

Por tratarse de un episodio estrechamente vinculado a nuestra historia, nos permitimos transcribir también la declaración de Gabriel de Rojas, uno de los más distinguidos vecinos de León que se trasladó al Perú, al cual alude Benalcázar, constante en la misma información:

“El dicho capitán Gabriel de Rojas testigo jurado en la dicha rason e siendo preguntado por el dicho señor teniente cerca de los susodicho, dixo que en la dicha gobernacion de Nicaragua ha pasado que lo que sabe es que puede haber tres meses que en el puerto de la Posesion que es en las provincias de Nicaragua, estaban cinco navios aderezados para pasar en esta gobernacion de la Nueva Castilla e que para venir en estos dichos navios estaban aderezados ciento e ochenta hombres, entre los quales avian cien hombres de caballo e venian otros caballos para personas que aca en esta dicha gobernacion estaban, e que este que depone estaba probeydo por el gobernador Francisco de Castañeda por capitán de la dicha flota e gente para pasar con ella a estas partes e llevar a dicha gente al dicho señor gobernador Francisco Pizarro e gustando toda la gente apercebida para seyr a embarcar al dicho puerto de la Posesion a do estaban dichos cinco navios en que avian de venir, sucedio quel Adelantado don Pedro de Alvarado gobernador de Guatimala vino en persona una noche con vergantines e barcas artilladas e con gente bien armada y entro en el puerto de la Posesion, y tomo los dos navios mayores que estaban en el dicho puerto y que cree este que depone quel dicho Adelantado llevaria los otros navios si pudiera e que no los llevo porque estaban en seco, pero que llevo las anclas y cables y velas de los dichos tres navios que dexo, por manera quel dicho socorro e armada quedo sin navios para poder pasar e questo resultado grande alteracion en la gobernacion de Nicaragua e quel gobernador Francisco de Castañeda hizo llamamiento e justa de gente por ver sy se podrian cobrar los dichos navios”

Las naves a que alude Gabriel de Rojas fueron incorporadas a la armada con la que llegó a nuestras costas Pedro de Alvarado, con el propósito de conquistar el Reino de Quito, de cuyas riquezas tuvo exageradas noticias en su Gobernación de Guatemala.

Si nos detenemos a examinar el detalle referente a las fechas de los documentos últimamente aludidos — 26 de abril de 1533 que corresponde al acta del Cabildo de León en la que se consignan las contribuciones de sus vecinos para sostener la guarnición de las minas de Santa María de la Buena Esperanza, y de la información tomada en San Miguel de Piura, 24 de octubre del mismo año, — hay que suponer que Benaicázar abandonó Nicaragua para trasladarse a Panamá, en mayo de ese año y que arribó a costas peruanas en junio o julio a más tardar, pues no hay que olvidar que también él estuvo presente en el reparto del tesoro de Atahualpa, victimado en agosto de ese año.

Si al examinar la lista de los fundadores de San Francisco de Quito, se indaga la procedencia de esos valerosos aventureros, llama francamente la atención el número de los que estuvieron vecinados en León de Nicaragua, muchos de los cuales se trasladaron acá acompañando a Benaicázar, lo cual hace suponer que la personalidad de este esforzado capitán ejercía avasalladora influencia. Si no hubiera sido así, difícilmente habrían abandonado este asiento de Nicaragua donde parece que vivían con relativa comodidad, para afrontar el largo y azaroso viaje.

Juan de Ampudia, primer Alcalde de Quito, en León fue uno de los Regidores de su Ayuntamiento; Diego de Tapia, también Alcalde de Quito, fue en León Escribano público; Bartolomé Alvez, Alfonso Sánchez, Diego Martín de Utrera, Juan Lobato, Juan Padilla, Rodrigo Núñez, Francisco Ruiz, Luis Daza, Alfonso López, Antonio de Prado, Juan Días de las Cumbres, Gonzalo Martín, Francisco Hernández, Hernando Andino, Juan Gómez, Francisco García, Gómez Ramírez, Juan del Francisco Sánchez, Pedro de Quiroz, Sebastián Rodríguez, Cristóbal de Torres, Rodrigo de Villalobos, Antón de Ribas y Rodrigo Moriel, son nombres que

aparecen en documentos coloniales de Nicaragua, como puede constatarse al examinar las Actas del Cabildo de León aludidas, correspondientes a 1532 y 1533, en las cuales se anotan las contribuciones de los vecinos de esa ciudad para el mantenimiento de la guarnición que debía defender de los ataques de los indios "chontales" a los mineros de Santa María de la Buena Esperanza. Estos mismos nombres los encontramos grabados en las lápidas monumentales empotradas en los muros de la Catedral de Quito, con las que la ciudad ha querido perennizar el recuerdo de sus fundadores.

Hay otros documentos que proporcionan mayores informaciones sobre la estancia de Benalcázar en Nicaragua, así como sus relaciones de índole económica con otros españoles que se asentaron allá y que merecen ser destacadas para apreciar los esfuerzos desplegados para sumarse a la aventura de Pizarro en la conquista del Incario. Uno de ellos es el pleito incoado en Valladolid, con fecha 22 de marzo de 1542, contra el que fuera Alcalde Mayor de León de Nicaragua, y luego, Gobernador, Lcdo. Francisco de Castañeda, a quien Pedrarias combatió tenazmente cuando lo reemplazó en ese cargo, pues no podía tolerar que hubiera otra autoridad en la Provincia donde él y sus familiares. (Su hija doña María Peñalosa, la que debió ser esposa de Vasco Núñez de Balboa, casó con Rodrigo de Contreras, quien fue también Gobernador de Nicaragua; sus hijos encabezaron la sangrienta rebelión contra la autoridad real, cuando sus funcionarios trataron de aplicar las Leyes Nuevas que suprimían las encomiendas, medida que ellos consideraban atentatoria contra sus derechos), habían sido amos casi absolutos. A petición suya, el Rey depuso a Castañeda de su elevado cargo, si bien le designó en cambio Contador Real.

El pleito iniciado por el Fiscal del Rey perseguía el cobro de una cantidad de dinero correspondiente a bienes de difuntos que Castañeda había recibido en Nicaragua. En el alegato formulado en su defensa, declara éste que "por escritura pública me debe el Capitán Benalcázar, Gobernador de Popayán, quatro mil e ochocientos cincuenta pesos de buen oro que yo le presté en Perú, para necesidades que

me publicó, los cuales me había de pagar dentro de dos meses e no me los ha pagado. Hanme ahora escrito que los tiene embargados el Gobernador de Nicaragua (Rodrigo de Contreras) por solamente una carta mensajera, sin otro mandamiento ni embargo alguno"... Asegura, además, que **"Benalcázar se defiende de no le pagar lo que le debe,** diciendo que el dicho gobernador Contreras le tiene embargada la dicha deuda, y que dicho Licenciado Castañeda no dice que no quiere pagar sino que pagará dentro del término conveniente e jura a Dios e a esta Cruz que el ni otro por él trujo dineros, ni en Castilla los tiene". . .

El préstamo aludido y que Benalcázar lo recibiera cuando desempeñaba el cargo de Teniente de Gobernador de Pizarro en San Miguel de Piura, con seguridad debió invertirlo en la conquista de las tierras del Norte, que culminó con la fundación de San Francisco de Quito.

El 4 de abril de 1542, atendiendo la demanda se expidió en Valladolid la Cédula Real mediante la cual se ordena a los Oidores de la Audiencia y Cancillería Real de Tierra Firme (Panamá), hagan cumplir y ejecutar el contrato que el Gobernador de Popayán, Adelantado Sebastián de Benalcázar, contrajo con el Lcdo. Francisco de Castañeda.

Y, por fin, complementan las informaciones brevemente esbozadas en torno a las andanzas del fundador de Quito por tierras de Nicaragua, la carta de su hijo Francisco, presentada al Rey, en defensa de la memoria de su padre, vilipendiado y muerto en Cartagena de Indias, en abril de 1551, en medio de la mayor pobreza y desamparo, recién conmutada la pena de muerte que pesaba sobre él, cuando se proponía trasladarse a España para vindicar su conducta. La dura sentencia fue decretada por el Juez de Residencia que llegó a examinar las denuncias presentadas en su contra por la viuda del Mariscal Jorge Robledo, a quien Benalcázar, en palmario abuso de autoridad, había condenado a muerte por la discusión de ciertas posesiones territoriales en la Gobernación de Popayán. El documento dice así:

"Sacra Católica Real Majestad:

Don Francisco Benalcázar, hijo del Adelantado don Sebastián de Benalcázar, difunto, digo: . . . Que el dicho Adelantado, mi padre, y a mí, y a los demás sus hijos se nos han hecho y hace un grande agravio por los que han escrito historias de los descubrimientos y cosas pasadas en las Indias, pues habiendo sido el dicho Adelantado nuestro padre, uno de los descubridores de Tierra Firme y del Darién y Panamá y Nicaragua, donde fue vecino, y de los más ricos y principales, que en la dicha provincia de Nicaragua había, con cuyo favor el Marqués Francisco Pizarro, después de haber descubierto en Puerto Viejo y Túmbez, en la provincia del Perú, descubrió y ganó todo lo demás y prendió a Tabaipa e hizo otras cosas.

Porque es público y notorio que estando el dicho Francisco Pizarro con la gente que habría descubierto el Perú y habiéndole adolecido la gente del mal de los ojos en Puerto Viejo y Túmbez, que es una enfermedad que hace saltar los de la cabeza y estando allí detenido, que no podía pasar adelante, **sabido por el dicho Adelantado Benalcázar que residía en Nicaragua y se hallaba rico y con mucho oro**, ofreciéndose que murió Pedro Hernández de los Ríos, Gobernador de Tierra Firme (Panamá), el cual tenía mandado hacer dos navíos para enviar a descubrir y por su muerte se mandaron vender en almoneda pública" . . .

Más adelante añade: ". . . Item, estando en la dicha ciudad de San Francisco de Quito, tuvo noticia de un cacique que se decía Atavalo cerca del río Agasmalo, que era muy rica y buena para poblar, acordó de ir a descubrir la tierra.

Y así puso en orden lo necesario y envió a San Miguel por gente. Y como a la fama del Perú vinieron muchos, aunque pobres, recogió más de 300 hombres y les dio a los que eran para hombre de a caballo, caballos y yeguas **que hizo traer de su casa que tenía en Nicaragua**, y aderezó hatos de puercos **que así mismo había hecho traer de la costa de Nicaragua**, y partió de Quito y fue sobre Atavalo y pasó el río Angasmalo y anduvo descubriendo la tierra que dicen Pasto y pobló allí un lugar, de allí pasó a la provincia de Cañi, y la descubrió y pobló la ciudad de Cañi, que eran ca-

ribes y grande provincia. . .” (Boletín de la Academia Nacional de Historia del Ecuador.— N^o 104, Julio-Diciembre de 1964 — Quito).

Los navíos mencionados fueron adquiridos por Benalcázar con los dineros que logró reunir en Nicaragua con la venta de su hacienda, de donde trajo además muchos animales domésticos, de tal modo que ésa fue la contribución material efectiva, más el invaluable aporte humano a que hemos hecho mención, que procedió de tierras centroamericanas para la conquista y colonización del legendario Reino de Quito.

LA AMISTAD DE BELLO Y OLMEDO

No fue una "circunstancia feliz" —como afirma un escritor hispanoamericano (1)— lo que hizo que Caracas fuese la cuna de los tres más grandes personajes de la revolución americana en nuestros países: el General Francisco de Miranda, el Precursor por antonomasia, Simón Bolívar, el Libertador y Andrés Bello, el Civilizador.

Varias otras causas importantes, de carácter geográfico e histórico, dieron a la ciudad de Caracas, la primacía en importancia y desarrollo, con respecto a las dos otras capitales del, más tarde, llamado grupo Grancoombiano: Santa Fe de Bogotá y San Francisco de Quito. La proximidad directa con la ciudad y el puerto de Sevilla, donde funcionaba la casa de Contratación y sesionaba el Consejo de Indias, que resolvía todos los asuntos importantes de las hasta entonces llamadas Indias Occidentales; el nexo físico permanente de la Compañía Guipúzcoana de Caracas, única compañía naviera transatlántica que unía a la Península con Tierra Firme y que, constantemente, transportaba a Venezuela, valioso elemento hispano, de aquel que sólo se decidió a viajar a nuestras tierras, en la progresiva época de la Ilustración, cuando reinaba en España el tercero de los Carlos. Por último, la férrea organización castrense de la Capitanía General de Venezuela, inculcó disciplina y adiestró severamente a los jóvenes militares venezolanos que, más tarde, habían de utilizar sus armas para luchar por la independencia y conducir la idea revolucionaria desde Caracas hasta Potosí. Pues recuérdese que no fue solamente la espada figurante de Bolívar la que paseó por medio continente el ideal separatista, sino también la de los numerosos lugartenientes suyos de la mejor calidad guerrera y centenares de veteranos soldados venezolanos.

También entre el elemento civil sobresalieron individuos de mérito indiscutible. Como aquel, casi desconocido y olvidado Luis López Méndez, de quien el propio Bolívar afirmó varias veces "que era el verdadero libertador de Colombia, pues él nada hubiera podido hacer en la célebre campaña de 1819, sin los oportunos y eficaces auxilios de toda clase que aquel le proporcionó en Londres, empeñando su propia responsabilidad y la del naciente y aun mal afirmado gobierno de Venezuela" (2).

Otro de los civiles que se destacaron luminosamente en los primeros tiempos de la Revolución Americana y muchos años después de haber concluido ésta, fue el ilustre Don Andrés Bello de quien puede decirse que de todo supo y que ahondó en la mayoría de las disciplinas culturales y científicas, habiendo sido, durante su larga vida, según las oportunidades y circunstancias: jurisconsulto, médico, botanista, matemático, cosmógrafo, erudito en historiografía, gramática, filólogo, lingüista, filósofo, internacionalista, diplomático, pedagogo, orador, prosador, poeta, crítico, periodista, político, *et sic de coeteris*. (3)

Es de este insigne personaje caraqueño —Don Andrés Bello— acerca de quien deseamos hablar hoy, sumándonle al homenaje que se le tributa en estos días, con motivo de cumplirse el CLXXXVIII aniversario de su nacimiento, acaecido el 29 de Noviembre de 1781. Y recordando la cordial amistad que le unió a nuestro ilustre poeta y esforzado prócer independentista Don José Joaquín de Olmedo, desempolvando los antiguos vínculos —a través de estos dos grandes hombres—, existentes desde tiempo inmemorial entre Caracas y Guayaquil y entre Venezuela y Ecuador.

* * *

Pero antes debemos explicar rápidamente, la trayectoria de cada uno de los dos. Don Andrés Bello se había distinguido desde muy joven por sus brillantes dotes intelectuales, a tal extremo que llegó a ser el profesor de muchos jóvenes caraqueños de su misma edad, entre ellos, del joven

Bolívar de quien dice Amunátegui que fue uno de los pocos que le pagó sus servicios pedagógicos en especies, con un traje de buen paño. Obtuvo Bello, por oposición, el cargo de oficial segundo en la Secretaría del gobernador militar. Con una gramática y un diccionario aprendió la lengua francesa. Utilizando el mismo método, aprendió también el idioma inglés. Con un sabio sacerdote estudió latín y griego y este vasto conocimiento de lenguas vivas y muertas lo utilizaba para deleitarse en la lectura de los clásicos antiguos y modernos. Y fue esta actitud estudiosa, ese temprano reconocimiento hacia él de sus altas dotes intelectuales, las que le valieron para actuar en los días en que se gestaba la revolución americanista y en los posteriores, cuando hubo necesidad de buscar a los jóvenes mejor preparados para luchar contra la poderosa España, valiente actitud adoptada por un grupo entusiasta de valerosos venezolanos.

Comentando Germán Arciniega la relación que existió entre Bolívar y Bello dice:

"Una misma ambición les puso a los dos sobre la pista de libertad a las colonias españolas. En su juventud se les ve juntos muchas veces. La vida les va separando porque cada cual escoge su camino. Pero lo esencial para situar al uno y al otro dentro de la escena histórica es ver cómo aparece en hora crucial el tema que apasiona a las nuevas generaciones: el de la emancipación americana. Es ese impulso fecundo, esa avasalladora ambición de emanciparse, lo que les da a los hombres de entonces, fuerzas extraordinarias que llevan a la heroicidad, ánimos para rehacer su América, como si pudieran remodelarse las cordilleras y los hombres".

Y agrega más adelante:

"La historia de Andrés Bello, y su significación dentro de la vida americana, es "la historia de una pasión". Pasión no sólo suya, sino de una época, de dos generaciones nada más, que empujadas por un estímulo extraordinario se lanzaron a la más desmesurada empresa. Como antecedentes, para nosotros, los del nuevo mundo, no existe sino uno: el de las dos generaciones que hicieron también lo que se ha llamado "el descubrimiento" y "la conquista de América".

También, al final del siglo XVIII, los americanos se encontraron como delante de un nuevo mundo, y se dieron a la tarea de penetrarlo, de hacerlo suyo, de dominarlo, de exhibirlo ante el mundo antiguo como algo inesperado y sorprendente". (4)

En 1810, la Junta de Gobierno de Caracas decidió enviar una embajada a Londres, con el objeto de obtener el apoyo de Inglaterra. Dicha misión iba presidida por el Coronel Simón Bolívar, "diputado principal de Caracas", Luis López Méndez, con el título de "segundo diputado" y Andrés Bello, en calidad de "secretario". Los delegados se embarcaron el 9 de junio a bordo del bergantín inglés "**General Lord Washington**", llegando a Londres el mes siguiente, siendo recibidos por el Canciller inglés Lord Wellesley, el día 11, pero no en el Foreign Office, sino en su residencia particular. En el primer momento, Inglaterra no quiso dar carácter oficial ni a la visita, ni a las conversaciones con los delegados de Caracas. Todo se desarrollaba entre una fría nebulosa de cortesía, siguiendo la vieja táctica de la diplomacia utilitarista británica seguida también por muchos otros países— que consiste en "aprovecharlo todo, prometer algo, no comprometerse en nada" y cuando oficializó las conversaciones, lo hizo a presencia de los embajadores de España (Duque de Alburquerque y Almirante Apodaca) y lo único que obtuvieron los delegados venezolanos fue la promesa de apoyo de Gran Bretaña contra su enemiga Francia en el caso hipotético de que ésta invadiera Tierra Firme.

Los resultados de la misión caraqueña fueron, pues, harto mediocres, en lo que se refería al motivo principal, en cambio Bolívar, con el apoyo de Bello, obtuvo que marchara a Venezuela el Precursor Miranda, quien acababa de cubrirse de gloria y de justificar la inclusión de su nombre en el futuro Arco de Triunfo de París, al combatir en calidad de general, al frente de las huestes revolucionarias francesas. Miranda era, indiscutiblemente, la primera figura de la Revolución Americana, tenía por amigos a la élite de la intelectualidad inglesa, habitaba en su fastuosa residencia de Crafton Square, y recibía a las gentes más importantes de

Londres. Al partir a Venezuela con Bolívar para enfrentar su último y definitivo fracaso en Puerto Cabello, López Méndez y Bello heredaron la lujosa mansión y la valiosísima biblioteca del Precursor. Pero eso fue por muy poco tiempo y concluyó cuando los revolucionarios venezolanos fueron derrotados y las fuerzas realistas tornaron al poder. Entonces comenzó el viacrucis de los dos patriotas venezolanos, camino de amargura que duró por varios años, casi todos los 19 que Bello permaneció en la capital de Gran Bretaña.

Dice, Eugenio Orrego Vicuña, el biógrafo de Bello:

"Londres desempeñó un papel en el proceso intelectual de Bello. Realizado el de su formación en Venezuela, durante la primera treintena de su vida —período de cristalización en que los hombres que hacen historia se encuentran frente a su destino, al sentido íntimo de su destino—, el de su madurez se desarrolló casi totalmente en Londres.

Esos diecinueve años de Inglaterra fueron, en cierto modo, fundamentales. Calidades y características allí se acentuaron: las correcciones y desviaciones posibles de allí salieron. El ambiente londinense se mostró propicio al desenvolvimiento pleno de su personalidad. Nada de original, nada que no estuviese ya en germen en los tiempos de Venezuela, tiempos dominados por un ímpetu supremo de juventud, pudo forjarse en Londres. Pero allí maduró su genio, y eso era también fundamental. A la ciudad de la niebla llegó un joven rico en calidad y en posibilidades. De aquella inmensa urbe, en que las fuerzas de la democracia liberal, llegada a su más alto desarrollo, se han tocado y han convivido durante más de un siglo con recias supervivencias feudales, salió un hombre completo; salió, armado de todo su espléndido caudal de aptitudes, el civilizador.

Y más adelante, el mismo autor, agrega:

"En la vida de Bello, Londres se encuentra en los gabinetes del Museo Británico. La niebla exterior, la miseria, el desamparo máximo se trasmutan allí en haces de luz, en pura alegría intelectual, en ardiente fiebre de trabajo. Al resplandor de las viejas lámparas, envuelto en su capa remendada, Bello pudo recrearse en compañía de los grandes

de la Humanidad, en una atmósfera sin fronteras. Allí venían a visitarle Sócrates, Platón, Pitágoras, Shakespeare, Bacon, Horacio y Virgilio, los antiguos amigos de los días mozos. Byron y Shelly en auge magnífico. Lo nuevo y lo viejo, cultura sin límite confinatorio. En esos gabinetes fue preparada —con otros trabajos de índole varia— la reconstrucción del **poema del Cid**, esfuerzo sorprendente.

“En Londres se desenvolvió también su tendencia americanista, ya indicada en el período de la revolución de 1810 y trasuntada principalmente dentro del terreno cultural, en el grande esfuerzo que supieron las dos revistas fundadas por él, en colaboración con algunos compañeros: la “Biblioteca Americana” y “El Repertorio Americano”. (5)

Olmedo y Bello se encontraron en Londres en 1826, cuando ambos cumplían funciones diplomáticas. En los albores de la independencia, los americanos importantes prestaban sus servicios a cualquiera de los países hermanos que los requiriesen, sin que necesariamente fuese la patria nativa de ellos. Y así vemos como Rocafuerte, ecuatoriano, era plenipotenciario de México; Irisarri, guatemalteco, lo fue de Chile; y en el caso concreto de que nos ocupamos, Olmedo, ecuatoriano, era plenipotenciario del Perú y Bello, venezolano, servía en la de Colombia. Este último que había ido a Londres formando parte de la misión de la Junta de Gobierno revolucionaria de Caracas en 1810, —como ya lo dijimos antes— había permanecido por muchos años en la capital británica, sufriendo todas las contingencias de la lucha contra la Península y, al final, ayudándose con el trabajo literario de las traducciones y las clases de idiomas (castellano, francés, latín, griego y otras) que él había aprendido en esa especie de elegante exilio en que se hallaba, y en que maduraba y profundizaba su cultura, la que después habría de desplegar y hacer patente en Chile, su segunda patria de adopción.

Nuestro poeta Olmedo había lucido ampliamente su patriótica actuación, primero, en las Cortes de Cádiz de 1812, al frente del gobierno independentista de Guayaquil, en 1820 a 1822 y, finalmente, como diputado americano a

quien se le concedió la representación del departamento de Puno, que no pudo elegir uno propio por hallarse en poder de los realistas españoles, en la época de las Constituyentes del Perú, en 1823. Dice Cañete, en su denso estudio sobre nuestro prohombre:

"Olmedo logró sobresalir en el Congreso de Lima, ya como orador florido, elegante y correcto, ya como sincero patriota animado del mejor sentido y de las más rectas intenciones". Y agrega:

"A estas nobles prendas de su inteligencia y de su carácter debió sin duda que Bolívar se fijase en él y le nombrase para sustituir al ilustre granadino (o sea colombiano), Don Juan del Río, en el cargo de agente diplomático en Inglaterra". (6)

Además, Olmedo, con Sánchez Carrión, había venido expresamente a Quito a pedirle a Bolívar que pasase a liberar el Perú, en 1823. Y en 1825, había cantado al héroe en su inmortal **Canto a Bolívar, a la Victoria de Junín.**

Una comisión oficial que se le ordenó cumplir en Francia, alejó a Olmedo de Londres, en 1827 y es entonces, a través de una continuada correspondencia con Bello, desde París, es que se nos revela la estrecha amistad que unía a ambos. Olmedo escribe a Bello, en carta suscrita en la capital francesa, el 9 de Febrero de 1827:

"A las dos o tres veces de haber tratado a Ud., lo tuve por uno de mis mejores amigos; y creo que en el día, ya tiene algunos años nuestra amistad".

La carta se inicia con esta frase cordial: **"Querido compadre y queridísimo amigo"**, Efectivamente, ya unía a ambos amigos un parentesco espiritual, pues Bello había hecho padrino a Olmedo de su hijo Andrés, habido en la segunda esposa inglesa del caraqueño, Doña Isabel Dunn, con quien tendría 12 hijos. (De su primera unión, con la dama inglesa, Ana Boyland, Bello tuvo tres descendientes, entre ellos, el mayor de la doble familia, Carlos Bello Boyland, con quien nos volveremos a encontrar más adelante). Miguel Luis de Amunátegui, primero; Don Manuel Cañete, más tarde y finalmente, el P. Aurelio Espinosa Pólit, han recogido y re-

producido las 15 cartas escritas por Olmedo a Bello; (desde París, en 1827 (8); desde Londres y Valparaíso, en 1828 (2); desde Guayaquil, en 1823 (2), 1840 y 1847 (4 en total); y desde Santa Elena (1). En cambio, no se conservan más que fragmentos de las respuestas de Bello a su compadre, pues parece que el caraqueño no era muy adicto al género epistolar. Pero cuando se decide, lo hace en verso, como en su famosa **"Carta escrita de Londres a París, por un americano a otro"**. Aquella escrita en tercetos que se inicia:

**"Es fuerza que te diga, caro Olmedo,
Que del dulce so'az destituido
De tu tierna amistad vivir no puedo".**

Olmedo no estuvo más de dos años entre París y Londres, lo suficiente para imprimir las dos ediciones parisinas y la londinense de su célebre oda **"La Victoria de Junín. Canto a Bolívar"** (París y Londres, 1826). Bello permaneció 19 años en Londres, de 1810 a 1829, en que, desengañado por el abandono en que le tenía su patria, aceptó un cargo administrativo en el Ministerio de Hacienda de Chile, adonde se dirigió a mediados de 1829. En ese País fue factor preponderante de cultura, fundó la Universidad de la que fue rector vitalicio durante 22 años, hasta su muerte, acaecida el 15 de Octubre de 1865, a la avanzada edad de 84 años. Su amigo y compadre Olmedo se le había adelantado en la partida, casi con dos décadas, pues falleció en Guayaquil el 19 de Febrero de 1847. Un año antes (1846), el joven Carlos Bello Boyland vio a Olmedo y escribió a su padre:

"En Paita, único puerto en que tocó el vapor, y por dos horas, tuve el gusto de conocer al señor Olmedo. Está muy anciano, y tiene un aire y unas maneras que demuestran una excesiva cortedad, que, al leer el "Canto a Bolívar", no era de presumirse en su autor. Me habló con sumo afecto de Ud. y me dijo que hacía pocos días que le escribió. Está para regresar a Guayaquil".

Menos de un mes, antes de fallecer, el 31 de Enero de 1847, Olmedo escribió su última carta a Bello, donde puede leerse el desalentador presagio que sigue:

“Después de una larga peregrinación, he vuelto del Perú, a donde fui a buscar salud, y no la encontré”. (7)

Esta epístola postrera está llena de reflexiones acerca de la imperfección de la redención del género humano y del pedido de libros que ya su compadre no tendrá tiempo de enviarle, ni Olmedo de leerlos.

Bello y Olmedo, como antes Miranda y Antepara en Londres, Bolívar y Rocafuerte en París, son los pilares sobre los que se asienta la tradicional y estrecha amistad que siempre a unido a Venezuela y Ecuador.

N O T A S

- (1) Germán Arciniegas.— El Pensamiento Vivo de Andrés Bello.— Pág. 11.
- (2) José Manuel Restrepo, "Historia de la Revolución de la República de Colombia" (reproducido por Eugenio Orrego Vicuña, "Andrés Bello", Cap. IV, nota 2, pág. 259).
- (3) Eugenio Orrego Vicuña, "Andrés Bello", pág. 77.
- (4) G. Arciniega.— El Pensamiento vivo de Andrés Bello. Edit. Losada, Buenos Aires, 1946.
- (5) Eugenio Orrego Vicuña, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1953.
- (6) Manuel Cañete.— El Dr. José Joaquín de Olmedo (Ensayo).
- (7) Miguel Luis Amunátegui.— "Vida de Don Andrés Bello". (Biografía).

ACTAS DEL CABILDO DE QUITO DE 1650 A 1657

Para conmemorar el IV Centenario de la Fundación española de San Francisco de Quito, el M. I. Concejo presidido por el eminente ciudadano don Carlos Freile Larrea, tuvo el acierto en 1934, de encargar a don José Rumazo González, paleógrafo graduado en España y delicado poeta, descifrarse nuestro Libro Verde, conjunto de las Actas originales del Cabildo quiteño desde los albores de esta Ciudad, cabeza del Reino de su nombre y reedificada por los españoles en 1534 sobre la antigua de nuestros Shyris, nunca dominados en lo espiritual por los alevosos y fugaces conquistadores Incas.

Este conjunto de inapreciables, sagrados documentos, abraza desde 1534 a 1551 y presenta los más antiguos de que se ufana la historia del Continente Hispánico, hasta la presente fecha. Al salvarlos del olvido y, lo que es más, de una siempre posible destrucción, el Municipio quiteño realizó una obra de cultura que se recomienda por sí misma y que, al ser proseguida hasta nosotros, en estos días, coloca a la vieja Ciudad amada como la primera de sus hermanas en tan laudable tarea. Quienes pusieron al servicio de la empresa sus desvelos y conocimientos, como los personeros de la Comuna que acompañaron al señor Freile Larrea y continuaron obra de tanto relieve, de manera especial, los colaboradores del Municipio que recibieron tal encargo en ese entonces, como el ilustrado Secretario don J. Roberto Páez y el señor Jorge A. Garcés, Ayudante de su Archivo y luego Director del mismo hasta hace pocos años, merecen la gratitud de sus conciudadanos, el reconocimiento de la nación y el aplauso de cuántos se apasionan por la Historia que preserva a veces su mensaje en viejos papeles de no

siempre fácil lectura, para asombro, enseñanza y cautivador deleite de las generaciones por venir.

Motivos que escapan a nuestro conocimiento, determinaron la interrupción hasta hace nueve años, de esta obra editorial en lo que a los Libros de los Cabildos se refiere, y hasta seis, las prensas municipales nada imprimieron en servicio del Archivo quiteño. Volvemos ahora a la circulación, entregando este volumen, el XXXIII, que contiene las Actas del Cabildo de la Ciudad, de 1650 a 1657, en versión paleográfica debidamente revisada, de nuestro Ayudante en el Archivo, el señor Gustavo Chiriboga C.

Se inicia este valioso volumen con el Acta del Cabildo de primero de Enero de 1650, siendo Corregidor de la Ciudad el General don Gonzalo Rodríguez de Montroy, Caballero de la Orden de Alcántara; Alguacil Mayor don García de Cárdenas Messía; Regidor y Provincial de la Santa Hermandad don Pedro Vásquez Feijóo; y Regidores don Francisco de Villegas Santamaría, don Manuel Freile de Zamora, el Capitán don José Jaramillo, don Francisco Pérez Guerrero y el Capitán Bernabé Hidaigo de Pinto.

Llevábamos ya por ese entonces, más de cien años bajo el trono del remoto Rey; habíamos mantenido la observancia estricta a su Corona y a las tutelares disposiciones por él dictadas para la reguación de su vasto Imperio de Ultramar y faltaban pocos para que este abrumador conjunto de disposiciones hallara prominente monumento en el "CEDULARIO INDIANO" recopilado por don Diego de Encinas (1680), y que años después correría impreso en la por mil títulos famosa "NUEVA RECOPIACION DE LAS LEYES DE INDIAS", publicada en dos grandes tomos, en Madrid, allá por 1770, en la Imprenta de Pedro Martín, Impresor del Rey. Posteriormente, y para no citar sino a los principales, aparecerían las "NOTAS A LA RECOPIACION DE INDIAS" de don Manuel Joseph de Ayala, "sobre los orígenes e Historia ilustrada de estas Leyes", presentada a la consideración del Trono en 1787 y, al fin, a la opinión popular, solamente en 1945, por obra de don Juan Manzano, docto catedrático de la Universidad de Sevilla. No se nos

oculta que estas colecciones, que tales códigos, no guardan sino indirecta relación con las Actas que ahora publicamos, pero es evidente que éstas son su reflejo y severa aplicación, y que al entregarlas a la crítica contemporánea, no solamente nos guía el proporcionar a los estudiosos, elementos de primera mano sobre el desarrollo colonial de Quito, sino el abonar la lealtad a tales principios en nuestra Presidencia, dentro de la copiosa legislación indiana.

Un año más tarde, asimismo el primero de Enero, ofrecía nuestro Cabildo renovado cumpliendo de esa regulación establecida por la Metrópoli para el más ordenado y feliz gobierno de estas naciones. En esta fecha se procedía, nuevamente, a la elección del Alcalde de la Santa Hermandad de Quito, solemne acto verificado en una estancia situada en las afueras de la Ciudad, en el llamado Ñaquito, en donde habitaba el Teniente General de la Real Audiencia (1). Posiblemente, lugar entonces tan distante, fue elegido para que las deliberaciones se desarrollaran fuera de la influencia directa de los interesados. La sesión del Cabildo, presidida por el Licenciado don Martín de Arriola, Caballero de la Orden de Alcántara y Presidente de la Audiencia y Cancillería Real de la Ciudad, revistió la solemnidad acostumbrada y fue la confirmación de lo acordado en Ñaquito (2). El juramento de estas altas autoridades se prestó en el Salón de la Audiencia. El Corregidor entregó al Alcalde de la mentada Santa Hermandad, don Lucas de Loyola, la Vara de la Real Justicia a nombre de su Majestad, para que la pudiera usar y ejercer en su nuevo oficio.

Y el 3 del mismo Enero se procedió a designar los restantes dignatarios para el año que comenzaba: Diputados de las Reales Alcabalas; Procurador de Causas; Abogado del Cabildo y de la Ciudad; Diputados del Común; Diputados para la Fiesta de la Candelaria; Padre de Menores; Acompañados del señor Corregidor en las Causas de Recusación; Portereros del Cabildo; Mojón y Fiel para la Repartición de la Carne; Medidores de Tierras; Mayordomo de la Ciudad; Diputado para que tome cuentas a este Mayordomo; Alcalde Mayor de los Naturales de la parte de Urinsayas; Alcalde

Mayor de Anansayas; Alcalde de los Plateros; Alcalde de Espaderos; Alcalde y Veedor de los Herradores, Alcalde de los Batihojas; Alcalde de los Sastres, Alcalde de los Sombrereros; Alcalde de los Zapateros; Alcalde y Veedor de los Silleros; Alcalde y Veedor de los Confiteros; Alcalde y Veedor de los Sederos; Alcalde y Veedor de los Bordadores; Alcalde y Veedor de los Tintoreros; Solicitador de las Causas del Cabildo y Alarife.

He aquí esta enumeración que revela una Ciudad en marcha, la composición administrativa total que la preserva, un cuadro completo de sus autoridades y de las agremiaciones industriales que se desarrollan bajo la trama sapiente de una vigilante justicia y forman la base de la economía de la Provincia y del sustento de ese estado llano del que saldrían a poco, artistas, legisladores y patriotas, de los que tan orgullosos estamos los quiteños y tan legítima admiración despiertan todavía en América.

*
* *

En el Cabildo del 9 de Enero, al conocerse las denuncias provocadas por la venta ilegal de los ganados, se consideraba ya digno de meditación y remedio, el abandono del campo de parte de los indígenas, "por la mucha cantidad de obrajeos que han puesto diferentes personas, en que tejen y labran jerguetas, bayetas y otros géneros y en los que se han recogido a ella muchos indios, así de los pueblos de este Corregimiento como de los demás de la Provincia, dejando dichos pueblos solos y desamparados, con lo que se defraudan los tributos reales y particulares, y se pierde la labranza y crianza, por no poderse enterar los indios que por el gobierno y padrón, están señalados a los vecinos, y se han hecho todos, vagabundos y baldíos".

"Y ha llegado a tanto, se añade, que aún los mismos indios en todas las parroquias, han armado en sus casas los dichos obrajes y tienen muchos indios de servicio para la ca-

bor de lo que labran en ellos, con lo que totalmente se acabarán de despoblar los pueblos, y no acudirán a sus obligaciones los dichos indios. . . .”

Como se vé, ya por ese entonces, padecía nuestra Ciudad en ciernes, los cambios que determinan las emigraciones de los campesinos hacia las urbes pobladas y una vehemente actividad industrial casera, lo que, además de estos aspectos socio-económicos percibibles, delata el despertar de la libertad que por la férrea tiranía del Inca nunca conocieron, y que, a los pocos años de la nueva sociedad, católica e hispana, ya los mueve a un desplazamiento hacia los centros urbanos, lo que nunca antes pudo ocurrírseles; a la asociación con sus amigos y parientes, para una labor económica conjunta; y a la ambición de disponer de medios propios de subsistencia en los que se basa una ciudadanía responsable.

Por ese mismo entonces, —Acta de 24 de Enero—, se acordaba, “unánimes y conformes”, se invite a la Santísima Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, y se le haga novenario en la Santa Iglesia Catedral, “para que Dios, Nuestro Señor, dé salud a sus vecinos y envíe buenos temporales y la lluvia de que necesita la tierra para las sementeras y sustento de los pobres, y se le den gracias por los innumerables favores que toda esta República ha recibido y recibe cada día de su poderosa mano, por el patronato de la dicha Santísima Imagen, Abogada y Patrona de esta Ciudad. . . .”, olvidada ahora casi completamente y que padece desventura que quizá un día le mueva a privar a sus hijos bien amados, de esos divinos favores que les preservaron de peligros en los primeros años, cuando pasiones y tormentas los amenazaba, como a los juncos tiernos, la vehemencia de los huracanes.

*

*

*

Y como no faltase un Fiscal, don Antonio Díez de Sanmiguel, que se hubiese demostrado intemperante y aún ca-

lumnioso contra la presunción y honor de todos los vecinos en común y, en particular, de este Cabildo y sus Capitulares, se acordó que el Presidente de la Real Audiencia elevase a Su Majestad la debida queja por los agravios que les irrogaba.

*

*

*

La festividad de las Armas fue, por ese entonces, la que celebrábase con mayor boato y concurso público. Equivalía a la consagración del poder Real, a la manifestación ante el Altar del debido acatamiento a su indiscutida Autoridad en estas lejanas posesiones.

Esta festividad había sido dedicada a la Virgen Santísima de Nuestra Señora de Guadalupe, en virtud de Cédula de Su Majestad, (Acta del 15 de Abril de 1651), año éste en que se resolvió tuviese efecto el domingo de Cuasimodo y el lunes siguiente. Cuando se procedía a elegir Predicador para ocasión tan notable, se supo que un Prebendado de la Catedral, "se había convidado como tal, no tocando ésto al Cabildo Eclesiástico el hacerlo, sino al de la Ciudad, como era costumbre, acto al que acudía con sus propios a su gasto y nombraba el Predicador" . . . No aceptamos la peligrosa innovación, pues que amenazaba nuestros fueros y el cuerpo municipal declaró, al efecto, que "de no ajustarse el Cabildo Eclesiástico a lo que le toca, quitando a esta Ciudad su preeminencia, se acuerde que dicha festividad se celebre en la Iglesia Real del Convento de la Concepción o en su Santuario de Guadalupe, donde irá esta Ciudad con toda veneración, devoción y pompa a celebrarle dicha fiesta, e informará al Rey Nuestro Señor y a su Real Consejo de Indias y al Excelentísimo señor Virrey de estos Reinos . . ."

De manera que, en 1651, llegábamos ya a oponer a la misma Catedral, si fuere necesario, la Iglesia Real de la Concepción, (oídlo bien, quiteños), o el Santuario de Guápulo, también Real, de la Santísima Virgen de Guadalupe, al que acudió nuestro Cabildo en esta festividad de las Armas

para jurar su devoción a la Santísima Patrona, su acatamiento al Rey, pero también su voluntad firme de preservar, en todo momento, los fueros quiteños, "si los consideraba amenazados".

*

*

*

En las angustias comunes padecidas alrededor del 10 de Junio del mismo 1651 por las excesivas lluvias que anegaban las sementeras en los campos circunvecinos, Nuestra Señora de Guadalupe, "por cuya intercesión se han conseguido y consiguen todos los buenos sucesos de esta Ciudad", recibe fervorosa súplica "para que los frutos no se pierdan y por la salud de Su Majestad, del Rey Nuestro Señor y de esta Provincia y sus moradores". En Agosto del mismo año volvióse en rogativa a su Santuario, con la cera necesaria y, en esta vez, con el Cabildo Eclesiástico, como manifestación ostensible de que las desaveniencias anteriores habían desaparecido. Y "habiéndose experimentado un gran milagro, que la Virgen Santísima de Guadalupe, traída a Quito nuevamente ha hecho, entre otros muchos a esta Ciudad al presente, en detener las aguas por ser en cercanías de las cosechas, (Acta de 25 de Agosto), se resolvió quedase en la Ciudad otros nueve días, votándose cien pesos de limosna para que alumbre el novenario y vuelva luego a su Casa la Santísima Imagen". Pronto tendrá que retornar la Patrona a su Ciudad, incansable en sus continuos viajes, como buena Madre requerida por sus hijos, dispuesta a otorgarles sus favores; y tres meses más tarde, acude nuevamente, porque la salud de los menesterosos y de los pobres naturales, la preservación de la santa fe y la conservación de sus campos y ganados, lo requieren. (Acta de 27 de Noviembre).

*

*

*

El 13 de Mayo consideró el Cabildo un asunto de peculiar importancia: la renovación del poder de que gozaban

Juan Rodríguez Pizarro, Agente de Negocios de la Villa de Madrid y don Manuel Muñoz de Padilla, vecino de ella, "para que en nombre de dicho Cabildo puedan aparecer y parezcan ante el Rey Nuestro Señor y su Real Consejo de Indias y hagan representación de los servicios que han hecho, así ellos como los demás antecesores, en los oficios de Regidores en tantos años, para que, en consideración de ello, se sirva la Real Majestad, como acostumbra con los que le sirven, hacerles merced de concederles facultad para hacer elección todos los años, de Alcaldes Ordinarios para esta Ciudad, según se ha hecho y hace en la Ciudad de los Reyes y en la de Cuzco; y que el uno de ellos que así saliere electo cada año, sea Capitular de dicho Cabildo. . ."

El 26 de Mayo se consideró el título extendido por don Martín de Arriola en favor de don Joseph Antonio de la Carrera, a quien nombraba Alférez de la Ciudad, mientras se provea otra cosa por el Gobierno Superior de estos Reinos, a fin de que saque el Estandarte Real el primer día de Pascua del Espíritu Santo, como es costumbre. . . Así acordado, "fue recibido por este Cabildo al uso y ejercicio y en señal de posesión se le entregó el ESTANDARTE REAL DE ESTA CIUDAD, DE DAMASCO CARMESI, CON SU FLOCADURA Y CORDONES DE SEDA BLANCA Y CARMESI, y lo recibió el dicho don Joseph de la Carrera debajo del juramento que tiene hecho y que hace de nuevo, de guardarle y defenderle y levantarle en todas las ocasiones que se ofrecieren del Real Servicio".

En el Cabildo de primero de Julio se acordó "se hagan dos o tres escaños para que se sienten el Cabildo y un estradiño en la Capilla de San Jerónimo, donde se puedan sentar las mujeres de los Capitulares y los mismos Capitulares, por no haber en los asientos que hay".

Y en Septiembre dos, "considerándose la proximidad de las festividades de San Jerónimo y Santa Teresa de Jesús, Patronos de esta Ciudad, se dispuso el gasto necesario y que se hagan fiestas de toros". Como de costumbre, sentó al pie su firma, don Baltazar de Montedoca, Escribano del Cabildo.

Siendo notorio que en Latacunga moraba un Médico Cirujano a quien se menciona como el Licenciado Francisco Díaz Punienta, "que es persona muy científica en la Facultad de Medicina, en todos achaques y particularmente, en curar paperas y cotos y que este achaque es muy general en toda esta Provincia y Ciudad y particularmente, en la gente grave de él...", se requiere al señor Procurador que está presente, haga los pedimentos que considere necesarios y le pida, venga a esta Ciudad.

*

*

*

Y así decurren los días, lentamente, menos apasibles de lo que algunos creen, apasionados por causas que ahora consideramos fútiles, pero que por ese entonces, cuando la memoria aún conservaba, vivas y ardientes, las emociones de la conquista y de las Guerras de Quito, no constituían sino oportunidades para la exteriorización de pasiones mal adormecidas, naturales en que quienes guardaban lacerante memoria de tan reñidas contiendas.

El 8 de Agosto de 1652 las Actas registran la inminencia de una desgracia que afectará a la Ciudad: enferma don Martín de Arriola. Se acuerda un novenario por su salud ante la Virgen del Quinche, pero el 11 del mismo mes y año, se registra que don Martín es ya difunto. (3).

En Setiembre vuelven, devoción y fandango: se aproximan el día de San Jerónimo y el de Santa Teresa de Jesús, también nuestros Patronos. La Iglesia Catedral mostrará sus más ricos ornamentos y el pueblo gozará, junto a la nobleza y la magistratura, los coloridos vaivenes de la fiesta de toros sobre la que, años más tarde, el quiteño eminente Fray Gaspar de Villarreal, escribirá notables páginas (4).

*

*

*

Y no siendo del caso el que sigamos, día tras día, con el tesoro de informaciones y sugerencias que ofrece este libro,

mencionaremos apenas que el 5 de Febrero de 1654 ya preocupaba a nuestro Cabildo la reparación de sus casas que "están tan maltratadas que amenazan ruina, por lo que el señor General temiéndola, se ha salido de ellas, y es necesario se acuda luego a su reparo".

"De una conformidad, se añade, acordaron se reparen dichas casas y se notifique a Pedro Leal, Mayordomo, dé lo necesario para ello y de lo contrario y suceder la ruina, corra por su cuenta y riesgo de que se le hará cargo; y se nombra por diputado a García de Cárdenas Messía, Alguacil Mayor, con cuya intervención se hagan los gastos necesarios". El General era el mismo don Gonzalo Rodríguez de Monroy, Corregidor de esta Ciudad.

En el Acta de 15 de Mayo se vuelve a tratar sobre la reparación de estas casas del Cabildo, refiriéndose a lo acordado el 15 de Febrero pues, "parece que el tiempo no ha dado lugar a hacer dichos reparos por las muchas aguas del invierno, y para que se hagan y el Mayordomo acuda a dar lo necesario para los materiales y gastos, so la pena puesta en el Cabildo citado, se acuerda se le notifique a Pedro Leal en el acuerdo del dicho Cabildo".

*
* *
*

El 12 de Enero de 1656 fue recibida Su Señoría el señor doctor don Pedro Vásquez de Velasco, del Consejo de Su Majestad, Presidente de esta Real Audiencia (5), en el cual se vió y se reconoció el voto y promesa que este Cabildo hizo, según parece el 12 de Setiembre del año pasado de 1628, en que se eligió y nombró por devota y Abogada de esta Ciudad a la Señora Santa Teresa de Jesús, en agradecimiento de los beneficios y mercedes con que Dios Nuestro Señor ha socorrido a esta Ciudad, librándola de los temblores, pestilencias y otras calamidades que sobrevinieron en tiempos pasados y lo demás en el dicho voto y promesa contenido. Y ahora, atendiendo a las muchas necesidades en

que esta República se halla, con receſo de enfermedades, temblores, hambres, muertes y aflicciones que generalmente suelen ocurrir y para que la Divina Majestad se apiade de librarle de todas ellas, ha parecido a este Cabildo acrecentar otra nueva devoción e intercesión para que por ella y por la referida, se sirva de socorrerla en todas ocasiones y conservarla en su santo servicio. Y estándose tratando y confiéndose en la materia, presentó en este Cabildo el Procurador General una petición cuyo tenor con lo que a ella decretado, es como sigue:

“El Capitán don Gaspar Verdugo Portocarrero, Procurador General de esta Ciudad, parezco ante Vuestra Señoría y digo que Su Majestad que Dios guarde, se sirvió despachar los años pasados Cédula por la cual mandó y ordenó se eligiese y votase por Patrón al Glorioso Arcángel y Príncipe San Miguel; y aunque se hizo, no hay memoria del juramento que se le hizo y está como descreída su devoción, y para que se vuelva a renovar y tenga esta Ciudad un Patrón tan grande en estos tiempos tan calamitosos, es menester que se haga el dicho juramento de nuevo, así por las razones dichas como otras que concurren, así por el celo y cristiandad de esta dicha Ciudad, siendo como es una cosa tan justa y santa y dispuesta así por Su Majestad y se ponga en ejecución con toda brevedad y hacer el dicho voto con la solemnidad que se requiere y acostumbra, por lo cual a Vuestra Señoría pido y suplico mande que se haga el dicho juramento y voto, eligiendo por Patrón de esta dicha Ciudad al Glorioso Príncipe San Miguel y que se le celebre su fiesta y se disponga lo que más convenga para el bien de la República y servicio de Dios Nuestro Señor y de Su Majestad, en que recibiré merced. . .

“En conformidad. . . y con la mayor devoción y amor que les es posible, desde ahora y para siempre jamás, por sí y en nombre de todos sus sucesores eligen, votan y señalan por Patrón, Devoto y Abogado de esta dicha Ciudad y su República, al Glorioso y Bienaventurado San Miguel Arcángel, Príncipe de la Milicia del Cielo, cuyo día se guarde y no se trabaje en él, por ser Santo de tan conocidos y gran-

diosos milagros... Por lo cual la fiesta que se le tiene de hacer en cada un año, ha de ser en la manera siguiente:

“Que se haga una imagen de bulto que esté en la sala del Cabildo, junto con la de San Jerónimo y Santa Teresa de Jesús y que para el día de su fiesta, del Glorioso San Miguel, se lleve en procesión a la Iglesia donde se celebrare y se digan vísperas solemnes, y el dicho día de la fiesta, misa y sermón, a que ha de acudir siempre este Cabildo y reserva en sí el nombrar Predicador en cada un año. Y en la procesión, lleven el Santo, cuatro Regidores del Cabildo y se vuelva a la Sala de él acabada la fiesta, con la misma procesión y solemnidad. Todo lo cual ha de ser por cuenta de esta dicha Ciudad y sus propios y rentas, en cada un año, perpétuamente y para siempre jamás. Que la noche de la víspera del Príncipe San Miguel, el Corregidor que es o fuere, haya de mandar que los vecinos pongan luminarias y demás de ello procurará la Ciudad avantajarse lo más que pueda en la celebración de dichas fiestas...”

*

*

*

Crecía la Ciudad y se multiplicaba la responsabilidad de sus mandantes, celosos cumplidores de los deberes que se les había encomendado. A comienzos de 1655 trató la comuna de las cosas del servicio de Su Majestad y bien de la República, como era lo acostumbrado, y en vista de las quejas del vecindario, acudió a remediar los problemas que a éste preocupaban, en relación con el abastecimiento del pan y de la carne. Se resolvió que los panaderos no podrían vender el producto que elaboraban, si nó fuese del peso debido, cosa que aún no hemos logrado se establezca en nuestros días. Cada pan, “por ahora, se dijo, cada uno de los ocho que se dan por un real, tenga un peso de seis onzas”... “Y tenga particular cuidado el Fiel Ejecutor en su cumplimiento, porque se ha tenido noticia que corre la misma desorden en las cinco leguas, así en la falta del peso del pan, como en ir a la venta del grano contra lo dispuesto por esta Real Audiencia...”

Sobre la carne, las medidas fueron igualmente, oportunas y severas: el Fiel Ejecutor, Lucas Viera Revelo, dio cuenta que ocurrió hoy dicho día, (Enero 8), a ver pesar y repartir la carne a la República y si la carne era a propósito... porque se había dado noticia era muy mala. "Se resolvió que el dicho Fiel Ejecutor haga traer el mejor ganado que estuviere en el Ejido de Ñaquito, con el que se dará abasto a la Ciudad, prohibiéndose se maten reses que no sean a propósito..."

*

*

*

En Enero de 1655 era ya Corregidor de esta Ciudad, el General don Diego de Sotomayor y Valdenebro, de la Orden de Calatrava. Informó al Cabildo Su Merced el señor Corregidor, que había pedido al Oidor más antiguo, don Joan de Morales Aramburo (6), asistiese a las casas de la morada de dicho señor Oidor con los diputados del Cabildo y del Común, de las Reales Alcabalas y el Procurador General y considerase la proposición de dicho señor Oidor y de la Junta de la Real Hacienda que tenían como pocos los catorce mil pesos con que contribuía la Ciudad en años pasados y que en vista de las necesidades en que se hallaba y del mejor servicio de Su Majestad, se alargase para poder conseguir una mayor cantidad, subiendo el dicho encabezamiento, por lo menos a dos mil pesos más.

"Y el señor Procurador General y demás diputados manifestaron que no se podía alargar la Ciudad a ofrecer más cantidad que la de los dichos catorce mil pesos y sin embargo de haberlo así dispuesto dicho Corregidor y demás diputados, el señor Oidor pidió se considerase el asunto en este Cabildo, habiéndolo abierto a los vecinos que estuviesen presentes. Y en este estado fueron llamados a la dicha sala los dichos vecinos a quienes, demás de lo referido, propuso y pidió dicho Corregidor atendiesen a las necesidades en que se halla Su Majestad... Y entendida dicha proposición, unánimes y conformes, dijeron que la cantidad de los catorce

mil pesos que están ofrecidos en cada un año conque se encabezon las Reales Alcabalas, es muy grande y gravosa... Y que sería de grave perjuicio a la Real Hacienda el no admitirse dicho cabezón porque no se habría de enterar esta cantidad por cobradores particulares como se ha experimentado en otras ocasiones y sería acabar de consumir esta República...”

Y días después, el 22 de Febrero del mismo año, volvió el asunto a consideración de nuestro Cabildo y convocados vecinos y mercaderes para que considerasen lo pendiente, “se allanaron a aceptar los diez y sies mil pesos, siempre que los jueces ordinarios procediesen a la cobranza de lo que adeudan los Corregimientos, en cuyo caso están los de la Villa de Ibarra, Otavalo, Latacunga, Ambato, Chimbo y la Gobernación de Quijos...”

Y la Real Audiencia, de manera solemne, en este punto convino en lo que los vecinos y los mercaderes de la Ciudad, habían aceptado.

*

*

*

Y como quiera que por aquellos días integrábamos, en lo administrativo, el Virreynato del Perú, en Mayo de 1657, precisamente el día 24, consideró el Cabildo una Carta y Provisión del Excelentísimo señor Conde de Alba de Aliste y de Villafior, Virrey de tales Reinos, ordenando se saque a pregones y remate en el mayor ponedor, la sisa de la vaca y carnero, remitiendo lo que resultare de ello a dicha Ciudad de los Reyes, cada seis meses, para la paga de la Fábrica del Puerto del Callao y de sus Fortificaciones.

El Virrey aducía en apoyo de su Provisión, los autos realizados en los años 45 hasta el 50 de los Excelentísimos señores Virreyes de ese entonces, Marqués de Mancera y Conde de Salvatierra (7) y el Cabildo adujo que la sisa de la vaca y del carnero no constaban en tales disposiciones y que apenas sí, el año de 48, se había gravado la del vino para aquella Fortificación y para los gastos que demandaron las

honras y lutos del Príncipe don Baltazar Carlos, nuestro Señor.

En consideración de las necesidades que obligaban a Su Excelencia imponer aquella sisa, Su Merced dicho Corregidor pidió se ponga en ejecución lo que se le mandaba. Los Cabildantes acordaron entonces, "unánimes y conformes", que en esta Ciudad desde que se fundó, "no se ha impuesto ninguna sisa de los dichos géneros... ni imposición alguna y que aunque se mandó imponer para el año de 45... cuatro reales en cada cabeza de ganado mayor y un real en cada cabeza de carnero de los que se gastasen y consumiesen en esta Ciudad y sus carnicerías, (para la Fortificación del Callao), fueron tantos los inconvenientes que se reconocieron... que se mandó suspender por el Excelentísimo señor Conde de Salvatierra".

El Cabildo volvió a considerar el dicho impuesto y sisa y dispuso "se saque un tanto de este Cabildo... para que se remitan a Su Excelencia para que en vista de todos ellos provea y ordene lo que más pueda servir".

*

*

*

Y como siempre que las resoluciones del Cabildo afectaban al pro común, bien se originasen en la necesidad inminente de conjurar las calamidades públicas o bien, en el cumplimiento de disposiciones emanadas de la Real Audiencia y aún del propio Virreynato, se convocaba a los señores, vecinos y mercaderes de la Ciudad, para que expusiesen su parecer. Con hacerlo, la antiquísima constitución de los Cabildos renovaba su fuerza, que se confundía en el tiempo con esos remotos fueros, generadores de la grandeza de que tanto se ufanaría el Imperio y produciría en las Américas, los asombrosos frutos de una remozada hispanidad.

Nuevamente, fueron en Quito llamados para que expusiesen su parecer, los Medidores de Tierra y los Alcaldes Mayores de los Naturales; y los Mayordomos de la Ciudad, y los Plateros, y los Espaderos; y los Herradores y los Batiho-

jas; y los Confiteros, y los Sederos, y los Bordadores y los Alarifes, y sentaron sus razones con firmeza y comedimiento. Luego, se encaminaron a sus hogares seguros de que, sobre las ruinas de un Viejo Reyno, la nueva ciudad castellana desafiaria los siglos.

NOTAS

- 1)—"...Las Audiencias de las Indias se fundaron por muchas congruencias. Las que ponderan hombres sesudos fue atajar los pleitos; y en esa conformidad hubo especiales órdenes del Consejo, para que no pasasen a ellas Abogados. El gran Coronista Antonio de Herrera refiere ese santo decreto de los Reyes Católicos, Isabel y don Fernando. No se temieron en las Indias los Oidores sino los Abogados. Hay tierra donde sobra la salud en faltando los Médicos y las medicinas. Las fundaciones de las Audiencias Reales se encaminaron por la piedad de los Reyes al bien común, a conservar los hombres en paz, a defender los pequeños de los poderosos, a que en la tierra no falte justicia y a otros millares de útiles que iremos descubriendo...". Fray Gaspar de Villarroel.— "GOBIERNO ECLESIASTICO - PACIFICO".— Clásicos Ecuatorianos. Vol. I. Quito, 1943. Págs. 174 - 175.
- 2)—"Don Martín de Arriola y Belardi era natural de la Ciudad de San Sebastián en la Provincia de Guipuzcoa: hizo sus estudios en Salamanca, como alumno del Colegio viejo de San Bartolomé, y se graduó de Licenciado en Derecho en la Célebre Universiad de la misma Ciudad: vino a América con el destino de Oidor de la Audiencia de Charcas, tuvo después el cargo de Gobernador de Guancavelica y, por fin, el de Oidor en la Real Cancillería de Lima, de donde fue ascendido a la Presidencia de Quito... Arriola era discreto y tenía constancia y fortaleza de ánimo".— Federico González Suárez.— "HISTORIA GENERAL DE LA REPUBLICA DEL ECUADOR".— Tomo IV, Págs. 227 y 228.
- 3)—El Ilmo. señor González Suárez afirma que el Presidente Arriola murió en Quito, en el mes de Julio. Lib. Cit. Tomo Cit. Págs. 241 y 244.
- 4)—Fray Gaspar de Villarroel.— Obra Cit. Págs. 93 a 101.
- 5)—Este Presidente de la Real Audiencia tomó posesión de su cargo el 5 de Noviembre de 1655. El 23 de Enero de 1662, se posesionó su sucesor, don Antonio Fernández de Heredia.— González Suárez.— Ob. Cit. Tomo Cit.
- 6)—"El doctor don Juan Morales de Aramburu era natural de Lima, graduado en la Real Universidad de San Marcos, primer Canciller de aquella Audiencia y Miembro de una de las más antiguas y nobles familias de la Capital del Virreynato...".— González Suárez.— Ob. Cit. Tomo Cit. Pág. 245.

- 7)—El Conde de Alba de Aliste y de Villaflor, el Marqués de Mancera y el Conde Salvatierra, fueron Virreyes nombrados por Su Majestad Felipe IV, quien después de reinar 44 años, murió en 1655. "En el mes de Mayo de 1666 se tuvo noticia en Quito de la muerte de Felipe Cuarto; el 19 de Julio se celebraron los funerales del Rey muerto; y el día de Julio las fiestas de la proclamación de su heredero y sucesor, alzando pendones esta Ciudad por Carlos Segundo... El primer siglo de la fundación de la Audiencia comprende los reinados de Felipe Segundo, el de Felipe Tercero y de Felipe Cuarto; fundada en 1564 contaba precisamente un siglo de duración cuando murió Felipe Cuarto y principió la época del reinado de Carlos Segundo, el último soberano español de la dinastía de Austria".—González Suárez.— Ob. Cit. Tomo Cit.

VIDA DE LA SOCIEDAD

Elección del Nuevo Directorio

El 5 de Febrero del año próximo pasado y conforme a la tercera citación escrita, cursada al efecto a los Señores Miembros Activos de la Institución, tuvo lugar en el salón de sesiones del Grupo "América" la votación definitiva para la elección del Nuevo Directorio que regirá los destinos de la Corporación hasta 1971.

El señor Presidente manifestó que, como en las dos anteriores convocatorias para la primera Junta General, del Jueves 16 de Enero y para la segunda, del Martes 28 del mismo mes, no se había contado con suficiente número de votantes, conforme a lo acordado en esta última, al realizarse esta tercera citación, se había autorizado a los señores Socios que aun podían remitir su voto, bajo sobre, a la Secretaría.

Se designó en calidad de Secretario ad-hoc al señor Lcdo. don Luis F. Torres y escrutador al señor Lcdo. don Rafael Borja.

Verificada la elección, el Nuevo Directorio quedó integrado por las siguientes personas:

Presidente:	Doctor Emilio Uzcátegui;
Vicepresidente:	Don Gustavo Vásconez Hurtado;
Tesorero:	Lcdo. Don Rafael Borja;
Bibliotecario:	Don Luis F. Torres;
Secretario:	Don Darío Moreira;
Directores de la Revista:	Don Hugo Moncayo y Don Augusto Arias.

El Directorio tomó posesión de sus cargos inmediatamente y la Junta General otorgó un voto de aplauso y reconocimiento al Presidente Don Hugo Moncayo por la labor realizada en beneficio de la Corporación y que consta en el Informe que presentó a la consideración de los señores Consocios.

Este documento aparecerá en el próximo número de esta Revista.

VEREDICTO DEL "PREMIO TOBAR"

Tenemos el agrado de publicar a continuación el Veredicto acordado por el Jurado Calificador designado por el M. I. Concejo Municipal de Quito para el otorgamiento del "PREMIO TOBAR", la más alta recompensa estatuida en el país para estimular, anualmente, la producción literaria ecuatoriana.

Este documento, acatado por el M. I. Concejo, dice así:

Quito, Noviembre 26 de 1969

Señor Doctor Don
JAIME DEL CASTILLO,
Alcalde de la Ciudad.

Su Despacho.

Señor Alcalde:

Los Miembros del Jurado elegido por el M. I. Concejo para el discernimiento del "Premio Tobar" en el presente año, que suscribimos la presente, hemos estudiado con el debido detenimiento las veinte y tres obras presentadas a este concurso y que para su mejor evaluación, hemos considerado conveniente clasificarlas en los siguientes siete grupos:

- Grupo I.—Poesía, Teatro, Novela, Temas Generales;
- Grupo II.—Arte;
- Grupo III.—Biografía;

- Grupo IV.—Economía y Administración;
Grupo V.—Legislación Nacional e Internacional;
Grupo VI.—Historia; y,
Grupo VII.—Medicina.

Ateniéndonos a las normas generales a que se somete el espíritu del legado por el que se establece este Premio y reconociendo su mérito y alta calidad literaria y científica, nos hemos inclinado a no considerar las obras presentadas por distinguidos autores que fueron ya merecedores de este galardón en los últimos años, proporcionando de esta manera, mayores oportunidades y positivo estímulo a escritores que no han intervenido en este concurso y que son, desde luego, merecedores de la mayor consideración.

De esta manera, estimamos que el primer Premio o "Premio Tobar" podría dividirse por partes iguales entre la obra de Monseñor Juan Larrea Holguín, "**La Nueva Estructura Constitucional Ecuatoriana**" y la del Profesor don Aquiles Pérez T., "**Los Puruhuayes**", libros valiosos que denotan en sus autores, reconocidas condiciones literarias y una paciente labor de rigurosa investigación.

La obra del doctor don César Benítez A., "**Límites de la Exploración y Cirugía Biliar**", nos parece merecedora de una honrosa mención, pues demuestra la inteligente labor de un científico respetable, de extraordinarios conocimientos en la materia de que trata. En el campo literario, el libro "**Nada más el Verbo**", poemas del señor Francisco Granizo Ribadeneira, merece, asimismo, la más amplia recomendación por la profundidad de su estro. Ojalá el M. I. Concejo, como un estímulo especial, considerase conveniente acordar una edición honorífica de estos libros en las prensas municipales.

Dígnese aceptar, señor Alcalde, las seguridades de la más atenta y distinguida consideración con que se suscriben,

Hugo Moncayo.

Francisco Tobar García.

Jorge A. Santiana.

INGRESO DE MIEMBROS DIPLOMATICOS AL GRUPO "AMERICA"

Ingresaron al Grupo "América", en calidad de miembros correspondientes, los señores Dr. Julio César Alegría, Embajador de Nicaragua, Jesús Leopoldo Sánchez, de Venezuela, General Plutarco Albarrán, Embajador de México y Enrique Juárez Toledo, de Guatemala.

En un significativo acto fueron recibidos después de breve alocución del Presidente del Grupo, doctor Emilio Uzcátegui. En esa oportunidad el doctor Alegría trató de la amistad de Ecuador y Nicaragua; el doctor Sánchez estudió, con gran conocimiento, los orígenes y el desarrollo del Grupo "América" y su obra en la cultura continental; el General Albarrán leyó un soneto a Quito y un epigrama en elogio de Augusto Arias, y Enrique Juárez Toledo un poema dedicado a la ciudad de San Francisco de Quito.

El señor Augusto Arias dijo:

"Julio César Alegría, Bachiller del Instituto de su León nativa y luego doctor en Derecho en la Universidad Nacional de Nicaragua, trae alma y figura de los nicas amables y enterizos, sentimentales y sensibles como Rubén se sentía, entre sus dos mares y para trazar la geometría que encienda luces y atenúe contrastes, al pie de sus volcanes triangulares, eternos fumadores, y cerca de los lagos dilatados y los breves lagos, espejos azules o de verde tono, o de color de zinc, tal el realista verso de Darío.

"Julio César Alegría decurre niño y adolescente por las historiadas calles de León, concurre a su Catedral de recios paredones y campanarios acústicos, de seculares retablos y en cuyas naves reposan el poeta americano y universal y el cantor de euforias y dolores Salomón de la Selva; oye los cuentos y los cantos que circulan en torno a la casa de Rubén, y como en la tradición y también predestinación de Nicaragua, cuando escribe en diarios leoneses o dirige "El Cronista" de tan calificadas columnas, ya se dispone a cum-

plir con sus jornadas de viajero, a buscarse y buscar en las nuevas concepciones del derecho internacional que cuenta en su país con tan aventajados y generosos maestros. Sigue estudios de tal naturaleza en la Universidad de Nueva York y de Diplomacia en Río de Janeiro, y si en Panamá mira y vigila el hito de la unidad centroamericana, es Encargado de Negocios en Buenos Aires, Ministro Consejero en Washington, Delegado ante el Consejo de la Organización de los Estados Americanos. . . . Cuando llega a Quito, cien años se desenvuelven y proyectan para explicar la antigüedad y la novedad de Darío, y aquí publica un gran libro sobre Rubén y Ecuador, al propio tiempo que visitamos Nicaragua, para decirle, a nuestro regreso, que ya sabemos como son tales paisajes, el cisne y la libélula, evocados e invocados por el poeta de los cantos de vida y esperanza.

“Jesús Leopoldo Sánchez confirma los fraternos sentimientos con los cuales ecuatorianos y venezolanos nos unimos sobre los puentes del tiempo bajo la advocación —ya se levanta presente y sobreentendida— del hermano y abuelo Simón Bolívar. Bachiller de su Maracaibo —del lago en verde temperatura—, doctor en Ciencias Políticas, profesor de tal especialidad y de Derecho en la Universidad de los Andes, en la de Zulia, en la Central de Caracas, si merece promociones universitarias, también le tocan las políticas que recibe y cumple con patriotismo, como la de Gobernador del Estado Zulia. Huella los mármoles de sociedades de historia y ciencias políticas, y aparecen, con la continuidad que señala conocimiento y laboriosidad, sus artículos y opúsculos sobre el Derecho en Venezuela, el Federalismo y Centralismo, la Iglesia Católica y el Estado Venezolano, discursos rectorales y de enseñanza universitaria, Vocación de juristas, Historia del Derecho en América Latina.

“Cuando visitamos, hace algunos años, la ciudad de Caracas que entonces es todavía un poco de ayer, que recuerda sonrisas de Teresa de la Parra y guitarra y clavecino de Teresa Carreño, que aclimata limoneros y azulejos y granados y ventanillas de reja y techos rojos y ramas de bu-

care y luciérnagas en el cerro de El Calvario y peces de espuma en las ondas del Guaire, no vimos en persona a Jesús Leopoldo Sánchez, pero en círculos periodísticos oímos su nombre y conocerle es comprobar lo bueno que de él sabemos de antiguo.

“En un elogio del General Plutarco Albarrán López pudiera reeditarse, para actualizar circunstancias y modernizar toques, el tan ajuiciado discurso de Don Quijote sobre las armas y las letras. Así el estudiante del Colegio Militar de México, obtiene también el Bachillerato de Humanidades en la Universidad Nacional en la que luego sigue, y en su Facultad de Filosofía y Letras, un curso completo de Literatura. Profesor disertado en la Escuela Superior de Guerra, Comandante de la Unidad de Aerotropas, alcanza el renombre pedagógico por sus estudios geográficos y sus textos de Táctica, y el lúcido pensamiento y la erudición en Derecho y el don de gentes, le ganan la investidura diplomática, mientras prosigue en sus artículos de carácter descriptivo y publica ocasionalmente o guarda para sí o para sus amigos, los poemas de acento sentimental o de remembranza del camino.

“Cuando le hacemos conocer nuestras impresiones de México que en concepto de Cardoza Aragón “nos sobrepasa” y al que antes de mirar “se adivina por la imantación que crea en el aire”, su respuesta revela, de pronto, dones literarios, lecturas de formación ejemplar entre las clásicas y las modernas que aconsejara su gran compatriota Alfonso Reyes, y siempre ánimo de México, del país al que León Felipe llamara de la pólvora y la rosa y en el que todavía se ve crecer al árbol de la noche triste y a su frente al arbusto de tequila duro y alegre.

“Enrique Juárez Toledo, poeta, escritor, periodista, ha publicado ocho libros de poesía. Actualmente da toques finales a una novela, ordena un libro de cuentos y un ensayo sobre Bernal Díaz del Castillo, el cronista en cuyo relato suena el castellano a la plata goda de sus primicias americanas. Redactor del Diario de Centroamérica, de Guate-

mala, Jefe de la Editorial del Pueblo, ha publicado en El Imparcial sobre motivos de crítica de arte y literatura. Considerado como el mejor libro de poesía del año, "El Bien de Amar", obtiene el Quetzal de Oro. El gobierno del cultísimo Juan José Arévalo abre para él caminos europeos. Impulsa a su generación de artistas y escritores del año cuarenta, escribe en la Revista de Guatemala, viaja por España, Italia, Austria, Holanda, Bélgica, Suiza, Alemania, El Líbano, Egipto, Grecia, Inglaterra, Malta, Creta y Capri, y México y Nueva York, y Chile, Argentina, Uruguay. No deja, por cierto, de ser poeta activo y efectivo por lo que sabe, con profundidad, de amores y dolores, y en su filosofía, por lo mismo, respira el concierto de la existencia y sus imágenes se trazan con un tanto de quichés y otro de iris de quetzal, esmeralda y oro. Y lleva consigo a Guatemala, cuyo secreto, según José Martí es el que "severa, no entristece; desdeñosa, no irrita; bulliciosa, no desordena; agitada, no cansa. Su vestido de baile nunca se aja...".

INCORPORACION DE NUEVOS SOCIOS

El 12 de Febrero del presente año tuvo lugar la sesión solemne del Grupo para recibir a la Señora Violeta Coppo de Aguilar, en su calidad de Miembro Activo de la Corporación. Este acto se llevó a cabo en la Casa de la Cultura, por las reparaciones que actualmente se realizan en la de nuestra Institución. La Señora de Aguilar disertó, con elegante maestría, sobre lo que llamó: "**Aproximación a Marta Brunet**". Su palabra, docta, persuasiva y sencilla, cautivó al auditorio.

El 3 de Marzo fue recibida, así mismo, en su calidad de Miembro Activo de la Corporación, la Señorita Doña Piedad Larrea Borja quien ostenta, además, la categoría de desempeñar la Secretaría Perpetua de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Española. La Señorita Larrea Borja recitó una selección de sus poemas que fueron acogidos por el numeroso auditorio que los escuchaba, con notorias muestras de aplauso.

Ambas recipiendarias fueron presentadas por Don Augusto Arias, uno de los socios Fundadores del Grupo "América" y codirector de esta publicación.

ILUSTRE POETA EN TRANSITO

Nuestro ilustre consocio y distinguido amigo, el Poeta y diplomático boliviano Doctor Don Luis Felipe Lira Girón, visitó esta Capital en tránsito a su Patria desde la ciudad de Caracas en la que reside. Nos fue profundamente grato presentarle el muy cordial saludo de nuestra agrupación que lo cuenta como a uno de sus Miembros de mayor respeto, al que profesa indeleble afecto.

DECLARACIONES EN ACAPULCO

Tomamos de "Novedades de Acapulco" del 11 de Noviembre último las siguientes declaraciones concedidas por el Doctor Don Oscar Hasperué Becerra, Presidente de la Casa de Cultura Americana que funciona, con creciente éxito, en el famoso puerto mexicano desde 1961, gracias a su tenaz esfuerzo. El Doctor Hasperué Becerra, brillante diplomático y tratadista argentino, nos visitó hace algún tiempo, durante la gira que realizó por estos países para la más activa propaganda de las finalidades que persigue la agrupación que dirige.

De este reportaje, concedido al periodista Don Rafael Castrejón Pérez para el mencionado periódico, transcribimos los siguientes acápites:

"—¿Dónde, cuándo y cómo le vino la idea de fundar la Casa de Cultura Americana?

"—En Buenos Aires, a fines de 1961, al decidir mi autodesierrro de Argentina, luego de llegar a la conclusión de que debía dar fin a mis trabajos políticos en pro de la solución del problema de mi patria chica y escoger a México para servir directamente a la causa de la América.

"—¿Cuáles son los propósitos, las metas de la Casa?

“—Están expresadas en su estatuto: el fomento y la divulgación de las manifestaciones culturales del continente americano. Concretamente, trabajar en el plano hemisférico por la hermandad americana, todavía más declamada que real; y en el plano local, en su carácter de asociación civil de nacionalidad mexicana, por la elevación cultural de la comunidad en que vivimos.

“—¿En cuántos países tiene correspondientes?

“—En trece: Canadá, Estados Unidos, México (trece ciudades), Guatemala, Honduras, Nicaragua, Colombia, Ecuador, Perú, Argentina, Paraguay, Uruguay y Brasil. Cuenta también con cinco filiales en Torreón, Tegucigalpa, Bogotá, Guayaquil y Buenos Aires.

“—¿Qué personajes notables de América se han sumado a la institución?

“—Numerosos. Aparte de los miembros del patronato presidido por el ex-presidente de México, licenciado Miguel Alemán y del Consejo Acapulqueño, encabezado por el presidente municipal de Acapulco, los representantes en ciudades mexicanas y de otras naciones americanas, personajes altamente significativos. Entre los últimos y atendiendo sólo a los elevados cargos públicos ocupados, cabría mencionar al ex-presidente de la Cámara de Diputados del Perú, doctor Andrés Townsend Ezcurra; al ex-presidente de la Corte Suprema de Justicia de Paraguay y ex-embajador en México, doctor Hipólito Sánchez Quell; al ministro de Educación de Guatemala, doctor Carlos Martínez Durán; a los ex-ministros de Educación de Brasil, Honduras y Nicaragua, profesor Roberto Lyra, licenciado Fidel Durón y doctor Ramiro Sacasa Guerrero, respectivamente; al embajador ecuatoriano don Hugo Moncayo; al Embajador ecuatoriano señor Carlos Mantilla Ortega; al ex-rector de la Universidad del Litoral, Argentina, doctor Salvador Dana Montaña; al ex-gobernador de Santander y presidente de la Sociedad Bolivariana de Colombia, teniente coronel Alberto Lozano Cleves y al decano de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad de Guayaquil, doctor Humberto Salvador.

“—¿Marcha bien el propósito de fundar la Universidad de América?

“—Marcha; pero lentamente. El apoyo moral es unánime, mas el material no ha sido concretado todavía. El mayor estímulo recibido es la aprobación del propósito por parte del señor presidente de la República, licenciado Gustavo Díaz Ordaz, y la promesa de la contribución mexicana de profesores y algún dinero, transmitida por el señor secretario de Educación Pública, licenciado Agustín Yáñez. Varias Universidades de Estados Unidos cooperarán con profesores a su cargo y todas las naciones latinoamericanas visitadas (cinco centroamericanas y siete sudamericanas) ofrecieron enviar becarios. El terreno ha sido señalado en principio por el señor presidente de la Junta Federal de Mejoras Materiales, ingeniero Juan Luis Falcón de la Barrera; pero es necesario proceder a su localización precisa, a fin de dar comienzo al proyecto de instalación, sin el cual es prácticamente imposible atraer la colaboración privada.

“—¿Tiene algo que ver la Casa de Cultura de Acapulco con el llamado Sueño de Bolívar?

“—El sueño de Bolívar preside nuestro sueño; pero el nuestro es el sueño de la segunda mitad del siglo XX, no el de la primera mitad del siglo XIX. No se limita ya a la América Latina; se extiende de un polo hasta el otro, pues todos somos americanos”.

Auguramos a la Casa de Cultura Americana el más franco éxito en sus labores, bajo la eficaz dirección de su Fundador, el infatigable americanista Dr. Hasperué Becerra.

HOMENAJE A BERTRAND RUSSELL

El “Grupo América” asociado con la “Alianza Francesa” rindió su homenaje de respeto a la memoria del ilustre filósofo y matemático fallecido hace poco, Bertrand Russell, por medio de la autorizada palabra de su consocio, el Dr. Manuel Benjamín Carrión.

El acto se inició con las palabras del Dr. Emilio Uzcátegui, Presidente del Grupo, quien se refirió de una manera

especial a las aportaciones del gran filósofo en el campo de la educación.

Russell es una de las figuras intelectuales más completas de nuestros tiempos. Filósofo, historiador, sociólogo, educador, ensayista, mereció el Premio Nobel de Literatura, en 1950.

Nació en el país de Gales en 1862. Miembro de la Royal Society, profesor universitario en Trinity College Cambridge, categoría de la que renunciara en 1916 por sus opiniones pacifistas, viajó después de la primera guerra mundial a Rusia y China y ejerció el magisterio durante algunos años en los Estados Unidos. En 1944 se reintegró a su cátedra de Cambridge.

Sus obras principales son: **"Principios Matemáticos"**, escrita en colaboración con Whitehead en 1903; **"Nuestro Conocimiento del Mundo Exterior y los Métodos Científicos"**, 1914; **"Hacia la Libertad: El Socialismo, La Anarquía y El Sindicalismo"**, 1918; **"Misticismo y Lógica"**, 1918; **"Introducción a la Filosofía Matemática"**, 1919; **"El Bolchevismo"**, 1920; **"Análisis del Espíritu"**, 1923; **"Los Átomos"**, 1923; **"Introducción al Estudio de la Relatividad"**, 1925; **"La Materia"**, 1927; **"El Matrimonio y la Moral"**, 1929; **"La Conquista de la Felicidad"**, 1930; **"Perspectiva Científica"**, 1931; **"Educación y Orden Social"**, 1932; **"Investigación sobre el Pensamiento y la Verdad"**, 1940; **Historia de la Filosofía Occidental**, 1946; **"El Conocimiento Humano, su Fin y sus Límites"**, 1948.

Presentó este acto el Director de "Alianza Francesa", Sr. Dornel y las palabras de agradecimiento fueron pronunciadas por el Agregado Cultural a la Embajada de Gran Bretaña, Sr. Clark.

SECCIÓN DE BIBLIOGRAFÍA

"Memorias de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Española".—Entrega N^o 23.— Quito, Ecuador. Editorial Ecuatoriana, 1969.

De pocos años a esta parte, la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Española nos ofrece señaladas muestras de superación en todos los órdenes de su actividad cultural mantenida dentro del más perfecto decoro, y eso que sus actividades no merecen ahora la atención de los poderes públicos, lamentablemente y a pesar de que el ilustre ciudadano que preside los destinos nacionales, pertenece a la Corporación desde hace muchos años y con títulos sobresalientes. Debemos sí, destacar la cooperación del Gobierno Interino del Doctor Arosemena Gómez, que volvió posible, aun cuando dentro de límites estrechos, la realización del V Congreso de las Academias que se realizó brillantemente en Agosto del año pasado, en la Capital de la República.

Prosigue la Academia, en estos días, con la edición de las Actas de este célebre Congreso, voluminosa y costosa obra para la que, ni el Estado, ni la Casa de la Cultura, han ofrecido sus prensas, lo que significa además de una increíble desatención, una erogación cuantiosa para la medrada hacienda de la Academia. Qué lejanos los días en que el ilustre Don Luis Cordero la reunía en Palacio, enorgulleciéndose de auspiciarla abiertamente!

Además de la edición de las Actas y Resoluciones del Congreso, la Comisión Editorial de la Academia, integrada por Don Hugo Moncayo, Embajador e Historiador, por el Obispo Auxiliar de Quito, Monseñor Juan Larrea Holguín, jurista de tanto relieve y por el poeta Don José I. Burbano, de quien nos hemos ocupado con frecuencia, últimamente,

continúa en su labor de restablecer la normalidad en la aparición de las **Memorias** y que, prácticamente, hasta cuando fue elegido Director de la Academia Don Gonzalo Zaldumbide, habían caído en inexplicable abandono. El actual Director, Don Julio Tobar Donoso, con la brillante Comisión Editora mentada, realiza este milagro, también sin el apoyo de las prensas oficiales que tanto se prodigan en menesteres inferiores.

En confirmación de lo dicho, circula en estos días la Entrega N^o 23, correspondiente a Mayo del presente año, impresa en la Editorial Ecuatoriana de la Plaza de San Francisco de Quito. Este valioso número de las **Memorias** reúne los discursos pronunciados en la Sesión inaugural del V Congreso de las Academias y que corrieron a cargo del Señor Director, del notable Académico argentino Don Manuel Mujica Láinez y del Señor Presidente de la República en la fecha de la inauguración, Doctor Otto Arosemena Gómez. En la pieza oratoria del poeta y novelista Mujica Láinez se rinde el merecido homenaje al antiguo Director de la Academia, Don Gonzalo Zaldumbide: "La seria inquietud de aquel gran creador de imágenes, dijo Mujica Láinez en su discurso, por cuanto atañe a la defensa, a la luz y a la difusión de nuestro idioma, se evidenció, una vez más, en Buenos Aires, cuando consideramos una ponencia suya, relacionada con la preservación de nuestro idioma en Filipinas... No fue ésa por cierto, la única prueba de la avizorada inteligencia con que Don Gonzalo Zaldumbide enfrentó cuestiones que importan a la fortaleza de la lengua de Cervantes... Desde las sombras y las claridades del trasmundo, su figura patriarcal continúa presidiéndonos, merced al influjo de su personalidad y de su obra, y esta mañana lo siento vivo entre nosotros, afectuoso, bondadoso, indulgente y sagaz como lo conocimos".

Se publican también los discursos de la sesión de clausura que corrieron a cargo del Señor Director, Doctor Julio Tobar Donoso y del eminente Don Rafael Lapesa, de la Real Academia Española, de cuya Delegación fue Presidente. "Se ha celebrado nuestro V Congreso", dijo y añadió:

“El tesón, la voluntad resuelta de la Academia Ecuatoriana, han triunfado sobre dificultades ingentes... Aleccionadas por el prodigio que ha tenido por taumaturga a la Academia Ecuatoriana, cerramos con siete llaves las puertas a cuanto nos haga desconfiar de nuestro propio poder; y nos abrimos con alicorzada esperanza a nuevos horizontes de trabajo en pro de un idioma cuyo futuro parece contradecir el castigo de Babel”.

En esta Entrega se rinde el homenaje de la Academia a Don Ramón Menéndez Pidal, quien falleciera pocos días antes de cumplir los cien años de su prodigiosa existencia. El Profesor Don Luis Fradejas Sánchez, Don José Rumazo González y el Señor Director de la Academia, leyeron en este acto notables piezas oratorias y el Señor Embajador de España, Conde de Urquijo, las palabras de agradecimiento que también se incorporan y que son de extraordinaria belleza y contienen notables datos de primera mano, sobre el ilustre anciano quien, le declaró, al recibir su visita: “Yo guardo un magnífico recuerdo de mi paso por el Ecuador, pueblo hidalgo por excelencia”.

El Señor Embajador pidió a Don Ramón, le contase “cosas de Quito”, y éste se las dijo, abundantes y encantadoras.

Se incorporan también los discursos pronunciados en el acto de las condecoraciones con las que el Gobierno Español honró al Director de nuestra Academia Doctor Tobar Donoso, a la Señorita Secretaria Doña Piedad Larrea Borja, al académico Don Luis Fradejas Sánchez y al académico Don Justino Cornejo, Miembro de esta redacción y nuestro distinguido y constante amigo. El Doctor Tobar Donoso agradeció a nombre de los condecorados con un hermoso discurso que se incorporará a las páginas de la Historia nacional. “Durante el tiempo que ocupé el más arduo Ministerio que tiene el País, varios Gobiernos me honraron con sus condecoraciones... Varias me llegaron cuando había concluido mis funciones. Tal vez, dijo, fueron delicada expresión de piedad por el sino doloroso de mi vida pública, que me impuso el deber de poner la mano, en medio de acerbas

angustias, en algo que equivalía a cortarse las venas. . .”

Termina la sesión dedicada a Menéndez Pidal con el estudio del Académico Dámaso Alonso sobre el extraordinario filólogo, y con una nota dedicada al mismo por Don Agustín Cueva Tamariz, tomada de los “Anales” de la Universidad de Cuenca.

El Director de la Comisión Editorial, Don Hugo Moncayo, publica uno de sus celebrados “Comentarios Reales”, dedicado a la amistad que vinculó a Zaldumbide con Don Alfonso Reyes y se cierra este número con el discurso de ingreso a la Academia, de Don Luis A. Moscoso Vega, que versó sobre el “Padre Nuestro” y que despertara en su momento animados juicios.

De los académicos del Grupo de Guayaquil, entre los que tenemos a honor contarnos, la muerte nos ha arrebatado al veterano periodista Don Adolfo H. Simons. En una próxima entrega de estas Memorias se le rendirá, seguramente, el debido homenaje de respeto.

En síntesis, una brillante publicación ecuatoriana que, privada de estímulos oficiales, goza del aplauso continental, con derecho propio. **Abel Romeo Castillo.**

**EL LIBERTADOR.— N° 147.—Órgano
de la Sociedad Bolivariana del Ecuador.—
Quito, 1969**

La valiosa revista oficial de la Sociedad Bolivariana del Ecuador, “El Libertador”, que dirigen don Hugo Moncayo y la señora María Esther de Andrade Coello y que, por la calidad de los trabajos históricos que publica en los últimos años, se ha convertido en uno de los más importantes órganos del pensamiento ecuatoriano. La crítica extranjera se ha demostrado abiertamente favorable al renovado prestigio de esta publicación en la que, modestamente, no se reproducen sino de tarde en tarde los testimonios fehacientes de la cordial y laudatoria acogida a que nos referimos. En este número 147, por ejemplo, se reproducen opiniones tan valiosas como la del Marqués de Lozoya, ilustre escritor espa-

ñol y noble admirador de nuestra ciudad capital y la del Reverendo Roberto María Tisnes J., el ilustre biógrafo del Prócer Morales y de Giradot.

En la Sección editorial aparece el informe suscrito por los directores de la revista acerca de la película **"La Epopeya de Bolívar"** que se filma actualmente en Venezuela y en la que la artista italiana Rossana Schiaffino encarnará una **"Rosario"**, símbolo de las mujeres que amó el Libertador, suplantando a la bella Manuela Sáenz. Esta película, no bolivariana sino venezolana, como dicen los señores directores, está circunscrita a la acción de Carabobo.

"Al haberse establecido tal lapso, señalado sin mayor meditación, de hecho se han excluido de esta obra, pasajes y acontecimientos singulares, elementos dramáticos de legítima fuerza, estados de alma de singular belleza, manifestaciones del pensamiento de Bolívar, sin paralelo en la historia contemporánea".

"Así, por ejemplo, apenas si se vislumbrará en esta producción cinematográfica, la grandiosidad del diálogo de Pativilca; las reflexiones sobre la deslealtad de Torretage, los esfuerzos sobrehumanos para la libertad del Perú con la gloriosa acción de Junín cantada por O'limedo, su anuncio al mundo de la libertad americana, después de la batalla de Ayacucho. ¿Figurará en esta cinta, con pretensiones de biografía y epopeya, por ejemplo, la figura de nuestro poeta, el lírico sublime de la América? ¿O nos la arrebatarán también, como a doña Manuela, por el escotillón de una gazmonería vana, reemplazándolo por cualquier Estebanillo González que la Picaresca cuasi anónima?"...

En la Sección de Historia se publican trabajos de los ecuatorianos don José María Grijalva y de don Ricardo Márquez Tapia y, por la primera vez, se reproduce el estudio sobre O'Leary en la acción de Pichincha, publicado por don Manuel Pérez Vila, ilustre investigador de la Fundación Boulton de Caracas y la primera parte del celebrado ensayo sobre "La Poesía Patriótica en la Epoca del Terror", del historiógrafo don Alberto Miramón, actual Director de la Biblioteca Nacional de Bogotá.

En la Sección de Literatura constan, entre otros artículos, un poema de don Olmedo del Pozo, con la delicada factura y profundidad emocional que distingue la obra lírica de nuestro tan distinguido compatriota y la conferencia leída por el doctor Carlos Egas Ch., Miembro Activo de la Sociedad, sobre la Declaración de los Derechos del Hombre en su aniversario.

Las Noticias Bolivarianas, como de costumbre, muestran el devenir de la vida institucional, tratado con imparcialidad y agudeza y la Sección de Bibliografía presenta atinados juicios de severa crítica. **Abel Romeo Castillo.**

NOTA NECROLOGICA

Nos toca registrar en estas columnas, con inmensa pena, el duelo de nuestra Corporación, que lo es también de la Patria y de las Letras Continentales, por el fallecimiento de nuestro ilustre Consocio, filósofo y psiquiatra de renombre, el Doctor Don Julio Endara, desaparecido cuando más brillante era su producción intelectual y más destacado el ejemplo de austeridad cívica e infatigable vocación científica que ofrecía.

El "Grupo América" dedicará una de sus próximas sesiones públicas en homenaje al notable pensador y querido amigo. Entre tanto, nos honramos en transcribir el siguiente artículo que el Doctor Don Agustín Cueva Tamariz, brillante escritor azuayo y director de los "Anales de la Universidad de Cuenca", ha dedicado a su memoria.

HA MUERTO JULIO ENDARA

La familia médica nacional viene sufriendo, día tras día, la dolorosa sensación de vacío en su seno por la trágica evasión, por los caminos sin retorno, de sus más altos valores representativos.

Fue ayer que nos dejaron Juan Tanca Marengo, ilustre y consagrada figura de la medicina nacional, nuevo tipo de hombre integral al que lo vimos erguido como una columna representativa de la ciencia y de la cultura; Jorge Escudero Moscoso, el gran psiquiatra de valoración internacional, pensador, filósofo y humanista enrolado en las nuevas corrientes del pensamiento actual; José A. Falconí Villagómez, que se llevó todo un tesoro de ciencia y arte, dejándonos las más bellas páginas de filosofía médica, de psicología, de sociología y de literatura; Carlos Aguilar Vásquez, el médico y el intelectual valiosísimo que tuvo la actitud iluminada de hacer el bien a su paso por los ásperos senderos de la existencia ajena y que vivió apasionado por la belleza de la verdad científica y por la verdad de la belleza.

Hoy, es la figura cimera y magnífica de JULIO ENDARA, que después de caminar por las más enhiestas cumbres de la Ciencia como una nube enrojecida por los resplandores del infinito se desvaneció en la sombra inmensa donde sucumben nuestras interrogaciones. Para officiar un rito espiritual ante la tumba del Maestro necesario sería situarse en una atmósfera de infinitud, fuera del tiempo y del espacio trascendentes, en el ámbito mismo de la posteridad, en donde se ha de valorar su noble y fecunda existencia, paradigma y ejemplo de las nuevas generaciones científicas, cuyas energías se tienden reciamente hacia el porvenir.

El doctor Julio Endara Moreano fue una autoridad indiscutible y un maestro consagrado en las disciplinas de la Psicología, de la Psiquiatría y de la Neurología; admirado y reconocido en todos los países de América, porque su luminosa labor de enseñanza y de investigación científica, por el largo espacio de más de cincuenta años ininterrumpidos y su consagración total a las disciplinas de su especialidad le conquistaron la justa nombradía y la merecida fama de que gozó en los centros científicos del exterior, en cuyas instituciones culturales figuró su nombre como Socio Correspondiente u Honorario o como profesor, de esta última designación, de muchas universidades de la América Latina.

El doctor Endara hizo sus estudios iniciales de la especialidad cuando catedrático de Psicología del Colegio "Mejía" de la Capital y de Psicología de la Educación en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. Allí comprendió el futuro psiquiatra que, junto con el aspecto biológico de la Psiquiatría, bajo sus puntos de vista orgánico, fisiológico, bioquímico, existe también el aspecto psicológico en su radio de acción emotivo, sociológico y cultural, en su más amplio y alto sentido; que a la Psiquiatría no puede ni debe confinarse a los estrechos límites de la organicidad; que si hay que reconocer la existencia de una Psiquiatría somática, neurológica, junto a ella, ya casi dominándola, está la Psiquiatría dinámica, psicológica.

Y es así como el Maestro de la Psiquiatría ecuatoriana ha enseñado que debe asumirse una perspectiva distinta de la que tradicionalmente le ha sido característica. En su Cátedra, la Psicología atomista —que consideraba los hechos psíquicos separados el uno del otro y la actividad psíquica total como la suma de las partes— cedió paso a un planteamiento que se funda en los principios de integración, por los cuales la vida psíquica es una unidad que comprende las partes y los elementos que la componen, así como el campo de la posición estática de la Psicología a otra de carácter dinámico.

"En su primera juventud, las miradas del profesor ecuatoriano caían del lado de la Argentina, ya para ahondar en las teorías de Florentino Ameghino, ya para ubicar el pensamiento de José Ingenieros en la filosofía del porvenir, ya para determinar bien hasta donde llegaba Ernesto Quezada en sus elucubraciones de política americanista. Paralelo a hoy, estudiaba el profesor Endara el ayer y producía monografías interesantes acerca de la cultura filosófica en el Ecuador de la Colonia o hacia un análisis medular de un plan de estudios como el ideado por el Obispo Pérez Calama con miedo y asombro de los remotos tiempos coloniales. De más adelante datan sus trabajos científicos de síntesis y de afirmada orientación sobre la naturaleza del hombre ante los problemas de la evolución misma de la personalidad, que han de

ser acogidos con beneplácito en Revistas como la de Filosofía de Buenos Aires". (1)

Su cultura y su afán idealista en esos primeros años de su juventud se revelaron en los ensayos como "La Psicología científica de José Ingenieros" que despertó entre la juventud estudiosa del país, un gran interés por los estudios psicológicos y biológicos del maestro argentino; "La Economía Cósmica y la Vida Humana"; "Psicología de la Música"; "Coloquio de un Filósofo"; "Moral, Justicia y Derecho"; "Reflexiones de la Hora Presente"; "El doctor Ernesto Quezada"; etc., etc. Por ello, el profesor argentino I. Américo Foradori dijo que la tarea cumplida por el Dr. Julio Endara, médico, psicólogo, criminólogo y filósofo, podría ser mostrada con dignidad y orgullo como la obra de un monumento de madurez intelectual. (2)

Desde el año de 1924 se dedicó Julio Endara fervorosamente a la Psiquiatría; estudió todos los problemas, indagó todos los secretos, con él comenzó una nueva era en la enseñanza científica moderna y de orientación trasformadora. La Clínica Neuropsiquiátrica, propiamente dicha, comienza con su cátedra universitaria, dominándola en toda su amplitud y profundidad, porque en el Dr. Endara se realizó la fecunda conjunción del hombre de ciencia con el clínico, con el patólogo, con el auténtico profesional de la medicina, que se acerca el enfermo con la mente organizada del fisiólogo, sabiendo que la persona humana es una fuente maravillosa e infinita de enseñanzas y, más todavía, si la enfermedad le ha apartado de las leyes normales que rigen y conducen nuestra vida. Pero ese camino real no pudo alcanzarlo sino después de haber recorrido los ásperos senderos de la Biología celular, la árida región de la Bioquímica y los atolladores de la Psicología médica.

- 1) Editorial "Profesor Julio Endara". Arch. de Criminología Neuropsiquiatría y Dis. Conexas (Órgano del Instituto de Criminología). Vol. IV y V. Años: 1949 — 1941. Director: Dr. J. J. Espinosa. Quito.—
- 2) Foradori I. "Estado actual de los estudios psicológicos en los países americanos, en el libro: "Temas actuales de Psicología y patológicas".— Ed. Médico - Quirúrgica. Buenos Aires, 1945.

La vida de este psiquiatra eminente, ensayista inigualable, humanista y hombre de vasta cultura, fue la búsqueda constante de la verdad científica, del estudio persistente, el aprendizaje diario, la disciplina investigadora que nadie le pudo igualar. En la Cátedra o fuera de ella, en la soledad íntima de su biblioteca de selección, en la Clínica Psiquiátrica, realizó, en grande escala, su obra científica, que fue destilando a través de los años en aquel crisol de su autocrítica, siempre tan severa y vigilante.

La Psiquiatría ecuatoriana tiene un merecido prestigio internacional porque ha brotado de la semilla que las manos y la mente del Maestro sembraron en la tierra pródiga para la floración de una realidad que nos honra en el exterior, o sea, ese grupo de sus discípulos convertidos hoy también en maestros de una tercera generación de psiquiatras, cultivadores a plenitud de esta disciplina científica, sutil e inquietante, que nos enseña a conocer a las almas en el gran espejo aleccionador del psiquismo conturbado del enfermo mental, que oscila entre el inconsciente y la locura, entre el sueño y llama clara de la realidad.

Desde el primer trabajo del Dr. Endara, publicado en el año 1919, bajo el título de "Psicología y Pedagogía", en la revista de los estudiantes de medicina, de la Universidad Central, hasta su último libro: "Test de Rorschach. Evolución y estado actual", editado por la Casa de la Cultura Ecuatoriana —de la que fue Presidente— (1), la bibliografía del Profesor doctor Endara es inmensa en cantidad y en calidad; fascina y admira porque toda ella encierra la rigida cristalización del trabajo exhaustivo. Cronológicamente, su obra científica abarca: el estudio de las Localizaciones Cerebrales; los conceptos de Constitución y Temperamentos; el movimiento psiquiátrico en la América Latina; la Semiología de la esfera psicoreceptora; la psicopatología de las funciones psíquicas; la Metodología de la Enseñanza Médica; la clasificación adecuada de las enfermedades mentales

1) Julio Endara "Test de Rorschach. Evolución y Estado Actual. Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito. 1961.

y la posibilidad de hacer en la América esta sistematización; el tratamiento de Esquizofrenia; las consideraciones o propósitos de los exámenes biopsicólogos de los delincuentes; los numerosos Informes médico-forenses sobre casos de Epilepsia, Debilidad Mental, Esquizofrenia, Paranoia, etc.; los modernos estudios sobre la acción de los psicofármacos, como la clorpromacina y la reserpina, la Higiene Mental; los proyectos de la Legislación de alienados, etc., etc. y, por último, las múltiples ponencias y relatos presentados en Congresos Nacionales e Internacionales de Psiquiatría, de Higiene Mental, de Criminología o de Ciencias Penales, para rematar con su obra sobre el **Test de Borschach** —densa y profunda en su valorización científica— que constituye —como tuvimos la oportunidad de expresar alguna vez— algo así como el pensamiento vivo de todo cuanto se ha escrito y cuanto puede seguirse escribiendo sobre este Test proyectivo que ha revolucionado la técnica psicológica en cuanto se refiere al conocimiento de la personalidad humana.

Una corriente de estudios vinculados a la Psicología criminal se inició en el país allá por el año de 1936, cuando se crea el Instituto de Criminología bajo la acertada dirección del doctor Julio Endara, de la misma manera como en el año 1907 se fundara en la penitenciaría nacional de Buenos Aires un Instituto de Criminología, con la dirección del insigne sociólogo, criminalista y Maestro de Juventudes, José Ingenieros. Las doctrinas de Lombroso, Garófalo, Ferrri, Carrara, Colangetti, Tarde, Dorado Montero, etc., encaminadas a renovar el Derecho Penal clásico, tuvieron especial resonancia en los trabajos científicos que realizaron bajo la dirección del Maestro doctor Endara, antropólogos, psiquiatras, criminalistas y médico-legistas, cuya labor de importancia trascendental se publicó en la Revista, órgano del Instituto de Criminología, creada por el Dr. Endara con el nombre de "Archivos de Criminología, Neuropsiquiatría y Disciplinas Conexas", en sus dos etapas de vida fecunda, la primera iniciada con el volumen 1, N^o 1, de Enero de 1937 hasta el año de 1943; y la segunda Serie —segunda

época— cuyo Volumen 1, N^o 1, aparece el mes de Enero de 1953 y continuó, sin interrupción, hasta que la muerte acaba de paralizar ese cerebro superior que él mismo escupió para que su pensamiento y su obra fructificasen en sus discípulos, sus hijos, que cultivan su misma especialidad con especialidad, con eficacia y con fervor.

Cuando el tiempo superponga en una sola perspectiva los diversos planos históricos en la evolución de la Psiquiatría en el Ecuador, el doctor Julio Endara Moreano dominará toda una era de la Ciencia y de la Cultura del País.

Los que quedamos todavía atados al carro de la vida sólo disponemos de la sordidez de la queja para inclinarnos, reverentes, ante el recuerdo de dilecto Maestro y amigo que rindió la jornada y se llevó consigo, como personal secreto intransferible, el destello genial de su inteligencia y la nobleza de su espíritu de selección que nos fue dado valorar y comprender con el fervor, profundamente conmovido, de nuestra ya lejana juventud, cuando nos iniciábamos, con pasión y con fe, en las disciplinas de la Psiquiatría, que nos ha dado la más intensa sensación de plenitud espiritual a lo largo de nuestra existencia.

A G U S T I N C U E V A T A M A R I Z

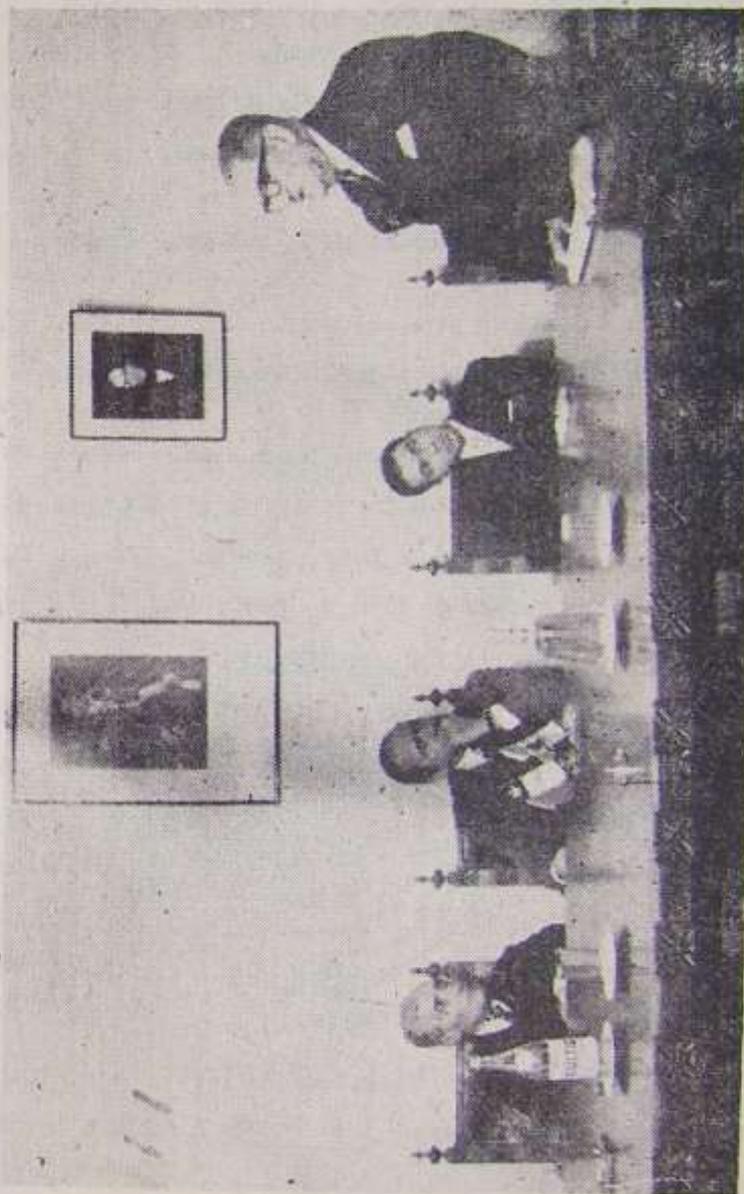
(Tomado del Libro ANALES, publicación de la Universidad de Cuenca, de Abril-Junio de 1969.— Tomo XXV.— N^o 2).

GRUPO AMERICA

Quito — Ecuador

LISTA DE MIEMBROS

ACOSTA CARLOS. Excmo. Embajador de Colombia.	JACOME ALFREDO
ALBARRAN PLUTARCO. Excmo. Embajador de México.	JUAREZ ENRIQUE. Excmo. Embajador de Guatemala.
ALEGRIA JULIO. Excmo. Embajador de Nicaragua.	LARREA PIEDAD
ALEMAN HUGO	LEDESMA EDUARDO
ARIAS AUGUSTO	LIRA GIRON LUIS FELIPE
AVELLAN FERRES ENRIQUE	LLERENA JOSE ALFREDO
BARRERA ISAAC	MARTINEZ ALFREDO
BARRERA JAIME	MONCAYO HUGO
BORJA RAFAEL	MOREIRA DARIO
BUSTAMANTE GUILLERMO	NARANJO PLUTARCO
CARDENAS DE BUSTAMANTE HIPATIA	NOBOA ARIZAGA ENRIQUE
CARRERA ANDRADE JORGE	PAREJA DIEZCANSECO ALFREDO
CARRION BENJAMIN	PEREZ GALO RENE
CORDOVA WILSON	SANCHEZ JESUS LEOPOLDO
DEL POZO OLMEDO	TERAN FRANCISCO
DESCALZI CESAR RICARDO	TOBAR ZALDUMBIDE CARLOS
DE AGUILAR VIOLETA COPPO	TORRES LUIS F.
ENGEL PAUL	TRONCOSO JULIO
FALCONI GERARDO	URQUIJO, CONDE IGNACIO. Excmo. Embajador de España.
GARCES JORGE	UZCATEGUI EMILIO
GARCES ENRIQUE	VACAS GOMEZ HUMBERTO
GARCIA AURELIO	VASCONEZ HURTADO GUSTAVO
ICAZA JORGE	VELASCO IBARRA, JOSE MARIA. Excmo. Presidente de la República.
	VITERI DURAND JUAN



El señor Abel Romeo Castillo (derecha), disertó acerca de la amistad que existió entre Olmedo y Bello, en la semana en homenaje a este ilustre sabio verificada en esta Capital. De izquierda a derecha: el Presidente del Grupo doctor Uzcatégui, uno de los organizadores del homenaje; el Embajador de Chile, Excmo. Alberto Yoaquam Saldías y el Hble. E. de N. de Venezuela, Ldo. Jesús Eñas.

INDICE del N^o 109

HOMENAJE A DON LUIS A. MARTINEZ

	Págs.
JÓSE MARIA VELASCO IBARRA.— En Elogio a Don Luis A. Martínez	7
AUGUSTO ARIAS.— La Epoca de Don Luis A. Martínez	17
MANUEL J. CALLE.— Prólogo a la primera edición de "A la Costa"	26
LUIS A. MARTINEZ.— A la Costa (Costumbres ecuatorianas)	29

EMILIO UZCATEGUI.— El Austero Dictador de la Provincia Gigante de las Indias	52
JUAN VITERI DURAND.— Apuntes para una novela	69
GUILLERMO BUSTAMANTE.— Homenaje a Rubén Darío. Ruben Darío, poeta innovador	116
FIDEL ARANEDA BRAVO.— Imagen de Gonzalo Zaldumbide	136
FRANCISCO TERAN.— Sebastián de Benalcázar en Tierras de Nicaragua	164
ABEL ROMEO CASTILLO.— La Amistad de Bello y Olmedo	179
HUGO MONCAYO.— Actas del Cabildo de Quito de 1650 a 1657	189

VIDA DE LA SOCIEDAD

Elección del Nuevo Directorio	207
Veredicto del "Premio Tobar"	208
Ingreso de Miembros Diplomáticos	210
Incorporación de Nuevos Socios	213
Ilustre Poeta en Tránsito	214
Declaraciones en Acapulco	216
Homenaje a Bertrand Russell	216

SECCION DE BIBLIOGRAFIA

"Memorias" de la Academia Ecuatoriana.— A. R. Castillo	218
"El Libertador".— A. R. Castillo	221

NOTA NECROLOGICA

AGUSTIN CUEVA TAMARIZ.— Ha Muerto Julio Endara	223
Nómina de los Socios	230